

30 años

HUELLAS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE



Autores nuevos y consagrados desde el Caribe de Colombia



N 85, 86 y 87 (vol. triple) - BARRANQUILLA, COLOMBIA - ISSN: 0120 - 2537

HUELLAS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE

<http://www.uninorte.edu.co/publicaciones/huellas/index.asp>

nº 85 y 86

CONSEJO DE DIRECCIÓN

JESÚS FERRO BAYONA - *Director*
VILMA GUTIÉRREZ DE PIÑERES - *Editora*
ALFREDO MARCOS MARÍA - *Editor*

CONSEJO DE REDACCIÓN

RAMÓN ILLÁN BACCA
PAMELA FLORES PRIETO
ADELA DE CASTRO
RUBÉN MALDONADO ORTEGA
MUNIR KHARFAN DE LOS REYES - *Diagramación*

Huellas es miembro de la Asociación de Revistas Culturales Colombianas, ARCCA.

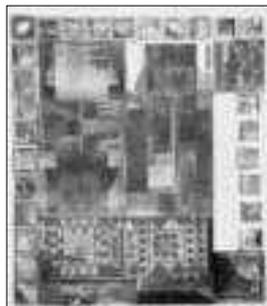


Ilustración de la portada:

En bus de línea al Paraíso y Las Delicias de LUIS FERNANDO JARAMILLO BUITRAGO (ensamblaje de intaglios, técnica mixta, 2 x 1.75 m, 2009.)

Barranquillero. Estudió en la Escuela de Bellas Artes de Barranquilla, y se graduó en la Pennsylvania Academy of Fine Arts, donde fue becado durante toda su carrera. Ha realizado exposiciones, colectivas e individuales, en South Carolina Governor's School of Arts, The Greenville County Art Museum, The Emrys Foundation (Greenville SC) y en la Galería de Comfamiliar de Barranquilla. Ha recibido diferentes premios, entre ellos, el Lions Club Grant y el Merit Award en la exhibición Art in the Park de la SC Governor's School. En plena madurez profesional y artística, el pintor ilumina su obra con los colores del Caribe y la nutre conceptualmente de valores propios y extranjeros, tanto populares como académicos, que asimila con soltura y virtuosismo eliminando barreras de nacionalidad o color local, por lo que devienen universales y se elevan a un sitio relevante en la cultura globalizada de Occidente. Sus trabajos son poco conocidos en Colombia, y aún en su Barranquilla natal, debido tal vez a la humildad ponderada del artista, que, ignorado por los demonios mediáticos, *sigue la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido*, mientras prodiga su aporte de colombianidad caribe asegurándole a la patria un puesto en el Cosmos, al tiempo que, demiurgo de la plástica, ennoblece y humaniza la Creación. A.M.

CONTENIDO

- 2 Editorial: 30 años de *Huellas*.
- 3 José Prudencio Padilla, el héroe Caribe. **Rodolfo Zambrano Moreno**
- 8 La invención de una nación andina: criollos ilustrados, conflictos partidistas, y la descaribeñización de la nueva república colombiana, 1808-1837. **Ernesto Bassi Arévalo**
- 19 Barranquilla y el proceso de urbanización latinoamericana en la época colonial. **Milton Zambrano Pérez**
- 30 El Museo del Caribe y la construcción de la región. **Carmen Arévalo Correa**
- 36 Mudéjar y neonazari: dos historias y la evocación de una musa común en el Caribe colombiano. **Martha Lizcano Angarita y Karen David Daccarett**
- 46 Cine: espejo del hombre. **Sara Harb Said**
- 53 Álvaro Cepeda Samudio y el cine. **Claudine Bancelin**
- 56 Meira Delmar: *un poco de alegría o simplemente nada*. **Ramón Illán Bacca**
- 58 Cocina de inmigrantes: Barranquilla, *The melting pot*. **Gustavo J. García B.**
- 70 Identidad, antillanidad y criollés en la obra ensayística de Édouard Glissant. **Alfonso Rodríguez M.**
- 78 Luis Carbonell: música y memoria cómica. **Raúl Fernández**
- 88 Las políticas de Diosa propósito de una lectura sobre la religiosidad postmoderna. **Yidy Páez Casadiegos**
- 93 Los desafíos de la integración. **Raisa Meneses Guzmán**
- 103 La necesidad del arte. **Lucero Martínez Kasab**
- 107 Oscar Wilde: crítico e imaginativo. **Kathy Stella Porto**
- 111 Cuando una cosa es otra cosa: el performance de María Teresa Hincapié como imagen-tiempo. **Mónica Gontóvnik**
- 117 Más allá de los Andes: Las ramificaciones de la cultura cafetera en el Caribe colombiano, 1850-1950. **Eduardo Posada Carbó**
- 123 Ignacio Luque y Francisco Carmona: dos caudillos venezolanos en la formación del Estado nacional de la Nueva Granada, 1830-1842. **Gustavo Bell Lemus**
- 137 Carnaval de Barranquilla: patrimonio de la humanidad. **Jorge Mizuno Haydar**
- 140 Lecciones en vísperas de carnaval. **Stella Hastie**
- 148 Nostalgias. **Clarita Spitz**
- 150 Soy el verbo de las cosas que hacen falta. **Magaly Durán Linero**

Se autoriza la reproducción citando la fuente. Los conceptos son responsabilidad exclusiva de los autores. Licencia del MinGobierno n° 001464, ISSN 0120-2537. Apartado Aéreo 1569, Barranquilla, Colombia.

Impresión: Javegraf, Bogotá.

e-mail: huellas@uninorte.edu.co

Meses de aparición: Abril (04) - Agosto (08) - Diciembre (12).



30 AÑOS DE HUELLAS

Para conmemorar los 30 años de *Huellas, Revista de la Universidad del Norte* —que se posiciona como la publicación cultural de más larga vida en el Caribe colombiano—, hemos preparado un número especial, con la participación de autores tanto noveles como consagrados, con los temas que la han identificado: historia, filosofía, educación, literatura y arte, y la ligan con los grandes objetivos de nuestra región, donde ha encontrado su espacio natural, del cual se nutre con miras a la difusión de sus valores.

A manera de editorial, *Huellas* presenta a continuación una selección de pasajes extraídos de diversos editoriales escritos por su Director, el Rector de la Universidad del Norte, Jesús Ferro Bayona, y cuya validez sigue vigente.

Dicen que lo difícil, después de publicar el primer número, es mantener la salida periódica de una revista. La sentencia se refiere, sobre todo, a las revistas culturales y universitarias. Pero la excepción a la regla se aplica a *Huellas*, la revista cultural de la Universidad del Norte, que llega por estos días al número 87.

Huellas seguirá siendo una revista universitaria con vocación cultural, ámbito en el cual transitan las ideas políticas, los fenómenos políticos y sociales, el pensamiento filosófico, la creación poética y narrativa...

Ítalo Calvino afirma: “Es clásico lo que tiende a relegar la actualidad a la categoría de fondo, pero al mismo tiempo no puede prescindir de ese ruido de fondo”, sentencia que se aclara, o se complica, con esta otra: “Es clásico lo que persiste como ruido de fondo incluso allí donde la actualidad más incompatible se impone”. La revista *Huellas*, plantada en el Caribe, es una plataforma marítima adonde llegan y de donde parten los efluvios

intelectuales y culturales del mundo; por eso mismo, no nos contentamos con ser una expresión de nuestro acontecer, sino que vamos más lejos, buscamos ser un mirador desde donde la reflexión sobre el hombre y su destino, nos hermane con las ubicuas inquietudes de las culturas de ayer, de hoy y de mañana.

Leer *Huellas*, recorrerla con atención, parece estar en contradicción con nuestro ritmo de vida, que no conoce los tiempos largos, ni la respiración del *otium* humanístico, pero hemos creído siempre, y lo seguiremos creyendo, que con el paso del tiempo sus fervientes lectores, como los más distantes o potenciales, se acercan más y más a ella, pues lo clásico tiene esa seducción de la fidelidad del alma que busca su otra mitad perdida entre el ruido de fondo.

La revista *Huellas* no ha dejado de salir con su material, selecto pero agradable, eso que se opone a nuestro expresivo impotable cuando de artículos ladrillos se trata. La revista intenta hacer de la cultura un material que lleve a pensar y a apreciar, sea lo intelectual como lo histórico, tanto la filosofía como el arte, el artículo de crítica literaria y el ensayo político, sin que falten el cuento corto y el poema. *Huellas* es ya parte del patrimonio cultural costeño y lo seguirá siendo.

La cultura ha sido nuestra opción y nuestra divisa. La Universidad del Norte ha llegado a ser centro de instrucción superior y culta. Ya no es aquella institución recién nacida que daba pasos balbucientes en el mundo nacional. Ahora es la casa grande de la cultura en la Costa Caribe, porque posee todos los ambientes para que en cada uno de ellos se cultive más grávida una inteligencia o un sentido sobre otro, sin jamás excluir el significado total de la cultura.■

José Prudencio Padilla, el héroe Caribe

Rodolfo Zambrano Moreno*



Almirante José Prudencio Padilla (J.P.P.)

El general y también almirante José Prudencio Padilla, uno de los pocos héroes y guerreros exitosos de alto rango, participantes en la gesta de la Independencia nacional, si resucitara en el Museo Nacional, debería estar —por lo menos— sorprendido y por supuesto desagradado. Su retrato tiene colgado a su diestra al general Mariano Montilla, venezolano, quien lo persiguió y urdió —el falso positivo, como diríamos ahora—, para conseguir que en un rápido consejo de guerra fuera condenado a muerte por fusilamiento y su cadáver colgado en la Plaza de la Constitución, hoy de

Bolívar, en Bogotá. Eso como escarmiento —ese fue el pretexto oficial— “para prevenir futuras conspiraciones”. Los jesuitas, misericordiosamente desde las arcadas del segundo piso del Colegio de San Bartolomé al frente, musitaban la Oración de los Agonizantes, mientras las ejecuciones se sucedían. Los padres franciscanos les brindaron los últimos consuelos espirituales a los reos antes de partir... El vicepresidente, venezolano también, el general Rafael Urdaneta, firmó la sentencia de la venganza. Aquí los líos de faldas no se dirimieron en duelo a pistolas, ni a sablazos; bastaron unas sibilinas y letales estocadas judiciales, con deshonor, degradaciones militares y confiscación de bienes incluida.

La Cofradía de los Hermanos de la Vera-Cruz, con túnicas de penitentes y capirotos descolgarían,

* Banquero (retirado). Miembro de la Academia de la Historia de Barranquilla; columnista de *Diario del Caribe* y *El Herald*, y comentarista en Telecaribe; actualmente es asesor del Gobernador del Atlántico.

después, los cuerpos de los ejecutados, tres esa mañana; el coronel Ramón Guerra entre ellos. Cuentan que el forzudo de Padilla con 6 disparos en su humanidad se resistía a morir, por lo cual un tiro de gracia por el comandante del pelotón de fusilamiento le fue aplicado yacente.

Pacientes y maquiavélicas jugadas, por largo tiempo preparadas. Montilla no perdonó que su amante jamaíquina, una mulata que se trajo de Kingston, a quien en Cartagena, adonde él ejercía el mando militar del norte del Caribe colombiano-venezolano, llamaban la “zamba jarocho”, se enamorara del corpulento marino Padilla, mulato como ella.

La atracción física —entre morenos— empujó a Juanita Rodríguez a salir de la protección del jefe del ejército Montilla, para escapar y refugiarse bajo los mástiles de la armada, la fuerza de Padilla.

José Prudencio Padilla había nacido en Riohacha, y hay varios testimonios, como el de Helión Pinedo, citados por el historiador Enrique Uribe White, en la biografía que escribió por encargo de la Armada colombiana en 1973, que su padre, Andrés Padilla, era de Sabanalarga (Atl.), afrodescendiente; pero aporta Otero D’Costa que su madre era de ascendencia indígena guajira. De ahí su bravura, su tesón y su resistencia a las condiciones difíciles. Padilla se autodefine como “pardo”, término en boga en esa época.

A la edad de 14 años, menciona Helión Pinedo que este muchacho, el nada dócil Padilla, aburrido de arrear burros cargando agua en el desierto guajiro, decidió embarcarse nada menos que en el navío español de alto bordo, el San Juan Nepomuceno, a la sazón surto en el puerto de Riohacha. Allí fue admitido previo permiso paterno, como mozo de cámara e hizo su primer viaje marítimo a La Habana, y luego a Cádiz.

Las condiciones de vida a bordo eran duras, pero para un muchacho acostumbrado al trabajo intenso, él, de condiciones físicas fuertes, se destacó entre sus compañeros y al cabo de tres travesías trasatlánticas, más alto y desarrollado, fue nombrado contra maestre de navío.

Ya en 1797 a Padilla le corresponde actuar en su primer combate, la batalla naval del cabo de San Vicente frente a la costa africana, adonde 27

navíos españoles baten a un escuadrón inglés, al mando de Sir John Jervis.

Un poco más adelante el famoso almirante Churruca, comandante del San Juan Nepomuceno, con su alto poder de fuego —74 cañones— recibe órdenes de incorporarse a la Armada Invencible, con la cual el imperio español, aliado a Francia, sueña abatir la poderosa y muy experimentada flota inglesa que dirigía nadie menos que Lord Nelson. Se da la célebre Batalla de Trafalgar y, ayudados por el mal tiempo, la victoria fue para los británicos. Lord Nelson, quien combatía desde el puente de la nave capitana, el Victory, con su deslumbrante uniforme de Primer Lord del Mar, fue avistado por uno de los francotiradores españoles quien, apostado sobre la verga de uno de los mástiles de un barco que se le hizo al lado para abordarlo, disparó sobre ese blanco fácilmente identificable, hiriéndolo mortalmente.

Intentando quebrar el cerco protector del navío de Lord Nelson, el San Juan Nepomuceno fue barrido por una andanada de cañonazos de la flota británica. El almirante Churruca, su comandante, alcanzado por una de esas balas, perdió una pierna y murió desangrado, no sin antes ordenar clavar la bandera —para evitar ser arriada—. Muerto el jefe, la tripulación que quedaba, un tercio, se rindió y fueron tomados prisioneros —Padilla entre ellos—. En Portsmouth duró preso tres años en un pontón, de donde, ayudado por su gran fuerza física, logró escapar y de alguna manera embarcarse para el sur de España y de ahí volver a Cartagena de Indias.

Llegado a esta ciudad, como parte de la armada española, se encontró con que los vientos que soplaban en América eran otros. Se identificó con ellos.

A los primeros albores de la independencia, surge la acostumbrada lucha por el poder. De un lado estaban los seguidores de don Antonio de Narváez y don José María García de Toledo, aliados de sus pares los aristócratas Del Castillo. Por otra parte, los Gutiérrez de Piñeres, Vicente Celedonio, Germán y Gabriel, de igual condición social, pero amigos del pueblo bajo, les hacían contrapeso. El primero de los bandos se hizo al control y fue en Mompox donde Vicente Celedonio entonces proclamó la independencia de esa provincia, adhiriéndose a los patriotas de Santa Fe.



La pugna entre los mompoxinos y el clan García de Toledo —los notables de siempre que no se decidían a declarar la independencia de España todavía—, hizo crisis y los Gutiérrez de Piñeres aprovechando su cercanía con el bajo pueblo insisten en la convocatoria de la reunión para decretar la independencia. García de Toledo y su gente, aunque dicen que hay que votarla positivamente, también dicen que el momento todavía puede no ser oportuno. Los Piñeres, quienes habían repartido abundante ron ñeque de Turbaco al pueblo y comida, les mandaron a avisar a Getsemaní de las dilaciones. Se afirma que Padilla al frente de un grupo del cabildo —su gente— marchó hacia el hoy Palacio de la Proclamación o de la Gobernación. El líder popular Pedro Romero, con cuya hermosa hija Anita, Padilla se entendía, engrosó el tumulto y los lanceros de Getsemaní se voltean y marcharon con ellos. A la altura del convento de San Francisco, hoy esquina del Centro de Convenciones, y al lado de la casa adonde después habitara Padilla en la calle Larga, salió el cura Umaña, tío de Francisco de Paula Santander, y arengó al pueblo. La “Boca del Puente”, debajo de la Torre del Reloj, todavía no había sido cruzada. La guardia no logra —o no quiso— levantar el puente levadizo y el populacho ingresa a la ciudad amurallada. La presión popular, impulsada por los Piñeres, sobre la Junta es enorme; el cura Umaña y otro líder popular, el tuerto Muñoz, se autoproclaman como “comisionados del pueblo”, irrumpen en las sesiones junto con la turba y García de Toledo y su grupo dejan de lado las dilaciones y firman también el Acta de la Proclamación de la Independencia Absoluta de Cartagena, la cual es leída a la muchedumbre por don Ignacio Cavero, el administrador de la aduana, que dejaba de ser realista, desde el balcón.

Al decir de Enrique Uribe White, eso se dio el día 11 del mes 11 (noviembre) del año 11, del siglo XIX, y la sesión se dio también a las 11 de la mañana.

CARTAGENA SITIADA

Pasado un tiempo, la Corona española no podía permitir el desmoronamiento de su imperio de ultramar y envió una gran flota marítima a someter a los levantiscos e insurrectos: al general don Pablo Morillo —el Pacificador— fue encomendada tal misión, la cual cumplió a sangre y fuego. Cartagena de Indias fue su primer encuentro con la rebelión americana. La armada ibérica bloqueó todas las vías de acceso marítimo a la bahía, y, con desembarcos de tropas de infantería, cortó los aprovisionamientos de víveres de la ciudad y



J.P.P.

comenzó el famoso sitio de Cartagena, que diezmó la población de la ciudad; lo que no conseguían las balas durante los periódicos hostigamientos, lo obtuvo el hambre. El almirante José Prudencio Padilla permaneció en la ciudad para colaborar en su defensa. Allí residía con su nueva mujer, Anita Romero, quien aunque mal vista por haber estado antes Padilla casado, era apenas tolerada por su rango militar y por la influencia de su padre, el líder popular, el famoso Pedro Romero.

El sitio se alargaba en el tiempo, la situación de inminente caída de la plaza era predecible. Así las cosas, el almirante Padilla, el capitán Rafael Tono, Miguel Díaz Granados y otros oficiales planean una muy riesgosa salida por mar: los generales Sucre y Soublette con ellos se embarcan en lo goleta “Presidente”. Deben traspasar el boqueo naval después del fuerte de San Fernando de Bocachica; seguramente morirán cañoneados en el mar, pero, si se quedan, el hambre u otras balas de menos calibre

terminarán con sus vidas. Padilla y Tono con 2.000 hombres y mujeres hambrientos toman el riesgo, se embarcan en 13 embarcaciones, amarran al atardecer en Bocachica a pedir víveres con que llegar a Jamaica y ya de noche cuando levantan las brisas salen de la bahía a afrontar un temporal que los dispersa, pero que dificulta la puntería de los cañones de la flota sitiadora, lo que les permitió, días después, arribar maltrechos, pero vivos y hambreados a Kingston. Algunos embarcados, muy débiles, fallecieron durante el viaje y debieron ser arrojados a las aguas del Caribe.

Los notables que no tomaron el riesgo de morir en el mar, fueron tomados prisioneros por el general Morillo —el Pacificador— y enviados al patíbulo, como escarmiento para las clases altas que, abandonando la causa borbónica, abrazaban la de la libertad americana.

Los fusilados todavía están allí, pero en mármores efígies “in memoriam”, a lo largo del Paseo de los Mártires, entre el Centro de Convenciones y el Parque de la Independencia.

El Pacificador, nombrado por sus sangrientas hazañas de la reconquista Conde de Cartagena, viaja después río arriba aterrorizando los pueblos; arriba a Santa Fe adonde una élite tornadiza —según sus intereses del momento— le acoge temporalmente hasta que la situación se torna insostenible por los constantes ataques de los patriotas que los hostigan incansablemente y por doquier. El recién ennoblecido general decide retirarse a su sede condal para embarcarse rumbo a La Habana y no regresar jamás.

LA BATALLA DEL LAGO DE MARACAIBO

Sin embargo, en las costas venezolanas —parte de la Gran Colombia— una escuadra española de 31 barcos surta frente al castillo de San Carlos de la Barra, que guarda la entrada del lago de Maracaibo, hace de las suyas entre ese punto y la península de Coro. El almirante José Prudencio Padilla es designado comandante de la 3ª fuerza de la Marina de Guerra Colombiana y parte primero a Santa Marta y Riohacha a conseguir más barcos, hombres y pertrechos y reúne 24 naves —entre goletas y bergantines— para enfrentarlos. La colaboración del general Mariano Montilla, su jefe, vengativo e interesado en su fracaso, es precaria en suministros.

Pero el mulato marino no descansa; levanta lo que puede, hasta piratas del Caribe concierta y atrae, y pronto avista la real escuadra española protegida por los cañones de la pétrea y artillada fortaleza. El

acceso para abordarla está, además, resguardado por unos bajos —una barra de arena— que dificultan la entrada de la boca del lago, cuyo calado impide acercarse sin maniobras previas de aligeramiento de la carga de los pretendido atacantes.

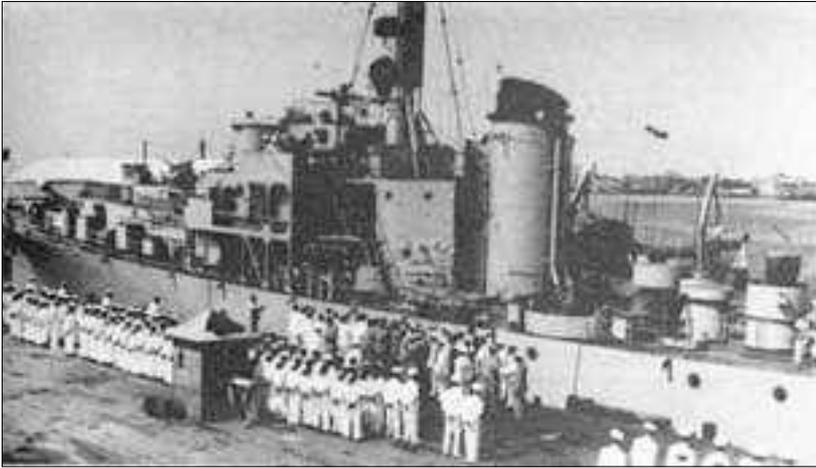
La real escuadra, confiada, reposa. Los morenos marinos y macheteros de Padilla no descansan y durante toda la noche desmontan los cañones, pasan los bergantines y goletas menos pesados por los bajos, halándolos con cabos. Así cruzan la barra, vuelven a montar las piezas de artillería y se aprestan al combate, inesperado para los marinos realistas confiados en su doble protección: el castillo y los bajos fondos de arena. Una vez levanta la brisa, las velas se despliegan, los brulotes incendiarios tripulados con bogas y pértigas, ayudados por el viento se acercan al costado de las ancladas naves.

Según Uribe White, el combate se inicia pasadas las tres de la tarde; el terrible calor de fines de julio, la modorra de la acostumbrada siesta peninsular aplazada, hacía sus efectos cuando el cañón vigía de la fortaleza de San Carlos de la Barra previene el ataque sobreviniente, inesperado hasta la noche anterior. Los primeros brulotes recostados a los cascos de madera de goletas, bergantines y fragatas españolas inician los incendios; los bogas que los impulsaban, en misión casi suicida, buenos nadadores, se apartan; las tripulaciones atacadas, ocupadas en dominar el creciente fuego, no les disparan y pueden escapar.

Las campanas de a bordo tocan a rebato mientras la brisa promueve las llamas y los macheteros mulatos de la marina de la Gran Colombia, de gran vigor físico, habituados a los trabajos fuertes, como los de descargue y trepada de los cañones la noche precedente, rápidamente se acercan, y los abordan con la secreta esperanza de acabar pronto, terminar esa tarea de una vez, para irse a descansar.

La superioridad numérica en barcos, 7, y en hombres, el doble de la real flota española destacada en el Caribe para la protección de la llamada “Tierra Firme”, fue arrasada por la estrategia del almirante riohachero José Prudencio Padilla y la reciedumbre de sus tripulaciones tanto propias como aliadas.

Padilla, en su ánimo de vencer el brutal poderío ibérico, que ya lo había sufrido cuando el sitio de Cartagena, no dudó en juntarse y aliarse con piratas del Caribe, a quienes tampoco interesaba el patrullaje español. Así fue como la variopinta flota bajo el



Fragata de la Armada de Colombia, la "Almirante Padilla", zarpando el 1 de noviembre de 1950.

pabellón de la Gran Colombia expulsó para siempre de nuestras costas al poder naval español.

Padilla fue clemente con lo que quedó de los vencidos, pues la mortandad fue horrible. De 1.650 hombres de a bordo, 1.300 perecieron en combate o se ahogaron o fueron tomados prisioneros —según Enrique Uribe White—, y de estos últimos, todos los que quisieron fueron embarcados rumbo a La Habana con el compromiso de no volver jamás. La fortaleza de tierra se rindió, la guarnición realista de la ciudad de Maracaibo, que desde la distancia percibía la destrucción de su flota protectora, capituló al día siguiente, y la victoria fue total. La libertad de Venezuela se consolidaba y al Libertador Simón Bolívar, con las espaldas cubiertas, nadie le atacaría por la retaguardia; podía dedicarse a combatir por el sur, con el mariscal Sucre en Ayacucho, y terminar la gesta emancipadora del Ecuador, Perú y Bolivia.

Montilla, que no había participado en la batalla, que no había salido de Santa Marta y que había entorpecido el envío de pertrechos, escribe alborozado al Libertador dándole parte de la victoria del Lago de Maracaibo como propia. Las actas de rendición por el comandante de la real flota y la capitulación de la guarnición de Maracaibo están firmadas por el almirante José Padilla y no por el general Montilla, distante como a 100 leguas de los sucesos. Padilla fue condecorado con la Orden de los Libertadores de Venezuela y se le decretó una pensión vitalicia que luego declinó. El quería mando, no dinero.

Pero así y todo, el Almirante Padilla murió de mala e injusta manera. Pocos años más tarde, las patrañas torticeras urdidas por el general Montilla y el dejar hacer del vicepresidente Urdaneta quedan al descubierto. La ejecución del almirante

es declarada por la Convención del Estado de la Nueva Granada como "crimen de Estado", y al ciudadano José P. Padilla se le exonera del cargo de conspiración, se le restituyen sus grados militares, sus títulos y condecoraciones. Se les devuelven a su viuda Anita —la hija de Pedro Romero— y a sus hijas, sus bienes confiscados y se restablece la pensión que antes en su favor había sido decretada. La ley aparece firmada por el presidente de la Convención, José Ignacio de Márquez, y Florentino González, como secretario. El general Domingo Caicedo, encargado del poder ejecutivo, la sancionó y promulgó. El general José María Obando, como ministro de Guerra y Marina, ofició al gobernador de la provincia de Cartagena para desembargar los bienes y devolverlos.

Un solemne funeral de Estado se le ofició en la catedral de Cartagena en frente del Palacio de la Proclamación, proclamación de la independencia de la ciudad, cuando con los Gutiérrez de Piñeres y apoyando a Pedro Romero y con los cabildos de Getesemani, había él contribuido a anticipar.

Mientras los homenajes póstumos se sucedían, el general Montilla —quien urdió el crimen de Estado— se refugió en las cercanías del canal del Dique en la famosa hacienda Aguas Vivas, que la señora Panizza, su adinerada mujer, había adquirido por esos tiempos; allí residieron hasta el fin de sus días.

La nación ha honrado al almirante bautizando con su nombre la Escuela Naval de Cadetes de Cartagena; una de las fragatas de la armada, famosa por una canción de Rafael Escalona, se llamaba como él. En la plaza de Riohacha, frente a la catedral, una estatua en su honor fue erigida, lo mismo que a la entrada de la Base Naval ARC Barranquilla. Y en el bulevar parque de Buenavista de Barranquilla, a la altura de la carrera 60, otra estatua del Almirante con sable en mano, desde un alto pedestal, corta los fuertes vientos que desde el mar Caribe por allí cruzan. "Al abordaje", casi parece que grita el monumento conmemorativo, al más Caribe de nuestros héroes guerreros.■

La invención de una nación andina: criollos ilustrados, conflictos partidistas, y la descaribeñización de la nueva república colombiana, 1808-1837

Ernesto Bassi Arévalo*

En un debate sobre el lugar del Caribe en la nación colombiana, Alberto Abello, figura académica destacada en los esfuerzos por reafirmar la identidad caribe de la Costa Norte de Colombia, afirmó que “la secesión de Panamá en 1903” dio lugar a la pérdida de “muchos de los vínculos de la costa continental [de Colombia] con el resto del área del Caribe.”¹ Si bien es innegable que la pérdida de Panamá redujo las conexiones de Colombia con el Gran Caribe, este proceso de descaribeñización de la nación colombiana, tal como intentaré explicar en este artículo, tuvo su inicio muchos años antes, en las primeras décadas del siglo XIX, cuando nació la República de Colombia. La pérdida de Panamá y la consiguiente pérdida de vínculos con el Caribe, por lo tanto, marcaron una nueva etapa en un proceso que el destacado líder político Juan José Nieto ya había identificado claramente en 1835, cuando se quejó ante el entonces presidente Francisco de Paula Santander por los perjuicios que la “oposición de intereses que hay entre las provincias de la Costa y el centro”, sumada a la preferencia del gobierno central por fomentar el desarrollo del interior, causaba en el Caribe colombiano.²



Francisco de Paula Santander y Simón Bolívar.

Que la independencia iba a resultar en la descaribeñización de la nueva república no era un hecho evidente. De hecho, una interpretación literal de las palabras de Simón Bolívar —quien en noviem-

bre de 1819, dos meses después de la crucial victoria en la batalla de Boyacá, aseguró en carta a Santander que “Esta patria es Caribe”³—, podría llevar a afirmar que el carácter caribeño de la nueva república estaba fuertemente arraigado en el proyecto de creación de la nueva nación. La posterior queja de Nieto, corroborada por el olvido que ya empezaba a sufrir la región Caribe

colombiana tras la culminación de las guerras de independencia, al contradecir la afirmación de Bolívar, hace necesario el planteamiento de una serie de cuestionamientos en torno al sentido y la validez de la frase del Libertador. ¿Fue la nación colombiana en algún momento una nación caribeña? ¿El proyecto de nación de Bolívar realmente privilegiaba el establecimiento de una nación con un fuerte sentido de pertenencia al Caribe? ¿Cómo se adelantó el proceso mediante el cual la nueva nación perdió, si alguna vez lo tuvo, su carácter caribeño? Mediante un breve análisis de las ideas de los denominados criollos ilustrados y las formas en que estos pensadores imaginaron la nación, este

* Candidato a doctor, Universidad de California, Irvine.

artículo busca dar respuesta a estas preguntas y, al hacerlo, espera contribuir a mejorar nuestra comprensión del papel del Caribe en la formación de la nación colombiana.

El análisis empieza con una definición del grupo de criollos ilustrados y su papel en la sociedad colonial de la Nueva Granada, basada principalmente en los trabajos recientes de Renán Silva y Mauricio Nieto.⁴ A continuación, se centra en las ideas geográficas de dos importantes representantes de la comunidad de criollos ilustrados: Francisco José de Caldas y Francisco Antonio Ulloa. Con base en algunos de los principales escritos publicados por estos autores en el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, esta sección plantea que las ideas expuestas por Caldas y Ulloa influenciaron la forma en que los padres de la patria colombiana imaginaron el carácter de la nueva república, su administración política y su desarrollo futuro. Posteriormente se ocupa de las carreras políticas de Bolívar y Santander, caracterizando a ambos como criollos ilustrados y haciendo énfasis en la evolución de su relación política y personal, destacando dos claras etapas que caracterizaron dicha relación: una de colaboración y amistad entre 1816 y 1825; y una de rivalidad y hostilidad abierta, evidente —tanto para sus contemporáneos como para investigadores futuros— desde el regreso de Bolívar a Colombia en 1826. El principal argumento de esta sección es que la relación entre ambos próceres influyó de manera significativa en el carácter o la orientación que la nueva república adoptaría en las décadas inmediatamente posteriores a la independencia. Luego, se analiza brevemente el papel que jugó Juan José Nieto, principal líder político del Caribe colombiano durante el siglo XIX y ardiente defensor del federalismo y la secesión de la Costa Caribe, en la promoción y defensa de la pertenencia de la Costa al Mundo Caribe. Por último, el documento concluye con una breve reflexión en torno a la idea de que, pese a lo planteado por Bolívar en 1819, Colombia renunció a su vocación caribeña desde el momento de su fundación.

1. CRIOLLOS ILUSTRADOS: UNA COMUNIDAD ILUSTRADA EN UNA TIERRA EN TINIEBLAS

Durante sus viajes por la América española a finales del siglo XVIII y principios del XIX, el científico prusiano Alexander von Humboldt documentó el surgimiento entre los criollos hispanoamericanos de un sentido de identidad que algunos historiadores han denominado “conciencia de sí.”⁵ Tomando nota de una serie de quejas expresadas por ciertos



Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander y otros próceres de la independencia, Congreso de Cúcuta.

miembros de la élite criolla, Humboldt afirmó que “desde la Paz de Versalles y, en particular desde el año 1789”, es común oír a los criollos declarar con orgullo: “Yo no soy español, soy americano.”⁶ La aparición de esta conciencia de sí, o el proceso a través del cual “los españoles americanos se dieron cuenta de su propia identidad, se volvieron conscientes de su propia cultura, celosos de sus propios recursos”⁷, fue en gran medida la labor de un grupo que los historiadores han llamado criollos ilustrados.⁸ Los miembros de este grupo, también denominados “gente de letras”, “clase letrada” y “sabios” eran casi siempre miembros de las altas esferas de la sociedad colonial. Un selecto grupo de clérigos, burócratas de rango medio, abogados, políticos, profesores universitarios, estudiantes, científicos y militares componían esta comunidad ilustrada que se desarrolló y ganó prominencia durante la segunda mitad del siglo XVIII.

La disponibilidad de libros, su cada vez más amplia circulación y un nuevo impulso educativo que fomentó el estudio de nuevas profesiones ilustradas, en detrimento de disciplinas tradicionales como la teología, jugaron un papel fundamental en

el surgimiento de esta comunidad criolla.⁹ En la Nueva Granada, tal como en otros territorios de la América española, Norteamérica y Europa, la mayor disponibilidad y más rápida difusión de libros científicos (lo que Benedict Anderson denominó el capitalismo impreso) provocó el surgimiento de nuevas formas de socialización, lo cual, a su vez, incrementó el número de miembros de la comunidad de criollos ilustrados, fortaleció los vínculos entre sus miembros e incrementó el conocimiento colectivo de dicha comunidad. El desarrollo de prácticas como el uso colectivo de colecciones privadas, como la del naturalista español José Celestino Mutis, y el establecimiento de grupos de lectura (tertulias literarias), como la Tertulia Eutropélica de Manuel del Socorro Rodríguez, permitieron a los criollos ilustrados dar forma a una “comunidad de interpretación” caracterizada por la adopción nuevas formas (formas modernas) de expresar juicios y opiniones.¹⁰ Además de compartir libros, ideas y métodos de argumentación, los criollos ilustrados se enfrentaron a una serie de obstáculos entre los cuales José María Salazar, miembro de esta comunidad ilustrada y destacado representante diplomático de la nueva república durante la década de 1820, destacó el “mar inmenso” que separaba a sus patrias en tinieblas de la iluminada y “cultura Europa”, la inadecuada oferta de cursos en las pocas instituciones educativas de la Nueva Granada y las dificultades asociadas con la adquisición de “muchos libros importantes” e “instrumentos para [el estudio de] la física y las artes”¹¹.

De origen europeo, ampliamente familiarizados con la literatura y las publicaciones científicas europeas y, casi siempre, con experiencia como viajeros en Europa, los criollos ilustrados se veían a sí mismos, y sin que en esta percepción hubiera contradicción alguna, como europeos y americanos simultáneamente. Su admiración y familiaridad con Europa y su cultura los hacían sentir europeos. El apego a sus patrias chicas y el amplio y detallado conocimiento de la geografía de sus ciudades y provincias natales, junto con una experiencia compartida de exclusión de los puestos más altos de la burocracia colonial, les hacían sentir orgullosamente americanos. Esta

identificación simultánea con Europa y América constituía un aspecto fundamental de su proyecto para organizar y entender el territorio de la Nueva Granada como “un territorio para la civilización, la prosperidad y la felicidad”, tres elementos centrales del ideario de los criollos ilustrados.

Con miras a lograr estos objetivos, armados con la legitimidad que les brindaba su conocimiento del territorio neogranadino y sin necesariamente abogar por la separación de la monarquía española, los criollos ilustrados se presentaron como “legítimos dueños” de las diferentes provincias neogranadinas.¹² Tal como lo manifestó Mauricio Nieto en su reciente estudio sobre ciencia y política en la Nueva Granada a finales de la colonia:

En las actividades intelectuales y culturales de los españoles americanos de la Nueva Granada apreciamos más que un esfuerzo por romper los lazos con Europa, un marcado interés

*de integración y un afán de reconocimiento de los criollos como legítimos miembros de una comunidad civilizada, dominante y europea. Su afán de distinción y separación será claro y contundente, pero no frente a Europa, sino frente a todo lo que parece no-europeo, frente a lo indígena o africano*¹³.

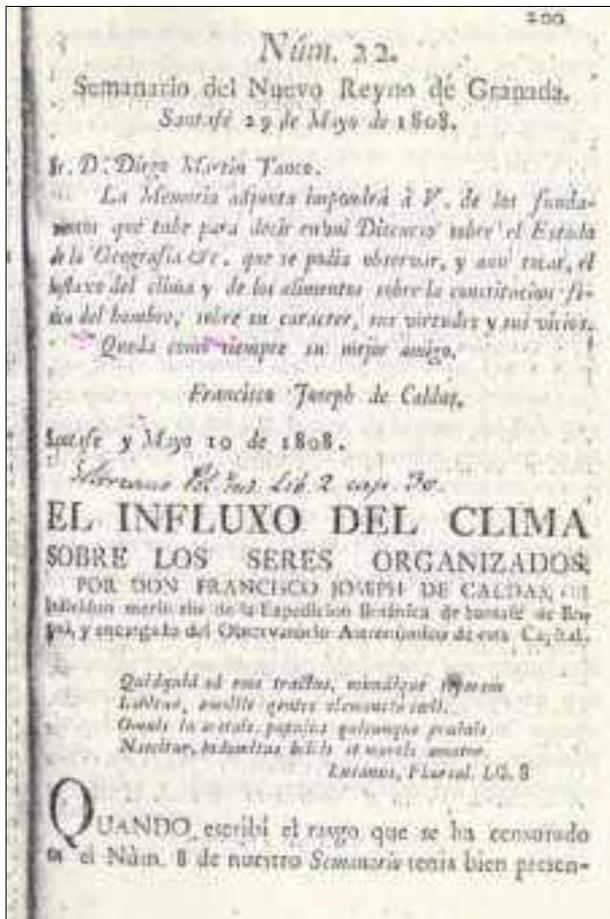
Este deseo, expresado en términos marcadamente racializados, de distinguirse de lo indígena y lo africano (o lo salvaje) constituyó un elemento central del proyecto de apropiación del territorio y construcción de nación de los criollos ilustrados y fue expresado de manera muy clara en varios de los escritos de destacados miembros de la comunidad ilustrada como Francisco José de Caldas y Francisco Antonio de Ulloa.

2. TERRITORIO, RAZA Y NACIÓN EN EL IMAGINARIO DE LOS CRIOLLOS ILUSTRADOS: FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS Y FRANCISCO ANTONIO DE ULLOA EN EL SEMANARIO DEL NUEVO REYNO DE GRANADA

Durante los años inmediatamente anteriores a la erupción de las guerras de independencia en la Nueva Granada, el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, periódico dirigido por el naturalista Francisco José de Caldas, se convirtió en uno de los mejores instrumentos para difundir los intereses y las ideas políticas y sociales de los criollos



Juan José Nieto Gil (J.J.N.G.)



Facsimil tomado de la Biblioteca Luis Ángel Arango.

ilustrados. El deseo de sustentar su proximidad con la cultura y los valores europeos y de establecer una marcada separación frente a las tradiciones indígenas y africanas, figuraba muy alto en la lista de intereses de los criollos ilustrados. Para cumplir este propósito, desarrollaron un marco de interpretación que les permitió entender la sociedad en términos de una dicotomía que oponía la civilización y la barbarie.¹⁴ Civilizado (término con el cual los criollos ilustrados se auto-identificaban y que también comprendía, en su opinión, a los europeos y estadounidenses) era un término que abarca conceptos positivos, como “*ilustración, luz, racionalidad, sabiduría, cristianismo, blanco, bueno, sano, limpio, prosperidad*”, y otros similares. La barbarie, por su parte, se asoció con términos negativos, como “*superstición, oscuridad, instinto, ignorancia, tinieblas, paganismo, negro, malo, enfermo, desaseado, atraso*”, y otras expresiones negativas.¹⁵

Con base en sus lecturas de científicos europeos, como Georges-Louis Leclerc (conde de Buffon) y Corneille de Pauw, colaboradores de *El*

Semanario, como Caldas y Ulloa, desarrollaron una versión tropical de las teorías europeas de determinismo ambiental, que, al estudiar “el influjo del clima sobre los seres organizados”, asociaban climas específicos con facultades degenerativas que afectaban a plantas, animales y seres humanos. Si Buffon y De Pauw afirmaron que el clima del Nuevo Mundo producía seres vivos (incluyendo humanos) débiles, pequeños, impotentes e inferiores en todos los sentidos a los de Eurasia, Caldas y Ulloa destacaron la considerable variación climática en los territorios del Nuevo Mundo, con el fin de mantener que los efectos degenerativos del clima sólo afectaban a las criaturas que habitaban las tierras bajas tropicales (costas, valles y bosques).¹⁶ Si Buffon afirmó que los cambios en la latitud determinaban la capacidad de los pueblos para lograr la civilización (latitudes ecuatoriales obstaculizaban la civilización), Caldas planteó que la elevación sobre el nivel del mar era la variable clave en latitudes próximas a la línea ecuatorial.¹⁷ Así, para Caldas, la Nueva Granada era el lugar perfecto para presenciar los “rasgos tan diferentes y decisivos... [que] se advierten en el hombre de la costa y el de la cima de los Andes”¹⁸. Mientras el primero, en general, carecía de virtudes y su carácter era “sanguinario y feroz”, los habitantes de las alturas andinas se destacaban por sus “caracteres brillantes y decididos.”¹⁹

De forma muy similar, Francisco Antonio de Ulloa, colega de Caldas y destacado colaborador del *Semanario*, afirmó que “el hombre de las alturas de los Andes, es tan distinto del que respira en sus pies, como lo es la vegetación de estos dos extremos”. En su opinión, “todo anuncia que en los pies de los Andes está confinada la debilidad, y que jamás saldrán de esas regiones de fuego, un Poeta, un Orador, un Músico, un Pintor, ni ningún genio atrevido, capaz de honrar a su país”. Y, a modo de conclusión, sentenció que “el que quiera dar un paso en las ciencias, es preciso que desde muy tierno huya de ese clima funesto [de la Costa], y vaya a respirar baxo de otro Cielo”²⁰. Con estas percepciones de las costas y otras tierras bajas de la Nueva Granada, no es de extrañar que, una vez culminadas las guerras de independencia, los criollos ilustrados promovieran la creación de una nación andina. Esta nación, de acuerdo a sus teorías ilustradas, podría acercarse al ideal europeo de civilización; una alternativa costera (o de las tierras bajas), por su parte, sólo produciría atraso y barbarie.

Si bien los criollos ilustrados compartían un marco interpretativo que garantizaba coinciden-

cia de opiniones en cuestiones como la influencia del clima sobre los seres vivos, la división de la sociedad en varias razas, cada una con diferentes niveles de virtuosismo y capacidad para la civilización, y la necesidad de organizar y explotar la naturaleza como condición necesaria para crear una nación civilizada, este marco común no implicaba necesariamente el desarrollo de agendas políticas coincidentes. Las divisiones políticas entre los criollos ilustrados se hicieron evidentes durante las guerras de independencia, cuando algunos se aliaron con sectores realistas y otros, incluso algunos colaboradores del *Semanario* como Caldas y José Manuel Restrepo, hicieron parte de los ejércitos patriotas. Los patriotas criollos, a su vez, se dividieron entre los partidarios de un gobierno central fuerte como la mejor forma de organización política de la nueva república y los partidarios del federalismo.

La evolución de la relación de los dos héroes más importantes de la independencia de Colombia, Bolívar y Santander, constituye el mejor ejemplo de las luchas partidistas que dividieron a los patriotas colombianos. Las ideas de civilización y barbarie y su asociación con las tierras altas y bajas, respectivamente, al hacer parte del marco interpretativo de ambos próceres, influenciaron, aunque de forma diferente, sus ideas sobre el papel que la Costa Caribe debía jugar en la nueva república.

3. CRIOLLOS ILUSTRADOS EN LA ÉPOCA DE LA INDEPENDENCIA: BOLÍVAR, SANTANDER Y SU CONFRONTACIÓN EN TORNO A LA CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN COLOMBIANA

¿Fueron Bolívar y Santander criollos ilustrados? ¿Intentaron estos padres de la patria colombiana construir una nación andina que, de acuerdo a la versión tropical de determinismo ambiental defendida por los criollos ilustrados, pudiera ser próspera, moderna y civilizada? Una mirada rápida a sus lecturas, libros, viajes y escritos, y una breve relación de sus partidarios y colaboradores cercanos no dejan dudas sobre la pertenencia tanto de Bolívar como de Santander a la élite ilustrada criolla. Sus acciones y carreras políticas sugieren que ambos líderes (en particular y sin asomo de dudas, Santander) aceptaban y adherían a los principios de la adaptación tropical del determinismo ambiental.

Tanto Bolívar como Santander estaban familiarizados con los autores más representativos de la Ilustración europea. Durante sus viajes por Europa en los primeros años del siglo XIX, Bolívar se convirtió en lector entusiasta de Montesquieu, Rousseau, Locke, Paine, Raynal, Jeremy Bentham y otros autores ilustrados.²¹ Santander, quien viajó mucho menos que Bolívar, tuvo, sin embargo, acceso a los escritos e ideas de los principales escritores ilustrados como estudiante del Colegio de San Bartolomé, donde su tío, el conocido hombre de luces Nicolás de Omaña, lo acogió como su protegido.²² Los dos próceres conocieron, causándoles una buena impresión, al famoso científico y viajero prusiano Alexander von Humboldt. Bolívar lo conoció en París en 1804 y Santander, en Berlín, dos décadas después.²³ Además, durante las primeras etapas de las guerras de la independencia ambos



Santander.

establecieron relaciones muy cercanas con varios de los miembros del grupo de criollos ilustrados que publicaban sus trabajos en el *Semanario*. A lo largo de las guerras y hasta su muerte en 1830, Bolívar tuvo en José Manuel Restrepo a uno de sus más fieles seguidores y a uno de los asesores que mayor confianza le merecía.²⁴ Santander, por su parte, fue estudiante de Frutos Joaquín Gutiérrez (otro frecuente colaborador del *Semanario*) y luchó bajo el mando de Caldas durante 1812-1813.²⁵ Bolívar contribuyó frecuentemente con periódicos de Caracas y Cartagena, tales como *La Lira*, mientras que Santander escribió numerosos artículos para periódicos bogotanos como *El Zurriago* y *El Constitucional de Cundinamarca*. Por si esto fuera poco, la biblioteca de Santander, que incluía, entre otros tesoros, obras de Voltaire y Racine, la Enciclopedia Británica, y una colección de mapas de la Nueva Granada elaborados por Caldas, era considerada una de las colecciones privadas más ricas e importantes de su tiempo.²⁶

Entre 1810 y 1840 el proyecto de construir una nueva república cayó en gran medida sobre los hombros de estos dos líderes ilustrados. Si bien muchos actores (incluidos miembros de las clases populares) participaron activamente en el proceso de construcción de la nación, entre 1821 y 1837 Bolívar y Santander fueron los líderes políticos más importantes de la naciente República de Colombia. Si fuese posible afirmar que los presidentes

y vicepresidentes son dueños de las repúblicas que gobiernan (y en la historia de América Latina son numerosos y notorios los casos en los que los mandatarios han actuado como tales), entonces el título de propietarios de la república colombiana durante sus primeros años de existencia recaería, sin lugar a dudas, sobre Bolívar y Santander.

A diferencia de Chile, donde Bernardo O'Higgins y Diego Portales lograron rápidamente dirigir la nueva república por la senda de la estabilidad, los primeros años de Colombia como república independiente se caracterizaron por la inestabilidad, los problemas económicos derivados de la necesidad de realizar enormes gastos militares y de la imposibilidad de construir una base fiscal sostenible, y las luchas partidistas que enfrentaron a los partidarios de Bolívar (los llamados serviles o bolivarianos) contra los partidarios de Santander (los llamados constitucionalistas o santanderistas).²⁷ La década de 1820 en Colombia fue recientemente caracterizada por John Lynch como un período de “muchas permutaciones”. Al describir las facciones que durante esta década competían por el poder político, Lynch afirmó que:

*Algunos liberales eran centralistas, convencido de que era necesario un gobierno fuerte para imponer el liberalismo. Otros eran federalistas, porque creían que el federalismo era más democrático. Algunos conservadores querían que la máxima autoridad estuviera en el centro. Otros respaldaban ciertos intereses regionales contra el liberalismo santanderista de Bogotá. Bolívar fue una ley en sí mismo, a la vez liberal, conservador y centralista*²⁸.

Si bien muchos autores han analizado los enfrentamientos entre Bolívar y Santander, el papel del determinismo ambiental dentro de sus proyectos de construcción de nación no ha sido, hasta ahora, objeto de atención. En lo que sigue me propongo mostrar que las ideas ilustradas sobre los efectos degenerativos que el clima de las tierras bajas tropicales tenía sobre los seres humanos, influyó el tipo de nación que tanto Bolívar como Santander imaginaron. Los compromisos políticos adquiridos previamente por uno y otro prócer, a menudo pero no siempre en consonancia con estas ideas ilustradas, también resultaron fundamentales en el desarrollo de sus respectivas ideas de nación. La copiosa correspondencia entre Bolívar y Santander ayuda

a los historiadores a establecer una cronología de sus enfrentamientos, así como a identificar sus puntos de acuerdo y sus discordias en cuanto a las más adecuadas formas de organización política y económica, y a identificar algunas de sus ideas sobre la forma en que la nueva república debía ser presentada al mundo (es decir, en este contexto particular, si la nueva república debía ser —o ser presentada como— andina o caribeña).²⁹

En términos de sus enfrentamientos personales y las luchas partidistas que éstos generaron, es posible afirmar, de manera general, que entre 1816 y 1825 Bolívar y Santander trabajaron conjuntamente por un objetivo común. Durante estos años, especialmente entre 1821 y 1825, Bolívar, pese a encontrarse en Perú y Bolivia participando en campañas militares, ostentaba el título de presidente, mientras que Santander, en su calidad de presidente interino de la República de Colombia, ejercía como máxima autoridad político-administrativa en Bogotá. A partir de 1824, y con especial intensidad desde 1826, los dos héroes nacionales se enfrentaron en torno a temas relacionados con “la constitución boliviana,... la confederación del Perú, Bolivia y Colombia,... las recompensas concedidas en Venezuela a los enemigos del sistema,... y la equívoca conducta de usted [Bolívar] respecto a la conservación de la constitución” vigente para Colombia.³⁰ Esencialmente durante este período, Santander y sus partidarios luchaban por mantener vigente la constitución de 1821, mientras que Bolívar y sus seguidores presionaban por la adop-



Bolívar y Santander en los Llanos, óleo de Jesús María Zamora.

ción en Colombia de la constitución de corte autoritario que Bolívar acababa de instaurar en Bolivia. En 1827 las relaciones se deterioraron hasta el punto que Bolívar pidió a Santander que se abstuviera de llamarlo “su amigo”.³¹ A principios de 1828 la confrontación se centró en Ocaña, donde la convención constitucional, convocada para discutir la vigencia de la constitución de 1821 y llegar a acuerdos sobre el futuro de la república, sirvió de escenario para el enfrentamiento entre el partido de Bolívar (cuyos integrantes eran llamados despectivamente serviles o absolutistas) y Santander y sus seguidores (llamados facciosos o demagogos por sus enemigos bolivarianos). Poco después de la apertura de las sesiones, se hizo evidente que no iba a ser posible alcanzar ningún acuerdo. La Convención de Ocaña se disolvió en junio de 1828, una semana después de que Bolívar y Santander suspendieran su correspondencia directa, lo cual dio paso a una sucesión rápida de eventos —incluyendo el nombramiento de Bolívar como jefe supremo, la cesación de Santander como vicepresidente y su sucesivo exilio en Europa y Estados Unidos, la renuncia de Bolívar a su cargo meses antes de su muerte en diciembre de 1830 y el regreso triunfal de Santander en 1832— que culminaron con la elección de Santander como presidente de la república en 1833.³²

En cuanto a sus ideas políticas y económicas, es posible afirmar que Bolívar estaba a favor del establecimiento de un gobierno central fuerte con jurisdicción sobre una república territorialmente extensa, sin encontrarse particularmente preocupado por el desarrollo de una industria nacional. Santander, por su parte, era un fervoroso partidario del federalismo. Una lectura más matizada de sus posiciones sobre la forma como la nueva república debía ser dirigida revela cambios en sus posiciones a través del tiempo. Mientras Bolívar se mostró cada vez más autoritario y menos dispuesto a aceptar la disidencia política, Santander pasó de defender fuertemente una orientación federalista a instaurar, durante su presidencia, una administración política altamente centralizada y una política económica proteccionista.³³

Una interpretación de las acciones y políticas de Bolívar y Santander revela el grado en que



Batalla por la independencia.

ambos suscribieron a ideas de determinismo ambiental asociadas con el criollismo ilustrado. La desconfianza que Bolívar sentía por los pardos (segmento mayoritario de la población en el Caribe y las tierras bajas de la Nueva Granada y Venezuela), su temor a la pardocracia y su necesidad de mantener a las clases populares en las márgenes de su proyecto político, se hallan claramente en consonancia con las nociones de determinismo ambiental promovidas por los colaboradores del *Semanario*. En una declaración que expresaba las preocupaciones de las élites blancas en toda América, Bolívar manifestó, en 1825, que los pardos, lejos de contentarse con la igualdad legal, “querrán pardocracia, que es su propensión única y natural, para luego exterminar a la clase privilegiada”³⁴. Asimismo, preocupado por los efectos catastróficos que podrían derivarse de una potencial toma del poder político por parte de los pardos, afirmó: “Vamos a tener Guinea y más Guinea, y no estoy bromeando, aquellos que logren escapar con sus caras blancas serán muy afortunados”³⁵. Pese a su percepción negativa de los pardos, Bolívar era consciente del hecho de que gran parte del apoyo político del que gozaba su causa post-independentista provenía de ciudades de la Costa Caribe, como Caracas y Cartagena, donde los pardos constituían el grueso de la población. Bolívar tampoco olvidaba el apoyo financiero, militar y logístico que obtuvo de Alexandre Pétion, mulato presidente de Haití, quien en 1816 y 1817

financió varias expediciones militares republicanas a las costas de la Nueva Granada y Venezuela.³⁶ Además, comerciantes británicos residentes en Jamaica y Louis Brion, comerciante de Curazao, también prestaron un apoyo crucial a la causa de Bolívar. Por lo tanto, la declaración de Bolívar en 1819 sobre el carácter caribeño de la patria³⁷, debe ser leída teniendo en mente los compromisos políticos y financieros que el Libertador había adquirido con políticos, comerciantes y militares caribeños. Aunque estos compromisos políticos, sin lugar a dudas, jugaron un papel importante en la construcción de las ideas de Bolívar sobre el carácter de la nueva república, parece poco probable que hubieran sido lo suficientemente fuertes para llevarlo a superar sus ideas ilustradas sobre raza, geografía y las posibilidades de desarrollo o civilización de las tierras bajas y los territorios costeros. En cualquier caso, su instauración de un gobierno de corte autoritario y su muerte en 1830 dejaron en manos de Santander la tarea de inventar la nación.

A diferencia de Bolívar, Santander no tenía compromisos de ningún tipo con las tierras bajas del Caribe. Sus lealtades y su principal base de apoyo se encontraban en las provincias y ciudades del interior y el este de la Nueva Granada (su lugar de nacimiento —Cúcuta—, la ciudad donde realizó sus estudios —Bogotá— y las provincias que lo eligieron a él y a varios santanderistas como representantes a la Convención de Ocaña —Bogotá, Antioquia, Tunja, Pamplona, Casanare y Neiva).³⁸ Por esta razón, una vez en el poder en la década de 1830, Santander adelantó un programa económico que puso de manifiesto su compromiso con el desarrollo de las provincias del interior de la Nueva Granada, es decir, con la configuración de una nación andina. Entre otras acciones favorables al Interior (muchas de las cuales afectaron negativamente al Caribe colombiano), Santander promulgó medidas proteccionistas para apoyar el establecimiento de industrias para producir porcelana, papel y cristales en las provincias interiores de Bogotá, Neiva, Mariquita, Tunja, Vélez, Socorro y Antioquia. En cuanto a la promoción de productos agrícolas, su administración apoyó el cultivo y exportación de café, tabaco y algodón, la mayoría de los cuales se

producía en las provincias del Interior. Esto era especialmente cierto para el caso del tabaco, producto de exportación más exitoso de la década de 1830, que fue cultivado en las provincias interiores de Mariquita, Pamplona, Popayán y Casanare³⁹. Todas estas políticas eran coherentes con las ideas de desarrollo de criollos ilustrados, como Ulloa y Caldas, el más notorio de todos, quien defendió las “costumbres moderadas y ocupaciones tranquilas” de los habitantes andinos en contra de “esos furros, esas crueldades, ese carácter sanguinario y feroz del mulato de la Costa”⁴⁰. Con Santander en el poder, se inició decididamente la descaribeñización de la república; a finales de 1830, Colombia era ya una república andina.

4. JUAN JOSÉ NIETO Y LA CONSTRUCCIÓN FALLIDA DE LA PATRIA CARIBE

El hecho de que Colombia fuese oficialmente una república andina no implica que los habitantes del Caribe colombiano hubiesen abandonado sus conexiones con el Gran Caribe y su sentido de pertenencia a dicha región. En Cartagena, que pese a los devastadores efectos de la independencia seguía siendo la ciudad más importante del Caribe colombiano, un nuevo tipo de ilustrados (no necesariamente criollos debido a que algunos de ellos eran de origen racial mixto) luchaba por revivir el carácter caribeño de la nación. Con base en sus experiencias en Jamaica y Haití, donde habían pasado tiempo como refugiados políticos, publicado libros y establecido empresas y relaciones familiares, destacadas figuras del Caribe colombiano como Juan José Nieto, Manuel Marcelino Núñez, y Juan de Dios Amador, entre muchos otros, mantuvieron vivo el espíritu caribeño del norte de Colombia y trataron activamente de desafiar la supremacía andina⁴¹.

Nieto, el más prominente líder de la región en el medio siglo posterior a la independencia (y uno de los más controversiales), fue también quien mejor articuló este desafío caribe. En una primera expresión de su pensamiento político en cuanto a la posición que debía ocupar el Caribe en la nación colombiana, Nieto escribió al entonces presidente Santander que:

No se le esconde a ninguno que de la libertad que tenga cada uno para gobernar su casa, dependen sus



S.B. y J.J.N.G.



F. de P. S.

recursos y las mejoras, que otros no tendrían medios de proporcionarle; y la provincia de Cartagena, una de las mejores de la república, por su situación geográfica, etc., etc., y sin que su dicha dependa de la voluntad ajena, tiene la facilidad que no tienen todas para inventar medios y hacerse a recursos, facilidad que se hace nula, no diré porque las rivalidades del Interior se dejan ver en los congresos, sino porque a estos cuerpos legislativos, o les falta la fuerza de inercia o lugar para atender a todo. Cualquiera que sea la causa, resulta que hasta ahora los bienes que ha reportado la república con ese sistema provincial tan restringido, han sido ningunos⁴².

Referirse a “su situación geográfica” como una de las principales razones (quizás la más importante, pues no menciona más) que hacían de Cartagena una de las mejores provincias del país, le permitió a Nieto criticar explícitamente los límites al desarrollo regional impuestos por un sistema “tan restringido” que impedía a las provincias determinar sus propios destinos. Implícita en esta crítica se encuentra la necesidad de mantener y/o fortalecer los vínculos con el Caribe como medio para potencializar las posibilidades de desarrollo

de la Costa Caribe colombiana y de todo el país o, en otras palabras, la necesidad de que Colombia no abandonara su vocación caribeña, que no se convirtiera en una república andina.

Esta posición federalista y promotora de la caribeñidad de la república fue una constante del pensamiento político de Nieto. Un par de décadas más tarde, en la cúspide de su carrera política, su temprana manifestación a favor del federalismo alcanzó su más radical expresión con el triunfo del proyecto secesionista que, en 1861, llevó a la constitución, bajo la dirección política de Nieto, de los Estados Unidos de la Nueva Granada, una confederación independiente conformada por los estados soberanos de Bolívar (en el Caribe colombiano) y Cauca (en el suroeste de Colombia). Aunque efímera, esta confederación revolucionaria constituyó una de las más claras y radicales manifestaciones de las frustraciones producidas por la naturaleza centralista del sistema político colombiano y por la hegemonía andina dentro del sistema.

5. CONCLUSIÓN: “ESTA PATRIA [NO] ES CARIBE”

A pesar de los vínculos de Bolívar con el Caribe y de su declaración sobre la naturaleza caribe de la nueva república, Colombia nació olvidando o renunciando a su caribeñidad. Este trabajo ha sugerido que las raíces de este olvido se encuentran en las ideas de los criollos ilustrados acerca de los efectos de la geografía y el clima sobre los seres humanos. Aunque el establecimiento de conexiones más claras entre el pensamiento científico de los criollos ilustrados y la dinámica de poder político regional que resultó del proceso de construcción de la nación colombiana exige la realización de una investigación mucho más exhaustiva, el análisis presentado en este artículo con base en algunos de los ensayos publicados en el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, además del miedo de Bolívar a la pardocracia y la política de desarrollo económico impulsada por Santander en la década de 1830, sugieren que la idea de una patria Caribe nunca fue seriamente considerada por los principales participantes en la invención de la nación colombiana. Por su parte, las alternativas presentadas por líderes políticos del Caribe colombiano como Juan José Nieto, pese a su viabilidad económica y política, no fueron lo suficientemente convincentes como para superar las sospechas y los temores profundamente arraigados en el pensamiento de los ilustrados de la época sobre las propensiones salvajes de los habitantes de las tierras bajas del

Caribe. Colombia, por lo tanto, en las décadas inmediatamente posteriores a la independencia, lejos de ser la patria caribe mencionada por Bolívar, fue más bien una nación andina.■

NOTAS

¹ Alberto Abello Vives, “Una cátedra para entender el Caribe: superar los estereotipos”, en *El Caribe en la nación colombiana*, Memorias X Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado, editado por Alberto Abello Vives (Bogotá: Museo Nacional de Colombia, Observatorio del Caribe Colombiano, 2006), 22.

² Juan José Nieto a Santander, agosto 7, 1835, carta publicada como “Una temprana argumentación en favor del federalismo en la Costa Caribe de la Nueva Granada”, en *Juan José Nieto: Selección de textos políticos, geográficos e históricos*, compilados por Gustavo Bell Lemus (Barranquilla: Ediciones Gobernación del Atlántico, 1993), 21.

³ Simón Bolívar a Santander, noviembre 8, 1819, en *Correspondencia dirigida al general Francisco de Paula Santander*, vol. 2, 64.

⁴ Renán Silva, *Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808. Una comunidad de interpretación* (Medellín: Banco de la República / Fondo Editorial EAFIT, 2002) y Mauricio Nieto, *Orden natural y orden social. Ciencia y política en el Semanario del Nuevo Reyno de Granada* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007).

⁵ Jaime E. Rodríguez O., *The Independence of Spanish America* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998), 13-19.

⁶ Alexander von Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, citado en Rodríguez, *The Independence*, 13.

⁷ John Lynch, *The Spanish American Revolutions, 1808-1826* (New York: W. W. Norton & Co., 1986), 1.

⁸ El estudio más completo de los criollos ilustrados en Nueva Granada es Renán Silva, *Los ilustrados de Nueva Granada*.

⁹ Este punto es resaltado, con un enfoque más global y bajo la etiqueta de la expansión del “capitalismo impreso”, en Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (London: Verso, 1991), 37-65. Para el caso específico de la Nueva Granada, ver Renán Silva, *Los ilustrados*, 46-71.

¹⁰ Silva, *Los ilustrados*, 245-247, 316-319, 575, 315.

¹¹ José María Salazar, “Memoria descriptiva del país de Santa Fe de Bogotá...”, en Francisco José de Caldas, *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, vol. 2 (Bogotá: Ministerio de Educación de Colombia, 1942), 226-227.

¹² Mauricio Nieto, *Orden natural y orden social*, 133.

¹³ *Ibid.*, 142.

¹⁴ Este marco de interpretación, compartido por los criollos de toda la América española, alcanzó su mayor difusión y fama con la publicación en 1845 del libro *Facundo. Civilización y barbarie*, en el cual su autor, Domingo Faustino Sarmiento, expone claramente componentes fundamentales del proyecto de creación del Estado nación, comunes en todas las nacientes repúblicas latinoamericanas. Uno de los más destacados aspectos comunes fue la aprobación, en México, Argentina, Brasil, Colombia y otras nuevas repúblicas, de leyes de fomento a la inmigración de europeos y norteamericanos blancos, con miras a “blanquear” y, por lo tanto, “civilizar” la población de las nuevas naciones. Sarmiento, *Facundo. Civilización y barbarie* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1962).

¹⁵ Nieto, *Orden natural y orden social*, 370.

¹⁶ *Ibid.*, 202-207.

¹⁷ Francisco José de Caldas, “El influjo del clima sobre los seres organizados”, en Caldas, *Semanario del Nuevo Reino*, vol. 1, 160-161.

¹⁸ Caldas, “Estado de la geografía del virreinato de Santafé de Bogotá, con relación a la economía y al comercio”, en Caldas, *Semanario*, vol. 1, 21.



S. B.

¹⁹ Caldas, “El influjo”, 167.

²⁰ Francisco Antonio de Ulloa, “Ensayo sobre el influjo del clima en la educación física y moral del hombre...”, citado en Nieto, *Orden natural y orden social*, 241-242.

²¹ Lynch, *Simón Bolívar: A Life* (New Haven: Yale University Press, 2006), 31-38.

²² Pilar Moreno de Ángel, *Santander* (Bogotá: Editorial Planeta, 1989), 43, 60-65.

²³ Lynch, *Simón Bolívar, 23-24*; Santander, *Diario del general Francisco de Paula Santander en Europa y los EE.UU., 1829-1832* (Bogotá: Banco de la República, 1963), 197-199, 203.

²⁴ En 1808 Restrepo publicó en el *Semanario* su “Ensayo sobre la geografía, producciones, industria y población de la Provincia de Antioquia en el Nuevo Reino de Granada”. Además fue secretario privado de Bolívar y durante la década de 1820-1830 ocupó los cargos públicos más importantes en las administraciones tanto de Bolívar como de Santander. Para detalles autobiográficos de su vida y carrera pública, incluyendo muchos detalles del proceso de construcción de la república de Colombia, ver Restrepo, *Diario político y militar. Memorias sobre los sucesos importantes de la época para servir a la historia de la Revolución de Colombia y de la Nueva Granada, desde 1819 para adelante* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1954).

²⁵ Frutos Joaquín Gutiérrez escribió varios ensayos para el *Semanario*, incluyendo “Discurso en que siguiendo las piadosas intenciones de nuestros Católicos Monarcas y consultando a la necesidad y utilidad de la religión, del estado y de los pueblos, se propone la erección de obispados en este Nuevo Reyno de Granada”. Para más información sobre las conexiones entre Santander y Gutiérrez y Santander y Caldas, ver Moreno de Ángel, *Santander*, 51, 73-76.

²⁶ Moreno de Ángel, *Santander*, 573.

²⁷ Las mejores y más asequibles aproximaciones a la historia de Colombia en sus primeras décadas de vida republicana

y sus problemas políticos y fiscales son David Bushnell, *The Making of Modern Colombia: A Nation in Spite of Itself* (Berkeley: University of California Press, 1993), 50-100 [traducido al español como *Colombia. Una nación a pesar de sí misma* (Bogotá: Planeta, 1996)]; Marco Palacios Preciado y Frank Safford, *Colombia: País fragmentado, sociedad dividida* (Bogotá: Editorial Norma, 2002); Malcolm Deas, "The Fiscal Problems of Nineteenth-Century Colombia", *Journal of Latin American Studies* 14 (November 1982), 287-328; y Moreno de Ángel, *Santander*, 393-409. El mejor resumen general de la evolución de los países latinoamericanos durante el siglo XIX, especialmente en cuanto a aspectos políticos y organización interna, es Neill Macaulay y David Bushnell, *El nacimiento de los países latinoamericanos* (Madrid: Nerea, 1989). Un buen resumen de la economía de las nuevas naciones se encuentra en Victor Bulmer-Thomas *The Economic History of Latin America since Independence* (Cambridge: Cambridge University Press, 1994), 19-45.

²⁸ Lynch, *Simón Bolívar*, 177.

²⁹ La publicación de seis volúmenes de *Cartas: Santander-Bolívar* (Bogotá: Biblioteca Presidencia de la República, 1990), que cubre el periodo 1813 a 1830, es un excelente recurso.

³⁰ Santander a Bolívar, marzo 16, 1827, en *Cartas: Santander-Bolívar*, vol. 6, 207.

³¹ Bolívar a Santander, marzo 19, 1827, citado en Santander a Bolívar, abril 29, 1827, en *Cartas: Santander-Bolívar*, vol. 6, 227.

³² "Decreto orgánico", agosto 27, 1828, en *Cartas: Santander-Bolívar*, vol. 6, 255-259; José Manuel Restrepo a Santander, septiembre 4, 1828, *Cartas: Santander-Bolívar*, vol. 6, 263; y Santander, *Memorias del General Santander* (Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1973).

³³ Para la evolución política y las ideas económicas de Bolívar, ver David Bushnell, *Simón Bolívar: Liberation and Disappointment* (New York: Pearson, 2004), 99-205 y Lynch, *Simón Bolívar*, 159-166; para la transformación de Santander, ver Eugene Huck, "Economic Experimentation in a Newly Independent Nation: Colombia under Francisco de Paula Santander, 1821-1840", *The Americas* 29 (July 1972), 17-29.



Santander y Bolívar.

pública, 1980). Una discusión, breve pero muy interesante, sobre las relaciones diplomáticas establecidas entre el Estado de Cartagena y la república de Haití es presentada en el manuscrito, próximo a publicarse, de Daniel Gutiérrez Ardila, *Un Nuevo Reino. Geografía política, pactismo y diplomacia durante el interregno en Nueva Granada (1808-1816)*, 516-519.

³⁷ Ver nota 3.

³⁸ Ver Moreno de Ángel, *Santander*, 408-409, para información sobre la elección de diputados para la Convención de Ocaña.

³⁹ Moreno de Ángel, *Santander*, 579-584 y Huck, "Economic Experimentation", 26-29.

⁴⁰ Caldas, "El influjo", 167.

⁴¹ Un estudio reciente que explora estos vínculos, y debe ser el punto de partida para un mejor entendimiento del papel de las islas del Caribe en el desarrollo de las ideas de estos líderes del Caribe colombiano del siglo XIX, es María Teresa Ripoll, *La élite en Cartagena y su tránsito hacia la república. Revolución política sin renovación social* (Bogotá: Universidad de Los Andes, 2006). Un ejemplo que ilustra muy bien la permanencia de ciertas conexiones, aún varias décadas después de la independencia, es la publicación, en Kingston, Jamaica, en 1844, de la primera novela de Juan José Nieto, *Yngermína: la hija de Calamar*. Un interesante estudio de esta novela, que lee a ésta como una ventana hacia la composición racial del Caribe colombiano en el siglo XIX, es Sergio Paolo Solano, "La novela *Yngermína* de Juan José Nieto y el mundo racial del Bolívar Grande en el siglo XIX", *Revista de Estudios Sociales* 31, 34-47.

⁴² "Una temprana argumentación", 18.

³⁴ Bolívar a Santander, abril 7, 1825, citado en Aline Helg, "Simón Bolívar and the Spectre of *Parádoxica*: José Padilla in Post-Independence Cartagena", *Journal of Latin American Studies* 35:3 (August 2003), 454.

³⁵ Bolívar a Santander, julio 8, 1826, citado en Helg, "Simón Bolívar", 455.

³⁶ Para información sobre las relaciones entre Bolívar y Petion, ver Paul Verna, *Petion y Bolívar: una etapa decisiva en la emancipación de Hispanoamérica, 1790-1830*. (Caracas: Ediciones de la Presidencia de la Re-

Barranquilla y el proceso de urbanización latinoamericana en la época colonial

Milton Zambrano Pérez*

I

Los procesos de urbanización de influencia europea comenzaron en América Latina desde el mismo momento en que fueron conquistados sus territorios. Los bastiones defensivos y ofensivos de los invasores podrían considerarse como núcleos urbanos en que había aglomeración de personas y cierta estratificación social. Pero el desarrollo urbano posterior rebasó notablemente a los primeros centros en complejidad, en la ampliación de funciones, y en la densidad y diferenciación poblacional.

El objetivo central de este trabajo consiste en escudriñar cómo fue el proceso de urbanización en Hispanoamérica durante la época colonial, con el propósito de extraer elementos teóricos y metodológicos que sirvan de base en la preparación de un proyecto de investigación centrado en la época colonial de la ciudad de Barranquilla.

Esta ciudad del Caribe colombiano surgió de modo espontáneo a principios del siglo XVII, como consecuencia de factores geográficos, económicos

* Barranquilla, 1951. Licenciado en Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Atlántico. Magister en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Doctor en Historia de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras. Autor de ensayos y artículos publicados en revistas nacionales e internacionales y miembro de diversas asociaciones de historia, fue director del Departamento de Historia y Humanidades de la Universidad del Atlántico, donde actualmente es profesor titular de tiempo completo e investigador.



y étnicos. Sobre su pasado colonial existen muy pocos estudios y, entre éstos, el más importante es el del profesor José Agustín Blanco Barros.¹

No hay un ensayo sistemático que dé cuenta del desarrollo socioeconómico, cultural y político de la otrora pequeña urbe. Esta situación justifica la concreción de un proyecto como éste, el cual abordará también parte del siglo XIX para resaltar continuidades y rupturas durante la movida etapa de la independencia del país.

La idea central que orientó este estudio sobre la urbanización consistió en poner en perspectiva la propia evolución colonial de Barranquilla en el contexto del desarrollo urbano de Hispanoamérica, para precisar similitudes y diferencias de lo que



Estación Montoya.

sucedió allí con respecto a lo acontecido en otros lugares y para entender cómo se proyectaron en aquélla los patrones urbanísticos impuestos por la Corona española a todos sus territorios, o cuáles fueron los rasgos peculiares que hicieron diferente a Barranquilla.

De acuerdo con lo anterior, se puede empezar diciendo que esta urbe no fue fundada, aunque sus comienzos se remontan a la segunda década del siglo XVII, en un año que sólo se puede calcular por aproximación, el cual estaría cercano a 1629, pero que no sería exactamente éste, pues, como se ha dicho, no existe constancia documental seria de que esto haya sido así.

Sólo la tradición oral y escritos ligeros de gentes amantes de la historia sembraron la idea de que ése había sido el año de fundación de Barranquilla, realizada por unos aborígenes galaperos que llegaron hasta el río en busca de agua.²

Los orígenes de la urbe fueron espontáneos y privados. Se relacionan con el 'surgidero' (ver más adelante la explicación de este concepto) que se formó para intercambiar bienes por parte de los habitantes de las cercanías. Es decir, desde bien temprano en su historia empezó a desarrollar su vocación comercial, por lo cual se parece mucho a otras poblaciones hispanoamericanas que también se desarrollaron a partir de un surgidero. Todos los que enfatizan los orígenes espontáneos y privados de Barranquilla tienen totalmente la razón.³

Esta ciudad no hace parte del cenáculo de poblaciones colombianas fundadas deliberadamente por los conquistadores, como Cartagena, Bogotá o Santa Marta. En sus comienzos no existieron las formalidades de los conquistadores en los actos

de fundación, que incluían al sacerdote, a los representantes de la Corona y un protocolo que se analizará más adelante en este trabajo.

Barranquilla apareció y se formó de manera similar a como sucede con los conglomerados de generación espontánea, es decir, sin ningún plan y bajo la influencia de factores variopintos que interactuaron para configurar sus características. El ambiente geográfico y la acción de los humanos se conjugaron para dar nacimiento al primer núcleo poblacional, que progresó descomponiéndose y recomponiéndose en un largo desarrollo donde operaron lo étnico, lo económico y lo social.

La ardiente desembocadura del Magdalena fue el hábitat de aquel grupo de primeros pobladores. Ese delta imperfecto y mutante (plagado de caños, ciénagas y pantanos en continua transformación) fue el escenario de la acción de individuos y grupos proveniente de los más diversos lugares: de Mompox, de Cartagena; de Ciénaga y Santa Marta; de la Península Ibérica o de las Islas Canarias. Y, sobre todo, de las haciendas de Tierra Adentro, de donde provenían vaqueros, corraleros, porqueros y esclavos negros traídos de África o los descendientes de éstos.

Así mismo, se acercaron hasta el lugar indígenas de las encomiendas cercanas en proceso de descomposición y habitantes de Malambo que venían a emplearse por un jornal; también, todos los que sobrevivieron a la boga del río y preferían este sitio de libres. Porque eso fue el primer asentamiento: un sitio de libres muy atractivo para toda clase de gente.

La Hacienda de San Nicolás fue otro de los embriones en el proceso de formación de Barranquilla. Para algunos autores fue, quizás, el de mayor importancia. Ésta fue establecida por Nicolás de Barros y de la Guerra (un encomendero de Galapa) como negocio de vacunos, cerdos y caballos. El hacendado había nacido en Coro, Venezuela; por tal motivo, puede ser considerado como inmigrante vinculado a los orígenes de Barranquilla, tanto como los que provenían de otros sitios.

Todo parece indicar que el propietario del hato, al fundarlo, le había colocado su propio nombre, siguiendo las costumbres de la época, que también se apoyaban en el santoral católico. Los documentos hallados hasta ahora no precisan el día, el mes o el año en que se estableció aquel negocio.

Pero relacionando la fecha en que Nicolás de Barros se posesionó de su encomienda, con la posible fecha en que extiende su dominio a tierras

ya trabajadas que pretendió legalizar, se infiere que la Hacienda de San Nicolás se organizó después de 1627 y varios años antes de 1637.

Resulta entonces que, cuando se toma 1629 como el año de fundación de Barranquilla, lo que en realidad se recuerda es el inicio de la hacienda ganadera del encomendero de Galapa, mas no la verdadera fundación del poblado, pues como quedó dicho éste surgió espontáneamente. (Dígase aquí entre paréntesis que el 7 de abril de 1813 se ha institucionalizado como el Día de Barranquilla, pero no recordando su fundación sino su activa participación en la Independencia).

Puede sacarse en claro de todo este embrollo que los orígenes de la urbe se remontan a los comienzos del siglo XVII, en un año imposible de precisar, pues la creación de la aldea obedece a efectos diversos que provienen de múltiples embriones, uno de los cuales fue la descomposición de la Hacienda de San Nicolás. Para ciertos autores, dicha hacienda se convirtió en sitio de vecinos libres con el paso del tiempo, una hipótesis que aún soporta más elaboración.⁴

Es posible asegurar que el surgidero se formó como consecuencia de la relajación de las encomiendas de los alrededores (de acuerdo con las políticas de la Corona, que buscaban su eliminación), las políticas gubernamentales de población (que regularmente reagrupaban habitantes de unos a otros sitios), la situación privilegiada del lugar (con el agua a la mano, la frescura de las brisas y la vegetación conveniente) y las necesidades habitacionales o económicas de los pobladores cercanos o de quienes transitaban por el majestuoso Magdalena.

Por esto hay que estar de acuerdo con todos los historiadores que sostienen que Barranquilla se lo debe casi todo al río Magdalena, a raíz de su envidiable posición geográfica que le permitió dejar atrás, más adelante, a Santa Marta y Cartagena en las funciones portuarias que conectaban al país en el siglo XIX con el comercio mundial.⁵

La historia de Barranquilla debe abarcar también su pasado colonial, aunque éste no sea tan rancio y de

tantas charreteras como el de otras ciudades de la Costa Caribe y del país. Por ello, ese período amerita un mayor esfuerzo de los investigadores históricos para llenar los notables vacíos que aún subsisten dentro de la historiografía barranquillera en cuanto a la época de la Colonia y al corto período de la Independencia.

Una obra que intente cubrir tales vacíos deberá ser un ejercicio microhistórico de larga duración inspirado en los postulados teóricos y metodológicos de los mejores maestros de la microhistoria a nivel internacional e hispanoamericano, como los del fallecido historiador mexicano Luis González y González.⁶

Esperemos que lo que se planteará a continuación sea útil en el trabajo de fondo que necesita la ciudad sobre su pasado colonial, lo cual, en cierto modo, refleja lo que fue la urbe en esa importante época histórica, al pertenecer al imperio que organizó España en América. En tal sentido, el proceso de urbanización de Barranquilla se inscribe en las tendencias principales que existieron en toda la región hispanoamericana.

II

La conquista de los territorios americanos fue efectuada por individuos de mentalidad aventurera que habían surgido del pueblo, por lo cual siempre estuvieron dotados de una gran capacidad de riesgo; éstos fueron dirigidos por miembros de la pequeña nobleza (hidalgos y caballeros) que, en algunos territorios ocupados, representaron una alta proporción dentro del conjunto de los conquistadores, como fue el caso de México.⁷



Zona Franca de Barranquilla.

Las expediciones de conquista tuvieron un carácter privado, en el sentido de que su financiación corrió a cargo de empresarios que por lo general eran comerciantes, banqueros o armadores de barcos. Éstos invertían en las provisiones, en el suministro de los navíos y en otros menesteres, y el capitán o hidalgo al mando adquiría el compromiso, mediante un “contrato de compañía”, de compartir el botín con sus socios. El capitán dirigía la expedición y reclutaba a los miembros, los cuales se dividían entre los poseedores de caballos (caballeros) y los otros (peones), es decir, entre los hidalgos y “los demás”. En un principio el riesgo económico recaía sobre los particulares; la Corona se limitó a recibir el quinto del Rey, para lo cual en cada expedición debía viajar un “controlador de las finanzas” o contador.⁸

Fueron estos conquistadores quienes adelantaron el proceso de urbanización en sus fases iniciales, siguiendo disposiciones monárquicas o proyectando su propia experiencia medieval o regional o la necesidad de la defensa o el ataque de tipo militar.

Bastante se ha escrito ya sobre los motivos de los expedicionarios; entre ellos descollaron el control de las tierras para su posterior reparto, la consecución de metales preciosos (oro y plata) y el empleo en su beneficio de la fuerza laboral aborigen. Tales motivaciones están en la base de la construcción de los núcleos de población que ellos organizaron en América.

En algún sentido, la ciudad, la villa y el pueblo eran una continuación de la tradición romana y mediterránea que las concebía como instituciones esenciales. La plaza principal, por ejemplo, con sus edificios públicos y centros religiosos semejava una especie de foro o ágora que fungía como el epicentro del proceso urbano, como lugar de encuentro por excelencia. Las fundaciones americanas prolongaron de alguna manera las mediterráneas, que se hacían con un plan casi homogéneo.

Como es sabido, la fundación fue antes que nada un acto de posesión territorial y una acción política que implicó, en parte, dos funciones básicas: la administrativa y la religiosa, sobre todo en el territorio hispanoamericano, pues en el Brasil la cuestión fue un poco diferente, al concentrarse la primacía urbana en los puertos o factorías donde la incidencia del fenómeno religioso fue un poco menor; tales centros servían de mercados de los ingenios azucareros y minas del interior.⁹

Pero fundar una urbe o ciudad no era sólo el acto inicial para afirmar la soberanía, asentar vecinos, distribuir tierras e imponer demandas a los aborígenes, pues éste dio comienzo a una abigarrada trabazón de intereses locales que se desplegó muchas veces al margen de la influencia del Consejo de Indias y que resistió o confrontó a la burocracia colonial; debido a esa circunstancia muchas ciudades operaron más como polis agrourbanas semi-autónomas que como avanzadillas de la Corona, al menos en relación con los grupos privados. A pesar de todo, las nuevas ciudades de este lado del Atlántico se concibieron como unidades jurisdiccionales y territoriales sujetas a un Estado patrimonial, es decir, eran pensadas como patrimonio realengo, como propiedades de la monarquía.¹⁰



La cruz y el conquistador.

El término burgués raramente penetró en España luego de la reconquista de su territorio, en otro tiempo en manos de los árabes; quizás por eso los habitantes de las urbes (muy ruralizadas, por cierto) eran llamados ‘civis’, ciudadanos o vecinos,¹¹ pero nunca burgueses. El concepto vecino se hizo muy popular en la América colonizada.

En Hispanoamérica la ciudad no fue un “burgo” introvertido “sino la extroversión, el dar testimonio de tierra ocupada que, claro es, no se limita a la que contiene su contorno de ejidos, sino a todo un ámbito inabarcable, que inicialmente incluso es imprevisible. Porque es otra vez más un factor indiano —desconocido en Espa-

ña— el que se impone: la dimensión infinita de su geografía”.¹²

El asiento, el campamento, el pueblo campamental solían ser un paso previo básico en la ocupación del territorio; la población de la tierra, es decir, la constitución jurídica de una ciudad o pueblo como república de pobladores entregaba ciertas prioridades a la hueste y a su capitán en cuanto al reparto de la tierra y de los aborígenes; a partir de aquí el proceso podía continuar, mientras se garantizaran derechos de conquista u ocupación. Tales derechos se establecían en la capitulación, documento oficial avalado por el monarca y aceptado por el capitán, en que se expresaban claramente los derechos de la Corona y los del conquistador y se dejaban bien definidos los deberes y atribuciones de éste. En general, en dicho documento el capitán o adelantado recibía la potestad de fundar poblaciones, de organizar a los pobladores o vecinos (“avecindar”), de repartir tierras e indígenas y de impartir justicia, entre otras facultades; el monarca se reservaba el derecho de soberanía sobre el suelo recién conquistado, la quinta parte de toda la riqueza obtenida (el quinto real) y la exigencia de la cristianización de los habitantes nativos, entre otros aspectos.¹³

Aunque existieron pueblos de españoles y pueblos de indios, en muchos casos los aborígenes se mezclaban con los blancos en las ciudades, viviendo en “collaciones” o barrios anexos o periféricos donde estaban siempre a disposición del blanco; casualmente, ésta es una de las principales raíces del profundo mestizaje que arrancó desde el siglo XVI.

La estructuración jurídica de los conglomerados urbanos provenía de una división comarcal del territorio; cada una de estas divisiones se hallaba bajo el control de una ciudad que hacía las veces de cabecera de dicha zona, como capital administrativa o eclesiástica de un distrito del que dependían otros núcleos urbanos con diversas funciones y dimensiones (ligadas a la ciudad se encontraban las villas, las aldeas y los lugares o “sitios”). En consecuencia, la primacía urbana colonial correspondió a las ciudades que eran capitales de virreinato, de audiencia, de gobernación o de arzobispado; luego seguían las villas, que dependían jurídica y políticamente de una ciudad, y después las aldeas, lugares o sitios, estos últimos



Catedral de Barranquilla.

de mucha menor importancia que las ciudades y las villas. En diversos territorios de Hispanoamérica, los indígenas habitaron en barrios periféricos dirigidos por sus propias autoridades municipales, las cuales estaban bajo la jurisdicción del cabildo secular de la ciudad cabecera; también habitaron en estancias más alejadas del centro urbano principal. Sobre estos pueblos de indios se ejercía una vigilancia especial para evitar la presencia de foráneos (blancos, negros, mestizos y castas de mezcla).¹⁴

La organización de la estructura urbana no tuvo como única fuente el derecho castellano, sino que también se derivó de una casuística (vale decir, de procesos no prescritos, no conceptualizados jurídica, política o religiosamente) que provenía, en un principio, de las necesidades económicas. Los fenómenos que posibilitaron esa casuística sirvieron de base para producir una legislación que intentaba recoger las peculiaridades americanas, contenida en el llamado derecho indiano.

El origen de las poblaciones Hispanoamericanas fue muy variado. En muchos casos comenzaron siendo un fuerte, que Pedro Mártir de Anglería llamó “colonia” pues semejaba un puesto de avanzada de España. Otras veces la ciudad comenzó como un puerto de enlace, erigido como bastión mercantil en un sitio natural. También se inició como un puesto de etapa, un centro en que se reagrupaban personas, animales y cosas para continuar la marcha hacia lugares más lejanos y peligrosos. Así mismo, se levantaron ciudades donde quedaban comunidades indígenas, como sucedió en México y Cuzco. Hubo fundación

de ciudades en zonas mineras para atender los requerimientos de ese tipo de economía. A su vez, se constituyeron ciudades que funcionaban como centros militares y políticos para proseguir la penetración en un territorio. En ciertos casos, las misiones o reducciones organizadas por los órdenes religiosos sirvieron de base al surgimiento de urbes. De igual modo, hubo meros “surgideros” (lugar de una costa marítima o de la ribera de un río por donde ingresaban o salían mercancías y personas en muchas ocasiones de contrabando) que sirvieron de raíz en la aparición de poblaciones de generación espontánea, como Barranquilla, verbigracia. La necesidad de conexión de las tierras americanas con España, o de éstas entre sí, impulsó la creación de ciudades portuarias.

El acto fundacional era en sí un gesto simbólico que reflejaba la mentalidad del fundador y de las autoridades oficiales implicadas. La parafernalia de ese evento solía estar compuesta de golpes de espada en el suelo, de retos a duelo a quien se opusiese a la acción de fundar, de entronización de imágenes religiosas, celebración de misas, etc. También se redactaba un acta en presencia del escribano y de los testigos en la que podía incluirse algunas normas de la administración municipal. Por ejemplo, al poblador o vecino le estaba permitido poseer chacras —tierras de labranza— cerca de su casa; a mayor distancia se le permitía la posesión de haciendas o estancias. Entre el límite urbano y la zona rural circundante había tierras para uso común o posible expansión —el *rossio* o *ejido*— y otras para uso municipal —llamadas en Brasil *termo* y en Hispanoamérica *propios*—. Entre los aspectos que se tenían en cuenta para fundar una ciudad estaban, en primera instancia, la costa, la altura, el río u otras zonas acuosas, los pastos y la leña. Más de una vez el fundador escogió el sitio equivocado y debió entonces trasladar o refundar la ciudad.¹⁵

La instrucción seguida normalmente por el conquistador al momento de la fundación era bastante similar a la que reproducimos a continuación:

“Elegirá en él (el riñón de la tierra) un sitio... En medio de lo más llano hará hacer un hoyo, teniendo cortado un gran trozo de árbol, tan largo que después de metido en la tierra lo que bastare, sobre en ella estado y medio, o dos, el qual los mismos caciques y señores, sin que intervengan otros indios, lo alzarán, juntamente con algunos españoles, poniendo las manos también en él nuestro Caudillo, para que justificadamente se

haga este pueblo, habiendo hecho su parlamento, el qual palo meterán en el hoyo, y luego le pixarán dexándolo derecho y bien hincado. Y luego haziéndose la gente afuera, el Caudillo tomará un cuchillo —que para el propósito tendrá aparejado— y lo hincará en el palo, y volviéndose al campo dirá: ¡Caballeros, soldados y compañeros míos y los que presente estáis! Aquí señalo horca y cuchillo, fundo y sitio la ciudad de Sevilla, o como la quisiere nombrar, la qual guarde Dios por largos años con aditamento de reedificarla en la parte que más convinieren; la qual pueblo en nombre de Su Majestad y en su Real Nombre guardaré y mantendré paz y justicia a todos los españoles, conquistadores, vecinos y habitantes y forasteros, a todos los naturales, guardando y haciendo tanta justicia al pobre como al rico, y al pequeño como al grande, amparando las viudas y huérfanos. Y luego, armado de todas sus armas (para cuyo efecto estará), pondrá mano a su espada y haciendo con ella campo, bien ancho, entre la gente, dirá arrebatándose de cólera: ¡Caballeros! Ya yo tengo poblada la ciudad de Sevilla en nombre de Su Majestad. Si hay alguna persona que lo pretenda contradecir salga conmigo al campo donde lo podrá batallar, al qual se lo aseguro, porque en su defensa ofrezco morir ahora y en cualquier tiempo defendiéndola por el Rey mi señor como capitán, criado y vasallo y como caballero Hidalgo... Lo qual dirá tres veces y todas [sic] dirán y responderán cada vez que hiciere el reto: La ciudad está bien poblada: ¡Viva el Rey Nuestro Señor! Y por lenguas lo dará a entender a los señores de la tierra. Y en señal de posesión cortará con su espada plantas y hierbas del dicho sitio, apercibiendo a los presentes porqué lo hace y diciendo la hace sujeta a tal Audiencia o a tal Gobernación, o si la hace cabecera, y con esto embaynará su espada y luego en el instante hará hincar una cruz, que para ello tendrá hecha, a una esquina de la plaza, que será a la parte que ya tendrá elegida para la iglesia, la qual plantará el sacerdote revestido, y al pie della se hará un altar y dirá su misa, asistiendo a ella todos los soldados con toda devoción y solemnidad [sic] para demostración de los naturales y movelles sus corazones; y haciendo muchas salvas con el arcabuceria, regocijando este día con trompetas y caxas. Y el sacerdote dará la advocación a la iglesia juntamente con el Caudillo”.¹⁶

En este largo párrafo se exponen casi todos los tópicos relacionados con el acto fundacional; o sea, la parafernalia propia del evento, la importancia de la religión cristiana en éste, el papel del caudillo o capitán como garante tanto de los intereses

suyos y de su hueste, como de los de la Corona, entre otros.

En cuanto a los nombres colocados a las regiones o poblaciones fundadas, éstos se originaron, en parte, en los de las provincias o lugares de donde provenían los conquistadores, cuando no en el de la propia España; por esa razón nos topamos en América con La Española, Nueva España, Castilla de Oro, Nueva Andalucía, Nuevo Reino de Toledo, Vizcaya, Nuevo León, Nuevo Santander, Nueva Rioja, Nueva Extremadura, Nuevo Reino de Granada, por mencionar algunos. Se manifiesta en esto una especie de fidelidad a la “patria chica”, a la región de procedencia o a la “madre patria” del conquistador.

Ciertos nombres revelan la fidelidad al rey o la reina, a un ministro con mucho poder o a la autoridad inmediata; tal es el caso de Fernandina, la Imperial, Rey Don Felipe, San Carlos de Austria, San José de Alcudia, Monterrey, Santa Juana de Guadalcázar y Santiago de Castro, por ejemplo.

También se pretendía con los nombres perpetuar el del propio fundador; ejemplos: San Salvador de Velasco, San Juan de Vera, Mendoza, San Bartolomé de Gamboa, San Martín de Concha, Santo Domingo de Rozas, y Nuestra Señora de las Mercedes de Manso.

El recuerdo de las damas amadas fue así mismo inmortalizado en el nombre de una fundación, como sucedió con la población de Castro Virreina, creada por el Virrey del Perú, García Hurtado de Mendoza, en homenaje a su consorte Teresa Fernández de Castro y de la Cueva; o con lo que hizo el gobernador de Chile, Martín García Oñez de Loyola, al fundar Santa Cruz de Coya en recuerdo de su esposa, la princesa Beatriz Clara Coya; o lo que sucedió con Santa Marina de Gaete, fundada por Pedro de Valdivia como tributo a su señora, Marina Ortiz de Gaete.

Hubo muchas fundaciones en honor a la virgen María: Nuestra Señora de la Victoria de la Veracruz, Santa María la Blanca, Nuestra Señora de la Paz, Nuestra Señora de los Ángeles, verbigracia.

En general los dogmas, los misterios, la fe y todo el santoral católico sirvieron de inspiración para bautizar ciudades o regiones; tal es el caso de La Encarnación, El Salvador, Sante Fe o Gracias a



Paseo de Bolívar, Barranquilla.

Dios, por ejemplo. Este hecho representó un reflejo claro de la mentalidad de los fundadores, quienes eran creyentes y quizás buscaban tranquilidad espiritual o una coartada religiosa para justificar la posesión de tierras y personas.

Se ha calculado que antes de 1573 ya estaban trazadas o establecidas en Iberoamérica unas doscientas ciudades. Sólo en el siglo XVIII fueron fundadas en Chile más o menos cien poblaciones. En el Nuevo Reino de Granada han sido contados 786 núcleos urbanos para todo el período colonial, incluyendo ciudades, villas, villetas o pueblos.

A grandes rasgos, las fundaciones fueron hechas por el conquistador en el siglo XVI; por el gobernante, el alto funcionario comisionado para ello o el misionero, en los siglos XVII y XVIII, correspondiéndole quizás un papel más destacado al elemento eclesiástico en este último siglo debido al incremento de las reducciones o pueblos de indios.¹⁷

III

Cualquier proceso urbano es la consecuencia de la interacción o integración de ciertos fenómenos históricos, entre los cuales los más importantes son: la nucleación, la diferenciación social (que incluye la especialización económica y la estratificación social) y el crecimiento demográfico. Tal vez alguno de éstos pueda presentarse de modo aislado en algún sitio. La nucleación, por ejemplo, podría darse como resultado de la necesidad de defensa común en una guerra, de ciertas necesidades básicas (como obtener agua), de las tareas agrícolas



Conquistadores y conquistados

que requieren el aporte de muchos, sin que ello implique los otros elementos mencionados.

Cuando tales aspectos suceden como fenómenos interdependientes y haciendo parte de un sistema que opera de modo integrado, entonces el proceso puede llamarse, como conjunto, urbanización.

De acuerdo con lo anterior, el estudio histórico de la urbanización en una región cualquiera implica obligatoriamente el análisis de cada uno de aquellos tópicos, resaltando el modo concreto como se produce su interacción y las circunstancias o factores que participaron en la configuración de cada uno.¹⁸

Espanoles y portugueses desarrollaron la conquista desde centros que pueden denominarse urbanos; dichos asentamientos, variados en cuanto a tamaño y número de habitantes, se hallaban unidos al espacio rural, sin que existiera una diferenciación político-administrativa muy marcada entre ellos. En un principio, dichos núcleos sirvieron para la defensa y para avanzar en el dominio y la explotación de las gentes y espacios circunvecinos.

En Brasil, el proceso de fundaciones de este tipo se aceleró con la unión temporal entre las coronas

portuguesa y española, ocurrida entre 1580 y 1640, sobre todo en la región norte de la colonia.¹⁹ Sin embargo, a partir de 1550, cuando se expande la economía de plantación azucarera debido a la demanda del mercado europeo, el proceso de urbanización en este país adquiere unos contornos especiales. Las áreas urbanas funcionaban en las zonas interiores como una extensión del poder del gran propietario rural. Esto marca una diferencia de fondo con lo sucedido en Hispanoamérica, donde la relación de dominio era más bien al revés. Sólo en el litoral brasileño se ejercieron plenamente las funciones urbanas. Tierras adentro la burocracia estatal contaba con el apoyo de los grandes propietarios, que tenían sus propios ejércitos para controlar a la población. En las zonas de hinterland los funcionarios gubernamentales perdían parte

de sus atribuciones, como la recolección de una porción de los impuestos, la defensa de los territorios de los ataques extranjeros, la preservación del orden y la imposición de los monopolios y privilegios de la monarquía. Grosso modo los consejos municipales eran dominados por el hacendado o por el dueño de la plantación. A partir del siglo XVIII la economía minera estimuló la urbanización y el desarrollo del mercado interno, pero no alteró en lo fundamental la estructura agraria. La economía minera entró en decadencia a finales de este siglo; sus núcleos urbanos nunca alcanzaron la importancia de los puertos.²⁰

Tanto en Brasil como en Hispanoamérica, el nucleamiento urbano se presentó acompañado por fenómenos de diferenciación y estratificación social estimulados por los gobiernos y condicionados por las especializaciones económicas o de otro orden y por los niveles de riqueza. Más en la segunda que en el primero, el mestizaje entre los aborígenes y los colonizadores tuvo una importancia tan profunda que trascendió el nivel étnico-racial y se proyectó en una estela de sincretismo cultural que aún llega hasta el presente.²¹ Desde luego que dicho mestizaje involucró también a los grupos negros traídos de África y, ya en los siglos XIX y XX, a nuevas oleadas de migrantes de diversas procedencias que entregaron su aporte al

crisol cultural y socio-racial en que se convirtió América. Todos estos elementos influyeron en la composición demográfica de los centros urbanos de Iberoamérica.

Durante la etapa colonial existió un interés notable por organizar las urbes de acuerdo con un plan preestablecido, sobre todo en las posesiones españolas. El trazado en damero, en cuadrícula, se utilizó en las ciudades principales, aunque no hay seguridad de que aconteciera lo mismo en los asentamientos menores, que representaban la mayoría de los centros urbanos. ¿Qué buscaban los conquistadores y la Corona al implantar este modelo de urbanización? Indudablemente, querían resolver varios problemas: darle forma y orden al asentamiento; implantar un trazado que facilitara la distribución de terrenos urbanos y quintas suburbanas entre los fundadores y pobladores; y prever las necesidades futuras del asentamiento. La traza podía simplificar los problemas técnicos; por eso fue más que nada una solución funcional y práctica.

Una primera clasificación de las formas urbanas nos llevaría a subdividirlas en planeadas y no planeadas o espontáneas, reconociendo que en estas últimas se pudieron integrar, a lo largo de su evolución, elementos premeditados o planeados. La diferencia entre las dos formas se reflejó de algún modo en las características físicas de las urbes. El análisis cartográfico podría permitir entender cómo una forma original se mantuvo o sufrió transformaciones a lo largo de su historia. Cabe destacar que la cartografía colonial en muy contadas oportunidades localizó los suburbios de las ciudades; se sabe que en los extramuros de las poblaciones amuralladas se establecieron algunos de los sectores empobrecidos y dominados, en barrios o “collaciones”. Esto no deja de ser una limitación para el análisis urbanístico.

El trazado de una ciudad colonial se hallaba constituido por escasos elementos visuales; nunca se introdujeron en éste cuerpos urbanísticos monumentales o de alguna categoría arquitectónica, como sí sucedió con las ciudades francesas, alemanas o italianas de finales del siglo XVI y durante las dos centurias siguientes. En cuanto a su apariencia, las ciudades de Latinoamérica no variaban mucho; su pequeño tamaño facilitaba que dependieran de unos cuantos criterios para lograr la homogeneidad que las hizo tan atractivas; simples cambios visuales y ritmos provocaban alguna variabilidad dentro de las homogéneas siluetas ciudadanas.²²

En el tema urbanístico, la Corona impartió unas vagas instrucciones que incluyó en las directrices entregadas a los conquistadores y, en general, a sus representantes en Hispanoamérica. En un comienzo, éstas se apoyaron en las propias experiencias de los descubridores y conquistadores aunque llevaran también el sello de la tradición urbana europea; contenían apreciaciones tan globales que en muchas ocasiones ya habían sido aplicadas por aquéllos sin que mediara ninguna orden monárquica. Siguiendo la línea casuística que caracterizó parcialmente la preparación de la normatividad colonial, esas instrucciones se incluyeron luego en las Ordenanzas de Descubrimiento y Población de 1573 y, después, sirvieron de base a algunas de las normas de los títulos 5, 6, 7, 8 y 12 del libro IV de la Recopilación de Leyes de los Reinos de Indias, publicada por primera vez en 1681. Esta recopilación se convirtió en el *súmmum* de la posición gubernamental en materia urbana y en asuntos administrativos.²³

En las instrucciones iniciales, en las Leyes de Indias de 1542 y en las Ordenanzas de 1573 se introdujeron disposiciones para seleccionar el lugar, dividir el suelo, trazar la ciudad, ubicar los edificios, plazas y otros usos. También fueron definidos los aspectos más importantes relacionados con la forma de la urbe, es decir, lo atinente al ancho de las calles, al tamaño y la ubicación de la plaza mayor y de las plazas menores, de los edificios más importantes (como la iglesia mayor, la real casa del concejo y la aduana, entre otros) y de los lugares más necesarios para el mantenimiento de la población, como las carnicerías y pescaderías. Sin embargo, en dichas disposiciones no se estipuló nada acerca de los contornos o bordes de la ciudad, exceptuando las amuralladas. Tampoco la legislación se ocupó del tamaño de la urbe o de la manera de densificarla, lo que quizás no preocupaba a nadie debido a su pequeño tamaño y a que no tuvo graves problemas para crecer.²⁴

Jorge E. Hardoy preparó un sistema de clasificación bastante útil, pues facilita las comparaciones entre ciudades, lo cual puede permitir extraer diferencias y similitudes entre ellas en los planos cultural, geográfico, económico y de diseño o trazado arquitectónico. Sin embargo, el autor sostiene que ésta no deja de ser arbitraria por cuanto sólo destaca aspectos urbanos singulares dentro de un territorio geográfico muy amplio y variado. La clasificación mencionada consta de seis variantes, que son las siguientes:

1. El modelo clásico

Con trazado en damero, constituido casi en su totalidad por manzanas iguales cuadradas o rectangulares; la plaza principal o mayor era una de esas manzanas sin construir; ésta tenía a su alrededor la iglesia, el ayuntamiento, la gobernación o su equivalente; podía haber arcadas en los lados de la plaza y en las calles que nacían de sus ángulos; en frente de las fachadas principales o a uno de los lados de las otras iglesias solía dejarse, casi siempre, una plazoleta. Este modelo tuvo variantes que dependieron de la ubicación de la plaza mayor y de los edificios más importantes, como los eclesiásticos, los civiles, los militares o los comerciales. De acuerdo con lo anterior, hubo las siguientes variaciones: a) el modelo clásico con plaza central (Puebla); b) el modelo clásico con plaza no central, excéntrica, cercana a la costa marítima o a un río (Lima); c) el modelo clásico con plaza excéntrica sin ningún poder de atracción en lo político y religioso (Osorno). Según Hardoy, hubo además otras variaciones dentro de este modelo que dependían del encuentro entre las calles principales y la plaza mayor.

2. El modelo regular

Parecido al clásico en cuanto a sus elementos constitutivos, aunque su trazado era menos rígido, lo cual evidenciaba el origen espontáneo de la ciudad a la que se le fue incorporando cierto ordenamiento físico y regularidad con el paso del tiempo, dada su importancia económica, administrativa o estratégica. Quizás los españoles utilizaron este esquema antes que el clásico. Era muy común que en éste las ciudades presentaran dos plazas principales: la plaza mayor, con los edificios y las actividades prioritarias a su alrededor, y la plaza del mercado, que era el epicentro de las actividades comerciales. El modelo regular tuvo las siguientes variaciones: a) el modelo regular con plaza central (Potosí); b) el modelo regular con plaza excéntrica (Campeche); c) el modelo regular con dos plazas: la mayor central y la otra excéntrica, situada cerca a la costa marítima o a un río (Cartagena); d) el modelo regular con dos plazas excéntricas (Veracruz); y e) el modelo regular alargado (San Rafael de las Rozas).

3. El modelo irregular

Es el típico de los centros de crecimiento espontáneo; se dio mucho en los poblados mineros, en algunos puertos, en los pueblos de indios y en los lugares desarrollados en las rutas o caminos. Después de su formación original fueron reorga-

nizados y regularizados; pero muchos permanecieron con su trazado irregular hasta el presente (Guanajuato).

1. El modelo linear

Se dio en las poblaciones de desarrollo espontáneo que aparecieron sobre los caminos o en los pueblos de indios. En las ciudades importantes nunca se aplicó. Quizás ninguno de los poblados que caben dentro de este modelo fue fundado formalmente (caso Baracoa).

2. El modelo radial

No fue aplicado en ninguna ciudad de importancia. En las poblaciones de este tipo se observa una acción planeada para buscar el paralelismo en las calles horizontales; a raíz de la creciente apertura de los radios con respecto al centro las manzanas son trapezoidales (Nacimiento).

3. Aglomeraciones sin esquema definido

No se ajustan a forma alguna. En ciertos casos se da una tendencia hacia el trazado regular o el linear. En este tipo no hubo ciudades de importancia y ninguna parece haber sido planeada (Río Tinto).²⁵

Los esquemas urbanísticos aplicados por los españoles a principios del siglo XVI se mantuvieron casi sin cambios notables por espacio de tres siglos.

IV. CONCLUSIÓN

En Hispanoamérica los centros urbanos ocuparon un papel primordial desde los inicios de la conquista. Se convirtieron en la vanguardia para la penetración en los territorios y en instrumentos de defensa de primer orden para los conquistadores.

En la etapa de exploración o conquista fueron creados tres clases de asentamientos: las “fortalezas” o factorías fortificadas, los centros de conquista y las ciudades propiamente dichas.

La fundación de los centros urbanos dependió de las necesidades de ocupación y dominación, de la facilidad para establecer conexión con España, de los asentamientos indígenas y de los hallazgos de metales preciosos. Por eso no es casual que estuvieran localizados cerca a las costas, a las zonas densamente pobladas o a las minas.

A medida que avanzó la colonización, la red urbana se extendió concentrando siempre las principales funciones económicas, políticas, militares o eclesiásticas. Los núcleos urbanos fueron el centro del poder en la época colonial.

Fueron también el epicentro de la creación de una sociedad mestiza, donde las mezclas etno-raciales, socio-culturales y económicas produjeron urbes dominadas por el sincretismo.

En las ciudades, villas, aldeas o lugares de Hispanoamérica se concentró la estratificación social que sirvió de base a la explotación y dominación o a la discriminación originada en la procedencia étnica, en la coloración de la piel, en los títulos nobiliarios o en el poder económico.



Antigua Aduana de Barranquilla.

Barranquilla hizo parte de este proceso, aunque fue siempre mucho más abierta que otras poblaciones colombianas debido a la mezcla etno-cultural que desde bien temprano sucedió en su interior y al hecho de que allí no se configuraron férreas estructuras institucionales que propiciaran la discriminación, como sucedió en otros lugares del Caribe colombiano y de todo el país.

Centros del poder, crisol cultural y etno-racial, nervios de la estratificación y diferenciación social, las ciudades, las villas, los sitios o lugares coloniales fueron y siguen siendo el mejor legado histórico de España en América. Y, quizás, también el peor.■

NOTAS

¹ José Agustín Blanco Barros, *El norte de Tierradentro y los orígenes de Barranquilla*, Banco de la República, Bogotá, 1987.

² A este respecto ver, a título de ejemplo, las ideas de Domingo Malabet acerca de la supuesta fundación de la ciudad por unos indígenas galaperos, en: José Ramón Vergara y Fernando Baena, *Barranquilla, su pasado y su presente*, Banco Dugand, Barranquilla, 1922, p. 64 y ss.

³ Ramón Manrique, *Barranquilla y su gente*, Editorial del Norte, Barranquilla, 1943, pp. 17-22.

⁴ José Agustín Blanco Barros, *El norte de Tierradentro y los orígenes de Barranquilla*, op. cit., pp. 253 y ss.

⁵ Theodore E. Nichols, *Tres puertos de Colombia*, Banco Popular, Bogotá, 1973, pp. 95-107.

⁶ Luis González y González, *Invitación a la microhistoria*, Sepsetentas, México, D.F., 1973.

⁷ John Lynch, *América Latina, entre colonia y nación*, Editorial Crítica, Barcelona, España, 2001, p. 27 y ss.

⁸ Jacques Lafaye, *Los conquistadores: figuras y escrituras*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999, pp. 34-35.

⁹ François Chevalier, *América Latina, de la independencia a nuestros días*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999, p. 327.

¹⁰ Richard M. Morse, "Introducción a la historia urbana de Hispanoamérica"; en: Francisco de Solano (coord.), *Estudios sobre la ciudad iberoamericana*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas - Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo", Madrid, España, 1975, pp. 20-36.

¹¹ Op. cit., 32.

¹² Demetrio Ramos Pérez, "La doble fundación de las ciudades y las 'Huestes'"; en: Francisco de Solano (coord.), *Estudios sobre la ciudad Iberoamericana*, op. cit., p. 116.

¹³ José María Ots Capdequí, *El Estado español en las Indias*, El Colegio de México, México, 1941, p. 20.

¹⁴ Francisco de Solano, "Urbanización y municipalización de la población indígena"; en: Francisco de Solano (coord.), *Estudios sobre la ciudad Iberoamericana*, op. cit., p. 254.

¹⁵ José Luis Romero: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Siglo XXI Editores, México, 1976, p. 61 y ss.

¹⁶ Bernardo Vargas Machuca, *Milicia y descripción de las Indias*, Madrid, 1599. Citado por Gabriel Guarda, "Tres reflexiones en torno a la fundación de la ciudad Indiana"; en: Francisco de Solano (coord.), *Estudios sobre la ciudad Iberoamericana*, op. cit., pp. 89-106.

¹⁷ Gabriel Guarda, "Tres reflexiones en torno a la fundación de la ciudad Indiana", op. cit., pp. 97-101.

¹⁸ Richard Schaedel, "El tema central del estudio antropológico de las ciudades Hispanoamericanas"; en: Francisco de Solano (coord.), *Estudios sobre la ciudad Iberoamericana*, op. cit., pp. 54-86.

¹⁹ Carmen Aranovich, "Notas sobre urbanización colonial en la América portuguesa"; en: Francisco de Solano (coord.), op. cit., pp. 384-386.

²⁰ Emilia Viotti Da Costa, "Urbanización en el Brasil del siglo XIX"; en: Francisco de Solano (coord.), op. cit., pp. 400-405.

²¹ Carmen Bernard y Serge Gruzinski, *Historia del Nuevo Mundo*, Tomo II, *Los mestizajes 1550-1640*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999, *passim*.

²² Jorge E. Hardoy, "La forma de las ciudades coloniales en la América española"; en: Francisco de Solano (coord.), op. cit., pp. 316-317.

²³ Op. cit., p. 318.

²⁴ Op. cit., pp. 318-319.

²⁵ Jorge E. Hardoy, "La forma de las ciudades coloniales en la América española", op. cit., pp. 319-322.

El Museo del Caribe y la construcción de la región

Carmen Arévalo Correa*

Fotos, archivo del Museo.

PRESENTACIÓN

El conocimiento generado alrededor de la región Caribe colombiana en universidades y centros de investigación en los últimos 30 años, y su divulgación, aunque restringida a los círculos académicos, ha sido un factor determinante en el proceso de construcción de la identidad regional, permitiendo tener una comprensión más profunda de los fenómenos que han marcado nuestra historia, rescatando del olvido y dándole nuevos significados a muchas manifestaciones de la cultura regional y ofreciendo soportes más sólidos para la formulación de las reivindicaciones regionales y la mitigación de las desigualdades ante el Gobierno central.

La divulgación y apropiación social de este conocimiento por amplios sectores de la población del Caribe ha sido, sin embargo, muy



limitada. Es por ello que surge la iniciativa, hace ya más de diez años, de construir un espacio donde ese conocimiento pudiera ser puesto a disposición de toda la comunidad de manera muy atractiva aunque rigurosa; que sirviera de “puente” entre la academia y el resto de la sociedad. La apertura del Museo del Caribe, en el año 2009, viene a llenar ese vacío, convirtiéndolo en un hito muy destacado dentro de ese proceso de construcción de la identidad Caribe.

El presente documento sustenta esta afirmación mostrando los vínculos entre ambos procesos; articulando el de la concepción y posterior materialización del Museo del Caribe con el de la Región Caribe. En este sentido, se ha recurrido a una revisión rápida

de varios de los trabajos sobre estos temas, que de un tiempo a esta parte han realizado un buen número de investigadores de la región y de fuera de ella: Alfonso Múnera, Gustavo Bell, Eduardo Posada, Alberto Abello, Adelaida Sourdis y Peter Wade, entre otros.

* Arquitecta, Universidad del Atlántico. Planificadora urbana, Universidad de Harvard. Directora del Parque Cultural del Caribe.



Parque Cultural del Caribe.

INTRODUCCIÓN

Seguramente, cuando, en abril de 2009, abrió sus puertas en Barranquilla el Museo del Caribe, muy pocas personas identificaron este acontecimiento como un hito trascendental en el largo proceso de construcción de la región Caribe colombiana y alcanzaron a vislumbrarlo como la herramienta más eficaz para la apropiación social del conocimiento generado en y sobre la región en los últimos 30 años.

Para esa fecha, habían pasado más de diez años desde cuando el entonces vicepresidente de la república, Gustavo Bell, convocó a un grupo de líderes gremiales y políticos de la región, para presentarles su idea de emprender un proyecto donde se pudiera mostrar la historia, la diversidad cultural y la riqueza ambiental de la región, y que también le diera la oportunidad a sus habitantes reconocerse en estas manifestaciones y, a partir de allí, construir bases más sólidas para su proyección hacia el futuro; en otras palabras, fortalecer su identidad como grupo social con características comunes producto de un entorno geográfico particular.

En este sentido, una frase inspiradora del antropólogo y gran investigador de la región Gerardo Reichel-Dolmatoff, citada reiterativamente por Bell, es la que le da soporte conceptual a todo el proyecto.

“Es necesario detenerse, aunque sea brevemente, para interrogar: ¿de dónde salí?, ¿cuál ha sido mi bagaje cultural?, de todo lo que traje conmigo, ¿qué, a la larga, tuvo un valor permanente, y, en realidad qué dejé atrás y qué es ahora lo que me impulsa hacia adelante?”¹

Ahora bien, ¿por qué un proyecto de esta naturaleza surge de la región Caribe colombiana y no de ninguna de las otras regiones que integran la geografía nacional? O ¿por qué, tanto el entonces vicepresidente, como quienes desde el principio apoyaron de manera entusiasta la iniciativa, coincidieron en la necesidad de reconstruir y fortalecer la identidad regional? O ¿por qué una vez abierto el Museo se le identifica como un hito destacado en el proceso de construcción de la región Caribe?

Una revisión rápida a este proceso de construcción identitaria permitirá aproximarse a las respuestas a estos interrogantes.

MANIFESTACIONES TEMPRANAS DEL “REGIONALISMO” Y DE PERCEPCIONES DE LA “IDENTIDAD REGIONAL”

Muy temprano en la vida republicana, esta parte del territorio nacional tiene presencia definida. En una carta del general Nieto a Santander en 1835, citada por varios investigadores¹, se hace referencia a la “Costa” y la contraposición de sus intereses con los del “Interior.” La referencia a la “Costa” no sólo tenía que ver con las unidades político- administrativas que la conformaban (Cartagena, Mompo, Santa Marta y Riohacha, en ese momento) sino también con un territorio geográfico determinado: las tierras planas de la llanura Caribe, claramente diferenciadas de los Andes, y el dominio de su frontera externa por el mar Caribe. También esa percepción de la “Costa” estaba referida a aspectos humanos y culturales: población altamente mestiza con proporciones significativas de indios y negros.

Estos aspectos geográficos y humanos que van caracterizando la región, llevan también a unas



definiciones iniciales de la “identidad regional” versus la “identidad nacional” en incipiente proceso de construcción.

Desde principios del siglo XIX, Francisco José de Caldas sostenía que la civilización sólo era posible en zonas templadas —los Andes en este caso— y no en las tierras cálidas que además estaban pobladas por tribus de salvajes y bárbaros. Más adelante José María Samper le agregaría a esta percepción el criterio de raza, afirmando que, en zonas diferentes al altiplano, también era posible la civilización pero únicamente donde existiera la raza blanca¹. Así, la “Costa”, conformada mayoritariamente por terrenos bajos y cálidos, con una población mestiza donde predominaban los aportes negros e indígenas, era vista como una región inculta y bárbara donde no era posible la civilización. De esta forma, en la medida que la Costa se identificaba con el salvajismo, los círculos políticos e intelectuales del Interior, enfrentados a la definición de la identidad nacional, se auto-reconocían como portadores de los valores civilizadores de la nación. Como lo señala Peter Wade, “el interior del país, especialmente en sus centros urbanos, era el centro del poder, la riqueza, ‘la civilización’ y la blancura”¹.

Las tensiones entre ese territorio —ya identificado como la Costa— y el Interior, y las manifestaciones de “regionalismo”, serán una constante a lo largo de la historia nacional hasta nuestros días. Baste señalar movimientos tales como la Sociedad de Representantes de la Costa, creada en 1874 para apoyar la primera candidatura de Núñez a la presidencia, o la Liga Costeña de 1919, ó la candidatura de Evaristo Sourdis en 1970, o la convocatoria de los Foros de la Costa desde los inicios de la década de los 80, o la más reciente manifestación del espíritu regional en la Asamblea Nacional Constituyente de 1991, cuando los representantes de la Costa impulsaron la adopción de la región como instrumento reordenador del territorio nacional, y en noviembre del 2007, luego de un lapso de más de 15 años, la firma del Compromiso Caribe, en Barranquilla.

Se podría afirmar, sin embargo, que casi todas estas manifestaciones del regionalismo costeño, sobre todo hasta los años

70, no dejan de ser desarticuladas, más o menos ambiguas y de corta vida. La razón de ello parece estar en la falta de una tradición literaria —escrita— de cierto peso en la región, según el pensar de varios autores¹, quienes señalan que es precisamente el predominio de la tradición oral sobre la escrita lo que habría contribuido a la débil formación de una comunidad consciente de su propia identidad.

Sólo desde la década de los 50 es posible identificar esfuerzos sistemáticos desde las más variadas perspectivas —las ciencias sociales, las humanidades, las artes— de construir intelectualmente la región y de imprimirle a la Costa una tradición escrita. A partir de los años 70, este movimiento adquiere una dinámica extraordinaria, al punto que hoy día, como lo afirma A. Abello en varios de sus escritos, la Costa Caribe es la región más estudiada del país. Es precisamente esa dinámica la que da origen a otras iniciativas regionales de carácter técnico, académico o cultural que comienzan a darle mayor contenido y sustento a las reivindicaciones regionales y van a permitir retomar el proceso de construcción de la identidad regional, esta vez desde la región misma, destacando, al mismo tiempo, su contribución a la construcción de la “identidad nacional”.

Como parte de este proceso, se destaca aquí la creación de instituciones tales como el Sistema Integrado de Planificación Regional, Sipur, en 1976, y que más adelante se transformaría en el Corpes, Corelca, Telecaribe, y en los años 90, centros de investigación de carácter regional como el Observatorio del Caribe en Cartagena y Fundesarrollo en Barranquilla, y la circulación de una serie de publicaciones periódicas —*Huellas y Aguaita*, entre otras— con el objetivo de divulgar ese conocimiento sobre la región ya mencionado.

CONSTRUCCIÓN DE LA REGIÓN Y EL MUSEO DEL CARIBE

Es en este punto donde se puede hacer el enlace entre el proceso de construcción de la región —de esa comunidad imaginada que constituye su identidad— y la gestación y materialización del Museo del Caribe. No es gratuito que la iniciativa de



ofrecerle a la región un museo de identidad proveniente de Gustavo Bell, quien hacía parte del notorio grupo de intelectuales y académicos que, desde la década del 70, impulsaron la generación y divulgación del conocimiento regional al que se hacía referencia en párrafos anteriores.

Hacia el año 1999, se inician las primeras discusiones de lo que sería el Museo del Caribe, entre un amplio grupo de académicos de la región. En el marco de estas discusiones se trazan las primeras líneas conceptuales de lo que debería ser el proyecto Parque Cultural del Caribe, una institución moderna de divulgación y de fomento de la apropiación social de los saberes científicos y culturales; un complejo cultural cuyo eje sería un museo regional. Igualmente, se identificaron los ejes temáticos a partir de los cuales se representaría la región en dicho museo: medio ambiente, historia y cultura.

Más adelante, hacia el año 2000, 58 investigadores de la región Caribe y el país, convocados por el Museo, escribieron un número igual de artículos especializados en las áreas de antropología, cultura, medio ambiente, economía e historia. A partir de estos artículos, se estructuró un pre-guión que fue sometido a discusión con instituciones de investigación y con algunas universidades públicas y privadas de los ocho departamentos del Caribe colombiano, a través de conversatorios y talleres. Estos espacios, donde participaron investigadores, académicos, gestores culturales y portadores de la tradición, se convirtieron en el escenario ideal para iniciar una reflexión colectiva alrededor del Caribe colombiano, y dar lugar a una de las primeras instituciones que lograría articular una información integral y actualizada de la región.

El enfoque con el que se empezó a trabajar el guión permitió que la creatividad de la literatura y las artes, los discursos científicos, los relatos, las leyendas, los mitos y el saber popular, se integraran de manera coherente y armónica para hacer posible una representación muy contemporánea de la región en el Museo del Caribe.

Toda esta fase del proceso: investigación, consultas, procesamiento y preparación del guión de contenidos del Museo, llevó cerca de seis años. En paralelo, se inició la búsqueda del “cómo” poner en escena el guión de un museo que no tenía ni piezas, ni colecciones, pero contaba con extenso conocimiento de la región, debidamente elaborado y sistematizado y que buscaba las formas más efectivas de divulgar este conocimiento, nuevas formas de apropiarse de las realidades patrimoniales e identitarias del Caribe colombiano.

El gran reto aquí fue como representar museográficamente este conocimiento de manera que no sólo respondiera a las exigencias de la sociedad contemporánea, marcada por los flujos intensos de la información, por la integración entre lo global y lo local, sino, también, que fuera capaz de articular la cultura viva, la práctica del presente, con el patrimonio cultural y con el proyecto de cultura de la región.

Tal vez el referente más próximo para esa búsqueda se tenía en la imagen de los museos en la era de la información propuesta por Manuel Castells en una conferencia dictada en 2002. Estos museos, según Castells, deberían ser “...capaces de sintetizar arte, experiencia humana y tecnología, (...) de estar abiertos a la sociedad, (...) que no sean solamente archivos, sino instituciones educativas y participativas; museos que estén anclados en una identidad histórica específica, pero



abiertos hacia la multiculturalidad presente y futura; museos que junto con otras instituciones culturales, puedan convertirse, no sólo en depositarios del patrimonio, sino en lugares de experimentación e innovación cultural”.

La respuesta más adecuada a esas expectativas se logró con la propuesta conceptual y museográfica de un museógrafo brasileño, Marcello Dantas, en el 2006, desarrollada y producida más adelante por un grupo de profesionales, casi todos originarios de la región bajo los lineamientos y la dirección del museógrafo mencionado.

Ante la admiración de propios y extraños generada por el Museo del Caribe y el interés de otras regiones del país por contar con espacios similares para representar esas múltiples identidades, cuya sumatoria e interrelaciones contribuyen permanentemente a la construcción de algo tan diverso y complejo como “la Identidad Nacional,” cito aquí un aparte de la columna titulada “Orgullo Caribe”, escrita por Mauricio Reina en *Portafolio*, donde se refiere a “la mayor sorpresa” que le produjo su visita al Museo del Caribe:

“Pero hay una sorpresa aún mayor, la de ver la manera amorosa como [el museo] le entrega a su gente sus raíces, en un ritual maravilloso que debería repetirse en todos los rincones del país a ver si algún día deja de estar pegado con babas”¹. ■



NOTAS

¹ Reichel-Dolmatoff, Gerardo, *Pasado arqueológico: legado y desafío*, Caribe Colombia, Fondo FEM Colombia.

² Bell, 1993.

³ Bell, 2006.

⁴ Wade, 2002.

⁵ Adrian Hastings, Raymond Williams, citados por E. Posada, 1999.

⁶ Mauricio Reina, *Portafolio*, 8 de mayo, 2009.

BIBLIOGRAFÍA

Bell, Gustavo, ed., *Juan José Nieto. Selección de textos políticos, geográficos e históricos*, Barranquilla, 1993.

Posada Carbó, Eduardo, “El regionalismo político en la Costa Caribe de Colombia”, *Revista Aguaita*, No. 1, marzo 1999, Cartagena de Indias.

Reina, Mauricio, “Orgullo Caribe”, *Portafolio*, 8 de mayo, 2009.

Wade, Peter, *Música, raza y nación, música tropical en Colombia*, Vicepresidencia de la República de Colombia, 2002.

Mudéjar y neonazarí: dos historias y la evocación de una musa común en el Caribe colombiano

Martha Lizcano Angarita*
Karen David Daccarett**

1. NOTA INTRODUCTORIA

En el Caribe colombiano y buena parte del continente, la arquitectura mudéjar tuvo un acento preponderante en la época colonial. España —heredera de al-Ándalus— llegó saturada de técnicas constructivas y de soluciones urbanísticas, bioclimáticas, espaciales y estéticas, de su extenso pasado musulmán¹. Por su parte, la que identificaremos como arquitectura neonazarí en nuestro medio, fue realmente el calco de un *revival* islámico inserto en el contexto de la arquitectura republicana de comienzos del siglo XX. Estas arquitecturas



Iglesia de la Merced (Potosí, s. XVII).



Iglesia de Santa Bárbara (Mompo, s. XVIII).

* Martha Lizcano Angarita es Ph. D. en Historia, con especialidad en Historia de la Cultura, por la Academia Rumana. Especialista en Conservación y Restauración del Patrimonio, Instituto de Arquitectura Ion Mincu, Bucarest (Rumanía). Master of Arts in History, Universidad de Bucarest (Rumanía). Profesora e investigadora de la Universidad del Norte, profesora de la Universidad del Atlántico y de la Universidad Simón Bolívar.

** Administradora de Empresas y diplomada en Historia del Arte, por la Universidad del Norte. Experta en Arte Islámico y Mudéjar, investigadora independiente y correctora de estilo. Curadora de la exposición itinerante El arte del nácar en Palestina.

fueron dos momentos distantes en el tiempo, así como en sus motivaciones, aplicaciones y solicitantes, pero depositarias de un referente común: la España musulmana.

Como sabemos, la historia de los árabes en la Península Ibérica fue una prolongación de la civilización islámica a Occidente, y abarca según los más ortodoxos desde el año 711 hasta 1492. Más adelante, la Europa decimonónica alimentó su romanticismo con fórmulas orientalistas —sobre todo con las andalusíes—, y América como receptora de su cultura no fue ajena a los resultados de ese exotismo.

Es pertinente resaltar, entonces, una identidad iberoamericana no ajena al legado árabe, visible en nuestra memoria arquitectónica, sobre todo en los elementos constructivos que definió el mudéjar como, por ejemplo, los artesonados y alfarjes², herencia quizá no consciente en el observador desprevenido; en tanto que nuestra segunda

historia, la del neonazarí³ en América, sí se asimiló en la conciencia colectiva como el estereotipo de “lo árabe”; esto último no debe confundirnos al

momento de enunciar su origen, pues es ajeno a la migración de sirios, libaneses y palestinos, de finales del siglo XIX y buena parte del siglo XX⁴.

2. SOBRE LA SEGUNDA HISTORIA: APUNTES BIBLIOGRÁFICOS

La Cumbre América del Sur - Países Árabes (2005) produjo el libro *Amrik* y una muestra de trabajos que reunió a veintitrés fotógrafos de diez países suramericanos, que, por medio de sus lentes y sensibilidades, demuestran la influencia árabe en diversos campos y manifestaciones. La agrupación de las imágenes expuestas omitió una breve distinción histórica sobre la llegada, a comienzos del siglo XX, de las formas “moriscas”⁵ resultantes de un proceso cultural europeo del siglo XIX; y la lectura desprevenida de las fotografías podría conectarse casi atávicamente a la migración árabe antes referenciada.

Para conocer la compleja historia que hizo posible nuestras “alhambras americanas”, citemos ahora algunos profundos estudios peninsulares como los del neóarabe en México (década de 1960),

de Antonio Bonet Correa; *El palacio encantado: la Alhambra en el arte británico* (1989), de Tonia Raquejo; *Europa islámica* (1991), de Pedro Martínez Montávez y Carmen Ruiz Bravo-Villasante; la muy acertada compilación de artículos de la obra *La imagen romántica del legado andalusí* (1995); *Neomudéjar versus neomusulmán: definición y concepto del medievalismo islámico en España* (1999), de José Manuel Rodríguez Domingo, y *Alhambras americanas: memorias de una fascinación* (2001), de Rodrigo Gutiérrez Viñuales, entre otros.

Nuestra literatura, a su vez, hace una débil alusión a la llamada arquitectura “morisca” del Caribe colombiano, y van apareciendo las siguientes anotaciones: *Quizás una de las expresiones arquitectónicas más heterogéneas y graciosamente entremezcladas está en el barrio Manga en Cartagena, en donde aparecen las más diversas influencias y superposiciones de estilos tradicionales y creaciones locales*; con esta nota acompaña la *Historia del Arte Colombiano* las fotos correspondientes a unas elegidas viviendas que trataremos en este estudio. Por otra parte, el libro conmemorativo titulado *El Prado: una dorada tradición* nos advierte sobre el resurgimiento *similar al Patio de los Leones de la Alhambra con todo el estilo y el embrujo de la España mozárabe [...], el Patio Andaluz*⁷. En el álbum sobre la plaza de toros de Cartagena de Indias, se describe su antecesora, la plaza de toros La Serrezuela (1929), señalando que *unas fotografías del Palacio Moro de la Alhambra [...] decidieron que su diseño, ornamentación y decorado fueran estilo mudéjar*⁸. En una investigación más reciente, se resalta que pasaron por Barranquilla detalles ornamentales



Castillo de Sammezzano en la Toscana (1853-1873).



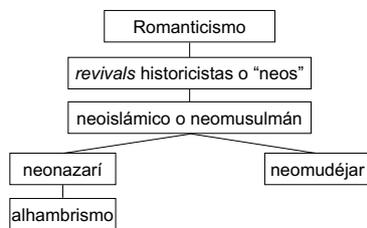
Club Español de Buenos Aires (1912).

moriscos⁹. Esa misma publicación, destaca al Teatro Emiliano (1892) como un espléndido edificio de estilo árabe¹⁰.

3. LA GÉNESIS DE UN REVIVAL

Desde finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, se genera un movimiento artístico y literario como expresión de las tensiones espirituales provocadas por el cambio de sistema y la instauración del nuevo orden burgués: el Romanticismo. El hombre romántico—viajero por definición— va en busca de su propio interior, de confines insólitos o del pasado histórico, acorde con la aventura casi obligada de su sensibilidad; para ello, encuentra fuentes de inspiración en arquitecturas remotas¹¹ pero, en ocasiones, sólo cruzando los Pirineos, pues en España se juntaban los ingredientes fundamentales: otro tiempo, otro ritmo y una arquitectura refinada y sensual, en apariencia frágil, que desafiaba la del resto de Europa. España respondía, por tanto, a las búsquedas decimonónicas, pues *lo oriental y lo medieval*—como puntualiza Mauricio Pastor Muñoz— permanecían latentes en ella, entrelazados por su historia y muy cercanos para la provisión de escenarios idealizados por los románticos europeos.

El rico pasado artístico de la Europa cristiana se convirtió también en modelo, y es por eso que algunos especialistas la reconocen como



América = calcos de los "neos"

una época de confusión estilística desorientada y entusiasta. Sobre el particular, Richards y Casson¹² retratan magistralmente lo sucedido en la Europa decimonónica de la siguiente manera: «el gótico pintoresco, el grecorromano clásico, el estilo eclesiástico apuntado

y el jacobita comercial recorrieron Europa cual ejércitos invasores, dejando desperdigados por los campos de batalla restos arquitectónicos de todas las formas, tamaños, colores y estilos. Mucho de ello se recogió y se exportó con pasión al Nuevo Mundo, para enriquecer y abultar el lenguaje vernáculo americano, de rascacielos y graneros. [...]. Los estilos no se elegían por moda, sino por sus propiedades de asociación. Los estilos históricos se reconocían fácilmente, eran espectaculares y se entendían sin esfuerzo. El romano para la justicia, el gótico para la enseñanza, el griego para la administración, el veneciano para el comercio, el oriental para el entretenimiento, el hanseático para la vivienda. Cada edificio contaba una historia y afirmaba una moral».

El mencionado estilo “oriental” en nuestro medio—asociado a la arquitectura del entretenimiento, esparcimiento, distensión, recreo o deleite— es el quid de nuestra segunda historia; sus referencias, sus formas de nombrarlo y, sobre todo, la necesidad de poner a circular el vocabulario inherente a él, a sabiendas de que es un calco de un *revival*

del historicismo, enriquecen el tema en tanto nos obligan a reconsiderar el legado andalusí como la provocadora inspiración de nuestras dos historias. Surge, entonces, la necesidad de utilizar una expresión más precisa—y en sintonía con los estudios peninsulares— que la de arquitectura “morisca”, “árabe”, “oriental” o “mozárabe” para nuestros casos de comienzos del siglo XX, en Cartagena y Barranquilla, y esa designación es *arquitectura neonazari*.

¿Por qué el calco en América de un *revival* del historicismo? La época romántica en Europa,



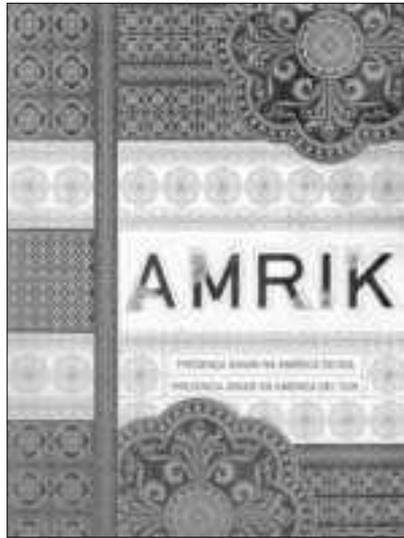
Cartagena de Indias.



Barranquilla.

opuesta a la corriente clasicista y abierta a la introducción de materiales constructivos resultantes de la Revolución industrial, fabrica¹³ nuevos códigos para traducir los estilos del pasado, o sea de su Medioevo, y esos historicismos o “neos” convierten formas de otrora en neobizantino, neogótico, neomusulmán (por evocar al arte islámico o musulmán), neobarroco, etc. En ocasiones, el neomusulmán toma su inspiración de la redescubierta estética del período nazarí o de su emblemática construcción, la Alhambra, originando el neonazarí (para los casos más amplios) y el alhambrismo¹⁴ o arquitectura alhambrista (para los casos más específicos), expresiones acuñadas por Pedro Navascués Palacio. En otras oportunidades, el neomusulmán prefirió las posibilidades estructurales mudéjares y el uso del ladrillo en la ornamentación para la edificación de plazas de toros, llegando a constituir el neomudéjar¹⁵.

A nuestro continente van llegando desfasadas aquellas arquitecturas que se realizaron en las antiguas metrópolis del Viejo Mundo, y el paisaje urbano dibuja copias de esos *revivals*, pero recordemos que ninguno fue desarrollado a partir de un modelo propio, porque como bien asegura Ramón Gutiérrez en *América el espíritu «romántico» y «nacional» europeo no podía calar más que de una forma superficial ya que su «estado de ánimo» cultural le era conceptualmente ajeno*¹⁶.

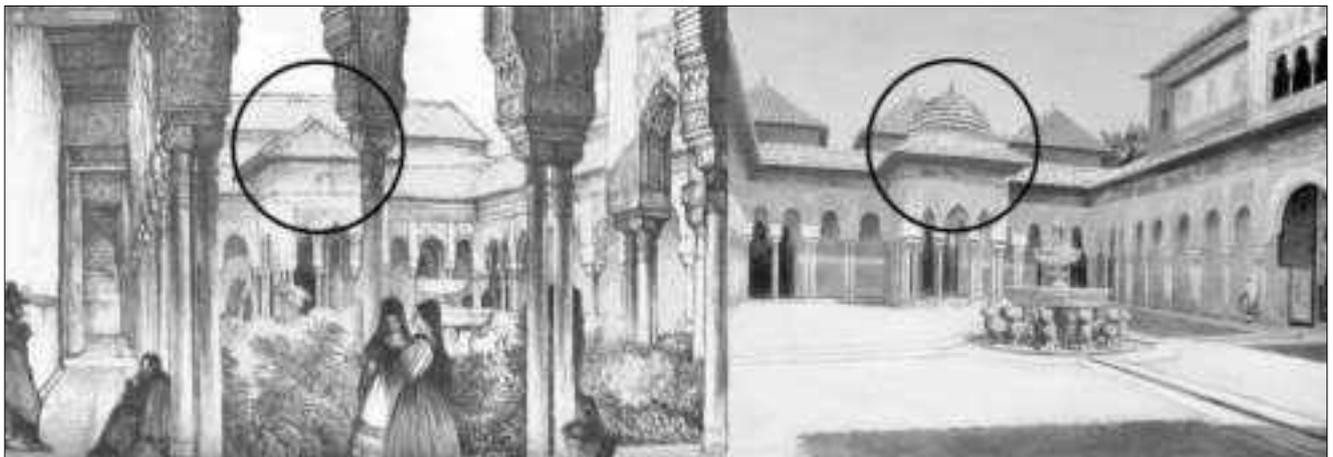


4. ENTRE EL HITO Y EL MITO: EL PERIPLO DE LA ALHAMBRA

Varios momentos en la vida de la ciudad palatina incidieron en su conservación y en la consolidación de su imagen para propios y ajenos. La primera edición (1832) de *Los cuentos de la Alhambra*, de Washington Irving, fue de inmediato traducida a muchas lenguas y atrajo a Granada peregrinos de todas las latitudes¹⁷ que fueron plasmando en grabados y escritos la magia del viejo alcázar. Los cuentos de Irving nos develan una Alhambra habitada por gente modesta que,

en la pluma del viajero norteamericano, protagonizaba emotivos y poéticos relatos, resucitando en el imaginario del lector la espléndida arquitectura del edificio.

Cinco años después de la obra de Irving, una comisión del Museo de Versalles¹⁸, a tono con los intereses coleccionistas de la época, reprodujo los relieves de escayola de los muros de la Alhambra para su exhibición en Francia. De ahí, surgió el interés de los artesanos granadinos por la técnica para reponer las piezas faltantes en las estancias del conjunto, producto del desmantelamiento. Asimismo, se desarrolló una importante manufactura de estas piezas para su venta como recuerdo, y se iniciaron las llamadas «restauraciones con criterio romántico»¹⁹ que modificaron los interiores e incluso el aspecto de algunos sectores del complejo.



Grabado del s. XIX que ilustra la cubierta piramidal original del pabellón este del Patio de los Leones.

Acuarela del Patio de los Leones (Eduardo González Jiménez, pintor orientalista de la escuela española).

La familia de arquitectos Contreras —durante tres generaciones, encabezadas por José, Rafael y Mariano— estuvo al cuidado de la Alhambra, pero al mismo tiempo la alteraron con formas antojadizas, coloristas y distantes del exquisito estilo nazarí, pretendiendo llamar aún más la atención de los viajeros románticos. Rafael Contreras se hizo famoso en toda Europa por las lucrativas reproducciones —al estilo de la Alhambra— de gabinetes y patios “árabes” tan del gusto de nobles y burgueses de la época. Nombrado Restaurador Adornista de la Alhambra en 1847, y su Director y Conservador en 1869, fue el responsable de construir en 1859 —en el pabellón este del Patio de los Leones— la popular cúpula recubierta de tejas vidriadas de colores y rodeada por almenillas, que desdibujaba el templete original. Esta alteración quedó plasmada en numerosos documentos gráficos, y fue el sitio predilecto para las evocaciones orientales, el modelo a seguir por arquitectos del mundo²⁰. Y Barranquilla, no fue la excepción...

En pleno siglo XX, el arquitecto y arqueólogo Leopoldo Torres Balbás, designado Arquitecto Conservador del Conjunto Monumental de la Alhambra y el Generalife, entre 1923 y 1936, se dio a la tarea de devolverle gran parte de la fisonomía original a



la Alhambra y termina con las intervenciones destructivas de otros tiempos. Él fue quien desmontó, en 1934, la caprichosa cúpula de Contreras, a pesar del descontento de los granadinos, y devolvió la cubierta piramidal que hoy apreciamos en dicho pabellón del Patio de los Leones.

Si regresamos a la segunda mitad del siglo XIX, advertimos que la historiografía del arte español reconoció y aquilató su bagaje artístico islámico a partir de la mirada del otro. Historiadores y diseñadores anglosajones, franceses y alemanes descubrieron con admiración la España musulmana. Los rigurosos trabajos del arquitecto Owen Jones²¹ —publicados durante la década de 1840 y en 1856— son los que ofrecen al Modernismo inglés y europeo el potencial de la ornamentación oriental llevada al clímax de su refinamiento en la Alhambra. A través de planchas, estampados en papel y vaciados a escala de las yeserías, Jones finalmente despeja aquella imagen fantásica del conjunto monumental que se había forjado el imaginario decimonónico, a partir de las ensoñaciones que hacían en torno al alcázar nazarí viajeros, poetas, novelistas, pintores, etc.

No podemos dejar de anotar que fue esa misma Alhambra la que se convirtió en el estandarte del modelo nacional arquitectónico para España, la que la identificó y ayudó a formar su imagen más representativa. En *Los códigos de utopía de la Alhambra de Granada*, José Miguel Puerta Vilchez afirma: «La Alhambra ha sido y sigue siendo definida como obra culmen, en el sentido de resumen final y brillante de toda una trayectoria artística del Occidente islámico»²².

5. ARQUITECTURA NEONAZARÍ EN CARTAGENA DE INDIAS

Los primeros ejemplos de tardío romanticismo historicista desarrollados por el imaginario caribeño, surgieron en los albores del siglo XX. El barrio de Manga produjo los más tempranos calcos de la arquitectura neonazarí. En ocasiones, los diseños se tomaban de postales europeas, revistas, catálogos o fotografías que reproducían la Alhambra o los pabellones españoles en las exposiciones universales; y no sería extraño que muchas familias de la burguesía criolla se inspirasen incluso en algún viaje a otros países de América, pues desde EE.UU. hasta Argentina se cuentan los modelos.

La arquitectura neonazarí ofreció exóticas soluciones decorativas en la ambientación de los espacios, y la introducción de técnicas y materiales permitió el despliegue de fórmulas a bajo costo. De

ahí que encontremos casas, patios interiores o, simplemente, fachadas evocadoras de las características neonazaríes. Al ser un calco este tipo de construcciones en nuestro medio, se producen imprecisiones en la adaptación de los motivos epigráficos y en la continuidad de los arabescos geométricos y florales. Asimismo, el agua cumple sobre todo una función decorativa²³ (fuentes) y, por otra parte, los valores de liviandad²⁴ se consiguen por imitación sin tener en cuenta lo que ello implicaba en el arte nazarí. Otra prueba más de que el modelo no pasó por el espíritu originario del arte islámico, es la carencia en la búsqueda de una arquitectura oculta²⁵, pues la decoración de algunas de estas casas rebosa los muros exteriores.

Hagamos, ahora, un análisis crítico de las edificaciones neonazaríes más representativas de Cartagena, y aprovechemos para subrayar sus elementos trasladados al Caribe colombiano. La más documentada de nuestras alhambras es la casa Román. Fue construida en su mayor parte hacia 1920 por el catalán Alfredo Badenes Moll; su propietario, Henrike Román del Castillo, continuó agregándole elementos de rai-gambre islámica hasta 1931, con la ayuda del albañil Roberto Arteaga.

El repertorio *revivalista* de dicha vivienda incluye arcos de herradura, tumbados, rebajados, mixtilíneos y de estalactitas. Los azulejos que revisten las fuentes, las bancas y los zócalos revelan el gusto por el color y la profusión. La casa se eleva en capiteles de mocárabes, mientras la recorren inacabables cintas de caligrafía árabe, de atauriques y de figuras geométricas. Los calados y las yeserías en las albanegas de los



Yesería, casa familia Vélez Pombo, y casa Román, Cartagena de Indias.



Mirador de Daraxa (Alhambra) y ambiente en la casa Román inspirado en el mirador.



Vidrieras de celosía, casa Román.



Casa Covo, Cartagena de Indias, 1931.

diferentes arcos, reafirman el estilo neonazari. Además, observamos unos arcos gemelos que dan luz a la biblioteca, inspirados en los del mirador de Daraxa, de la Alhambra. El vocabulario neonazari lo perfeccionan las almenas, las ventanas arqueadas con parteluz y las vidrieras de celosía. Estas últimas tienen el encanto de acentuar la penumbra, convirtiendo la luz en un complemento decorativo fundamental creador de volúmenes, como en el arte islámico.

El encargo de la construcción del siguiente ejemplo, la casa Covo, se la debemos a Víctor Manuel Covo y a su esposa Josefina Tono. Fue edificada en 1931 también por Badenes. Entre las características islámicas que la adornan, prevalece la luz cumpliendo su antiguo papel ornamental al reflejarse en el purísimo encajado de la fachada y en el pretil de almenas. Esta vivienda del barrio de Manga luce en su exterior arcos peraltados y festoneados por el intradós, con armazones de losanges en las albanegas. Las columnas pareadas de capiteles nazaries sostienen la arquería y el saledizo del acceso principal. En el patio interior, hallamos amplios

arrimaderos de cerámica vidriada sevillana de la fábrica Mensaque Rodríguez y Cia., y una fuente inspirada en la de los Leones de la Alhambra. La sala de recibo y la cocina se proyectan en arcos de herradura angrelados, y conforman los lados cortos de dicho patio. La naturaleza, en esa simbiosis muy islámica con la arquitectura de la casa, se adentra en el predio, rodea los aljibes y exteriores, e inunda de remanso todo el ambiente.

En el mismo barrio de Manga, conseguimos unos cuantos exponentes de un diluido “fachadismo” neonazari: la casa de Carlos Vélez Danies, edificada en 1919 por el español José Bielsa Zureda, y dos casas de menor importancia en el callejón de los Besos (c 1935), de constructor desconocido. Por otra parte, la casa de Daniel Lemaitre Tono (1930), construida por el arquitecto catalán Miguel Arquer, conserva los azulejos sevillanos de herencia hispanomusulmana en el acceso principal, en el interior y en las bancas del jardín. Lamentablemente, la azulejería se encuentra en mal estado.

La casa de Elena Pombo de Vélez (actual Universidad Libre), ya en el barrio del Pie



Casa de Elena Pombo de Vélez

de la Popa, fue levantada por el arquitecto alemán Nicolás Samer hacia 1915. La disposición de arcos carpaneles y de herradura sumada a las yeserías de motivo fitoforme en las enjutas, le imprimen el carácter neonazarí al patio central. La cerámica se destina para la parte inferior de los muros a la usanza granadina y marroquí. Finalmente, dentro de este recorrido por residencias neonazaríes, se levanta en 1949 el que pudiéramos catalogar como última expresión de dicha arquitectura cartagenera: la casa Galicia, conservada parcialmente.

Un reconocimiento aparte merece la ya desaparecida plaza de toros La Serrezuela (1929). En ella se reconocía el orientalismo como estereotipo para la arquitectura del esparcimiento. La silueta de la ciudad amurallada se interrumpía con sus sugerentes arcos peraltados y angrelados. Entre las maderas utilizadas, se distinguían el guayacán para columnas y soportes, y cedro o ceiba para barandas y arcos²⁶.

6. ARQUITECTURA NEONAZARÍ EN BARRANQUILLA

En reiteradas oportunidades, desde 2002, hemos tratado nuestras “alhambras barranquilleras” en congresos y publicaciones académicas al observar que su alusión a ellas se resuelve señalando sólo sus perfiles “moriscos”. Fotografiadas con gran frecuencia, se siguen construyendo en torno a ellas historias equivocadas sobre su origen y formas. Por otra parte, se debe tener en cuenta que fue el mismo maestro Badenes quien levantó algunas de estas casas.

La gramática neonazarí ya se vislumbraba en el paisaje de la ciudad desde que el arquitecto David Gisbert construye, en 1892, el ecléctico edificio del Teatro Emiliano²⁷ (hoy desaparecido); el pórtico realizado por tres imponentes arcos de herradura antecedían un recinto con capacidad para 1.200 personas. Para el público, la arquería y la función del edificio se ajustaban perfectamente al estereotipo de la arquitectura para el placer. Su monumental imagen apareció impresa en los billetes de 1900²⁸.

Una de las primeras manifestaciones de la fascinación por el neonazarí, fue la aceptación que alcanzaron los coloridos arabescos para recubrir pisos y zócalos que introdujo la fábrica de baldosas



Circo teatro, Cartagena.



Salón Granada, Hotel Majestic, Barranquilla.

Pompeya, de propietarios españoles en sus comienzos. Por lo general, los diseños se inspiraban en complejos motivos geométricos y florales.

En el tradicional barrio el Prado, se conserva el espléndido Salón Granada, del actual Hotel Majestic, que en su momento fue la vivienda de Alberto R. Osorio (construida durante la década de 1920). Dicho salón, en realidad, es un patio interior de arquitectura neonazarí circunscrito por arcos de herradura y sostenidos por columnas pareadas de capiteles nazaries y franjas de talla serpenteada. La decoración con caracteres árabes realizada en yeso evidencia el desconocimiento de dicha caligrafía por parte de la mano de obra local, y resulta ilegible en algunos tramos. Sin embargo, se logra distinguir el nombre de *Alá* y la fórmula reiterativa *No hay más Dios que Alá*. Una prueba más de este colorido *revival*, son los exquisitos y

bien conservados azulejos de la tradición alfarera andalusí, cuya fábrica antes mencionada, Mensaque Rodríguez y Cía., aún existe en Sevilla. Como detalle curioso, observamos que el acceso principal a dicho patio se hace en diagonal, lo que permite un mayor ángulo de visión del conjunto al mejor estilo de la contemplación islámica del espacio, pues se combinan —en la visual— elementos diagonales y verticales como columnas, arcos y una fuente central, invitando al goce de su belleza compositiva.



Postal del patio de los Leones (Alhambra).

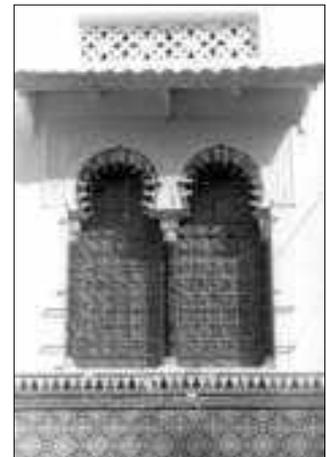
De Alfredo Badenes, son otras dos residencias de la familia Blanco Núñez que datan de 1935. Aquí se amplía el vocabulario utilizado por este arquitecto en Cartagena, pues diseña fachadas que copian, en una casa, el sistema de techos y torrecillas de la Alhambra y, en la otra, el alterado pabellón este del Patio de los

Leones, cuando ostentaba la popular cúpula y el *yamur*²⁹ de Contreras. Lo que llama la atención es que cuando en España se desmontaban las fantásticas adiciones de Rafael Contreras, en nuestro Caribe se le daba vida a esta equívoca recreación. Esta última casa también nos enseña unos arcos lobulados en su pórtico, rodeados por paneles de *sebka*³⁰.

En general, esa Barranquilla de comienzos del siglo XX se salpicó, dentro de su rica arquitectura republicana, de elementos neonazaríes aislados, pues no fueron pocos los patios revestidos de azulejos, las losas con arabescos de fabricación local o los arcos túmidos y de herradura separando ambientes interiores.

7. A MANERA DE CONCLUSIÓN

Durante la aproximación a este complejo tema, hemos insistido en la labor de buscar las raíces históricas y estéticas de la arquitectura neonazarí, de acuñar dicha expresión para los ejemplos





Postal de quintas del Prado, Barranquilla.

revivalistas islámicos de nuestro Caribe, y de ampliar el vocabulario de especialidad para nombrar nuestros bienes culturales, los cuales además se hallan conectados con manifestaciones similares en América y el mundo.

Recordemos que así como la tradición mudéjar dio la particular forma al conjunto urbano de nuestras ciudades coloniales y mantuvo vivo el legado de al-Ándalus en ultramar, el foco cultural de esa España musulmana fue el que irradió, más tarde, al orientalismo historicista de Europa, modificado indiscutiblemente por las nuevas circunstancias del entorno romántico.

Nuestra investigación, asimismo, ilustra sobre la verdadera ruta de llegada de la segunda historia al Caribe colombiano. Tratamos, entonces, de extender algunas bases culturales para remitirnos a otras geografías, otro tiempo y otros conjuntos estéticos —no del todo occidentales— que actuaron como fuente inspiradora para la creación local. ■

NOTAS

¹ Martha Lizcano A. y Karen David D., “Valoración del patrimonio arquitectónico mudéjar y neomudéjar del Caribe colombiano”, en revista *Aguaita*, núm. 11, Observatorio del Caribe Colombiano, Cartagena de Indias, 2004, pp. 75-76.

² *Ibidem*, p. 77.

³ Uno de los “neos” del Romanticismo que se inspira en la arquitectura del periodo nazarí, última dinastía musulmana que reinó en Granada entre los siglos XIII y XV, y cuya obra cumbre fue el conjunto monumental conformado por la Alhambra y el Generalife.

⁴ Sobre el tema, ampliar en Enrique Yidi D., Karen David D. y Martha Lizcano A., *La migración árabe en la construcción cultural del departamento del Atlántico*, Barranquilla, 2007, pp. 3-4.

⁵ Formas que en diversas publicaciones se referencian indistintamente como orientales, moras, mozarabes o simplemente árabes.

⁶ Dicken Castro, “Arquitectura hasta los años treinta” en *Historia del Arte Colombiano*, Bogotá, 1970. Vol. X, p. 1329.

⁷ Alfredo de la Espriella, *El Prado: una dorada tradición*, Bogotá, 1992, p. 78.

⁸ Jaime A. Borda Martelo, *Plaza de toros Cartagena de Indias*, Cartagena, 1994, p. 19.

⁹ Ignacio Consuegra, *Barranquilla: umbral de la arquitectura en Colombia*, Bogotá, 2001, pp. 199 y 204.

¹⁰ *Ibidem*, p. 94.

¹¹ Interesantes estéticas se produjeron en Europa a partir de modelos tomados de la India musulmana; ejemplo de ello es el Pabellón Real de Brighton (1815) en el que intervino John Nash. Asimismo, el Magreb, Egipto, Siria, Líbano, Palestina, Persia y Arabia (la península), se sumaron a los focos inspiradores.

¹² J.M. Richards y Hugh Casson, “El siglo XIX” en John Julius Norwich, *Gran arquitectura del mundo*, Madrid, 1981, p. 216

¹³ El origen de las estructuras de hierro se sitúa en 1851 con el Palacio de Cristal, de Londres.

¹⁴ El reciente simposio internacional *Historia, estética y poética en la modernidad del romanticismo: Washington Irving en la Alhambra* (Granada, 18-20 de febrero de 2010), dedicó una de sus mesas al alhambribrismo,

y en ella el Dr. Navascués presentó su trabajo titulado “La Alhambra como *ismo* arquitectónico”, tema cuya autoría se le reconoce desde la década de 1970.

¹⁵ *Una vertiente que identificó la expresión «nacional» española fue la neomudéjar a la cual, simultáneamente a su expresión en España, con Rodríguez Ayuso, se le rinde tributo en obras simbólicas como las plazas de toros en Bogotá o el Real de San Carlos (Uruguay)[...].* Ramón Gutiérrez, *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*, Madrid, 1983, p. 413.

¹⁶ *Ibidem*, p. 412.

¹⁷ Washington Irving, *Los cuentos de la Alhambra*, Granada, 1991, 351 p.

¹⁸ Ampliar en José Manuel Rodríguez Domingo, “El medievalismo islámico en la arquitectura occidental”, en *Mudéjar hispano y americano: itinerarios culturales mexicanos*, 2006, p. 157.

¹⁹ *Ídem*.

²⁰ Ampliar en José Manuel Rodríguez Domingo, *op. cit.*, p. 159.

²¹ Tarea iniciada con el arabista francés Jules Goury, muerto prematuramente.

²² José Miguel Puerta Vilchez, *Los códigos de utopía de la Alhambra de Granada*, Granada, 1990, p. 26.

²³ En el islam, el agua cumple varias funciones: simbólica, ritual, decorativa, terapéutica, refrescante y de riego.

²⁴ En Oriente, las formas constructivas se anulan para dar la idea de la inexistencia de la carga. Es por eso que los revestimientos (azulejos, yeserías, maderas talladas, etc.) lo invaden todo dando la sensación de inmaterialidad y cumpliendo una función de velo.

²⁵ El mundo islámico, en general, y el andalusí, en particular, prefirieron embellecer el interior de sus edificaciones, por eso encontramos fachadas austeras de conformidad a una filosofía de vida que protegía la intimidad.

²⁶ Sobre las maderas utilizadas en su construcción y el dramático estado de abandono de la plaza, nos hizo énfasis la arquitecta Rosa Elena Martínez en una entrevista (Cartagena, abril de 2002).

²⁷ Barranquilla estuvo en sintonía con los ideales de la cultura decimonónica: [...] *los teatros realizados en América en este periodo se contaron por cientos; cada pequeña ciudad aspiraba tener uno como prueba de su rango de urbanización y cultura. Era en definitiva un elemento de prestigio imprescindible y en algunos casos su realización precedió a las propias obras de gobierno.* Ramón Gutiérrez, *op. cit.*, p. 430.

²⁸ Exposición *Imagen de la arquitectura en la numismática colombiana: billetes emitidos entre 1927 y 2000*. Disponible en Internet: //www.lablaa.org/blaavirtual/revistas/red-cultural/001-2007.pdf

²⁹ Según el *Diccionario de términos de arte*, de Guillermo Fatás y Gonzalo Borrás, el *yamur* se define como el *remate del alminar formado por varias bolas o manzanas de diámetro decreciente hacia arriba, ensartadas en un vástago vertical y terminado en media luna.*

³⁰ Paneles o paños de *sebka*: *decoración almohade consistente en una red de rombos, hechos de arcos entrelazados lobulados o mixtilíneos.* Rosina Lajo y José Surroca, *Léxico de arte*, Madrid, 2001, p. 86.

Cine: espejo del hombre

Sara Harb Said

Ilustraciones: Fotogramas del Archivo Centro de Documentación y Biblioteca Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano.

El Caribe, además de un mar, es una fusión de culturas, una identidad, un estado de ánimo, una forma de ver la vida. Es un continente de siete colores, para utilizar la afortunada expresión del escritor colombiano Germán Arciniegas¹. Un territorio de la imaginación al que le han cantado sus grandes músicos, sus extraordinarios novelistas, sus iluminados poetas, y que escudriñan constantemente los investigadores.

Sin embargo, aunque es difícil unificar esta serie de islas y costas, hay un denominador común: su identidad. El caribeño se expresa con la certeza de que, directa o indirectamente, sus valores y sus tradiciones van a reflejarse de una manera fluida, inconsciente y espontánea en su producción artística.

Para su pesar, hay una serie de estereotipos y clichés acerca del Caribe, que lo desvirtúan y no corresponden realmente a su modo de ser². Incluso la mayoría de los latinoamericanos ignoran que el Caribe es una región de más de doscientos millones de habitantes, con casi el sesenta por ciento de la capacidad de exportación de América Latina.

El Caribe es un área con un cuerpo común de tradiciones históricas y una población de muy di-

versos orígenes: francés, inglés, holandés, español, africano e indígena. Carga, además, con una compleja historia de imposiciones coloniales de orden religioso, político y social que han dado como resultado un cuadro cultural muy heterogéneo que, sin embargo, sirve para unir, en diversos aspectos, a una región geográfica que apenas empieza a mirarse en las realizaciones audiovisuales y a preocuparse por la conservación de esas obras.

Su luz extraordinaria y su paisaje parecen haber sido creados para el cine. Es cierto que el



Familia Di Doménico: Yolanda, Francesco, Olga, Elisa y Marietta, Barranquilla. Archivo Histórico Cinematográfico de los Acevedo, h. 1914.

uso del color en la región permite decir, al momento de presentar una película, que esa obra fue realizada en el Caribe. Hay una intensidad en la luz y un registro de los colores que lo hacen característico. Pero no es la luz solamente o los colores lo que define al cine del Caribe: es la manera de contar las historias y, más profundamente, el tipo de historias que interesa contar, lo que le da al cine que se

intenta hacer en esta región una característica particular.

Pero a la dificultad de hacer cine en el Caribe —y en cualquier lugar del mundo—, se suma la dificultad de su restauración y conservación. Esta actividad es de las más atrasadas, ya que las artes plásticas, la música y la literatura han descollado y merecido reconocimiento internacional, pero el séptimo arte apenas empieza a tener apoyo para realizar obras técnicamente correctas en todos los oficios cinematográficos.

* Guionista y directora de cine. Máster en Business, Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Ingeniera industrial, Universidad del Norte. Actualmente, es docente en el programa de Comunicación Social de la Universidad del Norte.



Fotograma
de una película
filmada
probablemente
en Santa Marta,
h. 1911.

A los problemas de producción y financiación hay que sumarles el de una caricaturización de lo local. Muchas veces se describe a los caribeños como personas simpaticonas, inhabilitadas para la reflexión y para la indagación profunda; en el mejor de los casos, sólo se habla de ellos como de cantantes o músicos que saben amenizar las fiestas. Cuando se dice “cine del Caribe”, se preguntan: “¿Cine caribeño?” Debe ser un nuevo ritmo o debe tener una mulata que se mueva como un barco en altamar, prejuicio al que se opone el planteamiento expresado por el comité organizador de la tercera convocatoria a los cineastas y realizadores del Caribe propuesta por el Instituto Cubano de las Artes y la Industria Cinematográficas, ICAIC, a través de la Muestra Itinerante de Cine del Caribe cuya premisa sobre el cine de la región establece que: “La creación cinematográfica y audiovisual en el Caribe puede ser —son muchos los ejemplos que lo confirman— un acto descolonizador, liberador, una respuesta desde el pensamiento y el arte a los estereotipos que, en tanto film tópico, reproduce en las pantallas una visión ajena, colonial y reductivista de nuestras sociedades, historias y culturas. Rescatar al espectador nacional para las realizaciones del cine y el audiovisual caribeños se corresponde con los propósitos de desarrollar los niveles de educación y cultura en nuestros respectivos países, la preservación y defensa de los valores identitarios, y la rica apreciación de la diversidad cultural del espacio Caribe.”³

De todas maneras, como todavía es un cine incipiente, excluyendo filmografías extensas como

la de México o Cuba, que han marcado una pauta en el quehacer cinematográfico de la región, al cine caribeño le falta inventarse a sí mismo, difundirse más para que llegue a su mayoría de edad y dar directores y actores reconocidos que le impriman una marca, un sello particular.

No se puede pensar que una cultura se pueda conservar si no protege su patrimonio o hace un registro que le permita permanecer en el tiempo, creando formas de resistencia frente a algo que pueda desvirtuar su naturaleza o hacer que se pierda su huella⁴. No se trata de hacer resistencia a los cambios propios de la evolución cultural, a esa metamorfosis de la que habla André Malraux, que se da en toda cultura y en todas las formas de mestizaje a las que están abocadas⁵. Si no hay una preocupación por conservar las manifestaciones culturales que la sustentan, se corre el riesgo de desaparecer, porque las culturas no se mantienen solas.

En el caso de las imágenes en movimiento, con la premisa que establece que el cine es el espejo de una sociedad, recae sobre los bibliotecarios y archivistas de imágenes, así como en los cineastas del Caribe, esa responsabilidad, pero ellos comparten una condición común de desamparo.

PREOCUPACIÓN INTERNACIONAL POR EL PATRIMONIO FÍLMICO

En Colombia se aprovechaba la participación en congresos de archivos filmicos en Europa y América Latina para plantear proyectos de restaura-

ción y conservación de imágenes en movimiento, siguiendo el ejemplo de los archivos más desarrollados del mundo que traen proyectos interesantes en materia de preservación audiovisual.

Es cierto que existe un movimiento de organizaciones mundiales en favor de la preservación de la memoria audiovisual del planeta y sus alcances. La FIAF (Federación Internacional de Archivos Fílmicos), la FIAT (Federación Internacional de Archivos de Televisión), la AMIA (Asociación de Archivos de Imágenes en Movimiento de América), y en particular para América Latina, la CLAIM (Coordinadora Latinoamericana de Archivos de Imágenes en Movimiento), son entidades con diferentes alcances. Las dos primeras, FIAF y FIAT, cuentan con el apoyo de los países del mundo desarrollado para garantizar su existencia.

La AMIA reúne básicamente a los archivistas de Estados Unidos y Canadá, donde se tiene una gran conciencia de esa responsabilidad y además un gran respaldo técnico. La CLAIM, que incluye algunos archivos del Caribe, es una organización de estructura precaria que existe por la voluntad de los archivos latinoamericanos que están en la FIAF y que de alguna manera, dentro de las citaciones a los congresos de esta federación, logra reunirse cada año. Es una coordinadora que funciona de manera informal y tiene como miembros a los países de América Latina, no sólo los que están en la FIAF, sino a otros que no tienen recursos para participar como miembros de esta federación ni asistir a sus congresos anuales ni tampoco pueden organizar congresos propios.

A los congresos de la FIAF solamente asisten los archivos más desarrollados de América Latina, como son México, Uruguay, Brasil, Venezuela, Argentina y Colombia, entre los pocos que pueden pagar las cuotas de afiliación y los gastos de viajes. Algunos cuentan con el apoyo de sus gobiernos, que les permiten tener fondos para consolidar las relaciones internacionales entre archivos. Sólo recientemente el archivo más importante en Co-



Exterior de un circo-teatro de Di Doménico en un pueblo de tierra caliente. Niños asomados por la cabina de proyección, h. 1917, Cineteca de Milán: "Gran Salón Olympia. Propiedad Di Domenico H^{nos} y C^a."

lombia, la Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano (FPFC), logró el apoyo económico por parte del Estado para participar de manera constante y activa en todos los eventos de este tipo. Por falta de solvencia económica le resulta imposible adelantar su tarea más importante, la restauración de materiales en peligro de destrucción. Se limita a conservar, entonces, lo que queda del patrimonio audiovisual nacional, gracias sobre todo a las condiciones climáticas de Bogotá, que permiten sin mucho esfuerzo controlar la temperatura y la humedad de su bodega.

A partir de la puesta en marcha de la Ley 814 de 2003, conocida como la Ley de Cine, se dio comienzo al programa de Fortalecimiento del Patrimonio Audiovisual Colombiano. La política de salvaguarda, a cargo de la Dirección Nacional de Cinematografía del Ministerio de Cultura, apoya, con recursos provenientes de esa Ley, un programa liderado por la Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano, entidad que desde 1986 se ha encargado de preservar, conservar, verificar técnicamente, catalogar, restaurar, duplicar y divulgar nuestro patrimonio de imágenes en movimiento.

Con estos fondos se han adelantado programas específicos de preservación audiovisual y se han llevado a cabo restauraciones en el exterior, ya que no existen en el país laboratorios de cine. Anualmente, se escogen varios títulos que no estaban preservados, que no cuentan con matrices

o elementos de tiraje (internegativos o duplicados negativos de imagen y sonido) y mediante la red de colaboración de archivos que pertenecen a la FIAF, se envían a laboratorios tanto en España como en México, para su restauración, duplicación y obtención de telecines y copias. El último laboratorio, de Colombia, que no era de preservación sino de obtención de copias para la exhibición, se cerró en 1992.

Desde 2006, la FPPC, mediante un convenio establecido con Radio Televisión Nacional de Colombia, RTVC, obtuvo un predio para desarrollar y construir un proyecto específico de bodegas técnicamente diseñadas para almacenar materiales audiovisuales o conservar soportes audiovisuales, que se espera esté en funcionamiento en un futuro cercano. Comprende ese proyecto una primera bodega de almacenamiento para acetatos, otra más pequeña para vinagres y nitratos, y un sitio para la revisión y mantenimiento de los soportes audiovisuales de cine y video.

Durante un tiempo, el archivo más importante del Caribe colombiano, la Cinemateca del Caribe, situado en Barranquilla, intentó plantearse como un archivo activo y logró realizar algunas restauraciones de cortometrajes representativos de la producción local que hacen parte del patrimonio filmico del país, gracias a donaciones gestionadas ante las organizaciones arriba mencionadas, es decir, FIAF, CLAIM, etc. Pero en el Caribe aún no hay bodegas de conservación de cine y televisión. Existe un acervo de imágenes en video del material transmitido por el canal regional Telecaribe, desde su creación, pero sigue sin ponerse en marcha una base de datos activa que permita que esa colección pueda ser consultada por el público. Desafortunadamente, este canal regional no cuenta con una política de preservación, catalogación y consulta de lo que produce la televisión regional, creando así banco de información para locales y extranjeros, sobre lo que durante más de veinticinco años ha sucedido en la región Caribe de Colombia.

Este par de fundaciones nacionales comprometidas con la salvaguarda del patrimonio del país, Patrimonio Filmico Colombiano, FPPC, y la Cinemateca del Caribe,

hicieron esfuerzos, en ese momento titánicos, para convocar a los archivos del mundo a través de dos eventos y así llamar la atención en Colombia sobre la importancia y compromiso que debía adquirir el Estado en este sentido. El primero de ellos fue el 53 Congreso Mundial de Archivos Fílmicos de la Federación Internacional de Archivos Fílmicos, FIAF, realizado en Cartagena en 1997 con motivo del centenario de la llegada del cine a Colombia, y cuyo organizador fue Jorge Nieto, director en ese momento de FPPC. Este congreso incluyó un simposio entre el 21 y el 23 de abril, denominado “*Out of the Attic: Archiving Amateur Films*”, que incluyó la ponencia de título “*A falta de industria, bueno es amateur*”, a cargo de la autora de este artículo.

Junto con esa ponencia se mostraron dos películas de autores que en su momento eran aficionados y que luego se convirtieron en grandes personalidades de las letras y la industria en Colombia: *Faustino*, de Luis Mogollón, y *La Langosta Azul*, de Álvaro Cepeda Samudio, miembro del conocido Grupo de Barranquilla, al que perteneció Gabriel García Márquez.

Todo el cine que se hizo en esta región desde 1897 hasta los años 80 fue amateur, por la ausencia de una industria cinematográfica. *La Langosta Azul*, esfuerzo filmico colectivo, fue durante muchos años la única pieza cinematográfica para mostrar, aunque se trata de una película sin sonido, inacabada, como un ejercicio cinematográfico de unos inquietos intelectuales filmada en 1954,



Interior del Circo Teatro Colombia de Barranquilla. Archivo Histórico de los Acevedo, h. 1917.

sin sonido, pese a que el cine sonoro llegó al país en 1929.

Sobre este simposio, Jan-Christopher Horak, reconocida autoridad en el campo de la archivística mundial, escribió en la sección “Open Forum” del *Journal of Film Preservation* N° 56: “Y ahora, en Cartagena, debemos agradecer a nuestros colegas colombianos, especialmente a Jorge Nieto, por organizar un auténtico simposio de magnífica talla. Que el planteamiento de que el cine amateur merece más discusión fue demostrado por el primer panel del simposio, donde el cine amateur pasó ante la mirada perpleja de los más grandes archivistas del mundo que pertenecen a la FIAF”.

El segundo evento fue realizado por la Cinemateca del Caribe en 1998 como consecuencia del Primer Encuentro de Archivistas del Caribe, al que asistieron los representantes de los archivos más significativos en ese momento de la cuenca del Caribe, que sólo tuvo réplica aislada en un nuevo encuentro de archivos colombianos en 2004, organizado por la misma entidad.

El Caribe es la región de Colombia que más problemas de conservación tiene, no sólo por las condiciones del clima, sino además porque los programas de los distintos gobiernos, hasta ahora, incluso cuando poseen recursos, los destinan a otros menesteres. No se entiende todavía que la conservación de imágenes en movimiento debe ser una preocupación del Estado. La FPFCA, con sede en Bogotá, se lleva casi todos los recursos que la nación destina para esta labor, quedando los de la periferia sin posibilidades de adelantar tareas propias de su objeto social. Comparten entonces los archivos colombianos las características de muchos de los archivos de esta región, sujetos



Bellezas de Colombia en Cartagena.

Archivo Histórico Cinematográfico de los Acevedo. 1947.

a los vaivenes políticos en los que no se pueden adelantar tareas por la falta de recursos, y por lo tanto no se pueden formar profesionales en esta área y mucho menos crear proyectos pilotos de esta índole, porque no existe una visión de regionalización de la actividad.

ARCHIVAR:

HASTA HOY TAREA DE EMPÍRICOS

En 2001, Alquimia Peña, directora de la Fundación para el Nuevo Cine Latinoamericano, en La Habana, Cuba, citó a través de la Escuela Internacional de Cine de San Antonio de los Baños (EICTV), creada gracias a un grupo de cineastas latinoamericanos y personalidades de la cultura de la región como el escritor Gabriel García Márquez, a varios expertos archivistas latinoamericanos con la idea de aunar esfuerzos para la creación de una cátedra que permitiera capacitarlos en la restauración de imágenes en movimiento tanto en cine como en televisión. Alquimia Peña se dio a la tarea no sólo de reunir a expertos de talla internacional en La Habana, sino de adelantar gestiones con el gobierno de su país a fin de obtener recursos para dotar a la EICTV de una infraestructura en la que se pudiera adelantar un programa de formación para archivistas empíricos, en primera instancia, y luego, para personas interesadas en emprender esa formación.

Esta inquietud surgió en el seno de la CLAIM, que reconoció que la práctica archivística es una tarea solitaria, empírica, lejos de los ojos del Estado. En esa reunión se concluyó que en el Caribe no hay una preparación académica formal para los restauradores y que los trabajadores de esa área son profesionales en muchas otras disciplinas, menos en la de archivistas de imágenes en movimiento. De esa manera, con carácter de urgencia, se declaró capacitar a técnicos en esta disciplina, ya que se ha perdido casi todo el patrimonio audiovisual latinoamericano.

En esa cita de La Habana participaron técnicos de Brasil, México, Venezuela, Colombia y Cuba con el objeto de crear el contenido del programa de la Cátedra de Restauración, con un alto compromiso frente a los principios éticos y técnicos. A pesar de ese compromiso, este programa no se ha puesto en marcha por la falta de recursos.

Es realmente una necesidad de los archivos audiovisuales del Caribe contar con una cátedra como ésta, y se requiere del apoyo de los grandes defensores de este patrimonio mundial, para que soliciten de manera unánime la apertura de un



Cartagena de Indias, h. 1920.

programa que sea capaz de otorgar el carácter de técnicos a nuestros empíricos restauradores y conservadores de imágenes audiovisuales.

La tarea de archivista es una de las más frustrantes porque, en general, en estos países del Gran Caribe no hay conciencia sobre la necesidad de conservar el patrimonio audiovisual de una nación o una región. Se sigue creyendo que no es urgente salvarlo pese a que se está perdiendo, y se improvisa sobre el tema, siempre con la excusa de tener otras prioridades de carácter social. Las experiencias obtenidas en el mundo entero indican que archivar no es efectivamente una actividad barata, porque se requieren bodegas con especificaciones técnicas muy precisas, pero también señalan que los gobiernos tienen la responsabilidad de conservar nuestro patrimonio audiovisual, memoria de esta civilización.

Archivar imágenes en movimiento en América Latina y, particularmente, en Colombia, requiere de una revisión que defina los objetivos y principios que le sirven de guía. Si las condiciones económicas y las prioridades oficiales se mantienen como están, será una tarea aún más difícil de llevar a cabo, pero hay que insistir en esa idea porque lo que está en juego es la historia y la cultura de nuestros países.

La situación exige con urgencia la realización de un esfuerzo conjunto entre las instituciones o los archivos del Caribe para no duplicar esfuerzos económicos, técnicos y profesionales, ya que las inversiones y los costos para desarrollar esta labor son muy elevados; además, la producción de cada uno de los países de la cuenca caribeña

no justifica la proliferación de archivos. Sí podría existir una federación que permita pensar en el futuro de la región, cuya tarea principal sea la búsqueda, preservación y conservación de imágenes en movimiento y en cómo maximizar sus esfuerzos para el beneficio de todos.

EL CINE CARIBEÑO: SIGNOS DE ESPERANZA

Colombia es un país de regiones, y la región Caribe en particular es la más pobre de ellas, pero, paradójicamente, la más rica en recursos naturales. Además de sus particularidades culturales, su cercanía al mar y su carácter y forma de vida sui géneris, los caribeños pertenecemos a una

región lúdica, gozosa, mágica, lo que no significa que la región, como el resto de Colombia, no haya sido tocada por la violencia, y aún así, ésta no ha minado su carácter.

Para conservar nuestras imágenes no basta con tener una idea clara de lo que hay que hacer: hay que saberlo hacer y, para poder realizarlo, hay que contar con profesionales, porque se trata de una tarea técnicamente compleja. La carencia de técnicos en estos oficios fundamentales de la conservación audiovisual y los escasos recursos con que se cuenta hacen que se improvise mucho en esta materia en el Caribe colombiano. El archivista de nuestra región queda sujeto a su buena suerte, a la comprensión de algunos pocos patrocinadores y a la benevolencia de los dioses que protegen el cine.

En 1986, *La Boda del Acordeonista*, de Pacho Bottía, hizo que la región caribeña colombiana entrara a la historia del cine con el primer largometraje, y hasta el 2010 se han hecho 18 largometrajes, entre documentales y ficción. La estadística de producción de la región, comparada con el total nacional hasta 2009, es de una muy inferior proporción si se piensa que el cine en Colombia cuenta con ciento trece años de historia y en este lapso se han filmado 338 películas, es decir, que sólo el 5% se ha realizado en la región Caribe.⁷

El cine colombiano comienza a mirarse con otros ojos y aunque sus recientes producciones han sido merecedoras de reconocimientos en festivales internacionales, todavía el cine de la región Caribe se cuenta como inexistente. El programa de apoyo e incentivos generado por la Ley de Cine en Colombia

hace que las múltiples y variadas regiones del país compitan por pocos recursos. Se inicia entonces una búsqueda ansiosa de coproductores asociados que permitan terminar el proyecto, puesto que el ganador del incentivo para producción sólo recibe un porcentaje aproximado del 25% de los recursos que se requieren en cualquier parte del mundo para hacer una película de bajo presupuesto. Una vez alcanzada esa cima, ese largometraje verá la luz tanto tiempo como los escasos recursos para su publicidad hayan funcionado para atraer espectadores a las salas, y mantenerse, a lo sumo, tres semanas en cartelera.

Propiedad de Fausto Bottia, 1989.



Afiche inédito de *La Boda del Acordeonista*, por Cristo Hoyos.

A pesar de los esfuerzos de Proimágenes en Movimiento—fondo mixto sin ánimo de lucro creado por la Ley General de Cultura en 1997 para consolidar el sector cinematográfico colombiano— para ofrecer a compradores internacionales el cine doméstico, ésta sigue siendo una industria que funciona a pérdidas. Resulta oneroso acceder a mercados internacionales y exige un diseño de costosas campañas publicitarias a gran escala, de manera que muy rara vez un proyecto cinematográfico nacional recupera financieramente su inversión.

En el Caribe no existen aún profesionales de los distintos oficios del cine que permitan realizar proyectos técnicamente correctos, así que se requiere contratar técnicos y actores de otras regiones, por lo que se podría decir que hacer cine en esta zona es todavía muy costoso.

Si se insistiera en que sí existe un cine del Caribe, entonces tendríamos que decir que se define por esa luz característica de la región, por esa manera particular de contar historias y por unos temas que nos conectan más con el Gran Caribe que con el interior de Colombia mismo. De ahí la urgencia de encontrarlo, de preservarlo y de conservarlo, porque en ese espejo hay que mirarse y reconocerse.

El futuro parece promisorio. En la región se cuenta con una trayectoria y con un deseo de expresarse a través del cine, que surge, indudablemente, de la tarea que cumplen las universidades de la región, en ciudades como Barranquilla y Santa Marta, cuyos programas de producción audiovisual están dando

resultados interesantes que hacen pensar que la situación podría cambiar muy pronto.■

NOTAS

¹ ARCINIEGAS, Germán. *El continente de siete colores: Historia de la Cultura en América Latina*. Buenos Aires: Editorial Suramericana, 1965. 715 pp

² GIRVAN, Norman. *Hijos de Bolívar y Garvey*. Discurso de Apertura Tercer Foro de la Sociedad Civil del Gran Caribe. Quintana Roo, México, Octubre 7, 1999.

³ Tercera Muestra Itinerante de Cine del Caribe. Convocatoria. Consultado en mayo de 2010 en http://www.lacult.org/doc/Convocatoria_3_Muestra_Itinerante_Cine.doc.

⁴ Cornelius Castoridis decía que “ninguna sociedad puede perdurar sin crear una representación del mundo y, en ese mundo, de ella misma”.

⁵ MALRAUX, André. “La metamorfosis de los dioses”. *Revista Mito*. V. 3,

Nº 18 (feb.-mar. 1958).

⁶ FIAF *Journal of Film Preservation*, Nº 56, junio 1998, págs. 48-53. Artículo: “Out of the Attic: Archiving Amateur Film. FIAF Simposio 21-23, abril, 1997. Horak, Jan Christopher. “And now in Cartagena, we must thank our Columbian friends, especially Jorge Nieto, for organizing a truly watershed symposium. That the question of amateur film history merits much discussion was demonstrated by the first panel of the symposium, where the perplexed looks of film archivists from the major FIAF institutions facing amateur film.”

⁷ Fundación Patrimonio Filmico Colombiano. *Largometrajes colombianos en cine y video, 1915-2004*. FPFC. Bogotá, 2005. 352 p. La cifra está actualizada para este artículo a 2009 con la misma fuente (FPFC).

BIBLIOGRAFÍA

ARCINIEGAS, Germán. *El continente de siete colores: Historia de la Cultura en América Latina*. Buenos Aires: Editorial Suramericana, 1965. 715 pp.

Fundación Patrimonio Filmico Colombiano. *Largometrajes colombianos en cine y video. 1915-2004*. FPFC. Bogotá, 2005. 352 p.

GIRVAN, Norman. *Hijos de Bolívar y Garvey*. Discurso de Apertura Tercer Foro de la Sociedad Civil del Gran Caribe. Quintana Roo, México, Octubre 7, 1999.

HORAK, Jan-Christopher. “Out of the Attic: Archiving Amateur Film”. En: *FIAF Journal of Film Preservation*, Nº 56, junio, 1998, pp. 48-53.

LIBERMAN, Jean. “Hablando con Cornelius Castoriadis”. Entrevista publicada en *Le Nouveau Politis* 434. Marzo de 1997. Consultado en <http://www.topia.com.ar/articulos/castoriadis.htm>

MALRAUX, André. “La metamorfosis de los dioses”. *Revista Mito*. V. 3, Nº 18 (feb.-mar. 1958).

Tercera Muestra Itinerante de Cine del Caribe. Convocatoria. Consultado en mayo de 2010 en http://www.lacult.org/doc/Convocatoria_3_Muestra_Itinerante_Cine.doc

Álvaro Cepeda Samudio y el cine

Claudine Bancelin*



Gran plano de la filmación de *La langosta azul*, primer cortometraje de Álvaro Cepeda Samudio. En la foto de Nereo: Enrique Grau, Federico Salvat, Luis Vicens y ACS, 1954. Tomada de *Huellas* 51-53.

La pasión de Cepeda hacia el cine se inició cuando su padre le trajo de Panamá una máquina para ver películas en casa, siendo aún niño. Su marca era Pathé Baby, y fue el primer proyector doméstico

* Claudine Bancelin, barranquillera de ascendencia francesa, periodista y escritora. Ha trabajado en *El Tiempo*, *El Herald* y *El País* desde la isla de San Andrés. Estudió periodismo en la Universidad Javeriana; diplomada sobre el mismo tema por la Universidad del Norte, y en literatura caribe por la Universidad del Atlántico. Su novela *Entre ráfagas de viento*, Editorial Maremágnum (2004), fue finalista en la Bienal Nacional José Eustasio Rivera. Algunos de sus cuentos han sido publicados en antologías, periódicos y revistas. Este trabajo es un capítulo de la biografía sobre Álvaro Cepeda Samudio que publicará Editorial Planeta. Se prohíbe su reproducción total o parcial a menos que se haga una solicitud por escrito a la autora.

mundial, comercializado en París en la Navidad de 1922, con veinte mil unidades a la venta y un catálogo con centenares de películas, entre las que estaban las de Charles Chaplin. La novedad tuvo un gran éxito y cuando Álvaro obtuvo la suya, ya hacía algunos años la gente gozaba de este invento ancestral del cine. Desde este momento Álvaro se contagió de la fiebre que se esparcía por el mundo. Las familias también tenían la oportunidad de filmar y proyectar películas y Álvaro quiso hacer lo mismo.

De allí en adelante se interesó por lo cinematográfico y siempre fue un amor declarado. Cuando estudiaba bachillerato ocupaba sus horas libres

como acomodador en el Teatro Rex, una imponente sala de cine que proyectaba dos películas continuas, como era la costumbre de la época. Se hizo amigo del hombre que manejaba el proyector y a mitad de la función el hombre se iba para la casa y Álvaro manipulaba las máquinas.

Cuando vivió en Estados Unidos también aprovechó para asistir a los teatros vecinos a la universidad y admirar lo primero que salía al mercado, pues en Barranquilla las cintas llegaban con varios meses de atraso. En Nueva York frecuentaba Thalia Cinema o Thalia Theatre, ubicado en Manhattan más arriba del Central Park, donde daban películas de cine independiente y lugar de encuentro para la intelectualidad. Por años volvió allí; cada vez que visitaba esa ciudad.

Al incursionar en el periodismo escribió sobre el tema como un oficio que empezaba a interesarle y lo calificó como el gran arte de ese tiempo. A él por supuesto, le gustaba estar en la vanguardia.

El 9 de abril de 1951 anotó en su columna de *El Herald*: “La película más sensacional de estos meses, estrenada el viernes en Nueva York, es sin duda *Pickup* —sin título todavía en castellano— obra de Hugo Haas. Este nuevo genio del cine ha tardado diez años en realizar sus deseos de escribir, actuar y dirigir su propia película. Indudablemente, éste es el verdadero camino de los genios de la cinematografía. Si no ahí tenemos a Chaplin, Orson Welles y Laurence Olivier.”

El cine, no sólo lo vio. Otro de los acercamientos de Cepeda con el séptimo arte estuvo relacionado con el primer cine club de Barranquilla. En su columna “La brújula de la cultura” el 13 de septiembre de 1951, escribió:

“En casi todas las ciudades importantes del mundo se ha resuelto el problema entre el cine-arte y el cine-comercio con la creación de cine-clubs. El Centro Artístico de Barranquilla, en su afán de proporcionar a sus socios los mayores beneficios artísticos posibles y de crear en Barranquilla una conciencia cultural, va a organizar un cine-club. Oportunamente daremos a conocer todos los detalles relacionados con este nuevo



Tomada de *Huellas* 51-53.

ACS y su hijo Álvaro Pablo Cepeda Manotas, que sube al helicóptero, para las tomas aéreas de la película *Regatas de Cartagena*, 1971.

aporte del Centro Artístico a la cultura de nuestra sociedad”.

Pero se demoraron siete años en fundarlo. Luis Vicens, quien se encontraba en Bogotá y era el presidente de las federaciones de cineclubes en el país, les dio un impulso. En ese momento Cepeda manejaba con Dieppa los lazos del Centro Artístico y desde allí movieron los intereses de esa corporación para estimular la cinematografía, y fundaron el cine club.

La primera proyección se hizo en el Teatro Colón, de gran prestigio local, y fue la película japonesa *Rashomon*, de Akira Kurosawa, que ha sido catalogada como una de las mejores de la historia del cine, luego de ganar un Oscar como el mejor film extranjero.

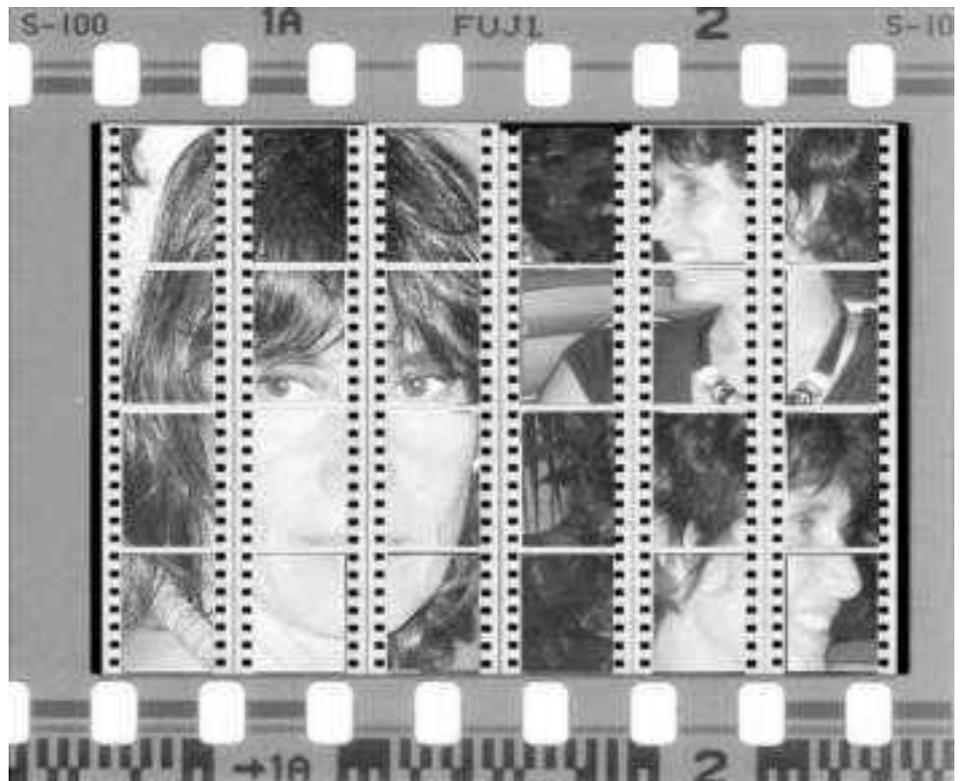
En otras funciones presentaron, en ese mismo teatro, *Los pájaros*, de Alfred Hitchcock; *Qué bello es vivir*, de Frank Capra; *Hombre y bestia*, de Marco Ferreri; *El gallo de oro*, de Roberto Gavaldón y guión de Juan Rulfo, García Márquez y Fuentes; *Weekend*, de Palle Kjaerulff Schmidt; *Los besos* y *El mejor candidato*, de Franklin Schaffner; *Tom Jones* y *La comezón del séptimo año*, dirigida por Billy Wilder y protagonizada por Marilyn Monroe; *Juicio en Nuremberg*; *Anastasia*, protagonizada por Yul Bryner, y *Hombre*, con Paul Newman, entre muchas más.



El cineclub continuaba con sus labores en la década del 60 cuando Álvaro dirigía el *Diario del Caribe* y sus proyecciones se anunciaban en el periódico con bastante despliegue a través de la columna *La linterna mágica* firmada por Arkadin. Arkadin era Julio Roca Baena, mano derecha de Álvaro Cepeda en el diario.

Algunas películas se comentaban durante varios días en el periódico no sólo desde esta columna, sino también a través de otras notas donde se escribían reseñas sobre los films que se estaban proyectando en Barranquilla. Era de entenderse, pues en la ciudad de aproximadamente seiscientos mil habitantes, había treinta y ocho salas de cine y exhibición de películas ubicadas en los diferentes barrios, tal como lo señalan las páginas del *Diario del Caribe* de 1969.

Esta suma nada despreciable de salas cinematográficas incluía teatros de primera categoría dotados con sillas abullonadas, e imponentes cortinas que rodeaban todas las paredes, y también aquellos otros sin techo, donde lógicamente sólo tenían funciones de vespertina y noche. Los primeros minutos de la cinta en la función de la tarde no se alcanzaban a ver bien, pero, una vez la oscuridad iba invadiendo el recinto, resurgían las imágenes y el público se iba silenciando. Si la película no era buena, quedaba la opción de ver las estrellas y un satélite artificial que pasaba todas las noches, pero por lo general proyectaban buenas cintas. El Coliseo, San Jorge, San Carlos, Las Delicias, eran los nombres de estos sitios donde las sillas metálicas sonaban de manera estrepitosa cuando alguien se levantaba, pero el precio más



Claudine Bancelin.

reducido y la sensación de libertad cautivaba a los barranquilleros. Siempre estaban llenos.

Alberto Duque López también estimulaba esta actividad cultural haciendo reseñas y críticas de las películas que exhibirían en el Cine Club y las otras que se presentaban en los diferentes teatros de la ciudad.

El club buscaba más adeptos a través de una revista que Cepeda impulsó y de la cual Plinio Apuleyo Mendoza ofició de director por un tiempo.

Otra de las estrategias se realizó desde el *Diario del Caribe* en enero de 1971. Se trató de un concurso para escoger entre los lectores las diez mejores películas del año anterior. Como premio se ofrecían pases de cortesía por seis meses, para asistir a cine en los teatros de la ciudad, que entregó Clarissa Lafaurie, reina del carnaval. Igualmente participaron en la campaña el radio-periódico Informando y las empresas distribuidoras de películas. ■

Meira Delmar: *un poco de alegría o simplemente nada*

Ramón Illán Bacca

Tengo un imborrable recuerdo de la primera vez que hablé con Meira Delmar. Era un estudiante universitario y había perdido un libro de la Biblioteca Departamental —“Fiesta” de Hemingway, para ser más preciso— y el encargado, que no aceptó mis explicaciones, me pasó al despacho de la directora para que aclarara lo sucedido. Ahí me encontré con una dama en plena madurez y con unos rasgos árabes muy acentuados. La reconocí. Era la misma cara que aparecía dibujada en la contratapa de uno de los cuadernillos de poesía en la colección Simón Latino y que había comprado en esos días.

Al sentarme frente a ella, y antes de decir otra cosa, le recité uno de sus versos:

*De tanto querer el mar
mi corazón se volvió ma-
rino...*

La desarmé y sólo me suspendieron el préstamo de libros por una semana.

Cuando me radiqué en Barranquilla me puedo ufanar de haber sido uno de sus amigos. A su casa del Prado, de arquitectura art deco, fui con frecuencia a disfrutar de su conversación acompañada de café árabe con pepitas de cardamomo y excelsas galletas hechas en casa. Había algunos

amigos que éramos miembros de número de esas tertulias. También iban algunas poetisas (palabra que sí le gustaba a Meira) algunas buenas, otras no tanto, pero la mejor fue siempre Meira.



Meira Delmar.

Muchas veces Meira nos habló de su amistad y correspondencia con Gabriela Mistral y Juana de Ibarbouro. Con esta última las cartas eran casi clandestinas pues la uruguaya tenía un esposo tan celoso que le impedía toda comunicación con el exterior del hogar.

También Meira había sido amiga de los miembros del “Grupo de Barranquilla” y era junto a José Félix Fuenmayor y Ramón Vinyes considerada como otro de los poetas de este grupo.

Otros grupos literarios en la ciudad, por esas fechas, también tenían a Meira como uno de sus miembros. (Hay que aclarar que en Barran-

quilla también hubo otros grupos literarios pero sólo uno con un premio Nobel).

Lo claro es que Meira pertenecía a todo el mundo cultural sin egoísmos. Era de admirar cómo al final de su vida y cuando era requerida para toda clase de eventos cívicos, culturales, militares, eclesiásticos, académicos y deportivos, Meira

estaba allí enhiesta, amable y presidiéndolo todo con su amable sonrisa.

“Si cobraras por esto, te volverías millonaria”, le dije en una ocasión.

“Mire lo que me proponen”, le dijo al desconcertado promotor del acto.

He oído algunas conferencias donde se clasifica a Meira como del modernismo tardío, del postmodernismo, del piedracielismo, o como la última de las poetas sufies, todas con muy buenos argumentos.

Lo que no he oído es hablar de la popularidad de su poesía. Es posible encontrar en los alrededores de la Biblioteca Departamental a los vendedores de libros de segunda o a las quirománticas de la calle 38 despedir al cliente con algún verso tomado de Meira.

Soy testigo de cómo un taxista al saber que su pasajera era ella empezó a declamar “El resplandor”:

*Nunca supe su nombre
pudo ser el amor
un poco de alegría
o simplemente nada.*

Al final, los tres, el taxista, Meira y yo terminamos el verso mientras llegábamos a casa.

Alguna vez, ya ciega, un desconocido, un hombre de edad, se le acercó y empezó a recitarle versos de “Muerte del olvido”, uno de sus últimos libros y no de sus primeros, que son los más populares. “Conozco esa voz”, dijo ella, pero no pudimos saber quién era el extraño.

Sin embargo, no faltaron piedras en el camino. En una de las ferias departamentales del libro (pocas en realidad) se le acercó el director de una institución local a pedirle que regalara sus libros a las masas populares.

Meira con su voz más meliflua le preguntó si él representaba esas masas. A lo que el personaje, en una postura que parecía se hubiera tragado un paraguas, dijo con voz tonante: “Doña Meira es una gran poeta, pero tiene sangre de comerciantes”.

Nunca había visto tan indignada a Meira, que con voz ronca contestó:

“Mis padres eran comerciantes libaneses, a mucha honra. Pero le digo que tenían la mejor biblioteca en Barranquilla en árabe, castellano y francés”.



Meira Delmar y Gabriel García Márquez.

Hubo allí una alusión al Líbano ancestral, al que dedicó varios poemas. Algunos en sus primeros libros, tan bellos que valió que Ramón Vinyes, el sabio catalán, y que para esa época no conocía a Meira, escribiera una columna de prensa en donde decía que había sentido más el Líbano en esos versos que en el libro de viajes de Pierre Benoit publicado por esos días.

Prologó Meira muchos poemarios, malos en su mayoría. A veces tan malos que ella con mucho tacto le recomendaba al autor hiciera una edición pequeña para repartir a los miembros de la familia. Otras veces, como en el caso de una joven presumida, no se aguantó y le dijo:

“Querías hacer poemas sin sentimientos... y lo lograste”.

Entre los amigos siempre hubo curiosidad por la vida amorosa de Meira, pero ella nunca dijo nada al respecto.

Hubo, sin duda, un gran amor; sólo así se puede escribir versos como éste:

*Yo estaba entre la noche
con los ojos perdidos de buscarte...*

Cocina de inmigrantes Barranquilla, *The melting pot*

Gustavo J. García B.*

Producto de múltiples factores, la gastronomía de Barranquilla se encuentra muy relacionada con las migraciones tanto nacionales como extranjeras —ésta de notable influencia—, que se sucedieron a principios del siglo XX, cuando la ciudad experimentó un crecimiento destacado frente a las otras capitales de la Costa Caribe, ya que ofrecía mejores oportunidades de empleo, calidad de vida, buena infraestructura y una cultura urbana cosmopolita, según se anota en nuestra obra *Barranquilla, ciudad art deco*; asimismo, para continuar con su expansión y desarrollo, la apertura de Bocas de Ceniza en 1936 le dio su doble condición de puerto marítimo y fluvial, una ventaja que fue entrabada por los problemas de navegación en el río Magdalena. A pesar de eso, una proporción grande de importaciones ingresaban todavía por Barranquilla; el movimiento económico de la ciudad giraba en torno a estas actividades, gracias a las cuales un grupo importante de empresarios se enriqueció y prosperó. La ubicación de la ciudad y su dinamismo atrajeron muchos inmigrantes,

entre éstos: italianos, franceses, alemanes, sirios, libaneses, palestinos, españoles, estadounidenses, antioqueños, santandereanos, cundiboyacenses y costeños mismos, que a la vez aportaron su experiencia empresarial y su cultura, convirtiendo a Barranquilla en una de las cuatro ciudades más importantes del país. Barranquilla ofrecía al inmigrante un estilo de vida dentro de un ambiente abierto a nuevas tendencias y con un fuerte carácter progresista. La reiteración sobre este tema es vital para comprender la importancia de la presencia de otras culturas en la ciudad y cómo éstas han aportado a la creación de nuevos lenguajes, creencias, comportamientos, modos de vida y manjares gastronómicos, concluye la obra citada.



Fiestas patronales de san Nicolás, 1928.

* Nació en Barranquilla, 1952. Estudios de Producción de Televisión y Medios Audiovisuales, Universidad del Norte, 1994. Autor y coautor de diversas publicaciones, actualmente es director de Ars Antiqua Galería y la Fundación Art Deco de Barranquilla, y asesor de instituciones y museos de la ciudad.



Mercado público de Barranquilla, 1928.



Venta callejera de pan árabe.

Vale la pena recalcar y resaltar que, con el paso del tiempo, la posibilidad de transmitir el conocimiento culinario entre distintas culturas se ha hecho más amplia; hoy en día los acercamientos culturales creados por vínculos laborales, por lazos sentimentales y la facilidad de llegar a diversos lugares han contribuido a que el arte de cocinar se impregne de las tradiciones y sabores de las culturas que convergen por los factores antes mencionados; a esto también debemos agregar la “magia” de la tecnología, capaz de mostrarnos y enseñarnos cómo preparar platos, postres, bebidas, etc., de lugares que nuestra mente ni siquiera se ha imaginado.

Para algunos autores, las cocinas “nacionales” nunca son nacionales en su origen. Empiezan como hábitos culinarios regionales, intercambios locales de influencias y modificaciones por parte de aquellos nuevos productos que se puedan incorporar a la tradición regional, ya sea en conserva, por su longevidad natural o por su idoneidad para viajar. Las cocinas tradicionales siempre se pueden definir con relación a unos pocos productos y condimentos básicos que se obtienen fácilmente en sus lugares de procedencia; dichos productos se introducen en los gustos colectivos y forman paladares que permanecen impregnados en sus recuerdos y, a menudo, se vuelven indiferentes o intolerantes hacia otros sabores.

Existe también una fuerza capaz de transmitir gustos por sí sola, se trata de lo que podríamos denominar magnetismo cultural, que mueve a algunas comunidades a copiar los hábitos culinarios de otras culturas. Aquí podemos mencionar el quibbe, de origen árabe, hoy día tan incorporado a nuestra gastronomía regional que inclusive en las

tiendas de barrio está presente junto con los fritos de nuestra cotidianidad; también los espagueti, de origen chino y apropiados por los italianos, está en los menús “corrientes” o platos del día que ofrecen las ventas de comida popular; y lo mismo ocurre con el pan árabe, que lo encontramos en las esquinas de las calles de los barrios del norte de Barranquilla, ofrecidos por vendedores ambulantes. Como éstos hay muchos ejemplos más.

INDUSTRIAS ALIMENTICIAS, CENTROS SOCIALES, HOTELES, RESTAURANTES

Continuando con la historia del devenir gastronómico, hacia 1875, en el primer viaje del padre Pedro María Revollo a Barranquilla, desde Cartagena, niño aún, en sus *Memorias* comenta: «Olvidaba anotar cuál era la economía pública en aquella época de aquel pueblo. La vida era sumamente barata, se compraba en las tiendas qué comer, la venta de pescado frito abundaba por las calles, la moneda era muy reducida y aún significativa de precio cuando se vendía o mejor se cambalachaban cosas por un huevo, y dos equivalían a un centavo [...] en la casa del sudoeste de la calle Real con el callejón del Camposanto (hoy 39) habitaba el viejo Lucas Berrío, en casa de enea y cercas de palo de clemón, quien tenía venta de carne fresca en la mañana, y en el medio día, después de relajarla y salarla, colgaba los tasajos a lo largo de su frontis y en la cerca».

En sus escritos, el padre Revollo continúa diciendo que, para las fiestas patronales de san Nicolás: «Había ventas portátiles de comida, alrededor de la plaza, de golosinas y bebidas refrescantes, pero sin alcohol ni hielo [...] allí las arepitas fritas, caribañolas y buñuelos de frijol, en las fritangas

situadas en las gradas del altozano; los panes rellenos, los dulces de chaza, los panderos descubiertos y cubiertos, las casadillas con coco, las butifarras de Soledad (las mejores del mundo), jaleas de tamarindo traídas de Sabanalarga, las conservitas de distintas frutas traídas de La Ciénaga, envueltas en hojas de bijao, las chichas de maíz, o arroz, o piña y el guarapo dulce o fuerte; y para las damas finas, los rosolios de distintos colores».

De la época precolombina podemos mencionar el casabe, un producto alimenticio originario del Caribe y la Amazonia, que se elabora a partir de la yuca; debido a sus posibilidades de conservación, era una de las bases fundamentales de alimentación de los pueblos originarios del norte del subcontinente, y que, hoy en día, sigue siendo parte de nuestra gastronomía, al igual que la deliciosa arepa de huevo y los bollos de angelito, de mazorca, de queso, de yuca, de plátano y de batata. La diferencia radica en que hoy la variedad de comidas ha ensanchado el mercado culinario que, como mencionamos, ha venido a satisfacer a todos sin importar su origen, condición social, sexo o edad, y se han mezclado y creado nuevos deleites al paladar.

Los establecimientos dedicados a la producción de alimentos, a finales del 1800, fueron pocos, debido a la proliferación de casas extranjeras importadoras de alimentos, bebidas y otros productos similares. Entre ellas, encontramos: La Napolitana (1886), de José Dufeu, que producía toda clase de pastas alimenticias, y fue adquirida por Genoveva Pertuz en 1892 hasta 1903, y nuevamente adquirida y refundada en 1938 por Giuseppe y Carlo Gianmaria; la fábrica a vapor de chocolates, llamada La Fama, fundada por Ángel Giacometto, y una de cerveza fundada por G&R Vélez, en 1886.

Para 1886, financiado por el empresario Esteban Márquez, se inauguró el Mercado Público, contiguo al caño, que se proveía de los agricultores ribereños, con pabellones de carnes y pescados;



Avisos de La Prensa.

venta de carne de monte, como venado, conejo, jabalí, guartinaja, ñeque; aves silvestres, como el barraquete, el pisingo, el pato real y la guacharaca. Abierto hasta los años setenta del siglo XX, contaba también con tres fábricas de pastas alimenticias caseras, una de Vital Rosanía, otra de Dolores de Vives, y la tercera de Carmen González Carbonell (que cerraron para los años 1910-1911). También otras empresas como Molinos de Harina El Caribe (1903), la Compañía de Molienda de Granos y Féculas (1903), la Fábrica de Cervezas y Hielo Bolívar (1905) propiedad de The Walters Brewing and Ice Making Company, La Nevada (1906), Molinos Corona (1907), que fuera

luego adquirida por la firma Roncallo Hermanos en 1920, la Cervecería Barranquilla y de Bolívar, S.A. (1912), de Alberto Osorio, más tarde Cervecería Águila, que se convertiría en un emporio de riqueza, en manos de los Santo Domingo, y cuya publicidad en *La Prensa* decía: “*Refrescante, tónica... No hay bebida como la cerveza. Los principios activos del lúpulo, que le dan su delicado sabor característico, excitan suave y seguramente las acciones orgánicas, haciendo que la cerveza sea un gran tónico admirable como aperitivo, como diurético y como digestivo. Para personas débiles y de salud delicada, como para los sanos y robustos, nada mejor que la cerveza. Tome usted siempre Águila.*”

Encontramos otras referencias, como la Empresa Harinera del Atlántico (1914), la Fábrica de Chocolates El Indio (1914), la Fábrica de Aceites y Grasas Vegetales, Faggrave (1918), las Pastas Alimenticias La Insuperable (1919) de Generoso Mancini & Cía. Ltda.; productores de harina de trigo y manteca vegetal La Insuperable, cuya publicidad en *La Prensa* decía: “*La manteca vegetal La Insuperable es el ídolo de las familias, hoteles y restaurantes, porque es higiénica y pura. Está científicamente comprobado que los alimentos vegetarianos son los más ricos en vitaminas y llenan una función más precisa, dado su extraordinario valor digestivo*”. Igualmente, Vinagre Barrentos (1919), del señor Bernardo Huyke Sardá, proveniente

de Holanda; la Fábrica de Gaseosas Posada Tobón, Postobón, con sus productos Agua Cristal, Agua Mineral Breña, Kola Champaña, Naranjada de Oro, Limonada Cristal, King Kola y Freskuva; los molinos Santa Teresita (1927), la Compañía de Chocolates La Gloria (1928), cuya publicidad en *La Prensa* decía: “Cuando desee el mejor chocolate pida La Gloria, su alta calidad es la pesadilla de la competencia”; las Pastas Pugliese (1929), hoy Pastas La Muñeca, Conzaroni y Pugliese, de Harinera del Valle S.A.; Harinas La Libertad, de Gieseken & Held, Harinas La Fuerza, de Enríquez & Mathieu, Molinos el Caribe de D. y J. de Castro, distribuidores de harina Diamante, Molinos Barranquillita (1950), con su harina Cóndor, féculas y precocidos de maíz, de los hermanos italianos Oreste y Aquiles Russo.



Almacén de importaciones, 1928.

Podemos apreciar entonces que Barranquilla rápidamente se convirtió en centro de industrias que aceleraron el comercio, y algunas de las cuales siguen trabajando con miras al futuro; de igual forma, se puede observar el predominio desde un comienzo de fábricas relacionadas con la producción de pastas y de harina, lo que se debió a la fuerte presencia de la comunidad italiana; asimismo, es de resaltar cómo uno de los símbolos más grandes y representativos de la industria barranquillera que se ha mantenido desde sus inicios —la Cervecería Águila—, que si bien es cierto ya no pertenece a la familia Santo Domingo, aún sigue operando eficientemente en nuestro territorio.

Retomando el tema de la cocina, que es el eje de este texto, debemos mencionar que para esta misma época se empezaron a publicar en Barranquilla libros y revistas con secciones dedicadas a recetas donde ya se reflejaba la internacionalización de las comidas a un nivel más inmediato propio de los tiempos. Por su parte, en Norte América, con el afán de crear sentido propio de sus raíces, pretensiones de moda y expansión comercial, se producían publicaciones tales como: *The Joy of Cooking*, *Better Home and Gardens*, *Betty Crocker's*, *Julia Child*, *Town and Country*, con sus proyecciones para Hispanoamérica como *Vanidades*, *Selecciones del Reader's Digest* y *Buenhogar*, entre otras. Aquí vale la pena resaltar recetas que se publicaban en *La Prensa* en los años 30: “A los maridos se le hace la boca agua... al ver estos helados”; “Con mezclas preparadas para pudines se

obtienen helados deliciosos. No sabemos por qué, pero hay un ‘algo’ en los helados hechos en casa que hacen al marido saborear el postre y lo ponen de buen humor. Lo pueden servir por una semana y nunca volverá Ud. a oír esta frase: ‘¿Otra vez el mismo postre?’ Tal vez la razón de esto sea la gran variedad de sabrosísimos postres que se pueden preparar”.

A comienzos del siglo XX, también encontramos en *La Prensa* anuncios gastronómicos como los siguientes:

“Su niño necesita, por lo menos, un litro de leche diariamente, que es el alimento más sano y rico en vitaminas. Al poder nutritivo de la leche se añade la garantía única de Pureza que es el mejor seguro para la salud de los niños. Por eso la leche es irremplazable para la crianza. Exigir leche pura es exigir salud para sus niños. Solicite siempre la leche pura que vende la Cooperativa de Productores de Leche”.

A medida que la ciudad fue creciendo en tamaño y población, y se fueron abriendo más fábricas y negocios, se hizo necesario para los empresarios entrar en una competencia que no sólo reafirmara la calidad de sus productos, sino que también aumentara sus arcas, es decir, su dinero; para esto la herramienta publicitaria, como pudimos apreciar en *La Prensa*, se convirtió en el elemento más fundamental; la lucha de poderes entró a formar parte del cotidiano barranquillero, y aquellos quienes eran simples consumidores y espectadores

empezaron a vivir con un imaginario distinto al de antes. En otras palabras, si La Prensa lo decía es porque así era o porque era lo mejor; hoy en día la presión del mercado y la moda han generado un interés colectivo de obtener aquello que los medios mandan. Herbert Marcuse llama a esto “la cosificación”, cuando los sujetos viven en función de comprar al punto de que en su mente todo tiene un precio, incluso ellos mismos.

Para esta misma época, las colonias extranjeras empezaron a crear sus vidas sociales, que giraban en torno a varios centros, cada uno de los cuales en sus proyectos coincidía en sus costumbres y actividades. Según un álbum del Country Club de Barranquilla, el primer centro social que se organizó en la ciudad, el Club de la Colonia Judía, fue fundado en 1870 por un alemán llegado de Bremen, Martín Wessels; le siguieron el Club Barranquilla (1907) y el A.B.C. (1921); estos dos clubes se fusionaron en 1926, iniciando así la segunda etapa del Club Barranquilla. Otros centros sociales eran el Club Alemán, que en un momento se llamó Riomar, durante las guerras mundiales, y después resurgió nuevamente como Club Alemán; el Centro Español (1920), el Centro Italiano (1922), el Carib Club (1925), reemplazado más tarde por el Country Club (1930); el Unión Colombia, el Club Hebreo (1927) inicialmente se llamó Club Social de Barranquilla, y el Club Campestre (1964).

Se hizo entonces apremiante construir en Barranquilla hospedajes debido a que, por su carácter mercantil y el funcionamiento de su puerto, muchas personas llegaban con el objetivo de comerciar, y muchos de ellos decidirían quedarse después de ver el impulso que la ciudad tenía. Uno de los primeros hoteles de la ciudad fue el Hotel Medellín (1800), donde se hospedaría el Libertador Simón Bolívar, poco antes de morir en Santa Marta. Encontramos además hoteles como el Hotel y Café Inglés (1891), de Kathleen Meek, que en su época se publicitaba así: *“Este acreditado establecimiento instalado en la casa más grande y lujosa de esta ciudad, ofrece todas las comodidades que pueden desear los señores viajeros. Cuartos grandes y bien ventilados. Excelentes baños. Cuartos con alimentos de \$2 a \$3.50 el día”*.

Y para esta misma época se hallaban también los hoteles: Rosario, Atlántico, Plaza, Internacional, Cádiz, Americano, Nápoles, California, Colombia, Ritz; junto a éstos estaban las pensiones Buenos Aires, Francesa, Europa, Española, Lascano, y la Vengoechea. Ya a comienzos del siglo XX, encontramos el Hotel Moderno, de Gabriel Díaz Grana-



Club Barranquilla, 1928.

dos; Hotel Regina, Hotel Victoria, de Arturo Elías, y el Hotel Sevilla, del español Urbano Salgado Yáñez, primer chef en Barranquilla, formado en sus viajes a Francia, Italia, Alemania, Argentina, Estados Unidos, Venezuela y Colombia, países en los cuales se desempeñó como cocinero; había sido traído de Venezuela por José Víctor Dugand en 1920 para trabajar en el Club ABC; luego de ganarse la Lotería de Bolívar, abre el Hotel Sevilla con comida internacional, el cual quiebra por la depresión en los años 30, pasando Salgado Yáñez a trabajar en el Hotel Istambul (1930) en Puerto Colombia, originalmente llamado Hotel Puerto Gdynia, de la dama polaca Aniela Butrin. De allí pasa a trabajar en el Hotel Astoria (1929), del italiano Antonio Faillace, el hotel más importante de la ciudad en la época, construido con escaleras y columnas de mármol importado de Italia, y por último en el Hotel del Prado.

El Hotel del Prado (1930), el primer hotel turístico internacional en Colombia, ofrecía los servicios de su restaurante con comida internacional, publicitándose: *“Para el exigente gourmet entendido en el arte del bien comer, en su lujoso Rincón del Prado, en donde se juntan los platos polinesios, franceses, italianos, alemanes, etc., también para los deseosos del buen vivir y de la alegría sin fin el famoso Patio Andaluz [1940], les ofrece cenas danzantes a los acordes de orquestas famosas, contamos también con el Restaurante Príncipe Eduardo, exaltado por la Corporación Nacional de Turismo en la categoría de Tres Tenedores”*. Para 1936, el Hotel del Prado abre en Pradomar, Puerto Colombia, el balneario Hotel Restaurante Pradomar. Allí mismo, en Puerto Colombia, encontramos el Restaurante y Hotel Puerto Colombia (1920), de la señora Tomasita Nieto, el primero de la localidad; también se encontraba el Hotel Restaurante Esperia (1936), de los italianos Angelo Bonfante y su señora Marini

Fonzini; según los anuncios de la época, este hotel tenía como atractivo turístico “la primera terraza marina, única en el mundo”, y en Salgar el Restaurante Sol y Mar, del señor Buendía, famoso por su arroz con chipi-chipi, plato que ha desaparecido completamente a raíz de la escasez de esa especie de molusco propia de nuestra región.

Una de las primeras heladerías con repostería fue la Heladería Americana (1936), originalmente Lonchería Americana, creada por los inmigrantes griegos Andrés Aristidú y Nicolás Angelogeopoulos. El primero fue el creador del famoso “Frozo Malt” y su galleta “Señorita”, dando así inicio a una de las empresas de helado artesanal más antiguas no solamente del Caribe, sino del país, y que continúa con sus servicios con tres sedes más al norte de la ciudad. Siguieron el Almacén y Heladería Rialto, de J. I. Arocha & Cía. (1937), la Heladería Lyon D’Or, de Luis y Luciano Abásolo, que se consideraba el consulado Vasco para los capitanes e ingenieros de los barcos españoles que llegaban a Barranquilla. La Heladería y Dulcería El Apolo (1937) anunciaba en *La Prensa*: “Nuestros helados y dulces son hechos y servidos bajo la más escrupulosa higiene y con materiales de primera calidad. Salones cómodos y muy ventilados (para familias), Heladería y Dulcería El Apolo, 20 de Julio casi esquina San Juan”.

De los helados artesanales propios de la Costa, los granizados son refrescos o refrigerios compuesto de hielo troceado con sirope, también conocidos como “raspaos”, y generalmente comercializados por vendedores ambulantes, que llevan un bloque de hielo en su carrito; su preparación es bastante sencilla, se utiliza una máquina manual para moler el hielo, aunque los vendedores ambulantes normalmente utilizan un cepillo de hierro para trocearlo; al hielo troceado se le añade un jarabe (sirope) del sabor a elegir, siendo los más populares: kola, tamarindo y limón, con un tope de leche condensada.

Las reposterías se iniciaron caseramente a mediados del siglo XX, siendo una de las pioneras Joyce Mitrany, de descendencia judía, quien a finales de 1970 fundó Dulcerna, adquirida después por Victoria Yidi de Daccarett, de Belén (Palestina), a comienzo de 1980, y más tarde fue vendida a Silvia Salazar de Vergara, quien continúa con sus servicios; también encontramos a Linda Handal de Daccarett, de Belén (Palestina), quien después de fundar Doña Linda, hacia 1980, continúa con sus dulces árabes, incorporando luego gastronomía de la misma procedencia. En 1983, abre Pudines Vio-

ly, de Violy McCausland, quien cierra en el 2003. Para 1995, se da apertura a Betty Sue, de Betty Kovalski, de descendencia polaca, con repostería internacional, y en 1997, Margarita Saieh de Jassir abre su establecimiento que sigue prestando sus servicios hasta la fecha.

Referente a las fábricas de embutidos, la primera fue la Salchichería Nacional, (1950), del italiano Vicente Puccini Cipriani, seguida de la Salchichería Garibaldi, (1952), del también italiano Luis Rotandaro; la Salchichería Boston, del alemán José Scheuermann, y la Salchichería Continental (1956) del rumano Leonid Cunit, de donde nace la reconocida hoy a nivel nacional marca Cunit, que ofrece, en su variedad de productos, salchichas, chorizos, butifarras, bollos, etc.

Los expendios de carne en Barranquilla, además de los del Mercado Público, se encontraban en los barrios y no contaban con las normas de



Hotel Medellín.



Hotel y Café Inglés, 1928.

higiene adecuadas, siendo este uno de los motivos para que el francés Roger Ways y su esposa barranquillera, Elina Orozco, en 1971, abriera un expendio llamado Frigorífico La Parisienne, inicialmente como carnicería y hoy día uno de los establecimientos más completos, con un portafolio de madurados, embutidos, patés, salchichas, ahumados, jamones, todos ellos hechos artesanalmente con productos colombianos y técnica europea.



Charcutería francesa en Barranquilla.

En cuanto a la influencia nacional —como un aporte del ingenio barranquillero en la preparación casera de jamones salado y dulce—, el cerdo se deshuesaba, se le quitaba la piel, se prensaba, y se seguía con un baño de panela y aceite de achiote, que le daba un color rosado, esto para el jamón dulce; y para el salado se prensaba con su piel. De la butifarra (del catalán *botifarra*), primera forma de embutido casero del municipio de San Antonio de la Soledad, se dice que *es un embutido fresco compuesto de carne picada de cerdo condimentada con sal, pimienta, y a veces otras especias*. En Soledad es famoso el restaurante Las Quince Letras, un lugar insigne fundado hace unos 100 años por Eugenia de Alba, que continúa prestando sus servicios atendido hoy día por sus sobrinas Salvadora Niebles y María Polo, con un menú adicional a sus famosas butifarras, de arroz de lisa, pasteles, sopa de mondongo y pajarilla con bollo de yuca.

El mismo entorno y contexto fue generando que empezaran a proliferar tímidamente restaurantes acordes con las necesidades de los pobladores e inmigrantes extranjeros, como habíamos mencionado; es así como aparecen los primeros restaurantes cafés, tales como: Italia (1935), restaurante italiano de los hermanos Tamasco, en los alrededores de la iglesia de San José; el Café Tivoli, de Rafael Fernández, y el Café La Estrella, de David Pereira, que tenían como atractivo especial “*Magníficos salones de Billares*”; el Café Inglés, de Rosita García, que más tarde se convirtió en el restaurante Metropol, entonces de Juan García, cuya publicidad anotaba: “Una rica empanada o pastelitos calientes con un sifón bien frío, es lo mejor como tentempié y aperi-

tivo”; el restaurante La Cabaña (1937) de Don Domingo, frente al Teatro Colombia; El Deportivo (1939), de los alemanes Carlos y Clara Hobrecht, en la carrera 43 con calle 67, que más tarde, en 1945, se mudaría a la carrera 43 con calle 72, siendo el primer restaurante de lujo y al cual llegaban los dignatarios de la nación cuando visitaban Barranquilla; el famoso Restaurante Kiosco ABC (1939), del ya mencionado español Urbano Salgado Yáñez, de comida internacional, y en el que se daban

cita los intelectuales del famoso Grupo de Barranquilla, que si bien se reunían en La Cueva, sitio de sus farras y tertulias literarias, el Kiosco ABC era su espacio de merienda, como también de los cronistas del periódico *El Herald*o; para 1945, se cambia el nombre a Panadería ABC, por iniciativa de su hijo Urbano Salgado Moreno. El Brandes (1940) como *delicatessen* primero y después como restaurante, de la alemana Erna de Brandes; El Mediterráneo (1954), de los hermanos griegos Statopulos, con servicio de refresquería y restaurante. El primer salón de té abrió en el segundo piso del Teatro Colón (1946), del judío austriaco Alfredo Schlesinger, quien años más tarde abrió el restaurante Alfredo’s. El segundo *delicatessen*, como tal, fue Delicioso, fundado por Susy Caridi de Hané, de descendencia judeo-sefardí turca, y Masha Finvarb de Hané, de descendencia judeo-rusa, su suegra, pioneras del famoso *garato*, que elaboraba y suministraba Fanny Caridi para su venta en Delicioso, donde también podíamos



Balneario “Pradomar”, Puerto Colombia, sucursal del Hotel del Prado.

encontrar arenque ahumado, *borsht*, ensaladas y sándwiches.

OBSERVANDO EL ENTORNO URBANO

Hacia 1950, niño aún llega de Italia Giancarlo Machi, que en sus observaciones urbanas ha escrito: «Las costumbres y actividades de hace 60 años en Barranquilla son completamente diferentes, en este lapso se ha suscitado uno de los cambios más importantes para el barranquillero, ello ha sido la metamorfosis de sus hábitos alimenticios. Los habitantes de esta ciudad en la mitad del siglo pasado, todos a excepción de muy pocos, como norma confirmante de toda aseveración, basaban su alimentación en la tradición, en el asilamiento del entorno nacional y en la poca variedad de productos agrícolas o ganaderos de la región que se ofrecían al consumidor. Es fácil recordar esas limitaciones en que se apoyaba la gastronomía local. Las tres comidas consistían generalmente en los siguientes menús: el desayuno estaba conformado por su bebida principal, el café (café con leche), acompañado por el clásico ‘perico’ (huevos con cebolla y tomate) y por el ‘recalentado’, o sea, los remanentes de la comida del día anterior; esta costumbre del denominado recalentado se daba por la carencia de sistemas de refrigeración en la gran mayoría de los hogares, lo cual no permitía una adecuada conservación de los alimentos ya preparados. Estos desayunos siempre iban acompañados de bollo: sea de mazorca, limpio, de yuca o de angelito, que cada familia adquiría diariamente en las tempranas horas a los vendedores ambulantes que los transportaban en los famosos burros, animales que llamaron la

atención del pintor norteamericano Frederic Edwin Church, quien a su llegada a Barranquilla el 28 de abril de 1853 escribía en su diario: ‘Vimos mucha gente, hombres, mujeres y niños montados en pequeños burros completamente sepultados bajo los canastos y bultos’, después describe el bollo como ‘una mezcla de comida india entre la vaina de un plátano y luego cocinada... es la comida general de las clases más pobre, me dio mucho gusto haber probado’.”

Siguiendo con su crónica, más adelante agrega Machi: “hay un plato que hoy casi no se consume durante el desayuno, el popular ‘cayeye’ que consistía en el plátano ‘cuatro filos’ hervido y machacado, acompañado con queso blanco costeño. Para el almuerzo y la comida, la sopa era inevitable, ya sea de gallina, de costilla, de rabo o de hueso, según la posibilidad económica de cada familia; estas sopas tenían como complemento el bastimento propio de nuestra región costeña, consistente en ñame, yuca, ahuyama y plátano pinto. Para la época era común el uso de la ‘totuma’, utensilio que perdió su permanencia con la implantación del plástico. El segundo plato que complementaba las dos comidas fuertes, denominado ‘seco’, lo conformaba como base principal el arroz blanco ‘voladito’, el arroz de fideos llamado de ‘palitos’, previamente frito con manteca de cerdo, o el arroz con frijolitos de cabecita negra; complementando el seco, se consumía el bistec con ajo o el bistec criollo (con cebolla y tomate); no faltaba el patacón o la tajada de plátano en compañía de la ensalada de tomate verde y cebolla sin ninguna vinagreta. En lo referente al consumo de pescado, en nuestra ciudad fue el clásico arroz de ‘lisa’; éste hoy en

día lo encontramos en las calles de Barranquilla en diferentes esquinas próximas a construcciones y concentraciones de gente, como en los mercados públicos, paraderos de buses de los barrios de estratos medio y bajo. También por los sectores más populares encontramos el infaltable bocachico (de río) ya sea en cabrito o frito; la mojarra frita y el pargo rojo, y además los puestos de cocteles de frutos del mar, siendo los de ostras y los de camarones los más apetecidos.



Hotel del Prado.

Para esta época, la integración de la culinaria de inmigrantes nacionales se fue imponiendo y es así como encontramos hoy día restaurantes de comida antioqueña, con su “bandeja paisa” compuesta de chicharrón, arroz blanco, un huevo frito, carne molida, frijoles rojos y aguacate. Restaurantes santandereanos, con su plato estrella el “mute santandereano”, sopa compuesta de verduras, mondongo, frijol rojo, garbanzos y maíz; y la “pepitoria”, un arroz con vísceras de chivo picadas. De Cartagena, no hay duda de que el arroz con coco es su principal aporte. De los pueblos costeños, la yuca con suero, pasteles, hayacas; y de la Guajira, la tortuga y el “friche”, hecho de la asadura del chivo con sangre y condimentos.



Hacia la época en que el toque de elegancia para la alimentación de la época eran la torta de pan con uvas pasas, el enyucado con coco rayado y el plátano pícaro (maduro) cocido con Cola Postobón y clavitos de olor, aisladamente fueron apareciendo comederos de carne de cerdo, chicharrones y fritos, que marcaron historia, como “el Negro Adán” en el barrio Chiquinquirá, sitio de encuentro de la élite barranquillera los sábados de cada semana.

Otro ícono del sabor gastronómico costeño, con sus chicharrones, caribañolas y arepas de huevo, es el famoso “Peñita”, de Luis Miguel Peña Meléndez, quien por algún tiempo hizo de zapatero, pintor de brocha gorda y serenatero ocasional, hasta cuando se le ocurrió montar un puesto de venta de fritos en un predio al final de una de las últimas nuevas urbanizaciones de Barranquilla, hoy conocida como Ciudad Jardín. Muy pronto toda la ciudad iba a deleitarse con los fritos de Peñita, que durante un tiempo se trasladaba desde su casa, en el barrio Los Jobos, hasta la esquina de la carrera 42 con calle 79, en una carretilla de madera cargando todos los utensilios —carbón, masa, huevos y cerdo— para preparar allí sus fritos. Uno de sus asiduos comensales le dijo un día que ese lote no tenía dueño: “Cércalo y cógetelo. Vas a una notaría y lo registras como tuyo”. William y María del Socorro, dos de los hijos menores, cuentan que a su padre casi le da un infarto de la rabia. “Él era un hombre recto y así nos lo enseñó”. Ocurrió que el señor le estaba “mamando gallo”, pues era el dueño de todos esos predios y al ver la honradez de Peñita, le dijo: “Hombre, es una broma. Yo soy Karl Parrish, ven el lunes a mi oficina para proponerte un negocio que te beneficiará y asegurará el futuro de tu prole”. Así Peña Meléndez, nacido en Calamar (Bolívar) el 21 de noviembre de 1907,

adquirió un lote de considerable extensión, donde construyó con el tiempo un edificio de dos pisos, y educó a sus hijos, todos profesionales, con su arduo trabajo.

La Tiendecita de Monchy, de Ramón Blanco, es un establecimiento localizado en la esquina de la carrera 44 con calle 62, popular por los nombres alegóricos a la sexualidad con los que bautiza sus fritos “afrodisíacos”: caribañolas exóticas, chicharroncito morboso, chuleta dietética, albóndigas eróticas, pastelitos excitantes, chorizos arrebatadores, butifarras ardientes, arepa con queso sexual, guarapo afrodisíaco, morcilla espe-luznante, sancocho de gallina ‘correteá’, pasteles de ave de corto vuelo, mondongo levanta muerto. Sitio de visita obligada en la ciudad, con más de 40 años de tradición, sus paredes están tapizadas con fotografías de personajes que han comido sus delicias, como Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio, Alejandro Obregón, reinas de belleza, la élite barranquillera, figuras internacionales como el chef francés Jean Paul Gravelle, y personajes del gobierno nacional y local.

Otro de los sitios altamente reconocidos por su renombre y sazón es “Narcobollo”, de Raúl Eduardo Molina, que se inició en Cartagena y, según narra el diario *El Universal*, debe su nombre a un operativo de allanamiento en un local de esa ciudad frecuentado por numerosos clientes que llegaban en auto y salían con misteriosas bolsas del lugar, y para sorpresa de la policía sólo encontraron bolsas de harina de maíz y trigo. Tras el desatino de los agentes, la voz popular se mofó de la anécdota llamándole al negocio “Narcobollo”, por lo cual su propietario siguió con la ironía e inició los trámites para registrar formalmente su local con ese nombre, cosa que las autoridades de



la Cámara de Comercio de Cartagena resistieron, pero finalmente aceptaron. El mote popular convertido en una marca local resultó un gran golpe mercadotécnico que atrajo a más clientes; así, las sucursales brotaron en Barranquilla y Bogotá, y en abril de 2002 uno de los miembros de la familia abrió un local en la avenida 79 de Miami.

En tiempos de carnaval los anteriores son los sitios preferidos, donde puede uno venir a las seis de la mañana, a curarse “el guayabo” que es como llamamos a la “cruda” o resaca y encontrar también en ellos el plato que se identifica con él, el famoso sancocho de guandú.

En otro lugar, sigue anotando Machi: “En las principales fiestas de Semana Santa, encontramos los dulces de ñame y guandú, así como en las fiestas decembrinas no podían faltar los populares pasteles de gallina y cerdo, afortunadamente costumbres aún vigentes [...] Asimismo, recuerdo los domingos, que con mi padre visitábamos la Panadería Central (1940) para adquirir el pan francés; era una panadería conceptualmente adelantada a la época, todo su mobiliario construido en acero inoxidable y el personal que daba atención al cliente estaba preparado bajo una estricta formación profesional. Su propietario era José ‘Pepe’ Zagarra, cónsul de la República de Panamá. Sin la misma pretensión de elegancia, las otras panaderías que competían con ella eran la Panadería América (1948), de Antonio Schuster, la Panadería Española (1955), la Panadería del Prado (1956), de Willy Bloch, judío alemán. En ese entonces, la compañía Fleischman, de EUA, dictaba cursos de tecnología de la panificación en Barranquilla. Otras panaderías que encontramos en la ciudad para esa época eran la Panadería 20 de Julio (1960), la Santa Mónica (1962), de una familia italiana, los hermanos Creazzo; la panadería ABC (1962), del señor Urbano Salgado, dueño también

del ya mencionado Restaurante Kiosco ABC, y la Panadería Santana (1971), de Amira Viana de Villa, proveniente de San Jacinto, Bolívar.

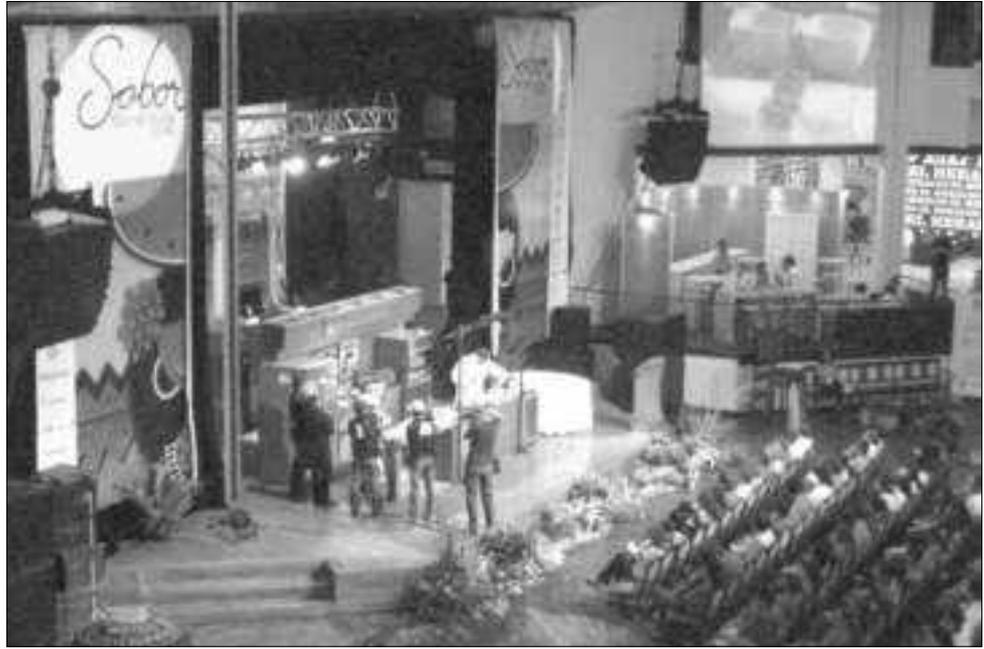
Destacamos que otro sitio de grata recordación en nuestra historia culinaria es “Los Cámbulos”, donde ofrecían hamburguesas y perros calientes. El barranquillero popularmente bautizó a la hamburguesa con el nombre de “lengua afuera” por la torreja de queso amarillo que sobresalía del pan. Estas comidas hoy en día son parte fundamental del cotidiano barranquillero, por lo cual existen innumerables sitios donde se pueden adquirir, llegando incluso a la modalidad de carros de perros en las esquinas, donde podemos encontrar variedad de alimentos, como chuzos, mazorcas desgranadas, pechuga de pollo a la plancha, hamburguesa de pollo, carne y pizzas, etc..

Barraquilla es pues un conglomerado de costumbres y de vivencias mezcladas en su gente, que se desarrollan todos los días y en todos los lugares; así, en su aspecto humano, es bueno recordar ciertos personajes en la vida urbana: los vendedores de guarapo de piña, agua de coco, jugo de patilla con limón, limonada, jugo de corozo, peto, chicha de arroz, de maíz, agua de panela con limón, algunos desaparecidos mientras otros han defendido la permanencia de la costumbre; en este aspecto, cabe resaltar a personajes que se mantienen vigentes: el vendedor de butifarras, con el mismo atuendo de hace 70 u 80 años; la “negra palenquera” vendedora de “alegrías”, y el vendedor ambulante de peto.

El sector de las frutas también se ha modificado con el tiempo en el comercio informal propio de los países latinoamericanos; las frutas chilenas desplazaron a las típicas frutas de consumo de nuestra región costeña como eran la guinda, el martillo, el anón, el caimito y la más encumbrada, única en Colombia, la uvita de playa. Las manzanas, las uvas, las ciruelas chilenas, han llenado el mercado no sólo regional, también nacional; sin embargo, aún siguen presentes en nuestro día a día la ciruela de Campeche, la guayaba, la patilla, el marañón, la piña, la cañandonga, etc.

Frente a todos estos acontecimientos hay algo que no podemos negar y es que el cambio ha sido rotundo no sólo a nivel local sino a nivel mundial. El hombre hoy busca transformar sus costumbres, rechaza la tradición en todos los aspectos de la vida cotidiana, y así hemos perdido el capital de la espiritualidad que nos brindaba el altar de la mesa familiar como sitio de encuentro de la fami-

lia con los integrantes generacionales, como eran los padres, hermanos, abuelos y nietos. Los afanes mismos de la vida, la tecnología y el desapego a las tradiciones han generado un nuevo sistema de vida, la mesa ya no es el lugar para compartir una comida, ahora separa muchas cosas; casi nunca se usa para su objetivo original, preferimos estar frente al televisor, frente al computador o simplemente solemos correr y alimentarnos sobre la carrera.



Festival gastronómico Sabor Barranquilla, 2010.

Ahora bien, volviendo un poco sobre las páginas, el primer restaurante chino de la ciudad, y que aún continúa abierto, fue el Chop Suey, construido en 1935 por Juan Obregón en sociedad con el chino cantonés Jorge Makong, que era chef del Hotel del Prado; a ellos se les encomendó atender a los deportistas de los III Juegos Nacionales. Se podría afirmar sin temor a equivocarse que en el Chop Suey tanto la gente común como encumbrada de la época degustó el famoso arroz con pollo con toque típico de la cocina oriental que allí se preparaba, como así también una variedad de platos que se han arraigado en nuestra culinaria barranquillera sobre todo el agridulce, que lo preparaban con panela. De la esquina de la calle 72 con avenida Olaya Herrera, donde se construyó inicialmente en precioso estilo oriental, todo de madera y rodeado por numerosos árboles, pasaría a su actual dirección sobre la carrera 49. En sus hermosos jardines, en las primeras horas nocturnas, se reunían numerosos tríos de bolearistas; para ese entonces, el barranquillero era muy dado a ofrecer serenatas a sus novias.

Cinco años más tarde se abrió el Chow Mein, de Alberto Au, segundo restaurante chino de la época, ambos frente al estadio de fútbol, seguido del restaurante Internacional (1950), de Alfonso Won Mercado, en el Paseo de Bolívar. Los inmigrantes chinos en Barranquilla a comienzos del siglo XX, inicialmente fueron granjeros de hortalizas ubicadas en las afueras de la ciudad, productores de vegetales frescos que proveían a los restaurantes, hoteles y familias que visitaban sus sitios. Hoy,

encontramos restaurantes chinos en casi todos los barrios populares de la ciudad.

En representación de Italia, el segundo restaurante italiano, después del Italia, fue el Restaurante Salerno (1950), de Vicente Nicolella, venido de Nápoles, pionero de una cadena de restaurantes en la ciudad como fueron, además, el Restaurante y Pizzería Napolitano (1960), que fue la primera pizzería de la ciudad; luego siguen el Sorrento (1969), La Chimenea (1974), y el actual restaurante Nena Lela (1982), heredado por su hija Carmen Nicolella, que maneja con sus hijos este gran emporio.

Hacia la década del 60, pocos eran los restaurantes especializados en paellas; el primero fue La Paella (1960), ubicado en Pradomar, del español José Maestre, y La Gran Paella, de José Azuero, en Barranquilla, quien nos comenta: “esta era la casa de los Fernández de Castro; aquí en los años 60 se reunían los aficionados después de las corridas de toros; hacían paellas, tapas, era una cosa familiar que se convertiría en La Gran Paella, en 1975. Luego vino La Casa de la Paella (1984), de Román Sánchez; estos dos últimos continúan abiertos al público.

En cuanto a la cultura árabe, el primer restaurante fue el Trípoli, (1961), primero también en la Costa, de Jalil Quizena, y el cual continúa abierto; le siguieron un sinnúmero más, algunos de los cuales han cerrado ya, como fueron: El Emir, El Sultán, Balbec, Líbano, Biblos. Sin embargo, hoy en día la comida árabe es una de las preferidas

por los habitantes y visitantes de la ciudad, que pueden encontrar además diversos lugares como: el Árabe Gourmet, de la familia María; el Beyrouth, de Abraham Raad; Sarab, de Tony Rajbani; Los Trigales, etc.

Para los años 60 y 70 se abrieron restaurantes populares y de comida internacional como: El Pez que Fuma, Mi Vaquita, El Merendero, Clelia, Lido, La Silla Coja, El Mesón de Morgan, Devis, Bismark, El Palacio de Kike, Alí Babá y los 40 Pollos, Donde Canta la Rana, entre otros, en su gran mayoría ya cerrados; sin embargo, sus platos fueron llamativos y sus sabores aún perduran en el recuerdo de los consumidores.

Barranquilla, en el siglo XXI, tiene una proliferación de un promedio de 50 restaurantes constituidos entre los años 2008 y 2010, creando incluso variaciones regionales estilísticas. Entre los más recientes, encontramos restaurantes de comida griega, francesa, japonesa, peruana, española, cubana, árabe, mexicana, uruguaya, argentina, filipina, italiana, china con especialidades de sus provincias, y comida rápida norteamericana.

Para esta misma fecha se han abierto escuelas de cocina lideradas por el Servicio Nacional de Aprendizaje, Sena, que inclusive tiene un portal web de gastronomía cuyo eje temático es la cocina nacional y regional. Se encuentra también la Escuela de Gastronomía Cocinar fundada por los empresarios Francisco Aguilar, Alberto Salgado y Carlos Mario Serrano; la escuela de cocina Gato Dumas y la del Centro Inca, entre otras.

Mención especial merece *Sabor Barranquilla*, feria gastronómica que se realiza desde el año 2008, evento que enaltece y promueve las tradiciones culinarias de la región Caribe desde una perspectiva universal y patrimonial, organizada por la Cruz Roja Colombiana y Fenalco.

A pesar de que no encontramos restaurantes de comida alemana, polaca, rusa, rumana, israelí, escandinava, sueca, finlandesa, noruega y austriaca, se podría afirmar que la oferta que hace Betty Sue,



con su recopilación de recetas nos llena este vacío, constituyéndose el libro *Cocina de inmigrantes*, de Betty Kovalski, en la *melting pot* de la nueva cocina barranquillera, con la inclusión de sus recetas de autor influenciadas por su origen familiar, su vivencia en Barranquilla, múltiples viajes alrededor del mundo y la colonia a la que pertenece.

De esta manera, podemos confirmar que Barranquilla es una ciudad para el mundo, llena de incontables secretos gastronómicos, mezclados con rasgos culturales distintos que convergen y originan nuevas expresiones. El progreso de Barranquilla está íntimamente ligado a su amplia gama cultural, que ha hecho un aporte innegable al avance industrial y comercial. De la Barranquilla de antaño no queda sino el recuerdo y algunas estructuras que se mantienen como rasgos de un pasado en el presente; la transformación de la ciudad se ha producido en el espacio físico, en las actividades económicas, en la parte social y en la parte cultural. Uno de los íconos más representativos de esa gran mezcla cultural es el carnaval de Barranquilla, que invita y coacciona a los habitantes y a los visitantes a probar lo autóctono y tradicional, y los impulsa hacia las nuevas mezclas que hacen de la ciudad el lugar perfecto para tener un poco del mundo gastronómico en un solo lugar. ■

Identidad, antillanidad y criollés en la obra ensayística de Édouard Glissant*

Alfonso Rodríguez M.**

El carácter más notorio del Caribe es nuestra vocación universalista.

Germán Espinosa,
Caribe y universalidad, 2002

Lo universal que generaliza es la pretensión suficiente que permite sublimar la dignidad personal a partir de la realidad de la propiedad privada.

Édouard Glissant,
El discurso antillano, 1981.

Amo esta isla, soy del Caribe.
Jamás podría pisar tierra firme
porque me inhiere.

Pablo Milanés,
"Amo esta isla", *Querido Pablo*, 1985

El texto que sigue se refiere a las nociones de identidad, antillanidad (*antillanité*) y criollez (*créolité*), así como a las de negritud, criollización y archipiélización (*archipelisation*) que le son cercanas. Nos basaremos principalmente en la obra ensayística del poeta, filósofo y escritor martiniqués Édouard Glissant. En estos textos, Glissant define lo que entiende por identidad, desarrolla la diferencia entre identidad raíz e identidad rizoma y señala el papel primordial que puede tener la literatura en la tensión contemporánea mundialización/mundialidad.

* Ponencia presentada en el VII° Seminario Internacional de Estudios sobre el Caribe, organizado por el Instituto Internacional de Estudios del Caribe y la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Cartagena.

** Docente adscrito a la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad del Atlántico y al Instituto de Estudios Superiores en Educación de la Universidad del Norte; miembro de los grupos de investigación "Gilkari" y "Lenguaje y educación"; DEA y magister en letras modernas de la Université de la Sorbonne Nouvelle (París III) y magister en filosofía de la Universidad del Valle; autor o coautor de, entre otros, "De lo Caribe en la cuentística del Caribe colombiano", *Humano amor humana circunstancia*, *Diálogos de Sevilla*, *Filosofía política y diversidad cultural*, *Comprensión y competencias lectoras en estudiantes universitarios*.

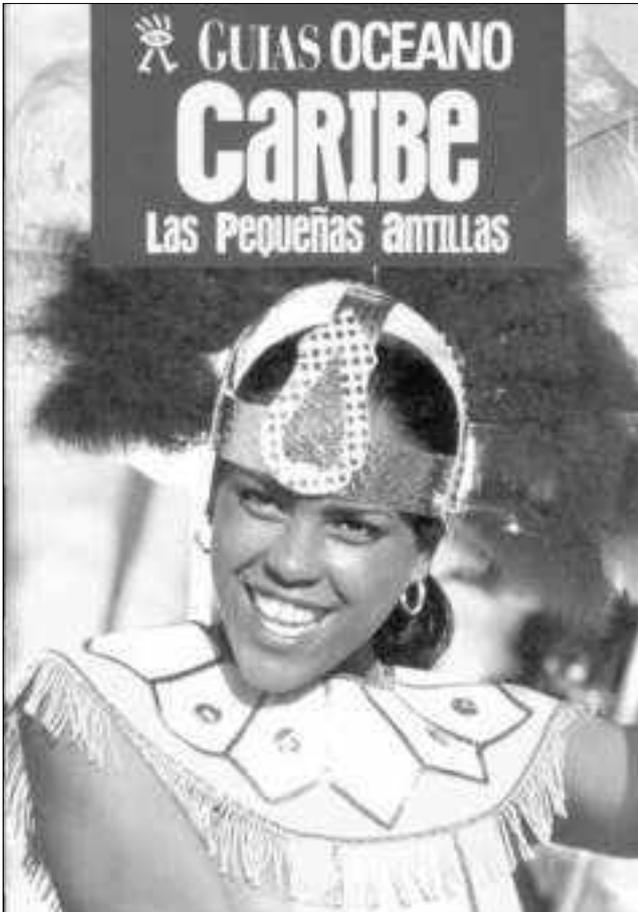
La identidad martiniquesa, como la antillana, es vista por este autor como un triple desvío incierto, dilatorio y autoagresivo, marcado grandemente por el transbordo. La antillanidad, más que una teoría, una visión, está relacionada con las identidades rizomas o compuestas (*composites*), se diferencia de la negritud e implica una estética de lo diverso no universalizante. La criollización, la achipielización y la defractación como la del mar Caribe, más que cualesquier concentración homogéneas van acordes, según Glissant, con el devenir de nuestro actual Todo-Mundo complejo.

Édouard Glissant, profesor, doctor *ès lettres*, es un militante independentista martiniqués, conocido del público a partir de 1958 por el premio Renaudot, "casi Nobel", en 1992, según los mentideros franceses.

Las visiones de la identidad en la obra ensayística de É. Glissant pueden ser someramente cotejadas con algunas de las de nuestros pensadores del Caribe colombiano, lo que puede dejar entre nosotros valoraciones, apreciaciones encontradas, preguntas-tareas.

1. LA NOCIÓN DE IDENTIDAD EN LA OBRA ENSAYÍSTICA DE ÉDOUARD GLISSANT

La reflexión acerca de la *noción de identidad* es uno de los constantes más notables en la obra ensayística de Édouard Glissant. Está generalmente nombrada en términos de búsqueda, de herida, de conflicto de poder. Asociadas a la idea de cultura, Glissant propone las nociones de identidad-raíz única o atávica e identidad-identidad-rizoma o compuesta (*composite*). En el camino hacia una concepción de la identidad en donde prime la relación, no la exclusión, la literatura puede jugar un papel importante.



Las ilustraciones del artículo son tomadas de este libro.

1.1 Identidad cultural, cuestionante y ambigua

En Glissant, la identidad es siempre la identidad social, en dificultades, incierta. “Es eso que yo llamo identidad cultural —nos dice en *El discurso antillano*—. Una identidad cuestionante, en donde la relación con el otro determina al ser sin fijarle un peso tiránico”¹. Debido a los orígenes históricos de nuestra población, al transbordo, a las consecuencias o secuelas que este hecho ha dejado en nosotros, según Glissant, “tenemos problemas de identidad” (*Ibid.*, p. 59). Refiriéndose a la departamentalización de la Martinica en 1946, Glissant nos cuenta que, al final de los años 70, otras antiguas colonias que no son confundibles en el Otro “toman el duro camino de la identidad, de la independencia” (*Ibid.*, p. 268).

Según el pensador del Caribe francófono, esta búsqueda de identidad no es una vaga y metafísica aspiración a la “autenticidad”. Es la reivindicación de un equilibrio entre la estructura de un sistema de producción y la responsabilidad de la comunidad en el marco de ese sistema. La dignidad

comienza con el poder de decisión —sostiene. Y es en primera instancia porque en Martinica ya no hay procesos determinantes de producción, sino un plan camuflado de cambio planteado en *El discurso antillano* —que la ambigüedad domina esa ‘búsqueda’ angustiosa de sí.

Para Glissant, la búsqueda de identidad que se apoya sólo en la reflexión supone un artificio que excluye violentamente al individuo de su contexto. Lo que sucede es que toda búsqueda de identidad debería ser “natural”, no voluntaria, dada por acumulación en un acto común. La imposibilidad misma de ese “natural” y la alienación global de la sociedad harían indispensable el artificio violento de la reflexión y la teoría.

Según Glissant, pues, identidad significa identidad cultural, y es referida básicamente al estado de su isla exhabitada por los caribes, francesada, e implica un combate contra otras concepciones de identidad. Esta búsqueda de la identidad así concebida es un acto difícil, necesario, que puede tener su recompensa y cuando una colectividad reniega de su proyecto, de ello sólo resulta desequilibrio y vanidad. Batirse contra el Uno de la Historia, por la Relación de las historias —sostiene nuestro autor en *El discurso antillano* de 1981— es quizás a la vez encontrar de nuevo su tiempo verdadero y su identidad: plantear en términos inéditos la cuestión del poder.

1.2 Identidad raíz, identidad rizoma y totalidad-mundo

Basado en una distinción acerca de tipos de pensamiento propuesta por G. Deleuze y F. Guattari, Glissant, ya desde *El discurso antillano* de 1981, pero sobre todo desde *Introducción a una poética de lo diverso* de 1995², pasando por el *Tratado del Todo-mundo* de 1997³, propone la distinción entre las nociones de *identidad raíz* e *identidad rizoma*. La *raíz única* es —en *Mil mesetas*— la raíz que mata alrededor de ella, mientras que *rizoma* es la raíz que se extiende al encuentro de otras raíces.

Según Glissant, la noción de *identidad raíz* única está ligada a la naturaleza de lo que llama las culturas atávicas, las que parten del principio de una génesis y de una filiación con el objetivo de buscar una legitimidad sobre una tierra que a partir de ese momento se convierte en territorio: tierra elegida igual territorio.

Glissant ha ligado el principio de una identidad rizoma a la existencia de culturas compuestas, es

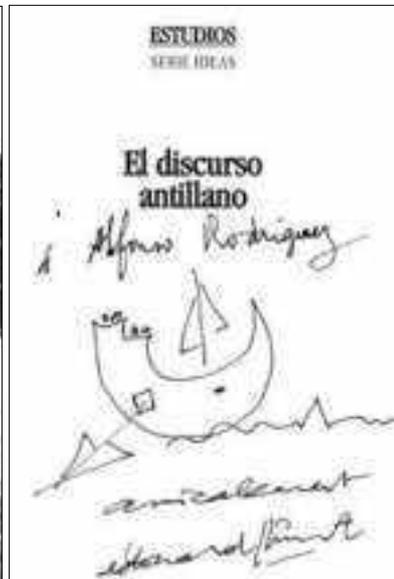


Édouard Glissant y Alfonso Rodríguez M.

decir, culturas en las cuales se practica una criollización, aunque en estas culturas, muy a menudo, se encuentra una oposición entre lo atávico y lo compuesto. Como ejemplos de culturas atávicas, Glissant menciona la cultura de los amerindios de México, los de Chiapas; como ejemplo de culturas *compositas*, estaría la cultura general del país mejicano actual.

De acuerdo con Glissant, donde quiera que aparecen mitos fundadores en el seno de esas culturas llamadas atávicas, la noción de identidad se desarrollará alrededor del eje de la filiación y de la legitimidad; en profundidad, “la raíz única excluye al otro como participante” (*Ibid.*, p. 63). En cuanto a las sociedades en donde no funciona un mito fundador, sino por préstamo, sociedades que comienzan directamente por el cuento, ya de por sí una práctica del *Desvío* —las sociedades *compuestas*, las sociedades de criollización— la noción de identidad se realiza alrededor de tramas de la Relación que comprende al otro que infiere. Por ello —sostiene Glissant— no cambiaremos nada a la situación de los pueblos del mundo si no cambiamos el imaginario según el cual la identidad debe ser una raíz única, fija e intolerante. “Vivir la totalidad-mundo a partir del lugar que es el suyo —nos dice en *Introducción a una poética de lo diverso*— es establecer relación y no consagrar la exclusión (*Ibid.*, p. 66).

En un texto más reciente, de 2004, Glissant insiste en que las identidades-culturas atávicas, los pensamientos sistémicos y las filosofías del la



historia, todas suntuosas y en el pasado generalmente magnánimas, actualmente “barren las huellas de nuestros caminos con concebir al ser como vinculado únicamente a una comunidad que no acepta representarse ni acepta el mestizaje⁴.

Lo contrario sucede con las culturas que llama *compositas*, las nacidas de la mezcla de culturas, de la realización del espacio tiempo del mundo y que no sólo conscienten el

mestizaje, sino proceden de él. Estas entidades no sabrían inventar Génesis ni prever finalidades de la historia. Las culturas atávicas y los pensamientos sistemáticos son continentales, poderosos, fuertes, de una eficacia que hoy en día puede ser mortal. Las culturas *compuestas*, más bien, son muy a menudo de inicio errante, dilatadas, archipiélicas. “El pensamiento del continente es el pensamiento del Uno; el pensamiento del archipiélago es el de lo múltiple” —señala Glissant.

En el mundo de hoy, el impulsado por la globalización económica, vivimos del persistente empuje del Uno y la nueva tentación de lo Diverso, lo que produce la contradicción entre mundialización universalizante opuesta a la mundialidad diversalizante. “La mundialidad es la poética de nuestra ilusión al Todo-Mundo —sostiene Glissant— mientras que la mundialización es el reverso miserable de la misma”.

En este momento, sostiene Glissant, divididos entre esas fuerzas contradictorias, destrozándonos por las intolerancias, las masacres y los genocidios, tendremos que aprender a oponer a estas monstruosidades, no el prejuicio, no la elección de un partido de un clan o de una tribu o de una secta, sino el sentir que ninguna identidad muere por abrirse a aquello que podría enriquecerla sin desnaturalizarla.

1.3 Identidad, literatura y oralitura

En este cambio, la poesía, el teatro, la novela, según Glissant, jugarán un papel primordial. “Creo que la literatura alrededor de esta cuestión de la identidad entra en una época en la que producirá

lo épico nuevo y contemporáneo” (*Introducción a una poética de lo diverso*, p. 67). Aquí jugaría un papel notable una “emergencia de la oralidad” vista de una manera particular: no la oralidad opuesta a la escritura según la visión occidental europea, sino una oralidad post-escritural, que recupere nuestros gestos, nuestros gritos, la importancia del ritmo, nuestras poéticas (*El discurso antillano*, p. 799).

Esas literaturas, de las cuales Glissant presiente la aparición, esas literaturas del mundo, sólo serían posibles si se trata de no “comprender” al Otro, sino de imaginarlo como transparente asimilable: el derecho de cada uno a la opacidad. Se trata hoy, nos dice Glissant, de conciliar la escritura del mito y la escritura del cuento, el recuerdo de la génesis y la presciencia de la Relación, tarea difícil. “Pero —concluye Glissant al respecto— ¿qué otra parecería más bella?”

2. LA IDENTIDAD ANTILLANA COMO DESVÍO, VISIÓN Y COMBATE

Según Glissant, la búsqueda de identidad del pueblo martiniqués pasa por lo incierto, lo dilatorio y la autoagresión debido a su constitución inicial de pueblo en el Caribe: una población transbordada, con una liberación de negros pospuesta como hasta hoy, y con una asimilación económica que lo funde en la irresponsabilidad, la diglosia y el engaño de los *desvíos*.

Según *El discurso antillano*, hay diferencia entre el desplazamiento, por exilio o dispersión, de un pueblo que se continúa en otro sitio y el transbordo (la trata) de una población que en otro sitio se cambia en otra cosa, en un nuevo dato del mundo. En este caso, se renuncia al Ser. La operación de la Trata —sobre la cual según Glissant el pensamiento occidental se silenciará constantemente— obliga a la población así tratada a cuestionar toda ambición de un universal que generaliza.

En primera instancia, con el transbordo esta población es obligada a criticar, a desacralizar bajo los rasgos de la burla o de la aproximación lo que, en su antiguo orden de cosas, era lo permanente, lo ritual, la verdad de su ser. Una población que cambia en otro sitio es tentada a abandonar la pura creencia colectiva. Así mismo, porque el modo del cambio (la dominación del otro) puede favorecer la práctica de aproximación o la tendencia a la burla introduciendo en las relaciones nuevas la insidiosa

promesa de constituirse en otro, la ilusión de una mimesis lograda, por lo que la pulsión de lo universal prevalecerá de manera vacía. Además, el pueblo transbordado lucha contra todo universal que lo sobrepasa, lo cual favorece la dispersión y la resistencia.

Lo anterior tiene varias consecuencias. Una población que se cambia en otro sitio en otro pueblo, que no mantiene el Ser, sin a pesar de ello sucumbir a las reducciones del Otro, no ha llevado consigo ni continuado colectivamente las técnicas de existencia o de sobrevivencia materiales y espirituales que había practicado antes de que la transbordaran. Estas técnicas no subsisten sino en trazas o bajo forma de pulsiones o impulsos. Esta población entra por un tiempo más o menos largo en el marasmo a menudo imperceptible de la irresponsabilidad global.

Un primer impulso de un pueblo transbordado es, sin duda, el regreso, como sabemos, imposible, en el caso de la trata de negros. Según Glissant, en Martinica —lo que se puede extender a las Antillas—, la población transbordada se convirtió en pueblo sin que por ello se hubiera podido tomar en cuenta efectivamente la tierra nueva; la comunidad ha intentado exorcizar el Regreso imposible mediante una práctica del *Desvío*.

El desvío, según Glissant, una actitud de escape colectivizada, es el recurso último de una población cuya dominación por Otro es ocultada: hay que buscar en otro sitio el principio de dominación, que no es evidente en el país en sí: porque el modo de dominación (asimilación) es el mejor de los camuflajes, porque la materialidad de la dominación, que no es explotación solamente, que no es la miseria solamente, que no es el subdesarrollo



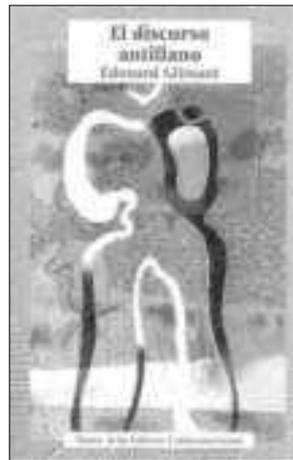
Tira cómica que retrata irónicamente la buena vida de los blancos en las colonias, s. XVIII.

solamente, sino sobre todo la erradicación global de la entidad económica, no es abiertamente visible.

Una de esas expresiones es la lengua *créole*, “la primera geografía del Desvío” —según Glissant—, con su otra cara, el francés que se habla en la isla. Para sostener esta tesis, Glissant cita en *El discurso antillano* a Michel Benamou, para quien el criollo (*créole*) sería un ejemplo de “burla sistematizada”. El esclavismo habría confiscado el lenguaje que el amo le ha impuesto, lenguaje simplificado, apropiado a las exigencias del trabajo (un negrito) y empujado al extremo de la simplificación. El *créole* sería la lengua que, en su estructura y en su poética, habrían asumido a fondo la burla de su génesis. En este sentido, los lingüistas han notado que la sintaxis *créole* imita gustosamente el lenguaje de los niños (empleo de la repetición, por ejemplo *bel ichem: très bel enfant*). El *créole* haitiano, a diferencia del martiniqués, habría sobrepasado el Desvío, se habría convertido en una lengua de responsabilidad productiva de la nación haitiana.

Además de la “infantilización del creole”, el sincretismo religioso sería otro avatar ostensible del Desvío. Según Glissant, a diferencia de Brasil o de Haití, en donde la creencia colectiva tiene “contenido positivo”, en Martinica, como en varias de las islas antillanas, continúa como traza negativa, tiene siempre necesidad de actualizarse en desvío.

Glissant, finalmente, ve una manifestación espectacular del Desvío en los casos de los emigrantes antillanos que van a Francia, regresan a Martinica y se devuelven a Francia. En Francia —sostiene Glissant— muy a menudo los antillanos se descubren diferentes, toman conciencia de su *antillanidad*. Esta conciencia se les hace tan insoportable que el individuo invadido por “el sentimiento de su identidad” no podrá sin embargo lograr la reinserción en su medio de origen (encontrará la situación intolerable, a sus compatriotas irresponsables, le dirán un *asimilado*) y se regresará. Glissant ve en este hecho una ilustración del Desvío producto de la alienación en Martinica: hay que ir a otro sitio para tomar conciencia de ello.



En un glosario que aparece al final de *El discurso antillano*, Glissant define expresamente lo que entiende por *antillanidad* (*antillanité*). Se trata de un concepto que había propuesto en los años 50. Se opone a otros como el de negritud, aparentemente afines. Para Glissant, *la antillanidad*, más que una teoría, es una visión, tiene que ver con las identidades rizomas o compuestas, se asocia a lo caribe, se distingue de la negritud e implica una estética de lo diverso no universalizante.

La noción surge, según Glissant, del análisis testarudo de “la estructura de lo real martiniqués”, similar con mucho a la de Guadalupe, algo diferente de la de Haití. Se trata de un real ofuscado, difícil de agarrar incluso por quienes lo viven. En ese real las llamadas pequeñas Antillas francesas aparecen como muy amenazadas por el fenómeno inaudito que se llama *asimilación*: “des-realizadas” de su curso natural, zombificadas en sus contextos, oponiendo sin embargo una resistencia inconmensurable. Se trata de una colonización que no ha tenido el éxito que aparenta porque a la irresistible pulsión mimética le se opone un foco de resistencia. En realidad, sostiene Glissant, la colonización ha dividido en tierras inglesa, francesas, holandesas, españolas, una región poblada en su mayoría de africanos: ha constituido en extranjeros gentes que no lo son. En el caso de las Antillas francesas, las relaciones de dominación han hecho que esos países no puedan subsistir por ellos mismos; además, sus habitantes son franceses de hecho, al contrario de los otros colonizados que permanecen africanos o indochinos. Tenemos así en Martinica y en Guadalupe un pueblo de descendencia africana para quienes la palabra “africano” representa generalmente un insulto.

La noción de *antillanidad*, nos dice Glissant en un texto de 1969 retomado en *El discurso antillano* de 1997, corresponde a un deseo que será necesario precisar, considera a un real que es innegable. Este real es: culturas salidas de los sistemas de plantaciones; civilización insular; poblamiento piramidal con un origen africano o hindú en la base, europea en la cúspide; lenguas de compromiso; fenómeno cultural general de criollización; vocación al encuentro y a la síntesis; persistencia del hecho africano, culturas de la caña, del maíz

y de la pimienta; lugar de combinación de ritmos, pueblos de la oralidad.

Pero, nos dice Glissant, los pueblos nacen un día. Y, si los antillanos no son herederos de una cultura atávica, entonces no están por ello condenados a la des-culturización sin regreso. Al contrario, la vocación de síntesis no puede sino constituir ventaja, en un mundo avocado a la síntesis y al “contacto de civilizaciones”.

La que Glissant llama *la teoría de la antillanidad* concibe para todo el Caribe la convergencia de re-enraizamiento en nuestro lugar verdadero. Tiene por ambición —nos dice Glissant— continuar agrandando a la vez la dimensión africana que se cambia aquí reencontrándose, y la fuente del lenguaje, que se refuerza multiplicándose. Derek Walcott, sostiene Glissant, pervierte la lengua inglesa tanto como Nicolás Guillén deshila la española, tanto como V.S. Naipaul afirma negando al país que explora. “Importa poco si no hablan *créole*, hablamos bajo especies diferentes el mismo lenguaje”.

La idea de la entidad antillana, según este autor del Caribe francés, es una reconquista cultural, se abre a una acción política, implica una estética de la relación. Sólo una colectividad totalmente libre de sus actos y también de sus deseos realizaría el desvío que se necesita. Para esto, según Glissant, la independencia es vital, aunque en estos momentos, falta la responsabilidad. El porvenir en el caso de Martinica no depende de los actuales dirigentes, sino de “la profundidad de la revolución en las mentalidades, y de su realidad

en las estructuras sociales. “Creo en el porvenir de estos pequeños países” —asevera Glissant en este sentido. Las tareas se enmarcan dentro de lo que se puede llamar la criollización, el combate por la criollización.

Desde su *Discurso antillano* de 1981, como lo había hecho con el de negritud, Glissant se opone a la teoría de la criollez, como se opone a la de la latinidad, las cuales sustituye por las de criollización, defracción (*diffractation*), archipelización. Estos planteamientos los desarrollará —como se ha visto— en un ensayo publicado con ocasión del congreso mundial de la Federación Internacional de Profesores de Francés, FIPF, a mediados del 2004 en Atlanta. Glissant rechaza la teoría de la criollez por considerarla de un “monolingüismo discriminante” que ignora a las historias antillanas. Y la historia, según *El discurso antillano*, es lo que nos une a los jamaíquinos y a los puertorriqueños, más allá de las barreras de la lengua.

Glissant se opone a la Latinidad, movimiento a favor de las lenguas latinas, en el que militan García Márquez, Vattimo, Morin, por oposición a la hegemonía del inglés, por considerarlo uno de los pensamientos-raíces únicos universalizantes, estandarizantes, típicos de Occidente. Glissant opone a todas estas hegemonías lo archipiélico, lo criollo, lo caribe, lo criollizante, la criollización, la Grecia presocrática.

En efecto, según Glissant, la Grecia presocrática, en tiempos de los filósofos poetas como Pitágoras, es impresionantemente criollizante: mezcla lazos asiáticos y culturas del norte, aun-



Mercado caribeño del siglo XIX.



Cristóbal Colón.



Batalla naval en el Caribe.



Dibujo de una plantación en funcionamiento.

que, después, busca el principio de lo universal del ser, una voluntad de establecer una verdad indudable, principio que encontraremos después en el racionalismo. A este impulso soberano del ser, Glissant opone la realidad actual del mar Caribe que no concentra sino que defracta, que es lugar de cambio, de paso. “No estoy seguro que el mundo se americanice —sostiene Glissant— pero pretendo que se archipelaguice (*archipellise*—leemos en “*Métissage, créolisation, Latinité*”, p. 65). Según Glissant, el pensamiento continental es unívoco, totalitario, mientras que el pensamiento del archipiélago es tembloroso, a voluntad ambiguo y frágil, una poética, como de nuevo en los tiempos de los presocráticos.

Si la latinidad, sostiene Glissant, debe ser una renovación de los sistemas de pensamiento, la latinidad va a morir. Para el pensador del Caribe francés, este movimiento debe ser la participación y la entrada en la mundialidad de todos los pueblos de la latinidad con la noción de la dialéctica de los lugares. Para Glissant, la poética de la mundialidad es lo que debemos escoger como modo de resistencia a las canalizaciones, a la estandarización de la mundialización. La alternativa, la explicación

es la criollización, más allá del solo mestizaje. El mestizaje —sostiene Glissant— es un mezcla racial, artística, estética. Pero, contrariamente al mestizaje que es bastante mecánico y previsible, la criollización es un mezcla de culturas que produce lo imprevisible”⁵.

3. GLISSANT, IDENTIDAD DEL CARIBE COLOMBIANO, PREGUNTAS FINALES

Las anteriores tesis han sido desarrolladas por un poeta, filósofo, dramaturgo, novelista, cuentista, proveniente del Caribe francófono martiniqués. Nacido en 1928, doctor en literatura de la Sorbonne, “expulsado” hacia Francia metropolitana por militancia independentista, el profesor Glissant es considerado “el padre espiritual” de conceptos como el de *antillanidad*. Su notoriedad le vino por haber ganado en 1958 uno de los premios más prestigiosos de la Francia metropolitana, el Premio Renaudot, con la novela *El lagarto (La lézarde)*⁶. De Glissant se dice en los mentideros franceses que en 1992 estuvo cabeza a cabeza en la final por el Nobel, pero lo ganó Walcott finalmente porque el también antillano escribe en un idioma más expandido que el francés.

Podemos, al final de este recorrido, plantear nuestra valoración acerca de estas visiones de la identidad, cotejarlas someramente con algunas de las planteadas por escritores del Caribe colombiano y, para terminar, plantear algunas preguntas tareas.

La visión acerca de la identidad en la obra ensayística de este autor francés del Caribe se muestra hoy en día, decimos nosotros, como una de las más profusamente discernidas, fundamentadas, destacables: combina profusamente psicoanálisis histórico social, etnografía, lingüística.

Como la obra de Foucault con los castigos infringidos en las prisiones del llamado Antiguo Régimen francés, como la obra de la llamada Escuela de Frankfurt con las vejaciones producidas en los campos de concentración nazis, la obra de Glissant arroja, vemos, una gran luz, nos conmueve, nos sensibiliza grandemente sobre esa gran masa de población negra que fue traída de África y a la que le cambiaron, sin la más mínima consideración, sus prácticas de trabajo, su lengua, su religión. De ahí Glissant infiere —podemos compartir esto totalmente o no— lo que explicaría el grado de irresponsabilidad, de des-creencia, de inautenticidad que se puede observar en (todo) el Caribe, sobre todo en islas como la Martinica (por su

condición parásita de Departamento de Ultramar Francés).

Estas reflexiones, para terminar, las podemos cotejar, ahora apenas esquemáticamente, sólo para formularnos las preguntas finales, con algunas de las formuladas por nuestros escritores del Caribe colombiano.

Según Héctor Rojas Herazo, por ejemplo, nuestros pueblos caribeños en el fondo son pueblos tristes, no tienen nada de alegres⁷. Sabemos también que según Germán Espinosa el carácter más notorio del Caribe es, debe ser, nuestra vocación universalista⁸. García Márquez, coincidiendo parcialmente con Héctor Rojas Herazo en cuanto a la tristeza del pueblo caribe, lo califica como “el centro de gravedad de lo increíble” debido a la profusa variedad de culturas, el sentido de libertad sin términos en nuestras tierras y una realidad real que vas más allá de toda imaginación⁹.

Otros autores, no analistas disciplinares del discurso (literario) han encontrado rasgos distintivos en el sujeto o *ethos* o identidad caribes. Jesús Ferro Bayona ha insistido en una visión con preeminencia de los sentidos, arraigo, franqueza y música¹⁰. Para Ramón de Zubiría, la identidad humana del Caribe está caracterizada por el mestizaje, el enraizamiento y la apertura universal; la ausencia de envidia y de egoísmo; el carácter pacífico, comunicativo y de júbilo existencial¹¹. Para Armando Benedetti, a su vez, la identidad cultural caribeña es matrifocal transgresora de la familia cristiana; vive en un tiempo circular con un carácter lúdico, anticastrense y no violento; practica la sabia intuición de un realismo que considera al tráfico venal como única alternativa inteligente¹². (Otras visiones acerca de la identidad en la cuentística del Caribe colombiano se encuentran en el número 4 de la revista *Polifonía*, producto de una investigación realizada por el grupo Gilkarí de la Universidad del Atlántico y patrocinada por Colciencias¹³).

Varias preguntas tareas nos pueden quedar después de este recorrido. ¿Será que estas piezas así cotejadas, las de las obras ensayísticas del autor del Caribe francés estudiado y la de los pensadores del Caribe colombiano son, entre sí, antagónicas, complementarias o indiferentes? ¿Habr



Esclavos celebran su libertad.

que “triangularlos” con los rasgos encontrados en la observación directa, en la (ora)li(tera)tura, en la canción? ¿Qué emprenderemos a partir del cotejo anterior para contribuir al discernimiento de este mosaico de identidad que somos, para conocernos en la interpretación lúcida, para la decisión en la libertad, para la responsabilidad en la autonomía? ■

NOTAS

¹ Édouard Glissant, *Le discours antillais*, París, Gallimard, Essais/Folio, 1997, 939 p. [1981]. Traducción nuestra, como en todos los casos siguientes necesarios. Recientemente, la editorial caraqueña Monte Ávila, traducido por

Aura M. Boadas y Amelia Hernández, ha publicado en castellano este libro, con el nombre *El discurso antillano*, basada en la edición Gallimard de 1997 (1981-1997).

² Édouard Glissant, *Introduction à une poétique du divers*, París, Gallimard/NRF, 1995, p. 63.

³ Édouard Glissant, *Traité du Tout-Monde*, París, Gallimard-NRF, 1997, 260 p.

⁴ Édouard Glissant, “*Métissage, créolisation, latinité*”, en *Synergies Amérique du Nord. Revue de didactologie des langues-cultures. Le français: Le défi de la diversité. Congrès mondial de la FIPF*, Atlanta, juillet 2004, n° 1, juin 2004. GERFLINT, 2004, p. 64-68.

⁵ Édouard Glissant, “*A propos de la créolisation. Extrait d’une entrevue avec Bertrand Dicole*”, en *Le Figaro*, 27-28 juillet 2002. Citado en *l’Année francophone internationale 1991-2000*.

⁶ www.lehman.cuny.edu/ile/en/ile/paroles/glissant.html

⁷ Héctor Rojas Herazo, “Rasgos lineales para bocetear el Caribe”, en: C. López M. y A. Abello, comps. *La Costa que veremos. Reflexiones sobre el Caribe colombiano en el umbral del 2000*. Cartagena, Departamento Nacional de Planeación-Fondo de Publicaciones de la Universidad del Atlántico-Observatorio del Caribe Colombiano, 1998. p. 9-18.

⁸ Germán Espinosa, «Caribe y universalidad», en: *Historia y Cultura. Revista de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Cartagena*, 4. II Seminario Internacional de Estudios del Caribe, Cartagena de Indias, p. 155-162.

⁹ Gabriel García Márquez, «El Caribe, centro de gravedad de lo increíble», en: N. Klahn y W. Corral, comps. *Los novelistas como críticos*, 2. México: Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 126-128.

¹⁰ Jesús Ferro Bayona, «Una visión de la cultura caribeña», en: *Huellas. Revista de la Universidad del Norte*, 40, abr. 1994, p. 4-6.

¹¹ Ramón de Zubiría, «Identidad humana del Caribe», en: *Caribe Colombia*. Bogotá: Fondo para la protección del medio ambiente “José Celestino Mutis”- FEN Colombia, 1990. p. 21-27.

¹² Armando Benedetti, “Costeño tenía que ser”, en: *Lecturas Dominicales*. El Tiempo, Bogotá, 22, sep., 2002, p.1, 4-8.

¹³ *Polifonía. Revista de lingüística y literatura, Departamento de Idiomas - Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad del Atlántico*, n° 4, ene.-jun. 2004, Barranquilla, Alfa y Omega Publicidad, 210 p.

Luis Carbonell: música y memoria cómica

Raúl Fernández*

La obra declamatoria de Luis Carbonell ha sido ampliamente conocida en Barranquilla como lo es a lo largo y ancho de la cuenca del Caribe desde la década de los cincuenta. Carbonell visitó Colombia hace más de medio siglo, en el año 1956 cuando su voz se escuchó en la radio de Medellín, ciudad en la que permaneció un mes. Años después regresó a Colombia auspiciado por el ICAP (Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos). El maestro Luis es un amante del folclore colombiano y gusta de los sonidos más raigales del país como el *torbellino*, el *pasillo*, el *bunde*, la *guabina chiquinquireña*. En respuesta a una pregunta, Luis Carbonell ha dicho que el *bambuco* colombiano es difícil de cantar para el que no haya crecido con ese estilo de entonar.

Claro que los conocimientos de Carbonell no se limitan a Colombia, pues conoce también la música venezolana, y adora el sonido del *joropo*, sea el *llanero* o el *citadino*, del *pasaje*, del *seis por derecho*, del *polo margariteño*, del *merengue venezolano*. Tanto admira la música sudamericana que a Carbonell le complacería que hubiera un programa de radio en Cuba que se dedicara a profundizar no sólo sobre esas músicas colombianas y venezolanas, sino que divulgara también otros aires del continente como el *gato*, la *baguala*, la *vidala* y la *samba* de Argentina. Nada de esto debe sorprender porque Luis Carbonell —muy conocido como declamador, ora serio, ora humorístico, de

la poesía costumbrista antillana— es un hombre sumamente culto cuya pasión de toda la vida ha sido la música, todo tipo de música. Porque igual que se percata de las dificultades del bambuco, es amante de la ópera y podría entonar de memoria las melodías de cualquier número de arias. Y siempre gustó del piano, y si no fuera por los achaques de su avanzada edad, podría interpretar al piano obras de Bach, Chopin, Schuman, Ignacio Cervantes, y Lecuona; o cantar *negro spirituals*. Y posee además, en frase del poeta Marcelino Arozerena, “la magia secreta de los tumbadores”. Nada musical le es ajeno. Y su impacto sobre la música popular cubana en los últimos sesenta años apenas ha comenzado a recibir merecido reconocimiento. [1]

Cuando llegue la luna llena, iré a Santiago de Cuba...

Federico García Lorca

Luis Mariano Carbonell Pullés nació en Santiago de Cuba el 26 de julio de 1923. Se crió en la calle Rastro 17, entre Trinidad y callejón de Toro. Fue el quinto de siete hermanos, dos hombres y cinco mujeres. Su padre, Luis Carbonell, fue mecánico en los talleres del ferrocarril, donde comenzó como ayudante a la edad de trece años y terminó como jefe de talleres cuando falleció a la edad de sesenta años. Su madre, Amalia Pullés Pérez, fue una maestra de las llamadas “habilitadas,” personas escogidas por sus conocimientos y formación para la docencia en una época en que la formación pedagógica daba sus primeros pasos. Fue una gran maestra aunque no había cursado la Escuela Normal, que no existía en Santiago de Cuba a principios del siglo veinte. Amalia Pullés era también una persona culta, muy dada a la música

* University of California at Irvine. Este texto está basado directamente en varias largas entrevistas realizadas por el autor, y auspiciadas por el Smithsonian Institution Oral History Program, con Luis Mariano Carbonell en La Habana entre los años 1999-2009. Citas insertas en el texto, cuando no van acompañadas del nombre de sus autores, son todas de Luis Carbonell y provienen de esas entrevistas inéditas.

y la poesía. Desde muy pequeño, Luis Carbonell se acostumbró a leer manuscritos de poesía preparados por su madre y su padre, que también era un hombre culto aunque muy reservado en lo personal. El niño Luis asistió a la Escuela Spencer en la calle San Jerónimo, entre Carnicería y Calvario, y luego estudió en la Escuela Pública Número Diez en la que su maestra de quinto grado fue Caridad Cagnet, hermana del poeta, escritor y compositor (“*Frutas del Caney*”) Félix B. Cagnet.

Por esa época, el arte negro se ponía de moda en todo el mundo: en París, en Nueva York, y en Cuba, donde primero Guillén y luego otros poetas desarrollaban el movimiento de la poesía negra. Una bella morena santiaguera, Eusebia Cosme, se convertía en popular declamadora de esta nueva poesía antillana, y triunfaba en su ciudad natal, en La Habana, y en Nueva York. Amalia Pullés enseñaba a las hermanas mayores de Luis, Olga y Silvia, a recitar en voz alta. Escuchar a su hermana Olga recitando la balada de Simón Caraballo...

*Canta Simón,
jah!, yo tuve una casita y una mujer.
Yo, negro Simón Caraballo
y hoy no tengo qué comer.
Mi mujer murió de parto,
la casa se me enredó.
Yo, negro Simón Caraballo,
ni toco, ni bebo, ni bailo,
ni casi sé ya quién soy...*

de Nicolás Guillén, cuando apenas tenía nueve años, conmovió al niño que se vio recitando ese poema algún día.

Aunque se fue aficionando a la poesía sin querer, lo que le gustaba a Luis en realidad era la música. Cursando en 1934 el séptimo de primaria en la Escuela Superior, el adolescente comenzó a dar clases de violín en la Academia de Bellas Artes, pero dejó las clases debido a las majaderías de un maestro con poca vocación para la enseñanza. La música era la verdadera vocación de Luis Carbonell. Sus hermanas Celeste y Ligia estudiaron música y piano con la profesora Rosa Amparo Moraleza, en el conservatorio que dirigía Dulce María Serret, y escuchándolas, observándolas, y sentándose a tocar, Luis aprendió a tocar el piano por su cuenta.

Solfeo y teoría le resultaban muy fáciles. Sin embargo, su madre Amalia, como toda buena madre de esa época que se preocupaba por el bienestar futuro de sus hijos, no le permitió estudiar piano formalmente, queriendo que estudiara para médico o abogado. Quería Amalia que todos sus

hijos tuvieran una profesión, y de hecho todas las hermanas de Luis se convirtieron en destacadas maestras en Santiago de Cuba. No obstante, Luis siguió estudiando el piano por sí solo aprendiendo todo lo que podía, más o menos a escondidas. El idioma también le fue muy fácil a Luis, aprendiendo y dominando el inglés desde temprana edad, de suerte que ya a los quince años —corría el año 1938— comenzó a dictar clases de inglés, primero en la Academia Pérez Acosta, y después en la notable Academia Vidaud de las pedagogas santiagueras Zaida y Ana Vidaud.

Mientras ejercía como profesor de inglés comenzó a frecuentar la casa de Josefina Farré que entusiasmada con el talento musical de Luis le daba clases de piano gratis. Fue en casa de la maestra Farré donde Carbonell comenzó a recitar la poesía afro-antillana en un estilo muy propio que no le copiaba nada ni a su hermana Silvia ni a Eusebia Cosme.



Luis Carbonell.

“Yo soy, primero que nada, santiaguero... muchos de los personajes de mis estampas son imitaciones de personas que yo conocí en Santiago”.

Se daban veladas artísticas en casa de Farré y allí lo escucharon recitar Rita Montaner, Esther Borja (en 1943) y Félix B. Caignet, quien lo alentaría como declamador. Mientras tanto su hermana Silvia fue presentada en un recital por la notable educadora dominicana Camila Henríquez Ureña, hermana de Pedro y Max Henríquez Ureña, profesora de literatura en la Escuela Normal. Camila la estimulaba para que recitara en público, lo cual Silvia hizo, inclusive viajando a La Habana para un recital público en el Teatro de la Comedia en 1940, viaje en el que Luis la acompañó en la que fue su primera visita a La Habana. Pero la madre no permitió que hiciera carrera como declamadora, insistiendo en la profesión de maestra, oficio en el que Silvia sobresalió. (Hoy lleva su nombre una biblioteca en la Universidad de Oriente).

Por esta época, Luis empezó a combinar la enseñanza del inglés, con la recitación y otras actividades en la radio local. Dijo su primer poema en un programa radial hacia el año 1940. Se relaciona con otros recitadores que lo influyen como el villaclareño Severo Bernal. Daba clases de inglés, aprendía poesía, y acompañaba al piano en emisoras radiales a artistas aficionados, corrigiendo, repertorizando, y ayudando a cantantes. Enseñar a otros siempre fue un gran placer para Luis. Tocó el piano en una estación de radio, la OIR, sucursal de la emisora del empresario tabacalero Amado Trinidad, en la cual conoció al cantante Rolando Laserie. Estimulado, hacia 1939, por la presentación de la Organización Coral Cosacos del Don “General Plátov”, en el Teatro Oriente de Santiago de Cuba, Luis Carbonell desarrolla un interés en la música coral que le dura hasta hoy. En el año 1942 realiza un impresionante debut como declamador en una función en el Teatro Oriente de Santiago, a la que asiste la crema y nata de la sociedad santiaguera.

“Yo no soy negro, pero tampoco soy blanco. En Santiago de Cuba yo no sentí la discriminación racial... eso allí no se usaba... después sí lo pude ver en Santa Clara y en Camagüey... en Santiago los blancos y los negros eran iguales, yo no sentí la discriminación”

Allí conoce a Arturo Liendo, escritor humorístico de la emisora CMQ de La Habana, quien años después escribiría algunas de las famosas estampas de Luis Carbonell. De 1944 a 1946 Carbonell se establece como repertorista y director de progra-



Luis Carbonell (d) con Francisco Pascasio Blanco Ávila.

mas musicales en la CMKC de Santiago. En esa emisora promueve a artistas que luego triunfaron en todo el país, como Pacho Alonso y Pepe Reyes, y organiza un programa estelar para cantantes que se transmitía todos los sábados a las ocho de la noche. De su sueldo como profesor de inglés le paga 20 pesos mensuales a la magnífica pianista Numidia Vaillant para que funja de acompañante de los cantantes, además de la pianista oficial de la estación Nené Valverde. Numidia había estudiado piano con el maestro Joaquín Nin Castellanos, y su abuelo Maximino Villalón, que poseía en Santiago el Conservatorio Espadero, fue el maestro de solfeo de Miguel Matamoros.

Tiene por esa época Luis Carbonell la idea de que la poesía negra necesita un fondo de percusión, siendo el primero que lo acompañó Baudilio Carbonell, percusionista de la Orquesta Típica de Chepín Choven. Corría el año 1946 y Santiago de Cuba le estaba quedando pequeña a Luis Carbonell. Animado por su amigo y recitador Pepe Vázquez, que había regresado de Nueva York a Santiago a visitar a su familia, Luis se embarca para la “gran manzana” en ese año. La ciudad de Nueva York vivía un enorme despertar artístico con el fin de la Segunda Guerra Mundial. Musicalmente, el jazz evolucionaba hacia el bebop y jazzistas como Dizzy Gillespie y Charlie Parker comenzaban a explorar el mundo de la rítmica cubana.

Luis empezó a trabajar en una joyería y a disfrutar de la vida cultural de la gran ciudad. Iba a todos los espectáculos, en teatros como el Roxie, el Radio City, el Capitol, el Paramount... dos o tres veces a la semana, y dos shows los domingos. La suerte hizo que toda una serie de felices coincidencias y contactos, a pesar de alguno que otro tropiezo y malentendido, lo llevaran a actuar tanto como declamador como pianista en Nueva

York. Primero coincidió con Esther Borja en una recepción. Esther estaba en Nueva York trabajando en Radio City en un espectáculo cubano; ella iba mucho a casa de Luis y un día los dos fueron a una fiesta en casa de Natalia Aróstegui de Suárez, esposa del cónsul cubano Pablo Suárez; en esa ocasión Luis recita algunas poesías, y conoce a Ernesto Lecuona, que se encontraba entre los invitados. Otra persona que lo escucha es Alberto Gandero, a la sazón director de los programas de NBC para América Latina. Impresionado por la declamación de Luis, Lecuona convence a Gandero de que pusiera a Carbonell en su programa. Y así fue. Luis hace un programa de declamación de media hora. Invita a su ya amiga Eusebia Cosme que se había radicado en Nueva York desde 1939. Después del programa en NBC, Luis es invitado a casa de Ernesto Lecuona, donde vuelve a recitar para los invitados, entre los cuales se encuentra la más popular cantante y vedette latina del momento en Nueva York, la bella boricua Diosa Costello, apodada la “*Puerto Rican Bombshell*”, quien había promovido la visita a Nueva York de artistas cubanos como Dámaso Pérez Prado y estaba casada con el *showman* cubano Pupi Campo. Pocos días después Diosa Costello lo invita para que se presente en un show del Teatro Hispano, en el cual la declamación de Luis Carbonell gustó extraordinariamente.

Y sucedía que el director musical de Diosa Costello era nadie menos que Gilberto Valdés, a quien llamaban en Nueva York el “*Gershwin cubano*”. El matancero Gilberto Valdés ya había adquirido fama como compositor de clásicos de la música popular cubana, y en particular, en el estilo “afro”. Era el autor de piezas antológicas como “*Oguere*”, “*Rumba Abierta*”, “*Yo vengo de Jovellanos*”, “*Bembé*”, “*Ecó*”, “*Baró*”, “*Mango Mangüé*”, y “*Sangre Africana*”. En ese momento, Valdés se desempeñaba también como director musical de la afamada *troupe* de danza de la norteamericana Katherine Dunham. Carbonell y Valdés se hicieron muy amigos. Sucedió entonces que uno de los bailarines de Katherine Dunham se desgajó del grupo y formó su propio grupo, el ballet de Claude Marchand, para el cual



Luis Carbonell (d) con Pérez Prado.

escogió a Valdés como director y a Luis Carbonell como pianista. Con Claude Marchand pudo trabajar un tiempo, apareciendo incluso en un show en el *nightclub* Knickerbocker. Simultáneamente, Luis les montaba repertorio a Ester Borja y a la cantante boricua Aida Pujols, para la cual arregló una versión memorable de “*Sangre africana*”.

Luis Carbonell, magnífico juglar antillano... superior, en muchas ocasiones, a la poesía que suele decir. Emilio Ballagas

No sabemos qué hubiera pasado, qué rumbo hubiera tomado la vida de Luis Carbonell de haber permanecido en Nueva York. Ya había dado un gran paso en esa ciudad trabajando como pianista, declamador, repertorista, y director vocal. Claude Marchand quería llevarlo en una gira por California. El hecho es que Luis Carbonell, siguiendo las orientaciones de Gilberto Valdés, que le ofreció llevarlo a España con un contrato para una producción, regresó a Cuba, a La Habana para ser más exacto, solamente para descubrir que lo prometido por Valdés, músico que fuera tan genial como desorganizado, no se llevaría a cabo. Así fue que hacia fines de 1948, después de unos dos años en Nueva York, Luis Carbonell se encuentra en La Habana, un joven desconocido, sin ningún contacto, excepto Esther Borja, o posibilidades de trabajo en su arte, pues existía como un rechazo a los declamadores. Eusebia Cosme se había marchado de Cuba antes de 1940. Una locutora radial,

Xiomara Fernández, y algunos actores recitaban, pero no existían declamadores profesionales.

El éxito final de Luis Carbonell se dio después de mucho esfuerzo y mucha paciencia. Se puede decir que tuvo lugar en tres tiempos. Lo primero fue que con la ayuda de Esther Borja, Luis fue incluido en un programa en honor al tenor René Cabell que tendría lugar en el Teatro Auditorium, hoy Amadeo Roldán. El director de la función no había mostrado mucho entusiasmo con la idea de presentar a un declamador, joven y desconocido, ante un público artístico selecto, y no fue sino en el último momento de la noche, antes de que cerrara el acto con la actuación a dúo de Ester Borja y René Cabell, que el maestro de ceremonias, José Antonio Alonso, accedió a presentar a Carbonell. Lo que sucedió después dejó a mucha gente boquiabierto: Carbonell, sin ningún acompañamiento, recitó un primer poema, probablemente *Rumba de la negra Pancha*, de José Antonio Portuondo, aquel que empieza...

*¡Negra Pancha, qué pimienta!
¡Negra Pancha, qué lujuria!
De mañana en la batea,
y de noche... en la cumbancha!*

El público alborozado lo aplaudió hasta que regresó al escenario para una segunda pieza, que tal vez fuera *Habladorías*, del venezolano Manuel Rodríguez Cárdenas. Otra vez el público lo obligó a regresar. Cuatro veces seguidas tuvo que volver Luis Carbonell al escenario a decir sus poesías, un verdadero éxito. Pero había sido solamente una presentación y no se vislumbraba un futuro cierto para su declamación. Poco después, Carbonell conoce a Pepe Biondi, el cómico argentino de la pareja “Dick y Biondi,” quien había estado presente en la actuación de Luis en el homenaje a René Cabell. El artista argentino le sugiere a Luis Carbonell que no se presente como recitador o declamador ya que su forma de decir poesía, el movimiento de sus manos, sus expresiones faciales, eran como una forma de pintar, de dibujar una escena con un pincel. De esa conversación nace la idea de promover a Luis Carbonell como “*el acuarelista de la poesía antillana*”.

El siguiente paso se dio con ayuda de Biondi y otras personas que lo apoyan. Luis Carbonell consigue después de mucho esfuerzo un contrato para aparecer en el Teatro Warner, hoy Yara, en ese momento el teatro más *chic* de La Habana. Durante dos semanas cosecha un enorme éxito en el Warner. Vestido con camisas vistosas de colores subidos, amarradas a la cintura, como los negros chéveres “*d’esos de comparsa*”, su actuación es



recibida con regocijo por el público y con admiración por la prensa de la farándula. Finalmente, el tercer momento importante de esta parte temprana de su carrera viene con su inclusión en uno de los programas musicales más importantes de la época, el Programa Radial Bacardí de la emisora CMQ que comienza en enero 1949, y se transmitía todos los días, menos domingos, a las 9:30 de la noche. La CMQ le otorgó a Carbonell contrato por un mes —el dueño de la emisora, Goar Mestre, dudaba del éxito radial de Carbonell, diciendo que “era bueno para ser visto, pero no oído”. Aun así Luis terminó actuando siete años hasta que el programa llegó a su fin en 1956.

Se dan dos cosas muy importantes con el principio de las transmisiones del programa. En primer lugar porque, además de recitar los poemas serios de la poesía afro-antillana (Guillén, Ballagas, Palés Matos, etc.) Carbonell impone la moda de las “estampas”, viñetas humorísticas de la vida cotidiana. Poemas como *Coctel del son*, de Félix B. Cagnet, *Mi Habana* de Álvaro de Villa, y muchas otros como *La carta negra* de Enrique Martínez, *Los quince de Florita* de Jorge González Allué, *El agua medicinal* de Emilio Ballagas, y *Me voy de flirt* de Félix B. Cagnet, que se hicieron parte constante de su repertorio en las décadas siguientes, y lo hacen extremadamente popular dentro y fuera de Cuba. Tal vez una de sus estampas más conocidas sea *Y tu abuela ¿dónde está?*, del puertorriqueño Fortunato de Viscarondo.

Luis Carbonell se había establecido como declamador profesional, y puso de moda la recitación



de la poesía negra y la costumbrista. Otros trataron de aprovechar la nueva moda, inclusive la ya famosa Eusebia Cosme, que regresó a Cuba a principios de los cincuenta con el ánimo de reverdecer sus laureles, pero ninguno pudo desplazar a Luis del sitio cimero que había alcanzado. Pero hay algo más que vale la pena detallar porque es un aspecto del arte de Luis Carbonell poco conocido por el público. En los ensayos previos del programa de la CMQ, Carbonell se encuentra con Facundo Rivero, que intentaba abrirse paso con un cuarteto de voces, algo relativamente nuevo en la escena teatral cubana. Facundo Rivero había sido pianista de Belisario López, y Facundo mismo había tenido su cuarteto desde principios de los cuarenta, pero con mínimos resultados. Carbonell convence a Facundo Rivero para que el cuarteto de voces acompañe la declamación, y combinen la poesía, la melodía y el ritmo. Carbonell ensaya con el cuarteto, monta las voces, y prepara los arreglos. El programa se inició solamente con el cuarteto, y después Luis Carbonell y el cuarteto presentaron un primer número que tuvo gran acogida, una fusión de *Para dormir un negrito*, poema de Emilio Ballagas, con “*Lacho*”, canción de cuna escrita por Facundo Rivero para su hijo Lázaro. Luego de esa presentación, el cuarteto de Facundo Rivero adquiere una gran popularidad y da comienzo a toda una época de cuartetos vocales, como el de Orlando de la Rosa, el de Julio Gutiérrez, el Cuarteto d’Aida, y más tarde Los modernistas, Los bucaneros, y el Cuarteto del Rey, culminación de lo comenzado por Facundo Rivero que marcó un hito en la historia de la música popular cubana.

La década de los cincuenta representó la consagración de Luis Carbonell como declamador nacional número uno. Se presenta por radio y por televisión. Viaja frecuentemente por el interior de Cuba y también con frecuencia al exterior. Otras estampas y poemas, además de las ya mencionadas, se convierten en clásicos repetidos por el pueblo, como *Espábilate Mariana* de Rafael Sanabria y *Esa negra Fuló*, del brasileño Jorge de Lima, popularizado este último como un chachachá por las Estrellas Cubanas. En el año 1952 viaja a México como parte de una caravana cultural cubana; y también a Venezuela donde conoce, en Caracas, a Alejo Carpentier, que escribe una reseña de su declamación para el periódico *El Nacional*. En Caracas actúa con el Retablo de las Maravillas junto al declamador venezolano Víctor Morillo, que fue muy influido por el estilo de Carbonell. Sigue viaje a España en 1953, donde trabaja como repertorista para el LP de Esther Borja *Rapsodia de Cuba*, del cual hablaremos más adelante. En 1958 visita Costa Rica, Santo Domingo y otra vez Venezuela. A principios de los sesenta se presenta en el Cabaret Tropicana de La Habana por dos temporadas.

La labor de Luis Carbonell como declamador ha sido continua, y muy conocida, durante casi los últimos sesenta años. En las líneas que nos faltan queremos subrayar otros aspectos de su labor artística, menos conocidos, pero igual de admirables e influyentes en la cultura popular cubana.

Primero tenemos que mencionar que Luis Carbonell no sólo declamaba su poesía, sino que además montaba las voces y dirigía los grupos que lo acompañaban. Durante un tiempo organizó a tres cantantes —Nelia Núñez, Isaura Mendoza, y Francis Nápoles—, con las que formó el Trío Antillano que lo acompañaría en shows y grabaciones. Pero hizo el mismo trabajo de montaje de voces y dirección con otros grupos que lo acompañaron, como el trío de Bobby Collazo, el cuarteto de Mario Fernández Porta, muy efímero, el de Julio Gutiérrez, también de fugaz duración, el cuarteto D’Aida, el cuarteto de Orlando de la Rosa, y el cuarteto Los Bucaneros. No por considerar el maestro Carbonell esta labor como algo circunstancial, deja de ser importante.

Además de recitador, Luis Carbonell desarrolló una interesante y difícil labor como narrador de cuentos, tarea para la cual se preparó durante varios meses, debutando con un recital de cinco cuentos —de Félix Pita Rodríguez, Virgilio Piñera, Miguel Ángel de la Torre, Lydia Cabrera, y Miguel de Marcos— en el Teatro Hubert de Blanck. Tuvo en su repertorio cuentos americanos, dominica-



nos, venezolanos —habiendo montado recitales de cuentos durante su último viaje a Venezuela—, franceses, y cuentos de Edgar Allan Poe, todos apoyados con efectos musicales y de luces. En una ocasión dio un recital antológico que incluía 15 personajes, o sea, 15 voces, lo que quiere decir 15 ‘psicologías’ distintas. Es su opinión personal que fue este recital, realizado en el Teatro Arlequín hacia 1957, lo mejor que ha hecho en su vida artística.

Como decíamos anteriormente, Luis Carbonell viaja a España en 1953 en compañía de Esther Borja. De ese viaje surge una verdadera joya de la música cubana grabada, el LP *Rapsodia de Cuba* con Esther Borja, que el musicógrafo Cristóbal Díaz Ayala ha denominado el álbum “paradigmático” de la música cubana. Luis Carbonell asesoró a Esther en el montaje de las voces y a la orquesta de cámara de Madrid en los arreglos, preparó las notas del LP, y escogió todos los números incluidos en la grabación, un verdadero recorrido por los diversos géneros de la canción cubana hasta ese momento: “*El zapateo cubano*”, la guajira “*El arroyo que murmura*”, la habanera “*Mírame así*”, el vals tropical “*Damisela encantadora*”, la canción “*La bayamesa*”, la canción rítmica “*Siboney*”, el son “*Lamento cubano*”, la danza “*La comparsa*”, el bolero “*Lágrimas negras*”, y el pregón “*El manisero*”. A partir de esa grabación, Luis Carbonell tiene la idea para una segunda: montar una grabación que, sin disponer de las modernas técnicas y equipo de hoy día, utilizaría a Esther Borja a dos, tres y cuatro voces. El proyecto, una verdadera proeza para la época, que les llevó ocho meses completar, terminó

felizmente y fue lanzado al mercado en 1956, con el título de *Canciones cubanas: Esther Borja canta a dos, tres y cuatro voces*. Para este LP Luis Carbonell escoge para Esther una selección del cancionero clásico cubano: “*Te odio*”, (y “*¿Me odias?*”), “*En el sendero de mi vida*”, “*Noche azul*”, “*Es el amor la mitad de la vida*”, “*Ausencia*”, “*La tarde*”, “*Ojos brujos*” y “*Longina*”. De todas las cosas notables que se pueden escuchar en esta grabación habría que destacar que Carbonell agrega una cadencia “a capella” para tres voces a la criolla-capricho “*Ojos brujos*” de Gonzalo Roig, con aprobación del maestro Roig. Y dos instrumentales para piano: “*La hija de Oriente*”, de José Marín Varona, ejecutada al piano por Numidia Vaillant; y la danza cubana “*Los tres golpes*” de Ignacio Cervantes, montada para dos pianos, donde Carbonell toca el piano junto con Vaillant, única ocasión en que se pueda escuchar a Luis Carbonell al piano. Hay que subrayar que Luis Carbonell fue tal vez el primer artista que, a través de cuidadosas y detalladas notas para estos LP, presentó la canción cubana con toda la seriedad que nuestra música se merece. Leamos, por ejemplo, lo que escribe en el LP de Esther Borja, *Canciones cubanas*, sobre algunos de los compositores:

Esther Borja. Calidad, cualidad, sinceridad artística, dominio absoluto de sus facultades, sensibilidad exquisita, conocimiento amplio de nuestra música, y, en una palabra: oficio.

Del maestro Ernesto Lecuona —a quien tanto le debe la música de nuestra isla— ya se ha dicho mucho, aunque no lo suficiente. Guía y estímulo. Punto de referencia. Pauta.

Sindo Garay, ese viejito cariñoso de ojos cuyos párpados tan unidos sólo dejan ver dos puntos pequeñísimos, escrutadores, agudísimos, inteligentes y soñadores —que parece no percibir el paso y peso de los años, conservando su espíritu tan alerta y juvenil como todas sus composiciones, de las que es vivo reflejo— nos ha dado inspiraciones inmortales. Su música vivirá y palpitará eternamente en la historia de nuestra música.

Y vale la pena fijarse en el gusto con que presenta las canciones escogidas, como ejemplo su presentación de “*Te odio*” y “*¿Me odias?*”:

Te Odio y ¿Me Odias? Criollas. (Dos y Cuatro Voces). Muy pocas veces se ha dado el caso en nuestra música, en el que una composición del género “contestación a...” —estilo por demás, de muy frecuente recurrencia por nuestros autores— haya logrado un plano de popularidad igual a la composición original. Este es un caso singular. Ernestina

Lecuona (*¿Me odias?*) lo logró afortunadamente utilizando inclusive el mismo formato armónico que Félix B. Cagnet (*“Te odio”*). Ambos números alcanzaron en su época un rating elevadísimo. La súper-imposición que logra Esther Borja al final de ambos números interpretándola a cuatro voces, me parece de interés considerable.“

O en lo que nos dice sobre la totalidad de las canciones escogidas:

El romanticismo de muchas de nuestras canciones es de una ingenuidad cubanamente universal.

Son estos LPs sin lugar a dudas dos de las más importantes creaciones del maestro Luis Carbonell. En la década de los sesenta es también de suma importancia el trabajo que realiza como repertorista y director de voces para una serie de agrupaciones vocales. Comienza esa labor montando canciones hacia 1960-61 para el Cuarteto del Rey, salido de una iglesia metodista, y del cual formaba parte el joven Pablito Milanés. Para el Cuarteto del Rey, Luis Carbonell selecciona repertorio y monta las voces para diversas canciones cubanas y latinoamericanas. En particular monta una serie de sublimes melodías de los *negro spirituals* estadounidenses. Es con el Cuarteto del Rey que Pablo Milanés comienza a adentrarse, guiado por Luis Carbonell, en la belleza de la música clásica europea, en particular, la música de Johann Sebastian Bach.

Con el Cuarteto del Rey también ensaya Luis Carbonell la posibilidad de adaptar sus voces para

composiciones instrumentales clásicas. Intenta montar una fuga (la *Fuga en do menor* del segundo libro del Clave bien temperado de Bach) con ellos, pero sus esfuerzos fracasaban y después de un mes de ensayos desistió pensando que era ésa una idea sin fundamento. Algo después, en 1965, Aida Diestro le contó a Luis Carbonell de una grabación que ella había escuchado en París de un nuevo grupo vocal llamado los Swingle Singers. Cuando Carbonell los escucha, cantando música de Bach —comenzaba la grabación con la misma fuga en *do menor* que él había tratado de preparar con el Cuarteto del Rey— se da cuenta de que su idea no había sido una locura, que era posible hacerlo. Y también descubre la razón de su primer fracaso: los de su cuarteto no eran músicos, los Swingle Singers sí: uno era violinista sinfónico, una de las cantantes era música y hermana del conocido músico francés Michel Legrand. Con nuevo brío e inspiración, Carbonell arregló con unos cantantes, el Cuarteto Los Cañas, para probar su idea de nuevo, cosa que pudo lograr con gran éxito. Para el cuarteto montó la *Fuga en do menor* de Bach, dos “cuadros” de los *Cuadros de una exposición* de Musorgski (la “*Promenade*” y “*Dos judíos polacos*”), el primer movimiento de la *Sonata Número 15* de Mozart, una *mazurca* de Chopin, etc. Para la grabación, Carbonell solicitó la ayuda del maestro Adolfo Guzmán, que le hizo un arreglo para el Cuarteto Los Cañas del bolero “*No vale la pena*” de Orlando de la Rosa con el *Preludio número 6* de Rachmaninoff en *mi bemol mayor* como fondo musical. Esta labor de interpretación de música clásica *a capella*

es otra obra inigualable del maestro Carbonell, única en su clase en la historia de la música cubana.

Asesora a los afamados Papines y logró que cantaran magníficamente bien. Entre otras cosas montó para ellos, con percusión abakuá, una fuga del compositor francés Chelard. Viajó con los Papines a Puerto Rico y a Venezuela en 1979 donde conoció a la viuda del notable poeta venezolano Aquiles Nazoa. Estos viajes fueron auspiciados por el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos, igual que otros viajes a España, Italia, París y Londres.



Luis Carbonell.

Después de una época en que este gigante de las artes fue bastante ignorado en Cuba, en los últimos años Luis Carbonell ha recibido importantes reconocimientos dentro y fuera de Cuba. Ha sido ganador del Premio Nacional de Música (2003), de la Medalla Raúl Gómez García, de la Distinción por la Cultura Nacional, de la Orden Félix Varela, y de muchas más condecoraciones.

Luis Carbonell fundó un estilo en el que todo el mundo cree. Pablo Milanés

De las actividades del maestro Luis Carbonell en los últimos años quisiéramos destacar tres. En el año 1999 Luis Carbonell fue objeto de una entrevista durante dos días como parte del programa de Historia Oral de la Smithsonian Institution de Washington, D.C., proyecto que, con el aliento del Dr. Harold Gramatges, fue llevado a cabo conjuntamente con la UNEAC, y realizado por el autor de este ensayo con el apoyo de Radamés Giro. La grabación de la entrevista, de aproximadamente cuatro horas de duración, está depositada en el National Museum of American History y forma parte de una magnífica colección de historia oral enfocada en las grandes figuras del jazz y la música cubana, incluyendo entre estos últimos a Mario Bauzá, Chico O'Farrill, Cachao López, Chucho Valdés, Richard Egües, Celina González, Frank Emilio Flynn, Celia Cruz, Bebo Valdés, Chocolate Armenteros, Armando Peraza, Enrique Bonne y Rodulfo Vaillant. La entrevista sirvió de base para el presente ensayo biográfico. A nivel personal, el diálogo con Luis Carbonell ayudó a este autor a elaborar un ensayo biográfico sobre el papel jugado por Richard Egües en la música popular cubana.

Segundo: Luis Carbonell participa en el 2001, junto con Los Papines, Esther Borja, Pablo Milanés y otras figuras artísticas en el documental *Luis Carbonell, después de tanto tiempo*, realización del cineasta Ian Padrón, obra que pone de relieve el impacto intelectual de Carbonell sobre varias generaciones de artistas cubanos.

Tercero: es de notar la bella labor exhibida en el disco compacto *Luis Carbonell: La mulata, Nãñigo al cielo, y otros poemas*, producido en la República Dominicana en el 2003 por el Grupo Empresarial León Jiménez, una verdadera joya en la que Luis Carbonell nos brinda un recorrido por las Antillas y por la historia de la poesía afro-americana, un verdadero *tour de force*. El compacto incluye, como era de esperarse, clásicos de Nicolás Guillén (*Guitarra, Sensemayá, Canción de cuna para despertar a un negrito*), y Emilio Ballagas (*Canción de*



cuna para dormir a un negrito, Nombres negros en el son), pero también incluye poetas que pueden verse como precursores de la poesía negrista de los años 1920-1940, como el español Alfonso Camín, poeta nacional de Asturias (*De La Habana a Veracruz, Temple*), y el dominicano Francisco Muñoz del Monte, cuyo poema (*La mulata*) data de 1845. Asimismo esta colección nos ofrece los versos del magnífico exponente de la poesía afro-antillana en Puerto Rico Luis Palés Matos (*Majestad negra, Ten con ten, Nãñigo al cielo*); del poeta nacional de Colombia Jorge Artel (*La cumbia*); del genial andaluz Federico García Lorca (*Son*); del gran poeta del pueblo dominicano José Antonio Alix (*El negro tras de la oreja*) y de su compatriota Manuel del Cabral (*Trópico Suelto*); de los venezolanos Aquiles Nazona (*Galerón con una negra*) y Manuel Rodríguez Cárdenas (*Habladorías*); del brasileño Jorge de Lima (*Esa negra Fuló*); el panameño Demetrio Korsi (*Incidente de cumbia*); el mexicano Jorge Ramón Suárez (*Romance del son*); y los cubanos José Antonio Portuondo (*Rumba de la negra Pancha*), Salvador López (*Así es mi suelo cubano*) y Antonio Castell (*Ilusión de abuela*). Las voces y la percusión, como siempre, montadas por Carbonell. Cada poeta y cada obra fueron escogidos personalmente por el maestro —otro testimonio de su vasta cultura literaria e histórica— que escribió breves notas biográficas de cada poeta.

Finalmente, en el 2006, Egrem lanza un CD con grabaciones de la década del ochenta de las estampas más famosas de Carbonell, con notas de Sigfredo Ariel; y el Instituto Cubano de la Música invita a Carbonell para que participe en la producción y presentación de la obra de Ignacio Cervantes



en un triple y my fino CD titulado *Serenata Cubana* de Ignacio Cervantes.

¿Cómo evaluar y resumir la obra artística del maestro Carbonell? Como músico Luis Carbonell ha conservado, promovido y desarrollado como nadie la canción cubana y el canto como estilo popular en el último medio siglo. En una época que comienza en los cuarenta y no termina, en la que se suceden estilos bailables, como el mambo, el chachachá, la pachanga, el mozambique, el chaonda, la timba y, en general, priva el *guarapa-*

changuero, Carbonell mantiene viva la tradición del canto y la melodía como elemento fundamental en la música cubana. No solamente celebra el valor histórico del género cancionístico en Cuba, como hace magistralmente en las grabaciones de Esther Borja, sino que dirige el desarrollo de nuevos estilos vocales con su montaje de voces para tríos y cuartetos durante varias décadas e instruye al público sobre el valor del material mediante esmeradas notas anexas. Imposible pensar la historia de la canción cubana desde 1948 sin incluir a Luis Carbonell. Como declamador habría que destacar varios aspectos. El maestro toma la poesía negra, o mejor dicho, la clásica poesía antillana de Guillén, Ballagas, Palés Matos, Artel, Alix, y otros para comunicarla en la forma más simpática y accesible a la gran masa de la población de habla hispana del Caribe, simultáneamente elevando el nivel de la cultura popular y contribuyendo a un sentimiento de hermandad entre estos pueblos. Con su divertida interpretación de las estampas, de una poesía tal vez menos depurada, valora la sapiencia y comicidad que nace de la vida cotidiana de las clases populares en todo el Caribe, y despierta la admiración dentro y fuera de Cuba por esa sabiduría del pueblo, manifiesta en joyas como *¿Y tu abuela dónde está?*, y *Espabilate Mariana*. En estos tiempos, en que priva la nostalgia y lo *retro*, las estampas de Luis Carbonell nos proporcionan un retrato sonoro y vivaz de las costumbres, el folklore, las vivencias y el *color local* característico de La Habana de los cuarenta, cincuenta y sesenta, una memoria histórica y cómica del habaneo de hace medio siglo. Por todo lo dicho, Carbonell ha servido y sirve para unificar a los cubanos independientemente de ubicación geográfica, generación, y diferencias de cualquier índole. Su voz y su obra son ejemplo concreto de aquel concepto, visto por muchos como abstracto y fugaz, que se ha llamado la *cubanía*. ■

Las políticas de Dios a propósito de una lectura sobre la religiosidad postmoderna

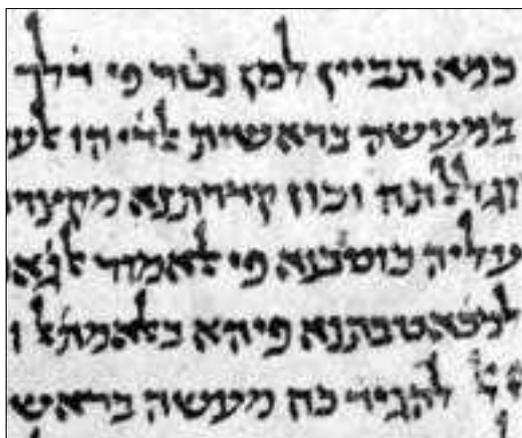
Yidy Páez Casadiegos*

El conocido historiador francés Jean Delameau concluía con una pregunta, hacia 1995, su ambicioso proyecto editorial: “El hecho religioso: Enciclopedia de las grandes religiones”:

*¿Quién podría anunciar seriamente hoy en día aquello en lo que se habían convertido dentro de medio siglo, por un lado los integrismos violentos, y por otro lado las personas religiosas “fluctuantes” que llaman la atención de todos los observadores contemporáneos?*¹

Ese texto erudito se inscribía en el modelo clásico de una lectura de los grandes sistemas de creencias, institucionalizados y legitimados en sus respectivos contextos fundacionales, con la ventaja psicológica de que la interpretación la hacían especialistas comprometidos vitalmente con el *corpus* interpretado, pero corriendo el riesgo, psicológico también —inevitable, dada esa elección ‘vocacional’—, de satisfacer oblicuamente las subrepticias demandas de un pensamiento de deseo.

* Magister en Salud Mental, Ciencias Humanas y Sociales, Universidad de León e Instituto de Salud Mental y Neurociencias de Barcelona, Médico-cirujano, Universidad Libre de Colombia. Autor de numerosos ensayos y libros, actualmente es profesor del Departamento de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad del Norte, y miembro del grupo de investigación: Arqueología, Historia y Estudios Urbanos del Caribe Colombiano. ypaez@uninorte.edu.co



Maimonides. La Guía para perplejos.
S. XIII y XIV. Biblioteca Nacional de Israel.

Con las investigaciones ya clásicas de Durkheim, Weber, Said y Eliade² —para citar las más conocidas—, tenemos algo así como las visiones seculares-racionalistas del discurso religioso.

En “Las políticas de Dios”, el conocido especialista en temas islámicos G. Kepel³ realiza una tarea parecida, pero con la salvedad de que, en el flujo de la diacronía, sus especialistas realizaron los procesos de lectura y

análisis en el contexto globalizado-mundializado de la hoy llamada, no sin discusión, postmodernidad. Y, en esta inflexión histórico-social, la mirada ha tenido que pasar sobre la base *arqueológica*, para detenerse —sincrónicamente— en las *genealogías* de los movimientos político-religiosos contemporáneos o, como lo dice de una manera casi metafórica A. Mbembe: “los otros regímenes de lo maravilloso”⁴.

A diferencia del reconocido proyecto de Delameau, los nueve ensayos incluidos por Kepel en su selección reflejan el trabajo de los expertos, los científicos sociales, que han pasado por la cultura —y curtiembre— del psicoanálisis (sobre todo lacaniano), la psicología Humanista Existencial, la nueva hermenéutica, el post-estructuralismo, y sobre todo, un neo-pragmatismo de raíces rortyanas y davidsonianas⁵.

La geografía político-religiosa recorrida exhaustivamente por los investigadores, se distribuye en un arco temático a primera vista heterogéneo: Desde Irán y Argelia, pasando por el escenario *exótico* casi circense de las sociedades postcomunistas (Rusia o China, por ejemplo), las complejidades del imaginario ‘maravilloso’ del África subsahariana, hasta las vicisitudes ‘locales’ del nacionalismo de la India, y las dispersiones, sincretismos y atomizaciones de la acción político-religiosa en América Latina.

En la introducción, G. Kepel recoge unas ideas básicas sobre el contenido general de los ensayos, que se pueden resumir en la siguiente tipología: los movimientos político-religiosos contemporáneos se estructuran, en su contenido, por su ‘polisemia’, y en relación con el contexto, por su multidimensionalidad. Pero esa asimetría esconde un código de lectura que les es común: estos *nuevos* grupos asumen, en general, una disposición contestataria frente a las formas de legitimidad sancionadas por sus respectivas tradiciones nacionales, usando, muchas veces, unas categorías y enunciaciones religiosas *ad hoc* (como se nota claramente en la geografía hierática del África subsahariana), cuyo fin sería “decir el sentido de la totalidad de los hechos sociales (cataclismos incluso), inscribiéndolos en un encadenamiento causal”⁶. De esa manera, se podría seguir una línea de lectura homóloga que enlaza sin mayores contradicciones los discursos del Frente Islámico de Salvación argelino, la Ortodoxia rusa y sus ‘revisionismos’, el panhinduismo ‘sin castas’, y las diferentes sectas político-religiosas latinoamericanas (pentecostistas, carismáticas, etc.) que se despliegan en un *topos* urbano de marginalidad, desplazamiento rural (por causas, sobre todo, violentas⁷) y explosión demográfica; todo ello configurando así el escenario simbólico de una espiritualidad “caliente”⁸. Para cerrar esta primera lectura, Kepel sugiere una dialéctica para explicar las dinámicas de estos nuevos grupos político-religiosos: la existencia de dos capas socioculturales constituidas por una *intelligentsia* científica (formada principalmente por ingenieros, biólogos y médicos, en general) y poblaciones jóvenes en las periferias urbanas (las cuales, según el autor, estarían viviendo un estado de “mutación cultural”⁹).

La segunda parte del libro contiene nueve ensayos, escritos por especialistas no confesionales (tal vez con la excepción de A. Riccardi¹⁰).



GUSTAVO DORE. *Lucifer*, Paraíso perdido, John Milton.

En medio de la complejidad y heterotopia de la temática seleccionada, a mi parecer, dos de los ensayos pueden servir de referencia para la lectura de estas nuevas enunciaciones de lo religioso en contextos políticos o, incluso, de instrumentalización religiosa de lo político.

El ensayo “Las ambigüedades del renacimiento religioso en Rusia”¹¹ llama la atención sobre las condiciones anómicas del imaginario religioso después del colapso del sistema político dominante durante siete décadas. Ese estado *durkheimiano* se hace visible a través de un “estallido de la creencia”. El expediente de lo sobrenatural parece ser la reacción —o la continuación— al *mesianismo* comunista-estatal, que había marginalizado e inculturado a la religión ortodoxa rusa. La *Unidad* fallida de los vínculos sociales del poder económico-militar aparece ahora en la búsqueda de una *Unidad* escatológica, bajo la forma de un ‘chauvinismo’ panruso y una religión de Estado. Se añora (y postula) a la Santa Rusia. Y muchos grupos aspiran a la canonización de los últimos zares. Todo esto en medio del ‘estallido’ de múltiples grupos de oración, organizaciones o fraternidades esotéricas, el “telecuranderismo” y diferentes formas de un comercio milagrero. Tal vez el caso más

llamativo sea el del padre Ioann, quien escuchó la voz de la Virgen, y escribió (¡por revelación!) “La palabra de la Virgen” —en varios tomos— donde, según el autor, habla de la esencia diabólica del mundo e incita al arrepentimiento. Como decir, la nación debe arrepentirse del pecado representado por el régimen socialista. Además, han surgido muchos grupos de profesionales que invocan una identidad religiosa¹².

El otro ensayo, “La proliferación de lo divino en el África subsahariana”¹³, propone la hipótesis de que el acto religioso es una *performance* política. Esta equivalencia se hace visible por medio de *narrativas*, cuya *technē* del *narrar*, es en sí misma, acción política. Aunque muy ostensibles en la actualidad, las redistribuciones y relecturas de la geografía sagrada con sus correlatos mundanos, se pueden registrar desde finales del siglo XV con la llegada de los primeros aventureros y misioneros al Congo (y el bautizo del rey Nzinga Nkuwu). Desde entonces, los monoteísmos fueron penetrando a través de las empresas coloniales y militares, y, de esa manera, entraron en la política comunitaria, por medio de las enculturaciones de la educación y modernización que estas empresas invocaban como misión religiosa-cultural. Sus inflexiones más dramáticas se generaron en las luchas de poder de los grupos religiosos extranjeros (católicos, anglicanos, protestantes e, incluso, islámicos), por el acceso ideológico a los grupos de sucesión política y los beneficios de las empresas explotadoras de sus respectivos países. Un caso paradigmático, según cita el autor, es el de la guerra de sucesión de 1506, en la cual se

disputaban el trono los príncipes Affonso (católico) y Mpanzu (“pagano”, porque se había negado a abjurar de sus creencias nativas): en un momento providencial se produjo una epifanía: la Virgen María apareció montada a caballo (con Santiago como auriga), y portando un estandarte con una cruz roja. Ese acontecimiento decidió la guerra a favor del príncipe católico. Al final, ya desde el trono, el nuevo rey hizo reunir todos los *fetiches* autóctonos para ser incinerados públicamente en el campo de batalla. Todos los *ídolos* fueron sustituidos por *cruces* y estatuas de *santos* distribuidas por los portugueses. Este proceso de destrucción-sustitución-reconstrucción de los rituales y los símbolos hieráticos, se continúa hasta hoy, en una presentación caleidoscópica, en la cual fluyen y se entrelazan las líneas maravillosas de una “imaginación esculpida” por las narrativas de los nuevos grupos político-religiosos. Los discursos sobre la enfermedad y la curación, por ejemplo, han jugado un papel decisivo en la producción de efectos político-religiosos. Por medio del diagnóstico se hace enunciable el desorden social, y por acción de la terapéutica se hace efectivo el control legitimado socialmente en las narrativas. Los poderes de lo invisible se hacen manifiestos y se controlan en una *performance* ritual (rezos, penitencias, purgas, interiorización de la culpa, exorcismos, glosolalia, muy similares a las puestas en acto de los pentecostistas y carismáticos latinoamericanos) cuyo efecto político ya está calculado por las elites en el poder. En síntesis, el autor toma el “discurso religioso como relato de los acontecimientos que estructuran lo cotidiano”¹⁴. Un ejemplo muy llamativo de globalización del capital hagiográfico lo constituye el caso de Alice Lakwena. En las luchas internas producidas después del exilio de Idi Amin, se formó el “Movimiento del Espíritu Santo”. Bajo este ‘espíritu’, Lakwena conformó varias guerrillas para el combate, pero en vez de ser poseído por espíritus ancestrales (como otros rebeldes de ese contexto) a él lo poseían *espíritus extranjeros* (inclusive la Trinidad).

Estas narrativas se reproducen de acuerdo con sus contextos locales, mostrando características similares, ya se trate de la “martiropatía” de grupos fundamentalistas islámicos, o las “clientelas del infortunio”, que agilizan el comercio de lo sagrado en el Congo, o los grupos marginales que adquieren medios de prestigio para insertarse en los juegos de la política bajo el magisterio y las *performances* político-corporales de los pentecostismos y grupos carismáticos latinoamericanos¹⁵.



Maimonides. La Guía para perplejos.
S. XIII y XIV. Biblioteca Nacional de Israel.

La conclusión del libro tiene tal profundidad y efecto polémico como para constituir casi una obra aparte. Tiene la forma de un diálogo entre Alain Touraine y Jean Bauberot¹⁶.

Touraine rechaza el binarismo clásico que sustenta las oposiciones: tradición/secularización, tradicional/moderno, por considerar que varios movimientos político-religiosos contemporáneos (como la revolución iraní) representan contra-ejemplos de esa dicotomía. Como corrección propone la hipótesis de otra dialéctica: “una concepción del orden y su fundamento metasocial” / “una apelación al sujeto” (que supera al orden social), la cual considera permanente a lo largo de la diacronía de los movimientos sociales. Esta hipótesis remite a la necesidad metodológica de “repensar el conjunto de nuestras percepciones de la modernidad”¹⁷. El punto más incisivo parece ser su concepción de la Ilustración como un movimiento de continuidad y no de ruptura con el pasado religioso pre-moderno. Según él, “la secularización del orden finalizado divino y natural conduce al deísmo racionalista del siglo XVIII”¹⁸.

Sin embargo, esta visión polémica no es nueva, en lo fundamental, y corresponde a un amplio debate iniciado en los 90 del siglo XX¹⁹. La relación: modernidad-secularización llegó a convertirse, según algunos autores²⁰, en un dogma sociológico e historiográfico. Otro aspecto que hizo visible el debate sobre el concepto de secularización es su polisemia en la deriva de la discusión multidisciplinaria²¹

Antes de conocer por simple aproximación histórica-etimológica la fuerte carga cristianocéntrica y *universalista* de la palabra “secularización”, una simple intuición emergente de la empiria cotidiana de la comunicación y los vínculos de sentido comunitario (o social, nacional, estatal, etc.), nos hacía ya dudar de los pretendidos alcances imaginarios de la racionalización de la acción y la eficiencia adscritos a la modernidad (sobre todo, los postu-



Las políticas de Dios, 2006, 313 p.

lados por Weber en la “Ética protestante y el espíritu del capitalismo”). El despliegue escenográfico-mediático de las pompas fúnebres del último Pontífice Católico Romano y el *retorno de lo reprimido* por las vías de la globalización del espectáculo de la muerte sacra, dejaba ver las raíces confesionales de la modernidad entre las bambalinas de la postmodernidad.

“Las políticas de Dios” me parece una obra de consulta necesaria para conocer el *estado del arte* en sociología y etnología religiosa; y responde bien de manera académica, con los rigores de la erudición contemporánea, al interrogante de Delameau sobre el futuro de los grupos religiosos²². Desde los tiempos augurales de la “Rama Dorada” y el “Porvenir de una Ilusión”, va aumentando el consenso entre los investigadores de

las ciencias humanas y sociales, en el sentido de una relación fundante —y bidireccional— entre religión y política²³, y una dialéctica según la cual las demandas mítico-religiosas de los colectivos se resuelven, por lo general, en el *factum* utilitario de la acción política.■

NOTAS

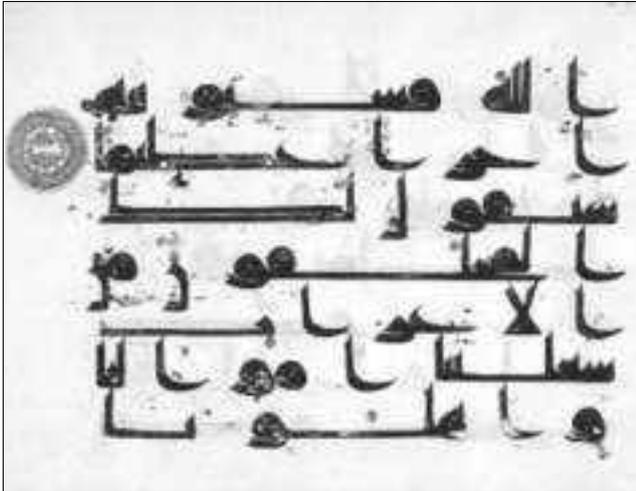
¹ J. Delameau. “El hecho religioso”: *Enciclopedia de las grandes religiones*. Madrid: Alianza, 1995, p. 741.

² E. Durkheim. *Las formas elementales de la vida religiosa*. B. Aires: Schapire, 1968; M. Weber. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: F.C.E., 2004; E. Said. *Orientalism*. Nueva York: Random House, 1994 (1978); M. Eliade. *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1978 (1976). Para una revisión sucinta de las teorías clásicas: Y. Páez. “De *mythos* a *politeia*: los orígenes religiosos de la política”, en *Huellas: Revista de la Universidad del Norte*. Barranquilla, Nos. 76-77, pp. 49-56.

³ Investigador en el CNRS (CERI). Publicaciones: *Les banlieues de l’islam* (París, 1987) y *La revanche de Dieu* (París, 1991).

⁴ A. Mbembe. *La proliferación de lo divino en el Africa subsahariana*. En: G. Kepel, *op. cit.* p.159.

⁵ Cf. R. Rorty. *Contingencia, ironía y solidaridad*. Barcelona: Paidós, 1991. En particular: Yong Huang. “*Political Solidarity and Religious Plurality: A Rortyan alternative to liberalism and communitarianism*”. *Journal of Law and Religion*, Vol. 11, Mo. 2, 1994-1995, pp. 499-534 y D. Davidson. Ensayos sobre



Versos del Corán: Surat al-Fath, 48, 10-11. S. IX,
Biblioteca del Congreso.

acciones y sucesos. Barcelona: Instituto de Investigaciones filosóficas. Crítica, 1995.

⁶ Kepel, *op. cit.*, p. 9.

⁷ Como en el caso 'ejemplar' de Colombia, podríamos decir nosotros.

⁸ Kepel, *op. cit.*, p. 10.

⁹ *Ibid.*, p. 15. Como ejemplo hilarante, podemos citar los famosos "PhD con barba" en Argelia.

¹⁰ Quien no puede ocultar su talante obsecuente frente a las políticas de la Santa Sede. Cf. A. Riccardi. *La primacia de la evangelización* (p. 91). El autor es profesor de Historia del Cristianismo, en la Universidad La Sapienza de Roma. Autor de *Il Potere del papa, da Pio XII a Paolo VI* (1988) e *Il Vaticano e Mosca 1940-1990* (1992).

¹¹ Escrito por K. Rousselet (p. 111 ss).

¹² Por ejemplo: la Asociación de Empresarios Cristianos, Fraternidad Cristiana de Médicos, Psicólogos y Sociólogos, la

Orden Monárquica Ortodoxa, la Unión Patriótica Cristiana o la Unión del Renacimiento Espiritual. Cf. p. 125.

¹³ A. Mbembe, p. 159.

¹⁴ *Ibid.*, p. 177.

¹⁵ Cf. P-P. Bastian. *El papel político de los protestantes en América Latina* (p. 179 ss).

¹⁶ Alain Touraine. Director del CADIS en el EHESS (París). Ha publicado: *Production de la société* (París, 1973) y *Critique de la modernité* (París, 1992). Jean Bauberth. Presidente de la Escuela de Altos Estudios (sección 5ª, Ciencias Religiosas). Autor de *Le protestantisme doit-il mourir?* (París, 1988) y *Vers un nouveau pacte laïque?* (París, 1990)

¹⁷ *Ibid.*, p. 257.

¹⁸ *Idem.*

¹⁹ Cf. W. Swatos and K. Christiano. "Secularization Theory: The Course of a Concept". *Sociology of Religion*, Vol. 60, No. 3, 1999, pp. 209-228.

²⁰ Cf. G. Graham. "Religión, Secularization and Modernity". *Philosophy*, Vol. 67, No. 260, 1992, p. 183. Para este autor "secularization is really a thesis about Christianity" (p. 186).

²¹ Cf. el enfoque multi-nivel de: K. Dobbelaere. "Towards an Integrated Perspective of the Processes Related to the Descriptive Concept of Secularization". *Sociology of Religion*, Vol. 60, No. 3, 1999, pp. 229-247.

²² Tal vez con la única excepción de los NRMs (New Religious Movements), que no son tratados en "Las políticas de Dios", tal vez porque su extensión haría onerosa la lectura y sus raíces postmodernas en las urbes del capitalismo tardío produciría cierto desenfoque interpretativo en relación con los movimientos político-religiosos que producen sentido y *performance* en contextos de marginalidad y alteridad socio-cultural. Para una revisión de un caso específico de NRM puede verse: Lorne Dawson. "The Cultural Significance of the New Religious Movements: The case of Soka Gakkai". *Sociology of Religion*, Vol. 62, No. 3, 2001, pp. 337-364

²³ Cf. Y. Páez. "De mythos a politeia: los orígenes religiosos de la política". *Huellas: Revista de la Universidad del Norte*, Barranquilla, 2007, Nos. 76-77, pp. 49-56. (También se puede ver en la revista electrónica: *Aposta: Revista de Ciencias Sociales*, 2007).

Los desafíos de la integración

Raisa Meneses Guzmán*

Europa unida y fortalecida representa una alternativa de cooperación para el desarrollo mundial, convirtiéndose en una opción dentro del *statu quo* del nuevo siglo.

Los europeos encontraron en la integración el método más eficaz para fortalecerse y superar los desastres productos de la guerra. A pesar de que integración es sinónimo de sacrificio, se atrevieron a vencer los miedos, garantizando el desarrollo económico y social de los ciudadanos del viejo continente. A tal punto que actualmente Europa se perfila como punto estratégico para la cooperación internacional, especialmente en lo referente a temas como el cambio climático y la protección de los derechos humanos, aspecto éste especialmente interesante para América Latina.

Lo que hoy conocemos como la Unión Europea es una realidad construida sobre los escombros de la II Guerra Mundial, unión que, increíblemente, se ha convertido en el mayor éxito de integración y cooperación del mundo. Esto permitió al viejo



continente superar una de las mayores crisis de su historia, siendo hoy por hoy la zona más estable del planeta, la primera potencia comercial y el mayor exportador de valores democráticos del mundo.¹

Después de acontecimientos tales como la caída de la Cortina de hierro, la eliminación del alambrado de púas en la frontera austro-húngara y la caída del muro de Berlín en Alemania, la escena internacional dio un giro enorme. Había llegado el momento propicio para que el viejo continente uniera fuerzas con el objetivo de evitar que la guerra lo destrozara nuevamente, construyendo de esta manera una barrera invisible cuyo escudo es la unión.

LA HISTORIA

En la madrugada del 8 de mayo de 1945 fue silenciado el último cañón, lo que representaba el fin de la Segunda guerra mundial en Europa. Sin embargo, el silencio no era absoluto, pues el llanto de millones de europeos recordando a sus seres queridos podía escucharse en cada rincón del destrozado viejo continente.

El precio de esta guerra no tardó en verse reflejado en toda Europa. En palabras de Wins-

* Nació en Barranquilla, 1988. Profesional en Relaciones Internacionales, Universidad del Norte, donde estuvo vinculada a la Coordinación del Programa de Relaciones Internacionales.

ton Churchill, “Europa contenía una inmensa y temblorosa muchedumbre de seres humanos atormentados, hambrientos, desatendidos y confusos, que contemplaban boquiabiertos las ruinas de sus ciudades y escrutaban la oscuridad del horizonte en búsqueda de nuevos peligros, tiranías o terrores”².

La tensión en el viejo continente no tenía límites, atravesaban por una crisis económica y social jamás antes vista, los europeos no podrían soportar la idea de enfrentar una nueva guerra. Sin embargo, debido a factores como el debilitamiento de los Imperios Británico y Francés, ambos países buscaron la alianza con Estados Unidos de América para poder resistir a una eventual invasión soviética.³

Por otra parte, tanto la URSS como Estados Unidos de América trataban de extender su área de influencia sobre las antiguas colonias de Francia y el Reino Unido. Esta situación creó un ambiente lleno de tensión entre los europeos, agravado por las diferentes concepciones políticas e ideológicas; de un lado, el capitalismo democrático, encabezado por Estados Unidos; de otro lado, el comunismo, liderado por la Unión Soviética y muy pronto adoptado como forma de gobierno en otros países del mundo, incluida China.

La Guerra Fría inició firmemente con la decisión soviética deliberada de dividir Europa en dos; tuvo la misma importancia la decisión de las potencias occidentales de prorrogar la división de Alemania después de 1945.

Tal como había sucedido en los años treinta, los gobiernos capitalistas de Europa occidental temían más a las privaciones económicas que a la agresión directa de la Unión Soviética. Sus temores parecían verse confirmados por los éxitos iniciales de los partidos comunistas de Francia, Italia y Grecia.

En otro momento de la historia, los aliados, demócratas y comunistas por igual, se habrían estremecido de horror al descubrir los campos de concentración y estarían decididos a poner en práctica una política contraria a la confraternización con los alemanes; pero ahora, la necesidad de hacer frente a la realidad económica, desencadenó una reacción distinta por el lado de los occidentales.

Mientras el Departamento de Estado de Washington recibía informes exagerados sobre las ambiciones expansionistas de la URSS, la situación en Europa seguía empeorando. Los créditos para



Construcción del muro de Berlín.

la reconstrucción, otorgados por las nuevas instituciones económicas, creadas en Breton Woods en 1945, resultaron totalmente inadecuados. No conseguían satisfacer las necesidades de dólares de Europa para comprar comida y otros productos básicos y, cuando los ministros de asuntos exteriores de las potencias ocupantes de Alemania se reunieron en marzo de 1946, los americanos y los soviéticos habían empezado a desarrollar proyectos en su mayor parte incompatibles.

En esta reunión, las diferencias entre Este y Occidente se pusieron de manifiesto, sobre todo debido a que la URSS y los Estados Unidos habían apelado al pueblo alemán directamente para que los apoyara en contra del otro; la URSS con la oferta de una República Popular y los Estados Unidos con un gobierno federal y liberal que preparase el terreno para la resurrección económica.

La tensión existente en la escena internacional fue perfectamente descrita por el primer ministro de Inglaterra, Churchill, cuando en un discurso en Missouri pronunció las siguientes palabras:

“... De Steton en el Báltico a Trieste en el Adriático, un telón de acero ha caído sobre el continente... en muchos países, lejos de las fronteras de Rusia y por todo el mundo, surgen y actúan quintas columnas comunistas en completa armonía y absoluta obediencia respecto a la central del comunismo...”

En 1953 se produjeron cambios en el liderazgo político de ambos bandos, lo que dio comienzo a una nueva fase en la Guerra Fría en enero de



Destrucción del muro de Berlín.

1953. Dwight D. Eisenhower fue investido presidente de EE.UU. Durante los últimos meses de la administración Truman, el presupuesto para defensa se había cuadruplicado; Eisenhower pretendió reducir el gasto militar apoyándose en la superioridad nuclear estadounidense y en una gestión más efectiva de las situaciones provocadas por la Guerra Fría.

El secretario de Estado de Eisenhower, John Foster Dulles, inició una nueva etapa, más agresiva, en la política de la Contención, al enfatizar en el posible uso de armas nucleares contra los enemigos de EE.UU. Agregó al discurso clásico de la “contención” un nuevo punto de apoyo al anunciar la posibilidad de una “represalia masiva”, haciendo entender que cualquier agresión soviética sería respondida con todos los medios necesarios. Esta nueva teoría se puso en práctica durante la Crisis de Suez, donde la superioridad nuclear de Estados Unidos, junto con la amenaza de usarla, retrajo a los soviéticos de comenzar una batalla abierta contra intereses estadounidenses.

Aunque ciertamente hubo una cierta relajación de las tensiones tras la muerte de Stalin en 1953, la situación en Europa seguía siendo incómoda, con ambos bandos fuertemente armados pero sin movimientos aparentes. Las tropas estadounidenses seguían apostadas indefinidamente en Alemania del Este y las tropas soviéticas seguían apostadas indefinidamente por toda Europa del Este.

Para contrarrestar el rearmamento de Alemania Occidental tras su entrada en la OTAN, los países de la órbita soviética sellaron una alianza militar conocida como el Pacto de Varsovia en 1955; sin embargo, este movimiento fue más político que

estratégico, pues la URSS ya había construido una red de defensa mutua con todos sus satélites antes incluso de que se formara la OTAN en 1949.⁴

Europa estaba totalmente dividida en dos y los pueblos temblaban ante la posibilidad de que una tercera guerra mundial fuera desencadenada.

1989: EL AÑO DECISIVO PARA LA INTEGRACIÓN DE EUROPA

Tomar la decisión de trabajar en pro de la unificación no es una idea que surgió de repente, ni mucho menos un fenómeno basado en el deseo de integración generado por la historia común de los

países europeos. Esta decisión fue tomada por la necesidad inminente de proteger al continente y al mundo de un tercer holocausto mundial, que podría presentarse, a mí parecer, por los deseos expansionistas de algunos o por la huella aún reciente de la guerra que terminaba.

La integración busca, además, generar el fortalecimiento económico que como bloque significa Europa unida. No es fortuita la construcción de los mecanismos de integración europeos sino, por el contrario, es una labor que ha requerido de un trabajo arduo, constante y lleno de sacrificios.

En 1989, año en que el sistema de la Unión Soviética colapsa, las barreras físicas e ideológicas de quienes habían sido capturados por la ola comunista, casi milagrosamente se vinieron abajo. Como ejemplo de ello tenemos hechos históricos representativos: la eliminación del alambrado de púas en la frontera austro-húngara, la entrega del poder en Checoslovaquia y, claro está, la caída del famoso muro de Berlín en Alemania.

AUSTRIA-HUNGRÍA: UN SÍMBOLO DE LA REUNIFICACIÓN

A lo largo de sus más de mil años de historia, tanto Austria como Hungría tuvieron que experimentar múltiples cambios de la escena internacional; entre éstos sobresalen las guerras por religión, la invasión turca, las eras de Napoleón y Bismarck, dos guerras mundiales, Hitler, Stalin, el colapso del comunismo soviético y el sacrificio en pro de la creación de una Europa unida⁵.

AUSTRIA Y SU REUNIFICACIÓN CON OCCIDENTE

Según el Diccionario de la Real Academia Española, reunificar significa volver a unir una entidad que en algún momento constituyó una unidad⁶.

Si nos piden un ejemplo histórico que represente esta afirmación, muchos hablarían de Alemania y aunque es un ejemplo acertado, no es el único. Estudiando la historia de Austria, encuentro la admirable labor y el enorme sacrificio que realizó esa nación con el fin de reunificarse con los países miembros de la Unión Europea.

En los momentos finales de la Segunda Guerra Mundial, las tropas soviéticas, siendo parte de los Aliados, ocuparon Austria; sin embargo, lo hicieron atropellando la población civil pero, sobre todo, cometiendo abusos contra las mujeres, lo cual, de alguna forma, incidiría más adelante en la derrota de los comunistas en las primeras elecciones de la posguerra llevadas a cabo en noviembre de 1945.

Con las elecciones, el pueblo austríaco empezó de nuevo a organizarse políticamente. Simultáneamente, en el panorama político internacional surgían los primeros síntomas de la Guerra Fría entre Este y Oeste; por un lado, la Unión Soviética y sus países satélites con sistemas políticos inspirados en el comunismo y, por el otro, los países occidentales con los Estados Unidos de América a la cabeza.

Austria se encontraba en una encrucijada, pues, teniendo a las tropas soviéticas en su territorio y sintiendo hacia ellos temor y desconfianza, líderes políticos y la sociedad en común no querían estar bajo su dominio y deseaban el apoyo de Occidente.

Producto de las elecciones de 1945, resultó elegido como canciller de Austria Leopold Figl, quien fue el primero, después de la Segunda Guerra Mundial, en afirmar que consideraba un buen camino para Austria instaurar el sistema occidental. Pero fue Julius Raab, sucesor de Figl quien, en abril de 1953, durante su discurso inaugural ante el Parlamento Austríaco le envió un mensaje directo a los Aliados en el sentido de que a Austria se le debía dar su libertad y que la clave para su independencia era declararse neutral. Inteligente estrategia, pues aunque no garantizaba el ingreso a occidente, podían salir bien librados del dominio Soviético.

El panorama interno coincidía, afortunadamente, con la escena internacional, ya que el

dictador soviético Josef Stalin, acababa de morir y su sucesor, Nikita Khrushchev, sentía que para la Unión Soviética era primordial no solamente entrar en el panorama político internacional de manera diplomática, sino también mantener relaciones cordiales con el entonces gobernante de Yugoslavia, Josip Broz Tito, quien consideraba como amenaza que las tropas de la Unión Soviética permanecieran en Austria. Así lo expresó en 1953, de sus propios labios, Peter Sergeivich Deriabin, quien había sido nombrado por Moscú para ejercer un alto cargo de la KGB soviética en Viena.⁷



Con este panorama, la Unión Soviética con Khrushchev a la cabeza aprobaría la celebración del "Austrian State Treaty" (*Österreichischer Staatsvertrag*) en virtud del cual, entre otros aspectos, Austria se declaraba neutral y todas las tropas aliadas salían de su territorio.⁸

Como nación neutral, Austria se mantuvo al margen de alianzas militares en la Europa dividida de la posguerra. Sin embargo, económicamente desarrolló lazos cercanos con occidente; casi que de inmediato, en 1960, ingresó al EFTA (The European Free Trade Association) y suscribió un tratado de libre comercio con lo que es hoy la Unión Europea⁹. Convirtiéndose esto en muestra de la voluntad austriaca por pertenecer a occidente, región con la cual se identifica cultural, económica, política e ideológicamente y de la que había sido injustamente aislada.

Finalmente, el derrumbe de la Unión Soviética le permitió al pueblo austriaco tener serias expectativas de pertenecer nuevamente a la comunidad de la cual había sido marginado durante las últimas cinco décadas; fue así como, el 12 de junio de 1994, terminó la odisea. En efecto, en esa fecha el pueblo austríaco, mediante una votación masiva con una mayoría de dos terceras partes de los votos, aprobó ser parte de la Unión Europea¹⁰. Fue la reunificación total de Austria con el continente al cual siempre había pertenecido.

Después de escuchar el testimonio del Dr. Gerard Drekonja, profesor de la Universidad de Viena, quien vivió durante esa época en Austria, me doy cuenta que es la identidad cultural, la libertad por labrar el futuro y el tener acceso al mundo lo que hacía para ellos de occidente un lugar soñado, a tal punto que describe el fracaso del comunismo como

un “...milagro que nos abrió la puerta al mundo...” y agregó el profesor Drekonja: “...Viena estaba prácticamente en el último rincón del mundo pero con la caída de la cortina de hierro fue posible volver a compartir con ciudades como Praga y Belgrado, de las cuales había sido alejada a pesar de tener una identidad cultural común...”

ALEMANIA COMO EJEMPLO DE REUNIFICACIÓN

No podíamos dejar de lado a Alemania, país en el que la reestructuración forzada que impuso el fin de la Segunda Guerra Mundial desembocó en la división del país. La escena política de la época podía sentirse en su máxima expresión en la derrotada potencia alemana. Por un lado, estaba la República Federal Alemana, zona de influencia de Estados Unidos, y, por el otro, estaba la República Democrática Alemana, zona de influencia de la Unión Soviética. A pesar de que en un principio se buscaba que las naciones aliadas cooperaran y se unificaran, ya para 1947 las tensiones causadas por la llamada Guerra Fría eran cada vez mayores¹¹.

Era, literalmente, mirar a través de un muro y encontrarse con un universo totalmente diferente. Las “Alemanias” a pesar de estar en el mismo territorio, a pocos kilómetros de distancia, y de tener las mismas raíces históricas, culturales y étnicas, eran, sin lugar a duda, distintas.

SITUACIÓN EN LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA ALEMANA

Después de su constitución, la República Democrática de Alemania ingresó en el Consejo de Asistencia Económica Mutua y su nivel económico era superior al de varios países desarrollados. El sistema económico establecido en esta parte de Alemania era dirigido por la Unión Soviética e imponía prioridad a las empresas estatales, permitiendo concesiones mínimas a las empresas privadas a través de la fusión.

En los años 70, la RDA fue durante un corto tiempo la décima potencia industrial del mundo gracias a su productividad. Durante el periodo de transición del socialismo al capitalismo, ocupó un puesto entre los veinticinco países más industrializados. Sin embargo, la situación para los habitantes de esta parte de Alemania no era muy alentadora. Los bienes de consumo escaseaban

en algunos ámbitos, lo que provocó la creación de un mercado negro simultáneo que permitía, por precios absurdamente altos, conseguir algunos de los productos deseados. El Estado era el que establecía los sueldos y aunque los precios de venta de los productos de primera necesidad eran accesibles, los electrodomésticos y otros bienes de consumo, solían ser muy caros en comparación con el poder adquisitivo de la población¹².

SITUACIÓN EN LA REPÚBLICA FEDERAL ALEMANA

En lo que se refiere a la política interna de la República Federal de Alemania, el canciller en los años 50, Konrad Hermann Josef Adenauer, y Ludwig Erhard, su ministro de Asuntos Económicos, crearon un proceso de incentivos en pro de la recuperación económica, basado en principios liberales, que dirigían la producción al mercado de consumo, tanto dentro del país, como en el extranjero.

Se incentivó el crecimiento industrial mediante la aplicación de leyes fiscales que favorecían las empresas privadas y limitaban los sindicatos. La fuerza laboral aumentó debido a la cantidad de inmigrantes, entre los cuales se encontraban más de once millones de refugiados de Alemania Oriental y de las anteriores zonas alemanas de Europa. El resultado fue un período de rápida expansión y prosperidad industrial que fue llamado *Wirtschaftswunder* (“milagro económico”, más conocido como el milagro alemán). Basado en su creciente riqueza industrial, el gobierno formó un ejército y expandió el sistema de bienestar social.

PROCESO DE REUNIFICACIÓN ALEMANA

Las diferencias entre las “dos Alemanias” parecían irreconciliables, a tal punto que en 1961 la República Democrática Alemana construyó el famoso muro, muestra física de la división.

A comienzos de los años noventa, con el fin de la Guerra Fría y el colapso del sistema comunista, la RDA necesitaría del apoyo de la RFA para lograr restablecerse. La causa por la que en un principio se separó Alemania había prácticamente desaparecido, generando de esta manera el principio de la restitución de Alemania como una sola. Fue



entonces cuando se dieron los primeros pasos para la unión.

La integración no fue un proceso sencillo, pues fue necesario superar obstáculos tales como el convencimiento de los aliados victoriosos a favor de la unión y el temor de que surgiese un “cuarto Reich” que volviese a dominar a los Estados europeos económica y políticamente.

El 10 de febrero de 1990, el entonces presidente de la Unión Soviética, Mijaíl Gorbachov, reconoció el derecho de los alemanes a vivir en un sólo estado y, cuatro días más tarde, en la “Conferencia 2+4”, los representantes de las dos Alemanias y las cuatro potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial devolvieron a Alemania la plena soberanía con el compromiso de que, en el nuevo Estado, no se mantuvieran arsenales nucleares, biológicos o químicos, se limitara el ejército a un máximo de 370.000 soldados y se toleraran tropas soviéticas en el actual territorio de la RDA hasta el año 1994.

El nuevo Estado alemán adoptó la estructura de República Federal de Alemania. Berlín retomó el estatus de capital de los dos Estados, con la condición de que la sede del gobierno permaneciera, por lo menos durante los años siguientes, en Bonn.

Actualmente, Alemania unificada aparece como el país más poderoso de Europa Occidental⁹, lo que es una muestra de las ventajas que trae la unión para la fortaleza de los Estados en la escena internacional.

VENTAJAS DE LA REUNIFICACIÓN ALEMANA

Según un estudio realizado en el 2001 por la OIT, diez años después de la reunificación, en Alemania aún podía diferenciarse la parte oriental y la occidental, debido a la diferencia en el desarrollo y la calidad de vida de los habitantes. Las esperanzas de las regiones orientales de asistir a una rápida transición del monótono comunismo a los “Blühende Landschaften” o “paisajes floridos” prometidos no se han materializado. A pesar de que en muchos aspectos en lo que fue Alemania

Oriental, las condiciones de vida y de trabajo han progresado.

Sin embargo, las ventajas de la Unión son indiscutibles pues, aunque el desarrollo del antiguo lado oriental no ha sido tan rápido como muchos esperaban, los pasos que se han dado han sido firmes y seguros.

La industria Alemana se ha vuelto mucho más fuerte, convirtiendo el país en una de las potencias más influyentes en los últimos años.¹³

Según la página oficial de la Cultura Alemana, entre las ventajas de la reunificación podemos encontrar que “el GDP occidental alemán creció en un índice de 4.6 por ciento para 1990, reflejando la nueva demanda de Alemania del este. La tarifa de crecimiento más alta vino durante la segunda mitad de 1990, pero el crecimiento continuado en solamente un paso levemente más lento en principios de 1991. Los precios, sin embargo, seguían siendo relativamente estables porque el coste de la vida creció en solamente 2.8 por ciento a pesar de algunos altos establecimientos de salario en algunas industrias. El empleo se levantó durante el año, a partir de 28.0 millones a 28.7 millones, y el índice de desempleo se redujo a 7.2 por ciento. Notablemente, el número de parados registrados en Alemania occidental declinó solamente por cerca de 300.000, demostrando que por lo menos la mitad de los nuevos trabajos en Alemania occidental había sido tomada por las personas que se habían movido a o conmutaban de Alemania del este. La mejora dramática en las figuras alemanas occidentales resultó de la apertura en Alemania del este de un nuevo mercado grande de 16 millones de personas y de la disponibilidad simultánea de muchos nuevos trabajadores de Alemania del este. Muchos easterners no desearon las mercancías mal hechas producidas en el país, prefiriendo productos de consumo y alimento occidentales. Por otra parte, muchos easterners venían al oeste a trabajar. Antes de fin de 1990, tanto como 250.000 conmutaban para trabajar en el oeste, y ese número era estimado para haber crecido a 350.000 o aún a 400.000 a mediados de 1991”¹⁴.



Suministros en Hiati.



Actualmente, Alemania es la tercera economía del mundo y ostenta una posición líder en el ámbito internacional. En Europa es el mercado más importante, con el producto nacional bruto más alto de toda la unión Europea. En el ámbito internacional la República Alemana ocupa el segundo lugar después de Estados Unidos en el comercio y en el sector de servicios con empresas innovadoras y gran potencial a futuro.

Lo anterior muestra que, a pesar de que el proceso de unificación no es fácil, ya que implica un gran cambio en la estructura del país, además de enormes sacrificios económicos, políticos, culturales e incluso ideológicos, el sacrificio vale la pena pues, a largo plazo, la fortaleza del sector unificado es mayor.

EL PROCESO DE INTEGRACIÓN DE EUROPA

La Guerra Fría, terminó de una manera inesperada: con la derrota silenciosa de uno de sus contendientes.

La escena internacional daba muestras del éxito que el sistema económico occidental había traído para la recuperación Europea. Podía sentirse en el ambiente cómo la fuerza de una Europa que pretendía dejar atrás las huellas causadas por dos guerras mundiales construía lentamente el pilar de lo que he llamado la unión para el progreso.

Con el inicio de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) y posteriormente de la Comunidad Económica Europea (CEE), el mundo se convirtió en espectador de la reconstrucción de una parte del viejo continente.

La estabilidad política del sistema internacional de la Europa occidental de la posguerra, hasta principios de los años setenta, resulta impresionante en comparación con los primeros cincuenta años del siglo XX, a pesar de que hubo ciertas

críticas como la disuasión nuclear, que mantuvo a la Guerra Fría en ese estatus. Esta situación permitió la fortaleza para soportar crisis económicas tan difíciles como la de los años 70¹⁵.

Mientras tanto, en Europa oriental, la frustración era cada vez mayor. Observar como el “otro lado” incrementaba el éxito de la cooperación e integración, mientras su sistema económico, científico, militar y social decaía incontrolablemente, significaba la puerta al fracaso; aunque no fue sino hasta cuando resultó imposible controlarlo que el mundo se enteró de la derrota soviética.

A pesar de que hasta 1985 la división europea seguía igual de agudizada, ya empezaba a dar muestras de descenso en su poderío. La disminución en los gastos militares y las propuestas de desarme, sumado al descontento de los habitantes de Europa Oriental, eran muestra de derrota.

Los hechos que siguieron explicaban mejor que nada la situación: se desintegró el partido comunista en el Este, debido a la reunificación alemana. Con el fracaso de la propuesta política soviética y el fin de la Guerra Fría, la geografía que determinaba las concepciones políticas europeas perdió su razón de ser. Había comenzado una nueva era.

Terminada la Segunda Guerra Mundial se produjeron diferentes actividades federalistas que promueven una unidad europea más laxa y alineada en el bloque de Occidente, pero que invoca la necesidad inminente de crear una unión económica y política. Este proceso fue liderado por Winston Churchill, quien consideró que había llegado la hora para las naciones europeas de transferir algunos de sus derechos soberanos y que, en el éxito de este proceso, radica la solución para los problemas alemanes. Pero a pesar de la estructuración de distintos movimientos federalistas en varios países de Europa, como anota Nicolás Mariscal: “...la presencia y relevancia de los federalistas y sus asociaciones en la vida pública europea era muy exigua. Las potencias vencedoras extraeuropeas, que detentaban y ejercían el poder real en Europa, tenían sus propias concepciones, intereses y planes y los Gobiernos de los Estados europeos estaban centrados en la reconstrucción nacional política, económica y social de sus respectivos países. Por esa razón, el Consejo de Europa que fue creado en Londres el 5 de mayo de 1949 con sede en Estrasburgo, fue un compromiso entre federalistas y partidarios de uniones más laxas, con predominio de estos últimos, principalmente británicos y escandinavos, que apenas se tradujo en una organización de cooperación intergubernamental”.

mental, sin cesión o delegación de soberanía de los Estados”¹⁶.

El anterior análisis nos permite tener una noción certera de lo que distintas teorías de las relaciones internacionales plantean a la hora de dar explicación a procesos como el de la interacción de Europa.

VENTAJAS DE LA INTEGRACIÓN PARA EUROPA

Para comprender la dimensión de las ventajas que trajo para Europa haber decidido integrarse, es necesario tener claro que esta iniciativa surgió de la necesidad de evitar un tercer holocausto. Fue una integración labrada con los escombros de la guerra y fortalecida por el temor de que sucediera algo parecido. El contexto internacional del momento exigía un trabajo de grupo, pues dependientes unos de otros, es difícil, me atrevería a decir que imposible, que una tercera guerra iniciara, por lo menos en el seno de Europa.

También es necesario mirar un poco hacia América y entender que la primera potencia mundial no era más europea, sino que era Estados Unidos. Siendo entonces atemorizante para el viejo continente darse cuenta de que su peso en la economía mundial individualmente no representaba ni la tercera parte del estadounidense.

A pesar de que el proceso de integración europeo ha sido difícil, pues ha significado enormes sacrificios, las ventajas tanto para ellos como para el mundo, son incalculables. Es desde Europa de donde se generan las iniciativas de cooperación en pro de la paz y seguridad del mundo. Además, se ha creado la conciencia colectiva de la necesidad de proteger al planeta y de trabajar a favor del desarrollo que implique sostenibilidad, lo que beneficia al mundo entero.

Europa unida ha permitido que el continente viva en paz, prosperidad y libertad, y que sus 495 millones de ciudadanos gocen de beneficios democráticos, eliminación de fronteras, accesibilidad a oportunidades laborales y de estudio y, por ende, tengan una vida mucho más confortable.

Otra de las ventajas de haber constituido esta asociación política y económica es la posibilidad de realizar intercambios culturales, educativos y

turísticos, sin mencionar el poder comerciar sin el obstáculo de las fronteras.

Finalmente, podemos mencionar que la Unión Europea ha procurado una lucha conjunta contra la delincuencia y el terrorismo, lo que hace del continente y del planeta un sitio un poco más seguro. No podía dejar de hablar de pequeños detalles tales como las llamadas telefónicas y billetes de avión más baratos y las millones de oportunidades con tan diferentes países, detalles en los que se ve reflejado el trabajo macro de los europeos.

EL MUNDO DESPUÉS DE LA REUNIFICACIÓN EUROPEA

La reunificación Europea es uno de los sucesos de mayor importancia e influencia en el mundo. En los últimos cincuenta años, el mundo ha sido testigo de lo que fácilmente podría ser llamado “el segundo Renacimiento europeo”.

Para Occidente, haber superado la Guerra Fría y haber logrado un centro de unión y cooperación para la paz, como lo es la Unión Europea, representa, en mi opinión, una herramienta y un paso importante para lograr el desarrollo y progreso de los pueblos, digno de imitar.

Entre los cambios más significativos que se han generado desde entonces en occidente veo:

- El fortalecimiento de la Unión Europea como alternativa para el desarrollo económico, diferente a los Estados Unidos;
- El fortalecimiento de la democracia como método para la estabilidad de los pueblos;
- La incorporación de países anteriormente comunistas al sistema occidental;
- La concepción de la unión como mecanismo viable para el progreso;
- El fortalecimiento de organismos internacionales que trabajan en pro de nuestro bienestar;
- La Unión Europea, en sí, ha fomentado diferentes programas en el mundo occidental, entre los que puedo destacar la labor por la Protección del Medio Ambiente y de los Derechos Humanos.

A pesar de que este fue un fenómeno ocurrido en Europa, creo que el mundo entero ha aprendido valiosas lecciones, tales como la promoción de la



democracia, la libertad como un derecho, la cooperación como mecanismo para el desarrollo y la paz como objetivo final de todos los procesos.

Valoro el esfuerzo realizado desde el seno europeo, pues considero que ha sido la manera de garantizar la tranquilidad y el progreso mundiales.

EUROPA UNIDA COMO ALTERNATIVA DE COOPERACIÓN PARA AMÉRICA LATINA

La relación entre la Unión Europea y América Latina inició con la primera cumbre birregional que se llevó a cabo en Río de Janeiro (Brasil) en 1999, encontrando puntos comunes debido a sus fuertes lazos históricos, culturales y económicos. Las negociaciones entre los dos continentes se dan a nivel de bloque; sin embargo, las relaciones entre países se fortalecen cada vez más¹⁷.

En el nuevo ámbito internacional, identificado por el desarrollo extraordinario de la globalización y por la pérdida de la concepción tradicional del Estado, la idea de la cooperación estrecha entre todas las regiones del mundo es cada vez más una realidad factible.

Es posible observar cómo se han vuelto primordiales en la agenda internacional temas como la cooperación para el desarrollo sostenible, el trabajo en pro de los derechos humanos, la lucha contra las drogas, la promoción de la cultura, la educación, el intercambio económico, entre otros.

Los latinoamericanos estamos en un punto de nuestra historia en el que, a pesar de las debilidades internas, nos vemos en la necesidad de mirar hacia afuera y enfrentar los retos que este mundo globalizado nos impone. Es entonces cuando debemos unir fortalezas trabajando como bloque, con el fin de asegurar que nuestra labor sea un mecanismo para la formulación de ideas que promuevan el desarrollo de la región, mantengan la paz, aseguren el respeto de los derechos humanos, incrementen los intercambios económicos, fomenten el desarrollo sostenible, y combatan la pobreza y la degradación del medio ambiente, entre otros aspectos.

A pesar de que proclamamos una hermandad basada en nuestras características comunes, la concepción de América Latina como un bloque, lamentablemente decirlo, no es una realidad cercana. Es



pero que no necesitemos vivir los desastres de la guerra para darnos cuenta de que unidos fortalecemos nuestra capacidad negociadora y nuestra economía; además, creamos un puente hacia el mundo entero. El panorama no es claro, pues las nuevas tendencias políticas e ideológicas de los gobernantes del continente parecen levantar un muro imaginario entre nuestros países latinoamericanos.

Para América Latina, crear lazos de cooperación con Europa es sumamente atractivo, no solamente por los posibles acuerdos económicos, sino también por la promoción de la democracia, los proyectos educativos, la conciencia de protección medioambiental, el intercambio de conocimientos, de cultura y de valores. Veo en nuestras relaciones un gran potencial, pues somos continentes con valores culturales e ideológicos con miras hacia puntos similares; nuestras sociedades tienen mucho en común y muy poco, me atrevería a decir que nada, en contravía.

Tenemos un potencial enorme por brindarle al mundo. Al detenerme un segundo en el día y observar las tendencias actuales, veo cómo, una vez más, todo apunta a que, desde América Latina, es posible propulsar grandes proyectos. Me refiero específicamente a la necesidad del planeta por darle punto final a la contaminación a través del uso de fuentes de energía alternativa, fuentes que abundan en nuestro continente.

Entre la Unión Europea y América Latina hemos dado un gran paso para el fortalecimiento de nuestras relaciones. Ello se ve reflejado en el Tratado de Maastricht, según el cual, tal como se planteó en la revista *Iberoamericana para la Educación*, "...se le

confía a la Unión la tarea de desarrollar una política exterior y de seguridad común; partiendo de esta última, el documento básico sobre las relaciones de la Unión Europea con América Latina y el Caribe, del Consejo Europeo, tiene por finalidad reafirmar el compromiso sostenido de Europa, ampliar y profundizar las relaciones con sus socios de América Latina y el Caribe, así como reiterar la voluntad de llevar adelante iniciativas conjuntas basadas en una sólida agenda birregional¹⁸.

Creo firmemente en el desarrollo de la Unión Europea como fuente viable para la cooperación, pues el desarrollo histórico en el que se han visto envueltos muchos de los países que la conforman, ha forjado las herramientas necesarias para la creación de alianzas para el progreso.

Nuestra tarea en América Latina es ardua, pero necesaria. Si la Unión Europea fue construida sobre las ruinas de la guerra, es indudable que, sobre las bases de la cooperación y el desarrollo económico, será posible establecer el pedestal para que disfrutemos de la riqueza cognitiva, cultural, política y social del progreso.

Admiro el ejercicio construido por los europeos, porque es una estrategia para la paz, no sólo del viejo continente, sino del mundo entero; y son este tipo de iniciativas las que realmente necesitamos; aun cuando hoy por hoy la Unión se vea amenazada por la crisis económica.

Actualmente, el mundo está a la expectativa debido a la actual crisis financiera, pero miro hacia el futuro con esperanza y con la certeza de que, gracias a la fortaleza que dio a Europa surgir en medio de la adversidad, seguramente el viejo continente superará este periodo y marcará nuevamente la escena de las relaciones económicas mundiales. ■

NOTAS

¹ <http://www.elpais.com/diezmil/pdf/internacional/PEX181004-SA018EREXTZZ1SSS.pdf>

² Briggs Asa, *Historia contemporánea de Europa*, España, 1997, pág. 410.

³ *Ibid.*, pág. 430.

⁴ http://es.wikipedia.org/wiki/Carrera_armament%C3%ADstica#Carrera_Armamentista

⁵ Gordon Brook, *The Austrians: a thousand-year odyssey*, harper, London, 1996, pág. 10

⁶ <http://buscon.rae.es/draeI/>

⁷ Gordon Brook-Shepherd, *The Austrians: A Thousand-year Odyssey*, Harper Collins, London 1996, págs. 392 a 413.

⁸ http://en.wikipedia.org/wiki/Austrian_State_Treaty

⁹ <http://www.nationsencyclopedia.com/Europe/Austria-HISTORY.html>

¹⁰ Gordon Brook-Shepherd, *op. cit.* pág. 392 a 413.

¹¹ http://es.wikipedia.org/wiki/Reunificaci%C3%B3n_alemana

¹² Briggs Assa, *op. cit.*, pág. 450.

¹³ <http://www.ilo.org/public/spanish/bureau/inf/magazine/37/transition.htm>

¹⁴ http://www.germanculture.com.ua/spanish/library/facts/es_bl_unification_impact.htm

¹⁵ Briggs Asa, *op. cit.*, pág. 480, 490

¹⁶ <http://www.javeriana.edu.co/politicas/publicaciones/documents/evolucion.pdf>

¹⁷ Comisión Europea, Unión Europea (UE) y América Latina: http://ec.europa.eu/external_relations/la/index_es.htm

¹⁸ *Revista Iberoamericana para la Educación*, <http://www.rieoei.org/oeivirt/rie07a08.htm>

BIBLIOGRAFÍA

- ASSA Briggs, *Historia Contemporánea de Europa*
 GAVIRIA César, *Una década de transformaciones: del fin de la Guerra Fría a la globalización de la OEA*
 GORDON Brook - Shepherd, *The Austrians: A Thousand-year Odyssey*, Harper Collins Publisher, London 1996
 GUZMÁN Joaquín, *Estructura económica mundial*, Mc Graw Hill, Madrid, 1998
 SAAVEDRA John, *Las Relaciones de Colombia y América Latina con Europa*
 SOSA Francisco, *El estado Fragmentado*, Editorial Trotta, Madrid, 2006
<http://www.rieoei.org/oeivirt/rie07a08.htm>
<http://www.rieoei.org/oeivirt/rie07a08.htm>
http://es.wikipedia.org/wiki/Carrera_armament%C3%ADstica#Carrera_Armamentista
<http://www.elpais.com/diezmil/pdf/internacional/PEX181004-A018EREXTZZ1SSS.pdf>
http://es.wikipedia.org/wiki/Reunificaci%C3%B3n_alemana
http://es.encarta.msn.com/encyclopedia_761569658/Rep%C3%B3blica_Federal_de_Alemania.html
<http://historiaymundo.blogspot.com/2008/09/la-unificacin-alemana.html>
<http://www.ilo.org/public/spanish/bureau/inf/magazine/37/transition.htm>
http://www.germanculture.com.ua/spanish/library/facts/es_bl_unification_impact.htm
<http://www.javeriana.edu.co/politicas/publicaciones/documents/evolucion.pdf>
<http://www.guiadelmundo.org.uy/cd/countries/aut/History.html>
http://www.infoghidromania.com/historia_rumania_spa.html
http://ec.europa.eu/europeaid/where/latin-america/country-cooperation/mercosur/mercosur_en.htm
http://ec.europa.eu/europeaid/where/latin-america/country-cooperation/andean-community/andean-community_en.htm

La necesidad del arte

Lucero Martínez Kasab*

Debo rendirme a lo que me rodea, unirme con las nubes y con las piedras, para ser lo que soy. Necesito la soledad para entrar en comunicación con la naturaleza.

Caspar David Friedrich

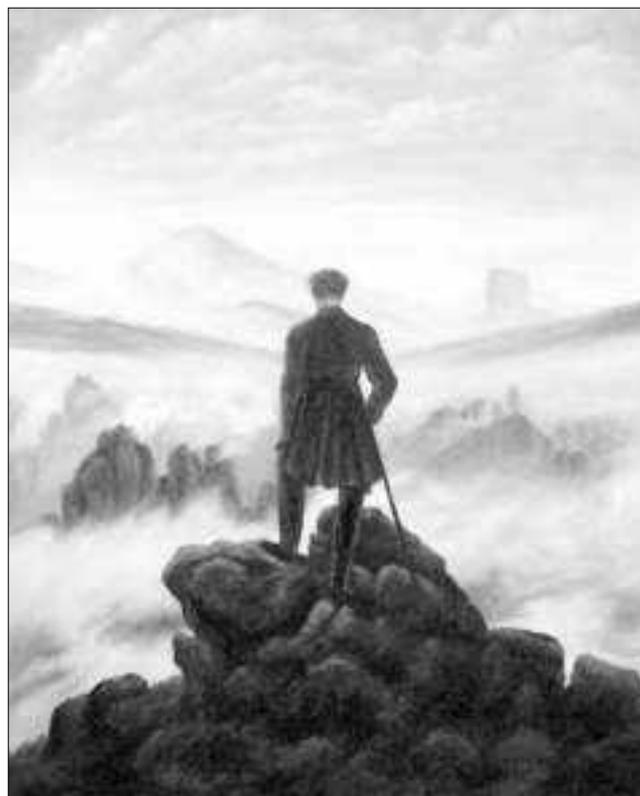
¿Por qué a través de la historia de la Humanidad las personas, sin distinciones de países, credos, razas, se acercan a una obra de teatro, a un concierto de música, a la literatura, al cine, a la danza, a la pintura? ¿Por qué el ser humano siente una atracción hacia el arte desde tiempos inmemoriales?

La aparición del arte en la vida del Hombre es un fenómeno complejo que implica procesos emocionales e intelectuales, que formarán una de las virtudes más elevadas de esta especie: la creatividad. Puede decirse que la realización artística obedece a cuatro necesidades vitales del ser humano: transformar, expresar, trascender, fraternizar, y que se remonta al momento mismo en que el ser primitivo tomó un madero como instrumento, para tumbar la fruta que el árbol no soltaba, liquidando, de una vez por todas, una situación que lo mantenía sometido a los vaivenes de la Naturaleza.

Así, apartándose del orden establecido —donde debía esperar pacientemente a que la fruta cayera del árbol—, comenzó con su esfuerzo a transformar las condiciones que lo rodeaban. De este modo, sabiéndose limitado para controlar las diversas fuerzas del medio ambiente, los embates de los enemigos y los peligros de los depredadores, busca afanosamente vencer las vicisitudes de la vida así fuese a través de la ilusión de los actos de un brujo,

de pintarse la cara para ir a la guerra, de imitar a los animales o de entonar cantos rítmicos para aumentar la fuerza en el trabajo, comportamientos mágicos para proporcionarse aliento en su lucha con el mundo.

Asimismo, la necesidad de buscar alimentos, de protegerse de los peligros y de la íntima consciencia de la fragilidad individual, fue llevando al Hombre



Caminante sobre un mar de nubes, Caspar David Friedrich.

* Psicóloga. Directora de los proyectos “Barrio Arte”, patrocinado por la ONU y el ICBF, y “Atlántico Joven” de la Gobernación del Atlántico, escogido por la organización inglesa Exchange y la Universidad del Norte, 2003, como una de las experiencias más exitosas en comunicación y salud en América Latina.

al agrupamiento con sus semejantes, lo cual hizo imprescindible que surgieran ruidos, gruñidos, sonidos, palabras, entre ellos, buscando un entendimiento con base en la expresión de los sentimientos y del rudimentario pensamiento que facilitara la convivencia, dando origen al lenguaje. Nombrar los objetos con palabras era sacarlos de la indiferenciación en que se hallaban, singularizarlos, dominarlos a tal punto de creer que con sólo pronunciar el nombre de un espíritu se podía caer en desgracia, tal y como lo observamos hoy en día en los niños más pequeños que, asustados, no se atreven a mencionar al demonio por temor a que éste aparezca. *Si, como afirma el griego en el Cratilo / el nombre es arquetipo de la cosa / en las letras de "rosa" está la rosa / y todo el Nilo en la palabra "Nilo":* Jorge Luis Borges.

El lenguaje con sus palabras, con sus sonidos y gestos es otra herramienta que el hombre creó para transformar un mundo que se perdía por lo inespecífico, por la generalidad de los elementos. El poeta que juega con la palabra, que con sus composiciones nos dice de una manera diferente las cosas, transforma la realidad, hace arte, hace magia tan profundamente como los primeros humanos al entonar un canto para pedir lluvia al cielo. El artista, igual que el primitivo, necesita diferenciar las cosas de su entorno, nombrarlas a su manera, acomodar una realidad que percibe y concibe de forma muy particular.

Por los descubrimientos de las pinturas elaboradas por los antiguos hombres sobre cuevas y piedras —encontradas principalmente en Francia y España—; por las tallas, surcos o fisuras halladas en rústicos instrumentos de caza o en utensilios domésticos, los estudiosos, al no encontrarle funcionalidad a estos testimonios, han concluido que los primitivos los hacían para conseguir favores de los espíritus, y para expresar sus emociones o sus ideas. Así, inventaron adornos en la cabeza, pinturas en el rostro, movimientos corporales que se fueron convirtiendo en danzas ceremoniales, en ritos, en representaciones teatrales que, además, comenzaron a narrar el acontecer de los días y que han llegado al presente para contarnos cómo eran los primeros pobladores de la Tierra. En el presente quien hace arte siente, como entonces,



Pinturas rupestres de Altamira (España), 15.000-6.000 años a.C.

una profunda necesidad de comunicar a los demás su mundo interior, de decir cómo concibe la realidad que lo envuelve, de expresar de manera sensible su visión del mundo.

El ser primitivo que en forma colectiva participaba de los actos de magia para transformar el entorno —las ceremonias, los rituales, los cantos—, poseía la plena certeza de que a través de esos comportamientos grupales se llenaba de poderes especiales para afrontar las contingencias de la vida, en consecuencia, las relaciones entre las personas revestían una profunda importancia. La comunidad era la fuente de la vida en todo sentido: en lo físico, porque representaba la seguridad de conseguir sustento y protección y, en lo existencial, la certeza de no saberse solos en la Tierra. No



obstante, en la evolución de las sociedades que a través de miles de años el Hombre formó, el colectivo primigenio se fue fraccionando y, con ello, las relaciones personales, obstruyéndose cada vez más la instintiva necesidad de fraternizar; sumiéndose el ser humano en un estado de soledad que, en innumerables ocasiones, le resulta aniquilante. El artista a través de su obra realiza una comunión con el otro, aspira íntimamente a convertirse en el punto de encuentro de la sociedad, colocando en su obra aquello que puede ser cercano a todos, para lo cual debe poseer, como un brujo, la capacidad de sentir lo que subyace en medio de la cotidianidad de su tribu.

En nuestro tiempo, el ritmo incontenible de los acontecimientos, las ocupaciones distantes de las inclinaciones de cada quien, la lucha por el dinero, pasando por encima de los principios y valores propios, alejan, aún más, a la persona de sí misma y de sus semejantes. Los proyectos de vida que se sueñan son difícilmente alcanzables, la noción de éxito relacionada con la abundancia de dinero, la individualidad como cúspide del desarrollo personal, la constante necesidad de lo novedoso para hacer placentera la existencia, mantienen a los seres humanos detrás de soluciones vanas, frívolas, triviales que no logran remediar el infinito sentimiento de insignificancia ante la inmensidad del Universo. El arte, que antes era de todos, que fue y continúa siendo unión y expresión, magia e ilusión se fue escindiendo como el colectivo humano hasta recogerse en unos pocos seres: los artistas. El verdadero artista es la personificación de lo esencial, quien se encargará de cantar la nostalgia por el equilibrio perdido entre la individualidad y el mundo circundante; de ex-

presar sentimientos y pensamientos relacionados con la vida, la muerte, el amor, con las aspiraciones íntimas del ser, mitigando en los hombres y mujeres una sensación de soledad, de añoranza, de culpa por el abandono de la unidad y el surgimiento de una individualidad cargada de egoísmo.

Con la virtud de proporcionarle a quien lo practica un sentimiento de plenitud a través de la manifestación libre de la imaginación, de los sentimientos, de los pensamientos trascendiendo la frontera de lo concreto, de lo material, de lo inmediato pasando a la esfera del alma, de lo intangible, de lo eterno, el arte permite al individuo completar el círculo

de inicio, desarrollo y culminación de una obra generando en lo profundo del ser un sentimiento de unidad, pues, las partes internas de la persona que permitieron crear la obra, se reflejarán ante sí como un todo.

En los artistas se condensan los anhelos más profundos del Hombre de volver a sentirse unido a la Naturaleza, de transformar, expresar, trascender y fraternizar. Es el brujo de la tribu colocado al frente del colectivo que lo sigue en todos sus pasos. El artista es quien pinta, canta, interpreta lo que los demás quisieran exteriorizar, de ahí que en cada espectador palpiten vestigios de sensaciones, percepciones, ilusiones de miles de años ante un concierto, una obra literaria, una pintura, siempre con el deseo de percibirse como unidad en sí mismo en profunda armonía con el Cosmos, porque encuentran en el artista y en su obra partes ocultas de su ser.

El arte es el vigor de la pincelada libre y resuelta que el maestro Alejandro Obregón dejó en sus pinturas y que al verlas no resistimos la sensación de hallarnos en paisajes, cóndores y barracudas también soñados por nosotros. Es la capacidad embrujadora de Gabriel García Márquez de hacer llegar hasta el más lejano lector atmósferas de aromas, de amores contrariados, de brisas con murmullos de agua llevando sobre sí un barco a vapor que recorre sin fin el río Magdalena, dejándonos con una nostalgia que sólo se disuelve con el paso rotundo de los días.

La necesidad del arte es una condición espiritual profunda del hombre y la mujer para acusar su presencia en el mundo. Tan importante es el papel del arte en la existencia del hombre actual



que estudios neuropsicológicos logran determinar el cambio cerebral de una persona cuando ejecuta un arte, pudiéndose observar la activación de los centros del placer. De igual manera, se detectan cambios en el funcionamiento cardiovascular al disminuir el estrés, la ansiedad, la angustia en pacientes con afecciones emocionales. Cuánto desahogaron en el arte espíritus atormentados como Edgar Allan Poe, Vincent van Gogh, Beethoven —por citar unos cuantos— y que legaron a la Humanidad piezas de sensibilidades exquisitas que perdurarán para toda la eternidad.

Hoy en día, una de las grandes paradojas es que la Humanidad que se alejó de la Naturaleza en busca de una individualidad, que se separó de un medio ambiente para singularizarse, que paga con angustia existencial tamaño logro, atenta, precisamente, contra el disfrute del sujeto que desea transformar, trascender, expresar y fraternizar. Es la globalización con su excesiva tendencia a uniformar los sentimientos y los pensamientos colocando una naturaleza ficticia como si fueran árboles, montañas o mares alrededor de los seres humanos al imponer comportamientos, modas, sistemas políticos, utilizando los medios masivos de comunicación que encumbran modos de vida superficiales, baladíes, vacíos en medio de un egoísmo aniquilante cuya expresión máxima es la intransigencia de ciertos países poderosos en colaborar valiosamente con el mejoramiento del cambio climático, por no sacrificar unos índices monetarios. El arte, en medio de esta incongruencia, es uno de los pocos reductos que le quedan al Hombre para transformar, expresar, trascender, fra-

ternizar desde una individualidad en medio de una colectividad asfixiante, pero necesaria para vivir.

La creatividad en el arte, el deporte o la ciencia —la verdadera ciencia es arte, el verdadero arte es ciencia— es la brújula con que el Hombre puede ir buscando eso que llaman felicidad. Basta observar a los niños jugando con arena, con colores, con pedazos de madera, dejándose arrastrar por la imaginación para verlos felices olvidados del frío, del calor y del hambre. Es el llamado lúcido de Gabriel García Márquez en su *Manual para ser niño*, de Documentos de la Misión Ciencia, Educación y Desarrollo para la Presidencia de la República en 1995, en la más bella, profunda y certera defensa de la importancia decisiva en la vida del Hombre de gozar desde niño de la libertad de crear. García Márquez hace un vehemente llamado a los adultos a respetar y encauzar desde temprano las aptitudes artísticas de los hijos.

Si el Estado y, con él, las instituciones educativas en todas sus categorías le concedieran la importancia trascendental al aprendizaje de las artes, desde una igualdad académica con las asignaciones tradicionales como las Matemáticas, la Física, la Química, y desde una pedagogía lúdica, espontánea, libre donde los niños y adolescentes pudieran encontrarse con ellos mismos, con un quehacer que les enseñe desde pequeños el goce con lo esencial, es decir, con sus vocaciones, se encaminaría a la sociedad hacia la satisfacción de una de las necesidades básicas del Hombre y una de las razones de ser del arte, la sensación de la Felicidad.■

Oscar Wilde: crítico e imaginativo

Kathy Stella Porto*

INFLUENCIAS DE LA INFANCIA

El 16 de octubre de 1854, nació en Dublín, Irlanda, en el número 21 de Westland Row, Oscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde, hijo de sir William Wilde, célebre médico oftalmólogo de espíritu desprejuiciado, librepensador, autor de varias obras, entre ellas, una sobre Irlanda, crónicas sobre sus viajes y la historia sobre los últimos días de Swift.

Su madre, Jane Francisca Elgee, fue una revolucionaria y teatral poetisa de versos patrióticos firmados con el seudónimo de "Speranza", quien estaba convencida de heredar el apellido Alighieri del poeta Dante Alighieri.

No es de extrañar que Oscar Wilde heredara la teatralidad de su madre, acostumbrado como estaba desde pequeño a verla profusamente maquillada en sus tertulias literarias después de las cinco de la tarde, en el gran salón de su casa, vuelto penumbra a

propósito, ambientado con lámparas de pantallas color rosa; estas estancias burbujeantes incitarían las artísticas y revolucionarias conversaciones de su selecto y diverso núcleo de invitados.



Oscar Wilde.

APROXIMACIÓN

A SU ESPÍRITU CRÍTICO

Además de sus deliciosas comedias y obras teatrales, Oscar Wilde escribió magistrales ensayos literarios como: "El crítico artista", "Pluma, lápiz y veneno", "La verdad de las máscaras"; los visionarios ensayos "La invasión americana", "El alma del hombre bajo el socialismo" y "El renacimiento inglés del arte". En estos ensayos acertó en muchos temas que aún hoy siguen siendo de actualidad y esclarecedores para el porvenir de la sociedad y del arte con un estilo ligero y seductor, no exento de filosófico razonar, verdad y lucidez.

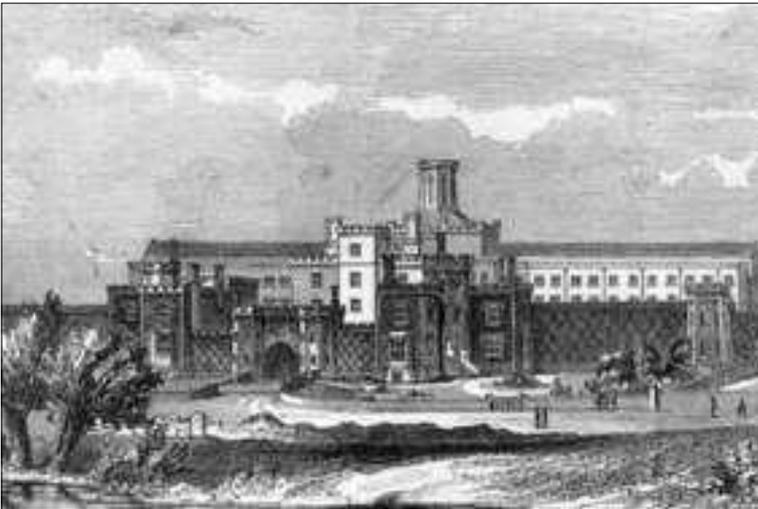
Sus ensayos literarios son provocadores, dotados de fina intuición artística y sensibilidad, y una disciplina de lector habitada por milenios de arte, antigüedad clásica y modernidad.

Sin apartarse de lo humano, le muestra al lector lo desconocido, lo intuitivo y lo invisible de toda

* Poetisa y ensayista, nacida en Aracataca. Luego de culminar, en España, Inglaterra y Cuba, sus estudios sobre ciencias de la información, letras, historia del arte y cine, se estableció en Bello Horizonte, Santa Marta, donde reside desde hace muchos años. Es autora del poemario *Amor de lo imposible* (Ed. Panamericana, Bogotá, 1998).



Oscar Wilde.



Cárcel de Reading.

obra que aspire a lo no perecedero, que en definitiva es el sueño secreto del artista verdadero.

En su prosa poética no hay nada obscuro, nada patético, ningún terror nos asalta cuando la leemos: sólo una inmensa alegría estética y el perenne deseo de leerlo una y otra vez.

Su alcance de poeta, psicólogo, sociólogo, esteta, crítico de arte y gran reformador de estereotipadas costumbres, es capaz de conmover al lector culto, aquel que posee imaginación intuitiva, capacidad de abstracción, un intelecto desprovisto de dogmas y prejuicios, y, en especial, capacidad de asombro.

En el ensayo “El renacimiento inglés del arte” afirma: “en la mansión sagrada y segura de la belleza, el artista sincero no admitirá nada que sea duro o molesto, nada que cause dolor, ninguna de esas

cosas por la que discuten los hombres”, y añade: “la verdadera calidad poética, el goce de la poesía, no proviene sino del manejo inventivo del lenguaje rítmico, de lo que Keats llama ‘la vida sensata del verso’. El elemento del canto en la canción acompañado por la profunda alegría del movimiento”.

En “El crítico artista” afirmó: “El verdadero crítico, en efecto, será sincero en su devoción al gran principio de la belleza, pero la buscará en todas las escuelas y en todas las épocas y no se dejará nunca limitar por ninguna costumbre establecida de pensar o por alguna estereotipada manera de ver las cosas, no consentirá en ser esclavo de sus propias opiniones”.

Todo gran escritor es, ante todo, “un gran lector”, como afirma Borges. Siempre tendrá el íntimo deseo de encontrar un estilo, un lenguaje que no se parezca al de los amados escritores que han influido en su desarrollo, ni al de sus contemporáneos; todo gran escritor tendrá siempre una visión, su propia visión de la realidad circundante, del mundo interior suyo y de los otros, de la realidad de la vida, de la abstracción que pueda hacer de todos los sucesos del vivir.

Oscar Wilde merece ser recordado y reconocido más por su dimensión de gran artista, intuitivo lector y encantador compañero de horas dulces y amables, que por sus preferencias amorosas, la cárcel del Reading o su indumentaria de dandy.

Jorge Luis Borges, quien lo comprendió en su justa dimensión, dijo de él: “Su obra no ha envejecido; pudo haber sido escrita esta mañana”. En mi condición de admiradora de su obra, agregaría: Oscar Wilde es un escritor que siempre me dirá cosas nuevas y al que siempre tiende mi alma cuando necesito serenarme y sonreír.

EL ALMA NORTEAMERICANA

En estos aciagos tiempos que comprometen la política mundial y la de nuestros países, necesitamos conocer diversos puntos de vista sobre una nación que, a pesar de los deslices de su política exterior imperialista, desde la primera incursión en México hasta nuestros días, posee un capital humano sorprendente y sus universidades se encuentran entre las mejores del mundo.

Quién mejor que Oscar Wilde para revelarnos — con el estilo intuitivo e imaginativo, revolucionario en ideas y conceptos, que lo universaliza y acerca a los lectores del porvenir—, el Alma Americana, desmitificada de prejuicios populares, y dogmas políticos, que la crítica y los medios de comunicación del siglo XXI no han logrado comprender en su vasta y desarrollada conciencia cívica y social. Esta alma “joven aún”, entraña, más allá del estigma, nobles cualidades que Oscar Wilde, con ese sicologismo suyo tan fértil y sutil, supo desentrañar, en los elocuentes y magistrales ensayos: “Invasión americana” e “Impresiones sobre Yanquilandia”.

El 24 de diciembre de 1881, Oscar Wilde se embarca en el Arizona para Norteamérica, contratado para dar una serie de conferencias. Ya había publicado en el mismo año su libro *Poems* y se encontraba anímicamente dispuesto para enfrentarse a un universo que por la lectura de Emerson le atraía. Pronuncia su primera conferencia en el Chickering Hall de Nueva York: “El renacimiento inglés del arte”. Recorre casi toda Norteamérica, algo del Canadá y retorna a Londres en enero de 1883.

“La invasión americana” es un exquisito ensayo que vivifica la presencia de mujeres norteamericanas en la vida inglesa de finales del siglo XIX y la necesidad de esta presencia que cambiaría radicalmente la vida inglesa y su sociedad.

LAS MUJERES AMERICANAS

“Son brillantes, inteligentes, asombrosamente cosmopolitas. Poseen un singular descaro, una presunción deliciosa, y una independencia espontánea. Saben contar una historia sin olvidar el rasgo mordaz, perfección extraordinariamente rara en mujeres de otras naciones. Verdad es que carecen de sosiego y sus voces son algo bruscas y estridentes cuando desembarcan en Liverpool, pero con el tiempo llega uno a extrañar esos lindos ciclones con faldas que causan tanta agitación a las duquesas con hijas”.

Después de leer este párrafo, no pude menos que concederle la razón a Oscar Wilde, y divertirme con tan perfecta y contemporizadora descripción. Pero él va más allá cuando al referirse a la relación de las mujeres norteamericanas con sus padres apunta: “Jamás una idea inoportuna impedirá que la niña yanqui censure a su madre cuantas veces sea necesario. En realidad, puede decirse que ningún niño yanqui se ciega ante los defectos de sus padres, sea el que fuere el cariño que sienta por ellos [...] En América, la juventud está siempre dispuesta a que aprovechen su experiencia las personas de más edad que ella”.

¿Tendrá nuestra juventud latinoamericana la conciencia cívica y social tan desarrollada como para propiciar un cambio de pensamiento político



co, que nos conduzca a una paz social? ¿Podrá subvertir el orden de manera pacífica, como los jóvenes norteamericanos en Woodstock? ¿O es que necesitamos conductores de los jóvenes en la academia, que sin dogmas o credos políticos y de pensamiento le capaciten para la sana y vigorosa reflexión e incentiven su curiosidad intelectual, artística y literaria?

LOS AMERICANOS Y LA POLÍTICA

En “Impresiones de Yanquilandia”, Oscar Wilde aclara que no posee conocimiento íntimo de la política norteamericana, confesión contradictoria: él fue un ferviente admirador del pensador, ensayista y orador norteamericano Emerson, considerado por el crítico literario Harold Bloom como: “la figura central de la cultura americana, conforma nuestra política, así como nuestra religión no oficial”.

Sin embargo, anota: “Los americanos son el pueblo mejor educado políticamente del mundo. Vale la pena ir a un país que puede enseñarnos la belleza de la palabra Libertad y el valor de ese concepto [...] Todo ciudadano, al cumplir los veintiún años, tiene derecho a votar y adquiere, por eso mismo, su educación política”.

ARTIFICIO, HOSPITALIDAD, MODERNIDAD Y TECNOLOGÍA

Oscar Wilde celebró del alma norteamericana su escasa afición a la pompa, el ornato y la ostentación: “No vi allí más de dos desfiles: uno, el de los bomberos, precedidos por la policía, y otro, el de la policía, precedida por los bomberos”.

Cree que el norteamericano es “el más hospitalario” de los anfitriones, pues “adquieren la verdadera experiencia con más antelación que nosotros, no son nunca torpes y no dicen tontería jamás”.

Al pensar que “la civilización empezó con la máquina de vapor”, Wilde lamenta que tengan tan poca propensión al arte y al pasado, y tal vez no pueda concebir el Quijote europeo pues él es el “Don Quijote del sentido práctico”.

Oscar Wilde, al igual que su amado Montaigne, supo ver una tierra joven con espíritu joven, y, como su admirado Emerson, afirmó que “los credos son una enfermedad del intelecto”, por lo que debe quedarnos como enseñanza que los pueblos se deben unir no por lo que nos separa, sino por lo que de ellos podamos recibir como influjo benéfico para el progreso individual, moral y colectivo. ■



Cuando una cosa es otra cosa: el performance de María Teresa Hincapié como imagen-tiempo

Mónica Gontóvnik*

INTRODUCCIÓN

En 1990, la artista colombiana María Teresa Hincapié ganó el primer premio en el XXXII Salón Nacional de Artistas con su obra denominada *Una cosa es una cosa*. Con intención marcada, la artista propuso ese título para su obra porque durante horas ella se dedicaba a sacar cosas de su propia vida cotidiana que tenía en bolsas y maletas, para colocarlas parsimoniosamente y en orden, ante la vista de los espectadores asistentes al espacio donde se ejecuta el performance. Con *Una cosa es una cosa*, Hincapié cuestionaba la naturaleza de aquello que llamamos espectáculo. Viniendo del mundo del teatro, Hincapié per-formaba la vida cotidiana ante los ojos de los demás, usando simples movimientos corporales. Al manipular las más sencillas cosas, las separa forzosamente de la esfera privada y las convierte en elementos escénicos que ahora se convierten en cosas para otros. Con un sencillo acto que duraba hasta doce horas, Hincapié nos hacía cuestionar acerca de la separación que creemos necesaria entre la vida y el arte. Siendo testigos de su acto también nos cuestionamos una sociedad donde lo cotidiano está ya demasiado espectacularizado, de-sacralizado.



María Teresa Hincapié: *Caligrafía corporal*.

Al traer los objetos de la cotidianidad a un espacio público donde la gente puede observar un acto que hace visibles estos objetos, Hincapié ejecutaba un acto estructurado que igualmente evidenciaba la ritualidad de lo diario. El tiempo y el espacio ordinarios recibieron un nuevo orden y se situaron en ese espacio liminal que Turner (2004) describía muy bien en su estudio seminal que sirve de base para los estudios performativos: “Entidades liminales no están ni aquí ni allá; se encuentran atrapadas en medio de las posiciones asignadas y dictadas por la ley, las costumbres, convenciones y ceremonias” (79)¹. Y es precisamente ese estado donde nos encontramos entre mundos, el que nos permite pensar la obra de arte junto con Arthur Danto (1981): como una convención que nos dice que algo es arte porque se nombra como obra de arte por determinadas instituciones (31), y por el artista mismo, quien, claro está, la determina con

* Docente de Humanidades y Filosofía en la Universidad del Norte. Máster en Estudios Interdisciplinarios en Arte y Psicología, Naropa University. Candidata a doctora en Estudios Interdisciplinarios en Artes, Ohio University. Poeta, performer. Este ensayo fue leído como ponencia en el VII Congreso de la Asociación Caribeña de Filosofía: “Cambiano la geografía de la razón: música, ritmo y movimiento”. Universidad de Cartagena, agosto 11-14, 2010.

su intención. Durante una obra de arte hay, debido a la intención, una transformación permanente de unas cosas en otras cosas. Las metáforas se desplazan en este reino de la ilusión que tanto ha preocupado a los filósofos, transformaciones que no han hecho más que develar el sentido de las pretendidas verdades universales. Al desplazar las cosas de su casa y ordenarlas en otro espacio, Hincapié hace visible la posibilidad de la metáfora que cambia el sentido de las cosas con simples desplazamientos semánticos. Precisamente, presentar acciones artísticas a través de actos simples de la vida cotidiana ha sido una estrategia artística y política feminista. Al hacer de estas acciones, que por cotidianas se convierten en invisibles, un objeto de la intención e investigación artística, se utiliza una estrategia de disrupción de los sistemas de representación dominados por la cultura patriarcal (Forte, 1990, 251). Aunque la intención de Hincapié no es teatral (Aguilar, 2010) su acción performática convierte la vida privada en un espectáculo para un público que al mismo tiempo es paradójicamente borrado de la atención de la artista mientras le dedica todo su presente a cada objeto que toca.

Como parte del ritual, nos convertimos así mismo en espectadores de la ordinariedad de nuestra vida cotidiana, llena de objetos similares, radicalizando así la percepción de nuestra propia realidad llenas de ideales y propósitos grandiosos e inalcanzables con insoportables expectativas de trascendencia más allá del presente ordinario y tenaz. El ordenamiento intencional y pausado de cosas simples que Hincapié hace sin recurrir a movimientos corporales por fuera de lo común, nos dice que una vida en un hogar, cuidando de las cosas, debe ser tenida seriamente en cuenta por nosotros, si la existencia ha de hacerse soportable. Una existencia soportable ha de tomar conciencia de cada cosa sencilla y singular que hace parte de nuestro entorno diario. Hincapié hace énfasis en la detención del tiempo en un espacio público con su performance *Una cosa es una cosa*. Pareciera querer que pensemos en lo que Nietzsche planteaba: debemos privilegiar cada instante de la vida en su singularidad: la vida es una fuerza radical y violenta con la que sólo pueden encontrarse los



Gilles Deleuze.

grandes espíritus, ya que el eterno retorno consiste en poder pensar la destrucción de todos los valores para que cada momento de la vida sea privilegiado como se merece (Colebrook, 2002, 694).

UNA DIRECTA IMAGEN DEL TIEMPO EN LA VIDA COTIDIANA

María Teresa Hincapié no narra ni actúa cuando performa, cuidadosa y pausadamente, ante nuestra vista ese acto ritual público-privado donde su cuerpo transforma las más simples cosas sin realmente decir nada más allá de la manipulación de éstas con intención concentrada. Hincapié permite lo que Deleuze (1989) llama una imagen-tiempo en su teoría sobre cine. Cuando Gilles Deleuze se dispone a explicar lo que él llama una imagen—tiempo como la característica más sobresaliente del cine que se hace a partir de la Segunda Guerra Mundial, en un capítulo titulado “Mas allá de la imagen-movimiento”, se refiere al crítico Barthelemy Amengual como aquel que produce una fórmula para entender el trabajo de Fellini. Si logramos entender las películas de Fellini como imágenes-tiempo, podemos entender que ver una película puede convertirse en algo aún más real que lo que aparentemente se está re-presentando. Una película puede ser aún más real que nuestra propia vida y la vida cotidiana se puede identificar con lo espectacular, porque “...sin distinción mirantes-mirados, sin espectadores, sin salida, sin bastidores ni escenario... el cristal de Fellini no tiene fisura por la cual se podría o se debería salir para alcanzar la vida...” (Deleuze, 2004, 123-4).



María Teresa Hincapié: *Vitrina*, 1989.

El performance *Una cosa es una cosa* nos invita a pensar la posibilidad de que, como miradores de un acto que se ha separado de la realidad cotidiana, nuestra percepción nos comienza a llevar a la imagen-tiempo: una imagen que se crea cuando no se narra, sino que, como nos explica Deleuze (1989), las historias son narradas por los objetos y los paisajes que son vistos no sólo por los actores, sino además por el público. La imagen-tiempo se hace porque no hay línea temática a seguir y así todo puede convertirse, transformarse en algo más a través de los “movimientos falsos” de la disnarrativa² y a través de los signos ópticos y sonoros, los signos-tiempo, aquellos que reemplazan a los sensoriomotores que dominaban el sistema clásico del cine.

El movimiento del cuerpo de la performista es la línea que nos divide y une al mismo tiempo en ese espacio liminal donde ni ella es artista ni nosotros somos observadores, porque lo que percibimos es entonces ese eterno retorno de lo cotidiano en la vida tanto de ella como de nosotros. A través del cuerpo y de los movimientos y objetos de la artista, hemos vivido nuestro propio tiempo a través de una imagen-tiempo que no se disuelve con la mirada. Con Hincapié nos convertimos en observadores de nuestros propios cuerpos en el tiempo. El espacio que ella nos proporciona se abre a la duración³.

En general, para Deleuze, el cine es tiempo, la duración misma, ese momento en movimiento que no es tanto capturado como experimentado de lleno. Para Deleuze (1989) es como si hubiese

surgido una tecnología capaz de expresar la percepción. Mas no una percepción natural, aquella humana hecha de instantes enmarcados y privilegiados, sino una percepción fluida, que cambia constantemente: “El modelo sería como un estado de cosas en constante cambio, una materia fluida donde no hay punto de anclaje ni centro de referencia asignable” (Cinema 1, 57)⁴. Deleuze piensa que el cine de-centra el sujeto de la percepción y demuestra lo que Bergson creía era la duración:

que la conciencia en sí ya es algo, que uno no es consciente *de* algo.

Quisiera pensar, mediante este ensayo, que una pieza performativa como *Una cosa es una cosa* actúa como el arte del movimiento que es el cine. En su accionar, nos muestra una imagen directa del tiempo, porque no hay narración sino acción, porque en ella no se actúa (en el sentido teatral) sino se hace, porque aunque es algo que se observa como espectáculo, no entretiene.

Podríamos aplicar esta idea de Deleuze en este caso, porque en el cine de la imagen-tiempo no se producen movimientos que son acciones en un tiempo que se desenvuelve narrativamente. Porque se producen sonidos y visiones donde los actores no reaccionan a situaciones dadas, sino que simplemente estando en ese mundo filmico, permiten a los espectadores ser testigos de las diversas posibilidades del devenir de las imágenes. En Cinema 1, Deleuze (1989) dice que las imágenes mentales no se contentan con hacer redes de relaciones, sino que forman nuevas sustancias, que el cine produce pensamiento. Las imágenes cinemáticas que aparecen después de la Segunda Guerra Mundial, para Deleuze, son dispersas, no están ligadas a la percepción sensoriomotora y por ello no es un cine fácil. La narrativa se interrumpe, los héroes desaparecen, los espacios no son continuos y las acciones son difíciles de comprender. Es entonces cuando para Deleuze el universo es visto como cine: un todo abierto donde las cosas no son definitivas, expresadas en tomas no secuenciales,

con actores no activos, con edición no lógica. Son flashbacks que se revierten en nuestras propias memorias, situaciones parecidas a las nuestras, líneas interrumpidas que no permiten interpretaciones sólidas y unificadas, imágenes no discernibles, nada claras, imágenes del tiempo mismo: imagen- cristal.

“Lo que se ve a través del vidrio o en el cristal es el tiempo, en su doble movimiento de hacer pasar los presentes, de reemplazar el uno por el otro en dirección al futuro, pero también de conservar todo en el pasado, de sumirse en una profundidad oscura” (Deleuze, 2004, 121)

En este cine de la imagen-tiempo, el actor y el espectador juntos escuchan los sonidos y ven las imágenes directas de tiempo que dan pie a las asociaciones libres. Igualmente, en el performance de María Teresa Hincapié, ella y nosotros, los espectadores, podemos reflexionar acerca de cómo el presente, el pasado y el futuro no tienen cabalmente una lógica casual mientras percibimos el tiempo directamente a través de la imagen de su performance, que se convierte en una experiencia profunda de la duración. Las imágenes-tiempo son para Deleuze como sueños (onirosignos) y memorias (mnemosignos), son una paradoja donde pasado presente y futuro se confunden en la diferencia entre tiempo virtual y real. En las imágenes-tiempo somos espectadores en desazón que observan junto con actores que no hacen nada. Lo real y lo imaginario se persiguen mutuamente, intercambiando roles donde los espectadores se convierten en posibles actores de lo que se está viendo. Por eso la imagen-tiempo del performance *Una cosa es una cosa* hace el tiempo visible, vivible. En este performance no hay que ligar diferentes acciones, la acción es una sola, continua y eternamente retornante, donde se produce un perpetuo intercambio entre lo virtual y lo actual. No seguimos una historia. Las interminables secuencias de colocación de objetos nos han movido más allá de la percepción sensoriomotora. Simplemente vemos y la conciencia toma su forma de duración a través de nuestra sensación: “Lo que vemos en el cristal ya no es el curso empírico del tiempo como sucesión de presentes, ni su representación indirecta como intervalo o como todo... Es el tiempo en persona lo que surge en el cristal, y



Henri Bergson.

no cesa de reiniciar su desdoblamiento, sin culminación, ya que el intercambio indiscernible se prorroga y reproduce perpetuamente” (Deleuze, 2004, 363).

LA POLÍTICA DEL ABURRIMIENTO

Como espectadores de la pieza performática *Una cosa es una cosa*, probablemente estemos sentados en una esquina del salón. Luego nos levantamos, caminamos, nos ponemos a observar desde diversos puntos. El tiempo pasa y no pasa nada, aparentemente. María Teresa sigue enfilando sus objetos personales en el salón. Sabemos que esto durará horas, es parte del programa. Aunque la pieza funciona como un ritual, o tal

vez por eso mismo, ella no está expresándose, no dice nada en particular. Su acción repetitiva y constante, donde cada objeto recibe especial atención mientras en sacado y colocado, dice siempre lo mismo: nada en particular. No hay una narrativa. Podemos entrar y salir del performance y volver en varias horas y ella aún se encuentra allí. Si podemos soportar esa nada aparente, ante nosotros se puede abrir la intuición directa del tiempo como duración ante la falta de entretenimiento. Este performance nos está dando una idea exacta de cómo el aburrimiento puede ser político. Kracauer (2008) tenía sus razones para encontrar la productividad del aburrimiento:

“¿Pero qué puede suceder si uno se rehúsa a salir corriendo? Entonces el aburrimiento se convierte en la única ocupación correcta, porque provee la única garantía de que uno está en control de su propia existencia. Si uno nunca se aburriera, presumiblemente no podría estar presente y sería tan sólo un objeto del aburrimiento... Pero si ciertamente uno se encuentra presente, no tendría más escogencia que aburrirse con los difícilmente reconocibles ruidos que no nos dejan existir y al mismo tiempo encontrarnos existiendo dentro de ellos” (304)⁵.

Si *Una cosa es una cosa* es acerca de la presencia de la propia artista, si en apariencia ella lo hace para sí misma, como una meditación acerca de la vida cotidiana, si con su atención centrada en sí misma, los objetos y sus movimientos rituales,

ella nos borra como espectadores, al mismo tiempo nos presta su cuerpo. Este préstamo actualiza nuestra presencia en el recinto donde se ejecuta la acción. No podemos soportar lo único que tenemos: tiempo. El aburrimiento nos lleva al límite, al espacio liminal donde tampoco estamos. Aunque el performance no tenga la especificidad técnica del cine, aunque su técnica no es la indexación de las imágenes que se editan y montan en celuloide o se manipulan digitalmente, el cuerpo de la performista hace algo similar a la imagen-espejo que provee el cine: no solamente estamos siendo capaces de estar presentes por medio de ese cuerpo, sino que producimos pensamiento mientras hacemos parte del devenir, somos con los movimientos ejecutados por la artista.

Como Peggy Phelan (1993, 167) muy bien nos explica, el arte performático ocurre en esa suspensión entre la realidad física del cuerpo que performa y la experiencia síquica de lo que se incorpora. Lo performático declara un ser que deviene suspendido entre lo que se hace visible temporalmente y lo que no aparece. Hincapié trazó la línea y nosotros bailamos entre observar y ser como ella, con ella. Nos quedamos en el puesto, separados y suspendidos por su cuerpo, como cada objeto que ella manipula, acarrea, acaricia y coloca en orden. Si cruzamos el límite impuesto perderemos la ilusión y aquellos no serán nuestros objetos y su cuerpo ya no sería el nuestro. En nuestro puesto somos los performistas de su performance. Nuestros rituales privados saltan a la memoria y a la presencia que hemos perdido con la repetición de nuestros actos cotidianos como si el tiempo no fuera una intuición, ni una ilusión de ordenamiento. El rectángulo que ella ha construido durante horas es ahora nuestra propia casa. Estamos en cualquier parte y nos hemos aburrido de nosotros mismos y todo lo que acontece, sin que nos demos cuenta dentro de esas cuatro paredes. Nos encontramos ante el asombro por reconocer que nuestras vidas están a lo mejor estructuradas de acuerdo con reglas sancionadas por lo social, por lo tanto, todos nuestros actos y conductas pudieran ser considerados como “performance” (Carlson, 2004, 70). Somos entonces capaces

de soportar el salto imaginativo necesario para darnos cuenta del montaje de imágenes que hemos hecho una y otra vez en nuestra vida diaria. Hay un tiempo que se ha vuelto automático y funciona por fuera de la conciencia y hay otro al que le prestamos atención, que está lleno de intención. Pero todos igualmente son parte del tiempo, de la duración que intuimos tiene un límite, como todo acto ritual, como toda obra de arte. El cuerpo de la artista no tiene importancia más allá del hecho de su performance. Pero, al igual que los objetos que al sacarlos de su cercanía cotidiana se han convertido en otra cosa, ese cuerpo se ha convertido en todos los otros cuerpos que la observan. Nuestras horas de observación han hecho insoportables nuestras propias horas cotidianas. Somos los testigos aburridos y aterrados del tiempo que no dice nada si no se encuentra en un espacio determinado y medido.

La materialidad de las cosas que Hincapié dispone en el piso del salón, la materialidad de su cuerpo y de los nuestros, las formas, los espacios creados por las formas, han creado una imagen directa del tiempo que destruyen el mito cinematográfico anterior: en este caso que un espectáculo está hecho o se hace con la intención de divertir, de acomodar, de ayudarnos a disfrutar un tiempo limitado. La radical contemplación que propone la pieza de María Teresa Hincapié no nos divierte, más bien nos aburre y así nos devuelve a la centellante intuición de que la vida diaria es una fuerza poderosa que desperdiciamos si no observamos con la misma intención que ella observa



María Teresa Hincapié: *Vitrina*, 1989.

cada objeto a colocar, así le tome lo interminable. El aburrimiento se vuelve un arma política si creemos que es político todo aquello que nos re-mueve nuestro sentido de seguridad en la vida de cada día que está llena de mercancías que nos dan la sensación de tranquilidad al poseerlas. La vida diaria se ha convertido, viendo el performance de María Teresa Hincapié, en otra cosa, aunque sólo temporalmente. ■

Notas

¹ Traducción de la autora. "Liminal entities are neither here nor there; they are betwixt and between the positions assigned and arrayed by law, custom, convention, and ceremonial".

² Referencia a la obra de Alain Robbe-Grillet, quien creía en una función narrativa en el cine y la literatura que no cumplía las supuestas reglas de cada género. Se intentaba negar y destruir la ilusión de que el cine o la novela creaban y reflejaban una realidad.

³ Esta es una idea fundamental de la filosofía de Henri Bergson, según la cual percibimos a nosotros mismos y a la realidad como *duración*. Simplificando, en esta idea de duración el tiempo no es matemático, lineal, secuencia, determinado por una idea espacial. La conciencia en este sistema filosófico de Bergson es múltiple y armónica, sin pasado o presente determinados.

⁴ Traducción de la autora. "The model would be rather a state of thing which would constantly change, a flowing matter in which no point of anchorage nor centre of reference would be assignable".

⁵ Traducción de la autora. "But what if one refuses to allow oneself to be chased away? Then boredom becomes the only proper occupation, since it provides a kind of guarantee that one is, so to speak, still in control of one's own existence. If one were never bored, one would presumably not really be present at all and would thus be merely one more object of boredom... But if indeed one is present, one would have no choice but to be bored by the ubiquitous abstract racket that does not allow one to exist, and, at the same time, to find oneself boring for existing in it."

⁶ La filosofía de Deleuze es inmanente. Por medio del devenir, Deleuze supera la idea de historia y de ideas fijas en el tiempo. Lo que es deviene constantemente: no hay algo original de donde surgen otras cosas. El cambio y la diferencia son las creadoras del devenir constante que es la existencia.

Bibliografía

- Aguilar, José Hernán. *María Teresa Hincapié*. Biblioteca Luis Ángel Arango. Acceso enero 20, 2010. <http://www.lablaa.org/blaavirtual/todaslasartes/anam/anam21a.htm>
- Carlson, Marvin. "What is Performance". *The Performance Reader*. Ed. Henry Bial. New York: Routledge, 2004. (68-73).
- Colebrook, Claire. "The Politics and Potentials of Everyday Life". *New Literary History* 33 (2002): 687-706. Web. 5. Jan. 2010.
- Danto, Arthur C. *The Transfiguration of the Commonplace*. Cambridge: Harvard University Press, 1981.
- Deleuze, Gilles. *Cinema 1 and 2*. Trans. Hugh Tomlinson and Robert Galeta. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1989.
- Deleuze, Gilles. *La Imagen-Tiempo: Estudios Sobre Cine 2*. Trad. Irene Argoff. Barcelona: Paidós, 2004.
- Forte, Jeannie. "Women's Performance Art: Feminism and Postmodernism". *Performing Feminisms: Feminist Critical Theory and Theatre*. Sue Ellen Case, Ed. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1990. 251-69.
- Hincapié, María Teresa. Interview in: *Plastica*. Documentary Film. Accessed February 21, 2010. <http://www.youtube.com/watch?v=Z1vc9nm27VA> (1:00-3:30)
- Kracauer, Siegfried. "Boredom". *The Everyday Life Reader*, Ed. Ben Highmore. New York: Routledge, 2008. 301-304.
- Phelan, Peggy. *Unmarked: The Politics of Performance*. London: Routledge, 1993.
- Roca, José. "Los espacios y las cosas: el mundo interior de María Teresa Hincapié". *Columna de Arena*, No. 23. Blog: Reflexiones críticas desde Colombia, 12 abril, 2000. Acceso feb. 21, 2010.
- Turner, Victor. "Liminality and Communitas". *The Performance Reader*. Ed. Henry Bial. New York: Routledge, 2004. 79-87.

Más allá de los Andes: Las ramificaciones de la cultura cafetera en el Caribe colombiano, 1850-1950

Eduardo Posada Carbó*

“No pudiendo llevar el mar hacia adentro, hay que aproximarse al mar”, expresaba el dirigente liberal colombiano Rafael Uribe Uribe en 1906, cuando sugería sembrar café en los departamentos de Bolívar y Magdalena, adyacentes al mar Caribe, con el fin de superar los enormes problemas de transporte que tenían que enfrentar los cafeteros en el interior andino¹. El proyecto de Uribe Uribe, en buen sentido antioqueño, era un proyecto colonizador. Sugería promover la migración de antioqueños y santandereanos, así como de extranjeros, hacia las faldas de la Sierra Nevada de Santa Marta, atraídos por las posibilidades de cultivar café cerca de los puertos de exportación. Hasta ese entonces, tal como lo ha descrito Marco Palacios, la difusión geográfica de la economía cafetera se había realizado en varias etapas: la santandereana (1840-1900); la cunditolimense (1870-1900); y la antioqueña (1885-1905)². En este esquema, la propuesta de Uribe Uribe hubiese significado no sólo una etapa más, sino una drástica reorientación de la geografía cafetera.

Los planteamientos de Rafael Uribe Uribe, quien dos años más tarde se aventuraba a disertar sobre



Vista nocturna de Cartagena.

el cultivo del banano, manifestaban tanta ingenuidad como desconocimiento de las circunstancias regionales que dificultaban la expansión del café en los departamentos de Bolívar y Magdalena. Sin embargo, sus observaciones tenían algún fundamento en la realidad.

Desde tiempos coloniales, el café se había cultivado en la Sierra Nevada de Santa Marta, ese macizo que se levanta solitariamente a unos 5775 metros de altura sobre la costa atlántica colombiana, separado de las estribaciones de la cordillera Oriental por los valles del Cesar y Ranchería³. El geógrafo británico F.A.A. Simmonds, quien viajó por la región en 1881, llamó a Villanueva “un pequeño pueblo empresarial”, “el emporio del emergente comercio

* Institute of Latin American Studies, University of London.

cafetero”⁴. Llamar “emporio” a Villanueva, donde se comerciaban las 250 toneladas anuales de café que se producían en la Sierra, era por supuesto una exageración. Pero la observación de Simmonds llama la atención por incorporar en la cultura cafetera a una región —el Caribe colombiano— que, hasta ahora, se le ha identificado exclusivamente con los productos del trópico llano: bananos, algodón, azúcar, arroz o ganadería.

En efecto, por diferentes circunstancias, entre ellas una plaga de langostas que devastó la agricultura de las tierras bajas, algunos campesinos decidieron establecerse en la Sierra Nevada durante la segunda mitad del siglo XIX⁵. Y, una década después del viaje de Simmonds, parecía como si el cultivo comercial del café fuese a despegar en esta zona donde comenzaron a establecerse haciendas cafeteras: Jirocasa, en 1892; El Recuerdo, en 1895; María Teresa, en 1896; la Oñaca Coffee Plantation y La Victoria —donde se emplearon holandeses, jamaicanos y portorriqueños— en 1897. Y, en 1900, F.O. Flye fundaba Cincinnati, destacada pronto entre las haciendas cafeteras más importantes de la Sierra Nevada⁶. Todas estas plantaciones, dedicadas al cultivo para la exportación, estaban aún en producción en la década de 1920 cuando, en su conjunto, el número de árboles sembrados de café sumaba 2 millones 640 mil. Adicionalmente, al sur del departamento, alrededor de las poblaciones de Río de Oro y Aguachica, más de 300 pequeñas plantaciones de café se dedicaban a producir para el mercado doméstico⁷. A pesar de algunos avances, la producción de café del Magdalena en 1925, cuando se calculaba que existiesen sembrados unos seis millones de cafetales, era proporcionalmente insignificante al lado de la de los grandes departamentos cafeteros, como Caldas, Antioquia y Santander⁸.

Según las observaciones de los antropólogos Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, las plantaciones de café en la región de la Sierra Nevada objeto de su estudio recibieron impulso por lo menos en tres épocas, demarcadas generalmente por los años 1870, 1920 y 1940. Algunas de sus apreciaciones sobre la pobre atención que se daba a los cultivos coinciden con las observadas años antes por M.T. Dawe, un asesor en materias de agricultura del gobierno colombiano que visitó la Sierra en 1917⁹. A la pobre tecnología y falta de adecuada maquinaria, se añaden las plagas de insectos y, por encima de todo, las condiciones del suelo que determinaban en su conjunto unos bajos niveles de rendimiento en el cultivo. Mientras, en el interior andino, una hectárea sembrada de café producía

alrededor de 20 quintales al año, en Aritama —el nombre imaginario del pueblo estudiado por los Reichel-Dolmatoff— apenas se lograban entre cinco y seis quintales. La explotación comercial del café debía enfrentar otro problema: la escasez de brazos. Desde comienzos de siglo, como bien lo anotó Diego Monsalve, las oportunidades ofrecidas por la expansión del cultivo bananero limitaban la oferta de mano de obra, encareciéndose, por consiguiente, el costo de producción de otros productos agrícolas de la región, como el café¹⁰. A pesar de estas desventajas, el producto final no era de mala calidad y encontraba un puesto en el mercado a precios aún competitivos. En 1965, se estimaba que la producción de café de la Sierra Nevada de Santa Marta representaba el 4% del total nacional¹¹.

II

Las ramificaciones de la cultura cafetera en el Caribe colombiano, sin embargo, no se encontraban tanto en la etapa productiva como en su comercialización. El corazón de la economía del café en Colombia se ha ubicado siempre en el interior andino, en zonas alejadas de los puertos marítimos. Esta circunstancia geográfica determinó que, al proyectarse definitivamente hacia el mercado internacional, la cultura cafetera se extendiera más allá de sus regiones productoras. Y en la búsqueda de sus mercados finales, a través de los puertos del Caribe, el café estimuló mayores niveles de integración entre el norte y el centro del país. No obstante, este proceso de integración motivado por el café se vio seriamente interrumpido, como se verá más adelante, por insuperables problemas de transporte que obligaron la búsqueda de rutas alternativas. A mediados del siglo XX, las exportaciones cafeteras habían prácticamente abandonado los puertos del Caribe en favor de los puertos del Pacífico.

Pero otras fueron las circunstancias que acompañaron el despegue del cultivo cafetero. Con anterioridad, el ciclo exportador del tabaco había servido para promover el intercambio entre el centro y el norte de Colombia¹². La navegación en el río Magdalena, la arteria que comunica al interior andino con el Caribe, encontró así una oportunidad comercial para su desarrollo. Magangué, un puerto donde confluyen los ríos San Jorge y Cauca con el Magdalena, se convirtió en un centro importante para el comercio tabacalero que de allí se dirigía al mercado internacional a través de los puertos de Barranquilla, Cartagena y Santa Marta. Esta orientación del comercio de



Puerto de Cartagena.

exportación, que vinculaba las zonas productoras de los Andes con los puertos del Caribe, se vio reforzada en mayores dimensiones con la expansión de las exportaciones de café a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

La difusión de la geografía cafetera, del oriente al occidente colombiano, fue también coetánea con los importantes aunque aún precarios adelantos en el sistema de transporte que sirvieron para fortalecer las rutas exportadoras del Caribe. En 1927, Monsalve describió con claridad cómo se tejían estas redes cafeteras con los diferentes medios de transporte¹³. A través del Ferrocarril de Antioquia, el café que se producía en el norte de dicho departamento se despachaba a Puerto Berrío en el río Magdalena, y de allí seguía hacia los puertos marítimos. Buena parte del café de Caldas llegaba por cable aéreo hasta Mariquita donde se transportaba en el Ferrocarril de La Dorada en busca del río Magdalena. También en busca del Magdalena, el café de Cundinamarca utilizaba el ferrocarril hasta el puerto de Girardot, mientras que parte del que se producía en los Santanderes se transportaba por la vía férrea hasta Puerto Wilches. A su turno, el café del Huila y del Tolima se embarcaba aún en champanes hasta Girardot

donde se transbordaba en los más modernos buques de vapor. Girardot, La Dorada, Puerto Berrío y Puerto Wilches eran, pues, en el río Magdalena los más importantes centros de redistribución del café hacia los puertos del Caribe. En 1927, el más alto porcentaje de la carga cafetera de exportación seguía hasta Barranquilla. Otro porcentaje menor seguía hasta Cartagena, ya directamente por la vía del canal del Dique, ya tras haber sido transbordado en el Ferrocarril de Calamar.

La falta de una red de ferrocarriles ha motivado, con frecuencia, el menosprecio de los niveles de integración del transporte colombiano que, combinando diferentes medios, se logró hasta bien entrado el siglo XX. Dadas las enormes dificultades topográficas, y en las condiciones de pobreza del país, es difícil imaginar soluciones alternativas para la época. Las propias características de ese primitivo sistema de transporte —donde coexistieron el champán con el buque de vapor, y el lomo de mula con el ferrocarril y las carreteras— y que exigía sucesivos transbordos, ofrecían oportunidades de empleo a un significativo número de personas. En este sentido, el cultivo del café, cuyas exportaciones en 1920-24 alcanzaron a representar el 74% de las exportaciones colombianas, reanimó la vida siempre lánguida de muchas de las poblaciones del río Magdalena y determinó el extraordinario crecimiento que los puertos del Caribe experimentaron entre 1870 y 1950.

Durante estos años, pueblos ribereños como Magangué y Girardot, Honda y La Dorada, vivieron épocas de florecimiento sin precedentes y tal vez sin posteriores paralelos, aunque la escasa historiografía local no nos permite profundizar mucho en el verdadero impacto del café en el desarrollo de estos municipios. Pero, por ejemplo, el crecimiento poblacional de Magangué entre 1870 y 1905 superó en creces al de la gran mayoría de las poblaciones de la Costa Atlántica colombiana. Tanto en Magangué como en otros puertos se puede observar un intenso movimiento de gentes, la expresión más evidente de la consolidación de un mercado laboral. La expansión demográfica, motivada por la actividad mercantil y portuaria, provocó a su turno el surgimiento de pequeñas industrias para atender las necesidades locales. En la segunda década de este siglo, Magangué contaba con fábricas de jabón, cigarrillos, sombreros, esterres, sandalias y variados artículos domésticos¹⁴.

La actividad de los puertos ribereños se multiplicaba en los puertos marítimos. Después de un largo período de estancamiento, Cartagena reco-

bró su dinámica comercial a finales del siglo XIX, cuando el auge de las exportaciones permitió el mejoramiento de las comunicaciones entre dicho puerto y el río Magdalena. Muchos de quienes visitaban la ciudad amurallada durante la segunda década del siglo XX, encantados por los vestigios de viejos tiempos, veían pocas señales de progreso¹⁵. No obstante, el movimiento portuario pronto se vio reflejado en la mejora gradual de los servicios, en la construcción de nuevas edificaciones, y en el desarrollo de un incipiente sector industrial¹⁶. Y en crecimiento demográfico. En 1930, con algunos 70.000 habitantes, Cartagena era la quinta ciudad más grande de Colombia.

Sin lugar a dudas, fue Barranquilla el puerto que más se benefició de las exportaciones cafeteras durante esas décadas que siguieron a la extraordinaria expansión geográfica del cultivo¹⁷. Dada la posterior decadencia que sufrió Barranquilla, evidente después de 1950, se ha tendido a subvalorar las significativas transformaciones que experimentó este puerto durante la segunda mitad del siglo XIX mientras la ciudad crecía en población a un ritmo que conservó hasta la década de 1920. Si bien el ciclo tabacalero le había dado un impulso inicial, las exportaciones cafeteras le sirvieron para consolidar la supremacía portuaria en el país a la vuelta del siglo, cuando por Barranquilla se movía más del 60% del comercio exterior colombiano.

Alrededor del comercio cafetero, se desarrolló en Barranquilla un grupo empresarial —incluido un número significativo de inmigrantes extranjeros que no tardaron en incorporarse a la sociedad local— que diversificó sus intereses a otras áreas de la economía. Además de exportar café, entre otros productos, los Giesecken, por ejemplo, invirtieron recursos en la navegación fluvial. El movimiento del transporte fluvial había determinado, a su turno, la aparición de talleres, donde se construían y reparaban embarcaciones, y que formaron la base del despegue industrial barranquillero, como lo recordaba Jacinto Sarasúa¹⁸. Desde finales de la década de 1870 tomó lugar el gradual pero continuo proceso de industrialización que en la década de 1920, cuando la ciudad contaba con la planta textil más grande del país, proyectó a Barranquilla como el centro del progreso colombiano.

Todos estos puntos deberían merecer un tratamiento más exhaustivo para establecer con precisión cómo las exportaciones de café fueron un enorme estímulo para el desarrollo económico de los puertos caribeños. Lo cierto es que hasta



Puerto de Barranquilla.

finales de la segunda década de este siglo, más del sesenta por ciento del café que salía del país lo hacía por Barranquilla y Cartagena. Y durante estos años de expansión del comercio cafetero, estos dos puertos experimentaron un extraordinario crecimiento. Todavía a mediados de siglo, dos de las cinco mayores ciudades de Colombia, Barranquilla y Cartagena, se encontraban en el Caribe.

El auge cafetero tuvo otra importante consecuencia en el Caribe colombiano, aunque en principio no pareciese tan obvia: la revitalización de la industria ganadera. La demanda de carne de los departamentos cafeteros de Caldas, Tolima, Santander y Antioquia se satisfacía en gran medida con la producción del ganado costeño, una de las principales actividades económicas de la región¹⁹. A través de la feria de Medellín, mercado por excelencia del ganado costeño desde la década de 1880, puede seguirse parte del movimiento de esta industria que, en su organización, integraba

el sur del Cesar con el departamento de Bolívar, y a la Costa con el interior andino.

III

Como ha podido verse, pues, al auge de las exportaciones cafeteras sucedió la reactivación económica del Caribe colombiano y un mayor intercambio comercial entre las regiones del centro y del norte del país. Esta dinámica, sin embargo, comenzó a sufrir un serio revés tras la apertura del canal de Panamá, desde cuando Buenaventura, un puerto en el Pacífico, ofreció mayores ventajas a la exportación del grano frente a los insuperables obstáculos del transporte en el río Magdalena.

Las dificultades de navegación en el Magdalena se agravaban cíclicamente durante los tiempos de verano, como en febrero de 1924, cuando algunas 60 embarcaciones sufrieron encallamientos en los bancos de arena y obligaron la paralización del tráfico ribereño²⁰. En circunstancias como ésta, los desesperados exportadores reorientaban sus cargas de café hacia Buenaventura salvando las barreras topográficas. Éstas, además, fueron gradualmente superadas por la extensión del Ferrocarril del Pacífico que, en 1926, se había convertido en la obra prioritaria del gobierno central²¹. A comienzos de la década de 1930, los ferrocarriles del Pacífico y Caldas, conjuntamente con el de Antioquia, formaban una red ferroviaria que vinculaba las zonas occidentales productoras de café con el puerto de Buenaventura. A partir de 1930, el desarrollo de las carreteras reforzó este nuevo rumbo del mercado cafetero.

La expansión de las exportaciones por Buenaventura se hizo a expensas del movimiento portuario del Caribe. Entre 1916 y 1926, las exportaciones de café se multiplicaron por más de cinco en Buenaventura, mientras que en Barranquilla ni siquiera se duplicaban. Dos décadas más tarde, Buenaventura, convertido ya en el principal puerto exportador del país, manejaba casi el 60 por ciento de las remesas del grano al exterior. Ubicada unas pocas millas de Buenaventura, Cali desplazó a Barranquilla como sede de las principales casas exportadoras de café²². Barranquilla —también Cartagena en menor grado— comenzó a resentir este alejamiento de la economía cafetera.

Los comerciantes barranquilleros, es cierto, habían venido perdiendo participación en las exportaciones de café frente a las casas del interior o a los mismos productores que comenzaron a negociar directamente el grano desde las primeras décadas del siglo XX. En 1927, sin embargo, em-



Puerto de Santa Marta.

presarios locales que ocupaban un lugar destacado en la dirigencia local, como los socios de Alzamora, Palacios & Cía., aún exportaban café producido en Caldas y Antioquia. E importantes exportadores antioqueños de café, como Naviera Colombiana, manejaban sus negocios desde Barranquilla, donde sus intereses también estaban en juego²³. Por lo demás, los comerciantes barranquilleros, aunque cada vez más especializados en el negocio de importación, tenían claridad del significado de las exportaciones cafeteras para la economía de la ciudad. Así lo seguían apreciando también los periódicos de Barranquilla en 1941 cuando, como lo anotaba críticamente un lector de *La Prensa*, todavía celebraban las noticias cafeteras²⁴.

Desde la segunda década del siglo, sin embargo, las razones para celebrar habían venido disminuyendo. Por el contrario, al tiempo que el tráfico del río Magdalena se tropezaba con innumerables dificultades, los nuevos medios de transporte, ferrocarriles y carreteras, cambiaban el rumbo de la integración nacional. Mientras el oriente estrechaba entonces sus vínculos con el occidente, el interior andino se distanciaba del Caribe colombiano. La reacción regional no se hizo esperar. Por lo menos desde 1919, y durante las tres décadas subsiguientes, los empresarios y políticos costeros desplegaron sucesivos esfuerzos por reforzar las ventajas de sus puertos frente a la alternativa del Pacífico. Con el objetivo de presionar al gobierno, se organizaron campañas de prensa, presiones políticas, movimientos regionales y hasta paros cívicos²⁵. Aunque se lograron algunos resultados, sobre todo en las mejoras de las instalaciones portuarias, y aunque la administración central invirtió algunos dineros en el río Magdalena, la navegación fluvial no pudo superar los obstáculos que le impedían competir ni con el ferrocarril, ni con las carreteras. Lo que era en realidad una

pugna entre dos rutas, se convirtió en una lucha desigual entre medios de transporte²⁶. A mediados de siglo, la comunicación entre el centro y el norte del país seguía dependiendo casi exclusivamente de las arbitrariedades del río Magdalena. Frente a sus adversas condiciones, en la década de 1950, el café que se producía en el interior andino para la exportación había reducido drásticamente su presencia en los puertos del Caribe²⁷.

IV

La economía del Caribe colombiano no dependía exclusivamente de las exportaciones de café. Pero es innegable que el comercio del café, al lado de la industria ganadera y el cultivo del banano, determinó de manera significativa el ritmo del crecimiento regional entre 1870 y 1950. Lejos de las zonas productoras, a través de una variedad de actividades relacionadas con su comercio y de sus efectos en la economía de los departamentos costeros, la cultura cafetera logró alcanzar ramificaciones nacionales extraordinarias. Las enormes distancias, en un país desarticulado por una abrupta topografía, fueron temporalmente superadas por el comercio cafetero. Los puertos ribereños y marítimos se acercaron así a las plantaciones de café en Caldas, Antioquia, los Santanderes, Tolima y Cundinamarca. En dichos puertos, el horizonte de empresarios y políticos, industriales y constructores, y, por supuesto, de exportadores e importadores, se extendía hasta las plantaciones de café en las faldas de los Andes. Sin embargo, este sentido de la integración nacional, como se ha observado en este ensayo, fue modificándose gradualmente a partir de la segunda década de este siglo, en la medida en que las exportaciones cafeteras tomaban la ruta del Pacífico. Paradójicamente, el café, que había estimulado el acercamiento del Caribe con el interior andino, se había convertido a mediados del siglo en causa de su distanciamiento.■

NOTAS

- ¹ *Revista Nacional de Agricultura*, Bogotá, julio de 1906, pp. 8-13.
- ² Marco Palacios, *El café en Colombia, 1850-1970*, Bogotá, 1979, p. 177.
- ³ Para una geografía de la Sierra, ver James R. Krogzemis, "A historical geography of the Santa Marta area, Colombia", tesis sin publicar, Universidad de California, Berkeley, 1967. Entre las varias descripciones de viajeros, ver Eliseo Reclus, *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*, Bogotá, 1946., y Luis Striffler, *El río Cesar*, Bogotá, 1986.
- ⁴ F.A.A. Simmonds, "On the Sierra Nevada de Santa Marta and its watershed", *Proceedings of the Royal Geographical Society*, Vol. III, 1881, p. 711.
- ⁵ Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, *The People of Aritama*, Londres, 1961, pp. 17, 131, 220.
- ⁶ Una breve descripción de las principales haciendas que cultivaban café en la región de Santa Marta en 1920 se encuentra en Archivos

Nacionales de los Estados Unidos (ANEU, RG84, Consulado de Santa Marta, Correspondencia, 1920, vol. III.

⁷ *Revista Nacional de Agricultura*, Bogotá, marzo-abril 1928, pp. 249-251.

⁸ Diego Monsalve, *Colombia cafetera*, Barcelona, 1927, p. 456. La producción de café en el otro departamento del Caribe colombiano, Bolívar, era aún más insignificante, *idem*, p. 304. Ver también, *Revista Cafetera de Colombia*, II/3 y 4, Bogotá, enero-febrero de 1929, p. 126.

⁹ Ver Reichel-Dolmatoff, *The People of Aritama*, p. 220, y M.T. Dawe, *Account of a Journey Down The Magdalena River, Through The Magdalena Province And The Peninsula of Goajira*, Bogotá, 1917, p. 22.

¹⁰ Según Monsalve, los jornales que se pagaban en la Sierra eran hasta 15 veces superiores que en las zonas cafeteras del interior andino. Ver Monsalve, *Colombia cafetera*, p. 457. Hay que tener en cuenta que los habitantes de las tierras bajas del Caribe colombiano son reacios a trabajar en las tierras altas y frías.

¹¹ Krogzemis, *A historical Geography*, p. 119.

¹² Para los ciclos de las exportaciones colombianas, ver J.A. Ocampo, *Colombia y la economía mundial, 1830-1910*, Bogotá, 1984.

¹³ Monsalve, *Colombia cafetera*, p. 633. Para una breve descripción de cómo el café estimuló mejoras en el transporte colombiano, ver R.C. Beyer, "Transportation and the coffee industry in Colombia", *Inter-American Economic Affairs*, II(3), 1948, pp. 17-30.

¹⁴ *Memoria que presenta el Secretario de Gobierno al señor Gobernador del Departamento*, Cartagena, 1914, p. 233.

¹⁵ Ver los comentarios de A.S. Forest, *A Tour Through South America*, Londres, 1913.

¹⁶ J.P. Urieta y E.G. Piñeres, *Cartagena y sus cercanías*, Cartagena, 1912, p. 320-322.

¹⁷ Para una historia comparada de Barranquilla y Cartagena, ver T. Nichols, *Tres puertos del Caribe*, Bogotá, 1973. Sobre Barranquilla, ver también E. Posada Carbo, *Una invitación a la historia de Barranquilla*, Bogotá, 1987.

¹⁸ J. Sarasúa, *Recuerdos de Barranquilla*, Barranquilla, 1988, p. 13. El movimiento comercial e industrial de Barranquilla puede seguirse en las guías de la época. Ver, por ejemplo, A. Martínez Aparicio y R. Niebles, eds., *Directorio anuario de Barranquilla*, Barranquilla, 1892; E. Rasch Isla, ed., *Directorio comercial pro-Barranquilla*, Barranquilla, 1928; A.L. Carbonell, ed., *Anuario comercial pro-Barranquilla*, Barranquilla, 1936.

¹⁹ La mejor descripción contemporánea de la ganadería de la Costa se encuentra en R. Dakley, "Cattle raising and relative industries in the Department of Bolívar, Colombia", Cartagena, julio 31 de 1944, ANEU, *Narrative Agricultural Reports*, Colombia-Livestock.

²⁰ Legación Americana al Departamento de Estado, Bogotá, febrero 25 de 1924, ANEU, R659: 821.811/4. El tema de los problemas del transporte fue recurrente en las páginas de la *Revista Nacional de Agricultura*. Ver, por ejemplo, los números de marzo de 1920, p. 276-9; mayo de 1919, p. 1953-55; y noviembre-diciembre 1921, pp. 208-211.

²¹ *Memoria del Ministro de Obras Públicas al Congreso*. Bogotá, 1920, p. XXIX.

²² Ver José A. Ocampo, "El desarrollo económico de Cali", en Ocampo y S. Montenegro, *Crisis mundial, protección e industrialización*, Bogotá, 1984, pp. 370-72; y Palacios, *El café en Colombia*, pp. 223, 261, 281 y 309.

²³ Monsalve, *Colombia cafetera*, pp. 647-652.

²⁴ "Ante la realidad", *La Prensa*, abril 2 de 1941.

²⁵ En 1919, los comerciantes de la Costa, apoyados en la prensa local, organizaron la Liga Costeña, un movimiento regionalista que tuvo como propósito presionar al gobierno central para que invirtiera recursos en el río Magdalena. Ese mismo año, los empresarios de Barranquilla crearon una organización para luchar por la mejora del puerto. Las actividades cívicas de los barranquilleros en defensa de sus ventajas portuarias tuvieron su mejor momento en las manifestaciones populares de 1931 para exigir del gobierno central la apertura de las bocas del río.

²⁶ Quizá ningún otro tema como el de los problemas del transporte fluvial atrajo tanta atención en la prensa regional desde la segunda década de este siglo. Ver, por ejemplo, "La pugna de dos rutas", *La Prensa*, mayo 7 de 1941.

²⁷ La caída en las exportaciones de café por los puertos del Caribe se sintió más severamente en Barranquilla. Tras la inauguración del ferrocarril del mar, Santa Marta comenzó a atraer nuevamente a los exportadores de café desde finales de la década de 1960. Desde 1978, Cartagena también comenzó a atraer nuevamente exportaciones de café en volúmenes significativos. En 1989, se exportaba más café por Buenaventura que por todos los puertos del Caribe en su conjunto. Ver Adolfo Meisel y otros, *Series estadísticas de la economía de Barranquilla*, Barranquilla, 1991, pp. 36 y 37.

Ignacio Luque y Francisco Carmona

Dos caudillos venezolanos en la formación del Estado nacional de la Nueva Granada, 1830-1842

Gustavo Bell Lemus



Ejecuciones en Cartagena de Indias, luego del sitio de Pablo Morillo, 1816.

Entre los diversos factores que se han señalado como los causantes de la desintegración de la Gran Colombia, el caudillismo y el nacionalismo regionalista han sido objeto de amplios estudios y disertaciones. Particularmente, es copiosa la literatura sobre el caudillismo tanto en el período de la Independencia como en el de la Gran Colombia, y posteriormente sobre el que acompañó a la conformación de los Estados nacionales. Los años de las guerras de independencia fueron ciertamente propicios para el surgimiento de caudillos a todo lo largo y ancho de las colonias hispanoamericanas, y muchos de ellos desempeñaron un papel impor-

tante en las luchas contra las fuerzas españolas, así como en la aludida formación de los Estados nacionales¹.

De los caudillos se ha dicho, no obstante, que también representaron un obstáculo para la consolidación de los nacientes Estados, en la medida en que oponían una poderosa resistencia a los gobiernos centrales, haciendo prevalecer por la fuerza sus intereses locales o regionales sobre los nacionales. Varios conflictos que tuvieron lugar durante las primeras décadas posteriores a la independencia en los países latinoamericanos se

originaron en esa oposición. Los gobiernos centrales se vieron amenazados en más de una ocasión por las rebeliones que continuamente encabezaban los caudillos desde las regiones y provincias de los Estados, e incluso hubo casos en que un caudillo regional alcanzó un poder nacional, convirtiéndose así en el principal agente del Estado nacional.

Para algunos historiadores, Argentina y Venezuela son los ejemplos más representativos del papel que cumplieron los caudillos, tanto en la Independencia como en la formación de sus Estados nacionales. Rosas y Páez, respectivamente, son los arquetipos del caudillo que está detrás de la formación de esos Estados. La historia política de ambos países se confundió durante un largo período con la vida misma de esos caudillos, quienes habrían de marcar profundamente la forma de gobierno que caracterizaría a aquellas naciones en la época republicana. Sus gobiernos fuertes dieron carácter y unidad a sus respectivas naciones, y en ese sentido, por ejemplo, la gestión de Páez fue fundamental para la consolidación de la Venezuela republicana.

A diferencia de Argentina y Venezuela, la historia política de la Nueva Granada se caracteriza por la ausencia de caudillos en el proceso de su formación como Estado nacional. No hubo en la Nueva Granada durante la primera mitad del siglo XIX un equivalente a Rosas o a Páez, y con la sola excepción de la breve dictadura del general José María Melo en 1854, el país siempre tuvo gobiernos civiles. En efecto, los caudillos no desempeñaron un papel decisivo en la consolidación del Estado nacional en la Nueva Granada, a pesar de haber existido varios en diferentes regiones del país.

El caso de la Nueva Granada durante su primera década como Estado independiente, es decir, tras la disolución de la Gran Colombia en 1830, nos ofrece, y ya pasando a la segunda década, un ejemplo de derrota del caudillismo, cuando, durante la llamada “Guerra de los Supremos”, algunos militares liberales locales son vencidos por el gobierno central del presidente José Ignacio de Márquez y varios de ellos ajusticiados. Así, mientras que, en Venezuela y Argentina, Páez y Rosas se consolidaban como caudillos nacionales y como tal se convertían en los principales agentes del proceso de formación de sus Estados nacionales, en la Nueva Granada el centralismo

legitimista les cortaba las alas a los brotes militares regionales. Sin embargo, es precisamente en este ámbito y en esta época, y pocos años antes de la “Guerra de los Supremos”, cuando dos caudillos de origen venezolano se convirtieron, no en factores de la formación del Estado nacional, pero sí en un desafío a la fortaleza del gobierno central, pues sus actividades y enfrentamientos con este último le darían la oportunidad de consolidar el sentimiento de identidad nacional en la región que justamente abrigaba algunas ideas separatistas: la Costa Caribe.

LOS RESIDUOS VENEZOLANOS DEL EJÉRCITO LIBERTADOR EN LA NUEVA GRANADA

Durante todo el período de existencia de la Gran Colombia, y mientras subsistió la posibilidad de que España lanzara nuevamente una expedición militar para reconquistar sus antiguas colonias en América, el grueso del ejército republicano estuvo estacionado en la Costa Caribe, en especial en la provincia de Cartagena. La experiencia del sitio de Cartagena por Morillo en 1815 había convencido a los líderes patriotas de mantener fortalecida tanto la ciudad amurallada como la costa en general. Para estar listos militarmente contra cualquier amenaza española, era preciso mantener en Cartagena un pie de fuerza lo suficientemente numeroso como para hacer frente con éxito a cualquier ataque realista.

Desde 1821, el Ejército Libertador se había estacionado en Cartagena de Indias, por haber sido ésta la última ciudad liberada del territorio colombiano. Para entonces, la gran mayoría de los oficiales de ese ejército era de origen venezolano, empezando por el general Mariano Montilla, natural de Caracas, y quien fue nombrado en octubre de ese año como intendente y comandante general del ejército y del Departamento del Magdalena, con jurisdicción sobre las provincias de Riohacha, Santa Marta, Mompós y Cartagena y Panamá².

Por razón de su investidura, Montilla habría de ser durante toda la década de existencia de la Gran Colombia el hombre fuerte y el principal aliado militar de Bolívar en la Costa³. Cada vez que se producía una crisis política, Montilla se apresuraba a emitir rápidamente una proclama apoyando la autoridad del Libertador y urgiéndolo a asumir poderes dictatoriales. En las elecciones que tuvieron lugar en



la primera mitad de 1829 para conformar el denominado *Congreso Admirable*, Montilla utilizó todas sus influencias, tanto políticas como financieras, para que todos los diputados de la Costa fueran partidarios de Bolívar, como efectivamente lo fueron.

Cartagena era considerada entonces como un bastión de los bolivarianos en la lucha de poder que se desató con los santanderistas luego del fracaso de la Convención de Ocaña en 1828. En más de una ocasión, varios periódicos de la ciudad criticaron duramente al gobierno de Santander, quien empezó a alimentar una fuerte predisposición contra los cartageneros y contra algunos venezolanos, a quienes se sindicaba de estar detrás de esas publicaciones.

Las tensiones entre los bolivarianos y los santanderistas se agudizaron aún más luego de la renuncia de Bolívar a la presidencia, hecha a comienzos de enero de 1830 ante el Congreso Admirable, que luego de aceptar la decisión del Libertador procedió a expedir una nueva constitución y a elegir a Joaquín Mosquera como presidente. Tan pronto como Bolívar partió para Cartagena con el propósito de abandonar el país, los santanderistas temieron que Montilla no reconociera la constitución ni tampoco el gobierno de Mosquera, y que le ofreciera a Bolívar poderes dictatoriales con el apoyo de las tropas bajo su mando, cuyo pie de fuerza había sido incrementado hasta diez mil efectivos a fines de 1828. El hecho es que Montilla no tomó ninguna medida al respecto, pero uno de sus subalternos, el general venezolano Francisco Carmona, en su condición de comandante de armas de la plaza de Cartagena, y una vez la noticia de la elección de Mosquera se conoció en la ciudad, intentó incitar a una rebelión contra el nuevo gobierno. La rebelión no prosperó y Bolívar mismo se encargó de convencer a Montilla y sus lugartenientes de que reconocieran la nueva realidad política. Carmona, quien no soportaba el clima “mortífero y ardiente de Cartagena”, le había escrito unas semanas antes al general Domingo Caycedo, entonces presidente encargado, para que lo promoviera a gobernador y comandante de armas de Santa Marta, o a segundo jefe del Depar-



Firma del acta de independencia, Venezuela, 1811.

tamento del Magdalena, o a comandante general de las milicias en toda la Costa.

Ante el fracaso de su rebelión, Carmona se vio precisado a escribirle nuevamente a Caycedo para explicarle su conducta, porque no quería ser considerado como un desobediente del gobierno. El general venezolano le expresó al presidente encargado que se había tratado tan sólo de un “desliz” originado por la distancia y por la situación del país, algo que no era de extrañar en un general celoso y amigo del orden como él. Carmona le pidió a Caycedo que, pasado aquel “acaloramiento momentáneo”, se le tuviera nuevamente como un soldado obediente, un ciudadano tranquilo y honrado dispuesto siempre a respetar al gobierno y la constitución.

La tensa calma que se vivía en la Costa y en el resto del país, sin embargo, se quebrantó con el asesinato del general Sucre. Una vez más, Montilla y demás militares venezolanos le insistieron a Bolívar que asumiera poderes dictatoriales, pero éste se rehusó reiterando su petición de obedecer la constitución; lo cual no obstó para que los santanderistas, que apoyaban al presidente Mosquera, se preocuparan por la prolongada permanencia de Bolívar en Cartagena. Se dijo entonces que había planes para convertir al Departamento del Magdalena en un Estado independiente, que se uniría con otros departamentos en un sistema federal.

Curiosamente, y a pesar de las prevenciones contra Bolívar y contra los militares de Cartagena, la rebelión se inició en la propia capital. El general venezolano Rafael Urdaneta depuso a Mosquera y asumió poderes dictatoriales invitando a Bolívar para que reasumiera la presidencia de la Gran

Colombia. Apenas la noticia llegó a Cartagena, tanto los comandantes militares como los principales dirigentes políticos expidieron una proclama reconociendo a Urdaneta y se unieron a la solicitud hecha a Bolívar; pero el Libertador no tomó medidas concretas —si bien mostró algún interés en la propuesta— debido al deterioro avanzado de su salud. Su muerte, ocurrida el 17 de diciembre de 1830, frustró cualquier plan militar y de paso significó la desaparición definitiva del ideal grancolombiano.

Ahora bien, es necesario observar que la unidad militar que Montilla mantenía sobre la Costa había empezado a resquebrajarse aún antes de la muerte de Bolívar. A comienzos de octubre de 1830, la provincia de Riohacha se había declarado separada del Magdalena para anexarse a Venezuela. Montilla envió entonces fuerzas a esa provincia, las cuales, luego de algunas escaramuzas, reasumieron el control. Mientras tanto, una nueva rebelión contra la autoridad de Cartagena estallaba en Ciénaga. Los rebeldes intentaron en vano tomarse a Santa Marta, teniendo que huir hacia Riohacha y luego hacia Venezuela. Montilla procedió a expulsar del país a todos los que habían participado en dichas rebeliones.

La desaparición de Bolívar significó en ese contexto la puntillada final para la precariedad del mando de Montilla. A partir de ese momento, estallaron nuevas rebeliones, no sólo en la Costa sino también en el resto del país, lideradas por los partidarios de Santander para derrocar el gobierno de facto del general Urdaneta, quien ya era considerado como un intruso venezolano. A comienzos de febrero de 1831, los cantones de Barranquilla, Sabanalarga y Soledad se rebelaron contra Montilla. Para sofocar la revuelta, éste envió tropas al mando de su paisano el general Ignacio Luque, quien logró controlar la situación. Sin embargo, días más tarde el mismo Luque inició una nueva rebelión contra Montilla.

Luque fue secundado por sus paisanos los generales Francisco Carmona, en Ciénaga, y Trinidad Portocarrero, en Santa Marta. A los pocos días, Luque se proclamó *jefe superior civil y militar del Departamento del Magdalena*, manifestando que una vez fuera liberado de Montilla se convocaría a una asamblea que determinaría la suerte política



Firma del acta de independencia, Venezuela, 1811.

de la Costa. Carmona, sin embargo, se rehusó a reconocerle a Luque jurisdicción sobre la Provincia de Santa Marta, de la cual se proclamó *jefe de las fuerzas protectoras de la libertad*, haciendo varios nombramientos y otorgando diversos ascensos para halagar, según sus palabras, a aquellos que se oponían a sus pronunciamientos.

Luque evitó enfrentarse a Carmona y se dirigió a sitiar a Cartagena, donde Montilla se hallaba apertrechado. Luego de un sitio de un mes, Montilla entregó la ciudad el 26 de abril de 1831. Para entonces, todas las provincias de la Costa se habían proclamado independientes de la autoridad de Cartagena, rechazando la existencia política del Departamento del Magdalena. Luque procedió a expulsar de la ciudad al grueso de los oficiales de Montilla, quedando así nominalmente como jefe de las fuerzas militares de la Costa.

Detrás de los pronunciamientos de las provincias de Riohacha, Mompós y Santa Marta había estado Carmona, quien manifestaba que, si el Departamento del Magdalena habría de subsistir, él, y no Luque, debería ser *su jefe superior civil y militar*, no sólo por tener más antigüedad en el ejército, sino también por haber iniciado primero en Ciénaga la rebelión contra Montilla. Para hacer valer sus pretensiones, Carmona estaba dispuesto a resolver su enfrentamiento con Luque aun por las armas. Con tal fin, se desplazó a Mompós para reunir tropas con las cuales dirigirse a Cartagena. Para las nuevas autoridades de Santa Marta este conflicto de poderes no dejaba de causar disgustos; por eso, el gobernador Esteban Díaz Granados le

escribió al general Caycedo, que había reasumido la presidencia el 14 de abril, expresándole su preocupación por las ambiciones de Carmona, a quien deseaba mantener lejos de la ciudad.

La disputa entre Carrnona y Luque se resolvió en favor del primero, quien fue ratificado como *jefe superior militar de la Costa*. Carmona aceptó la decisión, pero le solicitó a Caycedo que lo nombrara administrador de la Aduana de Santa Marta, la oficina de rentas más productiva del país y la más apetecida por todos. El venezolano decía estar cansado ya de prestarle servicios militares al país y, según sus palabras, deseaba “concluir mis últimos días, con una vida más reposada en medio de la sociedad, y disfrutar con mis compatriotas de las ventajas que ella proporciona bajo la sombra de las leyes, después que he cooperado cuanto ha estado a mi alcance al restablecimiento de ellas y de haber cumplido con los deberes que, como ciudadano, la patria me exigió”. Y añadía: “Si alguna vez el gobierno necesitare de mi espada, yo abandonaré gustoso mi quietud y volaré con ella al campo en su defensa, porque ni puedo ser indiferente a su suerte, ni quiero ser esclavo”⁴.

Tres días antes de esta comunicación, el obispo de Santa Marta le había escrito a Caycedo comentándole las alteraciones que Carmona estaba produciendo en la región y le solicitaba que se le diera cualquier puesto para mantenerlo tranquilo⁵. Al venezolano, sin embargo, y a pesar de insistir e intrigar cuanto pudo, no le dieron ningún cargo de aquellos a los que aspiraba; por el contrario, en 1832 fue retirado del ejército con una pensión⁶. Su vida militar concluyó definitivamente cuando la nueva constitución de la Nueva Granada dispuso, en su artículo 175, que en adelante los generales del ejército deberían ser granadinos de nacimiento. Carmona se residió en Ciénaga, cerca de Santa Marta, donde había adquirido una finca. José Manuel Restrepo escribió en esos días, a propósito del venezolano: “se le consideraba desde entonces por muchos como un jefe engreído, insubordinado y de poco talento, a propósito para capitanear revueltas”⁷.

Al comienzo, pues, de la vida política de la Nueva Granada y de la liquidación definitiva de la Gran Colombia, dos generales venezolanos ambiciosos de poder habían sobrevivido en la Costa Caribe. Los nuevos tiempos, caracterizados por la austeridad económica y por la drástica reducción

del ejército, no serían los mejores para sus temperamentos. Muy pronto serían objeto de todo tipo de prevenciones por parte de los santanderistas y de los futuros gobiernos civiles, que no descansarían hasta verlos fuera del país. Mientras esto no se produjo, Luque y Carmona se convirtieron en obstáculos potenciales para la consolidación del Estado nacional en la Nueva Granada. No obstante, como queda dicho, sus enfrentamientos con el gobierno central y sus posteriores expulsiones del territorio granadino permitieron fortalecer el aún débil sentido de pertenencia de la Costa respecto del naciente Estado, en una reafirmación de la preponderancia del poder civil sobre el militar.

EL GENERAL LUQUE

El general Ignacio Luque había nacido en Guanare, estado de Portuguesa⁸. Su vida militar se inició con la Independencia, en 1811. Luego de participar en varias batallas en Venezuela, formó parte del ejército que combatió en la liberación de la Nueva Granada, y posteriormente participó al lado de Bolívar en las batallas de Junín y Ayacucho en territorio peruano. A su regreso de las campañas del sur, permaneció varios años en Bogotá, donde tomó parte en algunos disturbios a comienzos de 1828. Le había sido ordenado un juicio por actos de desobediencia, cuando fue enviado a engrosar las tropas que acompañaron a Sucre a combatir la invasión de Perú. En 1830 fue designado como comandante de armas de Cartagena, ciudad donde lo sorprendió el derrocamiento de Mosquera.

Luque había hecho toda su ascendente carrera militar en las luchas de la independencia, permaneciendo gran parte del tiempo de su servicio activo muy cerca de Bolívar. La muerte de su jefe, al igual que a muchos de sus

colegas, debió de sorprenderlo y colocarlo en una disyuntiva muy particular: o se marchaba para su país de origen junto con el resto de oficiales del ejército hacia un destino incierto, o se quedaba en la Nueva Granada como general en ejercicio del nuevo Estado, con no menos incertidumbre precisamente por su condición de venezolano. A este dilema se vieron abocados todos los oficiales que compartían el mismo origen de Luque cuando la Gran Colombia entró en la etapa de disolución definitiva después de la muerte de Bolívar.



José Ignacio de Márquez Barreto.

Con Montilla, en abril de 1831, partieron todos los que prefirieron retornar a la que ya consideraban como su patria de origen. Muchos de ellos, como el mismo Montilla, continuaron su carrera militar. Los generales Luque y Carmona fueron, por el contrario, los dos oficiales venezolanos de mayor rango que optaron por permanecer en la Nueva Granada. La definición de la suerte de sus vidas se jugó en la Costa Caribe, donde quizás por su temperamento se sentían más cómodos. La coyuntura, sin embargo, no era la mejor para ellos. Después de la firma de los acuerdos de las *Juntas de Apulo*, mediante las cuales el general Urdaneta le puso fin a su breve dictadura y le devolvió el poder al general Caycedo, y muy a pesar del contenido de sus cláusulas, se desató una persecución contra los militares venezolanos para expulsarlos del país. Varios fueron los incidentes y los cruentos enfrentamientos entre las tropas granadinas y los soldados venezolanos en su retirada hacia su patria de origen, ya para entonces un Estado soberano e independiente.

Una vez los granadinos, con el general Caycedo a la cabeza, retomaron el poder central, aceleraron el proceso de disolución del Ejército Libertador. Los partidarios de Caycedo, la mayoría de los cuales se consideraban *santanderistas* o *liberales*, iniciaron así toda una política sistemática de exclusión, en las filas del ejército y aun en los cargos mismos del gobierno, de todos los que en su tiempo habían apoyado la dictadura de Bolívar o la de Urdaneta. Por esa razón, la permanencia en Cartagena tanto de Luque como de Carmona, a pesar de haberse manifestado ellos a favor del gobierno de Caycedo, no dejaba de ser vista con mucha prevención por parte de los liberales santanderistas.

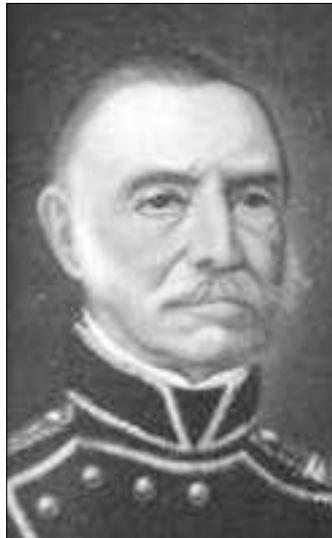
Las suspicacias contra Luque se agudizaron cuando a finales de agosto de 1831 marchó con setecientos soldados a Panamá, donde el teniente coronel Alzuru, también venezolano, había declarado la independencia y la separación del Istmo. Se temía que Luque apoyara a su compatriota y organizara a su vez la separación de la Costa. Para vigilar sus movimientos y terminar de dismantelar los restos de las fuerzas militares aún asentadas en Cartagena, el gobierno había enviado en comisión al coronel José Manuel Montoya. A su regreso de

Panamá, donde fue innecesaria su colaboración en la reintegración del Istmo a la Nueva Granada y donde además fue tratado con desprecio, Luque entró inmediatamente en fricciones con Montoya por las medidas que éste había empezado a tomar. Por su parte, Montoya se mostraba alarmado por las presiones e intrigas que los antiguos *bolivarianos* ejercían sobre Luque para que encabezara un movimiento separatista, y por la ascendencia que él tenía sobre las tropas y los habitantes de los pueblos. Para evitar que el movimiento separatista cuajara, el coronel le recomendaba al gobierno nombrar jefes de confianza, en Santa Marta y Mompós, que les hicieran contrapeso a Luque y a Cartagena⁹.

No obstante las resistencias y los rechazos por parte de los directamente afectados, Montoya cumplió cabalmente las órdenes que había recibido. Tres batallones y un escuadrón fueron disueltos en Cartagena y Santa Marta. En Cartagena varios oficiales protestaron contra las medidas de Montoya, afirmando que en las listas de los licenciados se discriminaba a los oriundos del Departamento del Magdalena. “Acá, de los nuestros, con razón o sin ella”, decía un panfleto que circuló en Cartagena a comienzos de octubre.

En Santa Marta, por su parte, varios oficiales venezolanos tomaron como rehenes al gobernador de la provincia, al jefe político de la ciudad y al comandante de armas, exigiendo el pago de sus raciones atrasadas y el compromiso de asumir los gastos de su embarque y traslado a su patria. Querían también los venezolanos que los siguiera el general Carmona. Éste tuvo que venir de su retiro en Ciénaga para convencerlos de partir en forma pacífica, lo que se cumplió finalmente, pero sin su compañía.

A fines de octubre de 1831, y una vez que todas las provincias de la Nueva Granada estuvieron bajo el control del gobierno de Bogotá, una convención expidió una *Ley fundamental*, que organizaba el nuevo Estado. De igual forma, se facultó al Gobierno para expulsar del país a todo aquel de quien se temiera pudiera alterar el orden público, y para retirar del ejército a todos los que hubiesen participado en la dictadura de Urdaneta. Meses más tarde, en febrero de 1832, se expidió una constitución y se eligió a Santander, entonces



Pedro Alcántara Herrán.

aún en el exterior, como presidente, y a José Ignacio de Márquez como vicepresidente.

En calidad de presidente encargado, Márquez continuó la reducción y reorganización del ejército. El gobierno civil se consolidaba de esa manera a costa de los militares, que vieron cómo sus antiguos puestos de mando se eliminaban al igual que sus fueros. Estas medidas afectaron especialmente a las fuerzas estacionadas en Cartagena. Muchos oficiales y soldados elevaron toda clase de peticiones al gobierno central, pidiendo que no los removieran de sus puestos. Para algunos era cuestión de supervivencia, ya que la ciudad y la provincia entera empezaban a resentirse de la austeridad y el estancamiento económico que habrían de perdurar por el resto del siglo. Sin duda, estas medidas crearon un gran descontento, generando a su vez un desempleo entre la población que se convertiría más tarde en una fuente de conflictos. En mayo de 1832, el gobernador de Santa Marta afirmaba que desde Cartagena se estaba trabajando por la separación de la Costa, y le advertía al gobierno: “Es menester no descuidarse y tomar medidas efectivas porque hay muchos vagabundos que quieren tener en desorden todo para tener empleos con sueldo [sic]”¹⁰.

Le correspondió a Santander fijar de una vez por todas la política que, atinente al ejército, habría de perdurar en la historia de la Nueva Granada. En una carta de junio de 1831, dirigida a Vicente Azuero desde Londres, el futuro presidente decía: “La eliminación del ejército es otra medida indispensable para tener rentas y libertad”¹¹. Santander pensaba que los militares que habían contribuido a la dictadura tanto de Bolívar como de Urdaneta no debían ocupar puestos influyentes en el nuevo Estado: “...el partido de Bolívar debe morir por sí mismo a proporción que el tiempo transcurra”. Y añadía: “Ojalá fuera posible enviar a sus respectivos países a esos oficiales superiores extranjeros, que tanto mal nos han hecho, y de quienes felizmente no necesita Colombia”. Como era característico de su talante, Santander llevaría a cabo eficazmente esa política.

LA EXPULSIÓN DE LUQUE

Para 1833 Cartagena ya empezaba a vivir la dureza de los nuevos tiempos. El poco comercio exterior



Dramatización de las luchas por la independencia.

de la Nueva Granada había empezado a desviarse hacia Santa Marta; los gastos militares se habían reducido al máximo al entrar en vigencia las políticas de Santander; y los estragos de tantos años de lucha habían dejado exhausta la provincia. El estancamiento económico se manifestaba en todos los sentidos. Los pagos a la tropa que finalmente había sido asignada a la ciudad se demoraban continuamente por la permanente escasez de fondos de la tesorería regional. En enero de 1833, Manuel Marcelino Núñez, entonces uno de los más influyentes comerciantes de la ciudad, manifestaba que el descontento entre los militares era tal que se estaban preparando los ánimos para una posible separación. También le informaba a Santander sus sospechas de que Luque estaba detrás de esos movimientos¹². Sin embargo, Núñez consideraba que el asunto era un punto delicado que el mismo Santander debía tratar con mucho tino y sabiduría.

Luque no era propiamente un ejemplo de disciplina. Con frecuencia era visto presidiendo “parrandas” en Turbaco, en compañía de antiguos bolivarianos, a quienes se les conocía entonces como los serviles¹³. Tampoco era un eficiente administrador, pues mantenía las defensas de la ciudad muy descuidadas, y posteriormente se descubrió que no invertía en ellas todos los recursos que se le entregaban para tal fin. Sin embargo, y quizás debido a la disposición de recursos con los que contaba por su condición de jefe militar de la provincia, Luque tenía sus aduladores.

En Cartagena, los denominados serviles mantenían una constante crítica contra el gobierno de Santander y se creía que organizaban un plan

para promover la separación de toda la Costa. Los amigos del presidente sospechaban, además, que estaban tratando de convencer a Luque para que los apoyara en sus objetivos; no obstante, no tenían ninguna prueba contundente al respecto. En carta de principios de enero de 1834, Núñez le solicitó a Santander que utilizara el pretexto del incidente Barrot con Francia para salir de Luque y enviar otro general. Así ocurrió.

Una orden de arresto expedida por un alcalde de Cartagena contra el cónsul francés en esa ciudad, Adolphe Barrot, provocó un conflicto entre ambos países. Francia exigió del gobierno central la adopción de una serie de medidas, que incluían la remoción del gobernador de la provincia, y envió barcos de guerra para bloquear el puerto. Santander aprovechó efectivamente la ocasión y envió a Cartagena al entonces coronel José Hilario López para que asumiera la gobernación de la provincia y alistara la defensa de la ciudad. A su llegada, López halló un desorden generalizado, tanto en la administración pública como en el ejército. Sus drásticas medidas para reorganizar las tropas encontraron la resistencia de Luque, a quien se sindicaba del mal estado de éstas.

A pesar de las actividades que se desplegaron para hacerle frente a un eventual ataque francés, Luque seguía de parranda en parranda. En una de ellas, y en medio de su borrachera, lanzó insultos contra unos amigos de Santander, a quien criticó por haber nombrado al coronel López como gobernador de la provincia estando él disponible. López, quien dio cuenta de estos incidentes al presidente, esperaba una oportunidad para tomar las medidas del caso, las cuales habían sido previamente acordadas con Santander¹⁴. En realidad, Luque estaba buscando también la primera ocasión para abandonar Cartagena porque las deudas lo tenían agobiado, como él mismo se lo contó a López¹⁵. En esa conversación, el venezolano le manifestó a López sus opiniones sobre su paisano el general Flores, quien como presidente de Ecuador amenazaba con invadir el sur de la Nueva Granada. Luque se hallaba dispuesto a marchar contra Flores por la vía de Panamá, pero seguramente sus planes íntimos eran los de no volver a Cartagena.

El motivo, sin embargo, para salir de Luque fue otro y no propiamente el más digno. A comienzos

de septiembre de 1834, en las cercanías de Cartagena, los portadores del correo del interior fueron asaltados por tres sirvientes de Luque, quienes se robaron \$ 21.000 que transportaban y asesinaron al conductor principal de las valijas. Días más tarde, los sirvientes fueron arrestados y confesaron que el plan había sido diseñado y ordenado por su jefe¹⁶. López ordenó la detención de Luque, quien fue enviado a prisión mientras se le abría formalmente un juicio. Los tres asaltantes fueron fusilados. Luque trató de desacreditar a López afirmando que el testimonio de los sirvientes había sido comprado y que sólo se buscaba sacarlo del país. En un momento dado se pensó que la prisión de Luque y su juicio podrían alterar el orden en la ciudad y que los serviles intentarían una rebelión, pero López le aseguró a Santander que nada de eso sucedería, y expresó su deseo de que la



José Ignacio de Márquez, 1793

sentencia le fuera condenatoria: "... y de destierro de la Nueva Granada para librarnos de una vez de esta culebra"¹⁷. López, sin embargo, guardaba algunos temores de que si Luque era enviado a Bogotá a un consejo de guerra podía escaparse y formar una pandilla con Carmona en Ciénaga que alterara las provincias¹⁸.

Luque fue absuelto en primera instancia por el juez letrado de hacienda Ramón Ripoll¹⁹. Apelada la sentencia ante el Tribunal de Apelaciones del Magdalena, sin embargo, fue condenado a la pena de destierro perpetuo de la república, habiéndose salvado de la pena de muerte porque entre los tres magistrados de ese tribunal no hubo la unanimidad que se requería para ello. Luque se radicó en Puerto Plata, Haití, y al parecer se dedicó a la medicina. En varias ocasiones el beligerante general Santiago Mariño lo convidó a participar en sus planes de insurrección en Venezuela, pero se rehusó²⁰.

El destierro de Luque coincidió con la solución del conflicto con Francia. El incidente había servido también para estimular entre las provincias de la Costa un sentimiento de identidad nacional, que contrarrestaba los rumores de separación. "Estos rasgos de patriotismo y de confraternidad entre pueblos de una misma nación sirven para vigorizar las fuerzas del Estado y la acción del Gobierno supremo", se afirmaba en el periódico *La Observación* de Cartagena, el 28 de octubre de 1834.

EL GENERAL FRANCISCO CARMONA

Francisco Javier Carmona era oriundo de Maturrín, capital del estado de Monagas. Comenzó su carrera militar a los veinte años en 1812; combatió en esa primera época al lado de Santiago Mariño y Manuel Piar y estuvo en la batalla de Carabobo. Luego estuvo al lado de Bolívar y de Páez. Participó con éste en el célebre combate de las Queseras del Medio, que le valió la gloria y el reconocimiento de sus compatriotas por su audacia y valentía. A comienzos de 1820 se halló con el Ejército Libertador en las provincias de la Costa Caribe, donde habría de transcurrir gran parte de su vida militar²¹.

Desde su retiro del ejército en 1832, Carrnona se había establecido en cercanías de Ciénaga, donde administraba dos haciendas agrícolas de su propiedad, las cuales le proporcionaban una aceptable renta regular²². Sus actuaciones frente a la dictadura de Urdaneta y la restauración del gobierno de Caycedo en 1831 le habían ocasionado algunas enemistades políticas. Acusado en dos ocasiones de estar conspirando contra Santander desde 1828, el juez que conoció del caso se abstuvo de procesarlo por considerar que se trataba de un caso propio de la jurisdicción militar²³. En 1835 había sido jefe político de Ciénaga por varios meses, cargo al que renunció por razones de salud. En 1836 el gobierno de Santander quiso saber si estaba en disponibilidad para ser llamado al servicio activo, a lo cual Carmona respondió afirmativamente, señalando que estaba dispuesto a sacrificar su vida por sostener el gobierno. No obstante, no fue llamado a prestar ningún servicio. En 1838 decidió abandonar su inactividad política al ser elegido representante a la Cámara. En esta corporación presidió la Comisión Primera de Guerra junto con Salvador Córdoba y José María Vesga, y con la asesoría voluntaria de Juan Antonio Gómez, quienes, al igual que Carmona, se proclamarían jefes supremos en la guerra civil de 1840.

Carmona hacía gala en todo momento de un gran patriotismo y se creía con derecho a que lo consideraran un héroe de la libertad de la Nueva Granada. Aspiraba, además, a que ese reconocimiento le fuera compensado

en dinero. En mayo de 1838, solicitó que se le concedieran dos tercios del sueldo que entonces devengaban los generales activos. Su solicitud le fue aceptada con la condición de admitir letras de retiro, lo que significaba su desvinculación definitiva de las fuerzas militares. Carmona contestó públicamente diciendo que la medida era injusta y discriminatoria porque a otros militares que se encontraban en iguales circunstancias se les había concedido lo mismo sin exigirles letras de retiro. Añadió que aceptaría el retiro si el país estuviera reconocido por España y si las instituciones no necesitaran de veteranos como él para sostenerlas en caso de verse amenazadas, pero, como ése no era el caso, él prefería estar “en aptitud de prestarle nuevos y oportunos servicios”²³. Finalmente, Carmona insistió en la justicia de su petición y solicitó que su caso fuera llevado a consulta del Congreso.

El secretario de Guerra le explicó que no se lo quería excluir de la lista de los generales de cuartel, pero que existían dudas sobre su situación legal, las cuales iban a ser aclaradas por el Congreso; por lo demás, en cualquier evento el Gobierno procedería con justicia como se había hecho con los otros generales. Dos meses más tarde, el jefe del Estado Mayor del Ejército le solicitó al gobernador de Santa Marta, Pedro Díaz Granados, una información sobre los militares que en esa provincia podían ser llamados al servicio activo. El gobernador comenzó su informe elogiando al general Carmona, diciendo que su “valiente espada” estaba “bien acreditada por sus proezas en la gloriosa guerra de la independencia”, y señalaba que era uno de los



Batalla de Boyacá.

“primeros apoyos de la libertad [...] posee aptitud teniendo al mismo tiempo honradez, patriotismo y estimación pública”²⁵.

En 1839 Carmona fue elegido nuevamente a la Cámara de Representantes por la provincia de Santa Marta para un período de dos años. Aspiró a la vicepresidencia de ese cuerpo legislativo, pero fue derrotado por escasos ocho votos. Su actuación fue muy discreta si bien ganó muchos elogios cuando rechazó una pensión que se le pensaba otorgar a los generales que habían luchado en la restauración del gobierno constitucional de 1831. En las sesiones del 6 de abril de 1839 dijo que se consideraba “bastante recompensado por sus servicios hechos a la causa constitucional”. Tal actitud la calificó un papel público en Cartagena como “laudable, patriótica, honrosa, digna del reconocimiento nacional”²⁶.

Hasta entonces, Carmona era considerado amigo del gobierno de José Ignacio de Márquez. Sin embargo, durante las sesiones de 1839 los denominados liberales progresistas trataron de ganarse su apoyo prometiéndole que reformarían la constitución para que algunos cargos públicos pudieran ser ocupados por granadinos por naturalización —que era su caso—, ya que ellos estaban reservados sólo para los granadinos de nacimiento²⁷. Según Tomás Cipriano de Mosquera, estas promesas eran hechas por los amigos de las revueltas, quienes lo habían seducido, ya que el mismo Carmona, el 22 de mayo, le había dado a entender a él que tenía planes de revolución²⁸. Esta opinión de Mosquera no impidió que el gobierno de Márquez lo incluyera en la lista de generales en disponibilidad, como lo preveía la ley, en reemplazo del fallecido general Juan N. Moreno²⁹. Este nombramiento le significó a Carmona una pensión mensual de \$133, de la cual gozaba en el momento de rebelarse contra el gobierno en octubre de 1840.

A fines de 1839, el gobierno de Márquez se hallaba enfrentando una rebelión de conventos en la provincia de Pasto. Lo que al comienzo se pensó era un simple descontento por la supresión de unos conventos, fue derivando poco a poco en una verdadera insurrección contra el gobierno central. En Bogotá, los denominados liberales progresistas intensificaron sus críticas y su oposición a Márquez, y se decía que preparaban una

rebelión generalizada para instaurar un régimen federal en todo el país. Había rumores de que un movimiento de tal naturaleza se preparaba en la provincia de Santa Marta. El 3 de noviembre, el gobernador, Pedro Díaz Granados, informó de algunos planes de rebelión armada que supuestamente iban a ser ejecutados en Ciénaga y que tenían como objetivo tomarse a Santa Marta y proclamar el federalismo³⁰. El gobernador tomó las medidas precautelativas del caso, confiando además en que el general Carmona, que se encontraba en Ciénaga, estuviera de su lado³¹.

La supuesta rebelión en Ciénaga no se produjo, pero meses más tarde sí empezó a organizarse, y en ella Carmona jugó sin duda un papel preponderante. El 8 de enero de 1840 el general Carmona, que debía asistir al Congreso por la provincia de Santa Marta, se excusó de ir a Bogotá por razones de “impedimento físico”; en su reemplazo fue designado Ramón Laguna, quien tampoco asistió al Congreso³². Como representante de la provincia sólo asistió Pablo Villar, quien tendría una participación bastante beligerante en la Cámara. Pero es justo en este año de 1840 cuando la historia de Francisco Carmona se une con la ya larga trayectoria militar y revolucionaria de su compatriota Santiago Mariño.

A comienzos de marzo, el gobernador de Santa Marta le comunicó al gobierno central que le había concedido carta de nacionalización como granadino al general venezolano Santiago Mariño³³. El general Mariño había sido uno de los militares más sobresalientes durante la independencia de Venezuela y era considerado un héroe en varias



Simón Bolívar al mando de fuerzas independentistas.

regiones de ese país. En más de una ocasión se enfrentó a Bolívar, quien estuvo tentado a mandarlo a fusilar. Al comienzo de la nueva república venezolana, en 1830, era de los militares más influyentes y gozaba de cierto prestigio, especialmente en los círculos castrenses. Mariño fue candidato a la presidencia de Venezuela en 1835, en representación de una facción de los militares que invocaba el derecho de gobernar el país por sus servicios prestados durante la independencia y en la fundación de la república. Derrotado por el médico José María Vargas, Mariño encabezó una rebelión contra su gobierno con el objetivo de imponer una serie de reformas a la constitución vigente. El movimiento, denominado la “Revolución de las Reformas”, fue derrotado meses más tarde por el general Páez, quien emergió nuevamente como el gran caudillo nacional³⁴. En abril de 1836, Mariño y la mayor parte de los llamados “reformistas” fueron desterrados de Venezuela, refugiándose en Curazao, donde organizaron una “fábrica de revoluciones”³⁵, a la espera de la primera oportunidad para regresar a su país.

En los años siguientes, Mariño persistió en la idea de liderar una revolución en su país y en esa empresa gastó parte de su capital: adquirió una goleta y centenares de fusiles destinados al ejército revolucionario. Pero a pesar de las amenazas y de varias tentativas de desembarcar en las costas venezolanas, Mariño no pudo realizar sus planes y se dedicó más tarde al comercio entre Riohacha y Saint Thomas.

Mariño, sin embargo, no desistió de sus planes revolucionarios. En Haití colaboró con proyectos que tenían por objetivo hacer una guerra de castas en Venezuela y libertar a los esclavos, planes que nunca se materializaron. En enero de 1837 se presentó en Riohacha para ofrecer sus servicios a la Nueva Granada en el conflicto que ésta tenía con la Gran Bretaña por el caso del cónsul Russell³⁶. Resuelto pacíficamente el conflicto, Mariño volvió a Curazao a la espera de mejores resultados. Con el paso del tiempo y ante la improbabilidad de una revolución en Venezuela, muchos de los desterrados y compañeros de Mariño empezaron a desesperarse al sentir los rigores de la falta de recursos económicos en tierras extrañas³⁷. Entre ellos figuraban Andrés Level de Goda y el italiano José Rafetti, capitán de la goleta Ana Celestina.



Con estos antecedentes, es probable que Mariño decidiera instalarse en Santa Marta cerca de su compatriota Carmona, a la espera de la revolución que tanto había soñado. Por su parte, Level de Goda se instaló en Barranquilla, donde se dedicó a la publicación y venta de libros de historia³⁸. De otro lado, el gobernador de Riohacha había informado a fines de febrero que Pedro Alcázar, uno de los expulsados de Venezuela, había estado incitando a algunos pueblos de esa provincia para que se pronunciaran contra el gobierno central y proclamaran el sistema federal³⁹. Los rumores de esos pronunciamientos no pasaron de ser rumores, mientras que Alcázar siguió por la vía de Mompós hacia Bogotá, siempre con la vigilancia del Gobierno sobre sus actividades⁴⁰.

Para entonces, Carmona ya había manifestado sus simpatías por el sistema federal. El presidente Márquez le había sugerido que él mismo liderara las reformas a la constitución para introducir el gobierno federal. Esta actitud le había despertado sospechas a Mosquera de que Carmona podía ser un “reformista”. Así se lo comentó a Pedro Alcántara Herrán, también futuro presidente de la república, a comienzos de diciembre de 1839⁴¹.

Para el segundo semestre de 1840 la rebelión de los conventos en el sur del país no sólo no había podido ser sofocada, sino que se había extendido a otras provincias, adquiriendo una connotación política: se buscaba la instauración del régimen federal. Así, el 12 de octubre el general Carmona se levantó en armas contra el gobierno central expidiendo una proclama que titulaba: “De los libertadores de Venezuela y Cundinamarca, condecorado con varios escudos de los Ejércitos de la República y Jefe Superior del Estado Federal de la Ciénaga”⁴².

El gobernador envió para controlar a Carmona al general Mariño, pero dos días más tarde ambos se presentaron en Santa Marta y, pronunciándose contra el gobierno central, proclamaron el Estado Federal de Manzanares. En los días siguientes, Carmona envió a Mariño a Cartagena para presionar una proclamación en el mismo sentido, lo que ocurrió el 18 de octubre. Días más tarde, las provincias de Riohacha y Mompós adoptaron las mismas proclamas en un movimiento que tenía algunas pretensiones separatistas. Carmona creó entonces el Ejército Unido de la Costa, del cual él era comandante en jefe, y procedió entonces a

tomarse los recursos de la aduana de Santa Marta, la más productiva del país. Con grandes recursos a su disposición, Carmona hizo toda clase de nombramientos y ascensos militares y adquirió armas, municiones y pertrechos para fortalecer su ejército, con el cual aspiraba a derrotar a las fuerzas del gobierno central y llegar junto con los rebeldes de otras provincias a la capital. A su paso por Ciénaga, camino hacia su campaña en el interior, Carmona hizo varios llamados al reclutamiento que fueron respondidos con gran entusiasmo por parte de la población.

Carmona se sentía granadino. Al conocerse una petición del presidente Márquez al general Flores del Ecuador para que sus tropas entraran al territorio de la Nueva Granada en apoyo de su gobierno, Carmona expidió una proclama calificando esa actitud de Márquez como infame por “queremos enajenar al extranjero”, y señalaba a Flores como “el amo que se nos prepara [...] a trueque de establecer el sistema monárquico”⁴³.

A pesar de que Carmona era efectivamente el líder del movimiento rebelde de la Costa y que su autoridad como tal era indisputada, el general Juan Antonio Gutiérrez de Piñeres, proclamado jefe superior del Estado de Cartagena, no dejaba de guardarle algo de celos y cierta animadversión, pero se cuidaba de no expresarlas abiertamente, hasta que se presentaron los primeros reveses.

El ejército unido de la Costa sufrió una estruendosa derrota en su primera prueba de fuego contra las tropas del gobierno central al mando del general Tomás Cipriano de Mosquera. El 1º de abril de 1841 en la frontera con Venezuela, Carmona huyó hacia su tierra natal junto con la mayoría de sus oficiales; una vez allí, se les permitió reembarcar en Maracaibo hacia Santa Marta. A esta ciudad llegó Carmona el 12 de mayo, dispuesto, según él, a volver pacíficamente a sus haciendas, pero el requerimiento de los pueblos se lo impidió, viéndose obligado a reasumir la jefatura del ejército y del movimiento. El retorno de Carmona tampoco fue bien recibido por Gutiérrez de Piñeres, quien abrigaba algunos planes de reconocer el gobierno central de Bogotá y ponerle fin a la rebelión.

Efectivamente, el 15 de junio Gutiérrez de Piñeres se pronunció en favor del gobierno central de Bogotá e invitó a los demás Estados de la Costa a dar por terminada la rebelión. Carmona rechazó inmediatamente la actitud de las autoridades de Cartagena y ordenó sitiar el puerto. A partir de entonces, las proclamas emitidas por Gutiérrez



Plaza principal de Ciénaga, principios s. XX.

de Piñeres tuvieron un contenido nacionalista, enfatizando el sentido de pertenencia de la Costa a la Nueva Granada. El 6 de julio de 1841, y ante rumores de que Carmona se dirigía a tomarse por asalto la ciudad, un panfleto titulado “Al público” convocaba a todos los pueblos de la Costa a unirse contra quien ahora era considerado extranjero:

*¡Pueblos de la Costa! ¡Hasta cuándo queréis ser juguete de un aventurero sin patria, sin honor y sin reputación! ¡Hasta cuándo queréis conocer que ese hombre indigno de pertenecer a la raza humana no quiere otra cosa que su engrandecimiento a costa de vuestra sangre! ¡Volved la vista a los que hoy asestan sus tiros maldicientes al gobierno de nuestra querida patria: todos son extranjeros. Carmona, Carabaño, Rafetti y Troncoso, ved ahí los caudillos obstinados en prolongar los males de nuestro suelo, privándoos de vuestra quietud y sosiego. ¿Qué podéis esperar de semejante gente y qué tienen de común con nosotros aquellos aventureros?*⁴⁴

Carmona fue perdiendo poco a poco el control sobre sus fuerzas y, a medida que su disponibilidad de recursos iba disminuyendo, aumentaban las desertiones en sus tropas. De otro lado, la unidad de mando que desde un principio tuvo Carmona se empezó a resquebrajar. La provincia de Riohacha siguió los mismos pasos de Cartagena, y luego muchos pueblos también desconocieron su autoridad. En el ánimo de Carmona también empe-

zó a influir la prolongación del sitio de Cartagena, que se mantenía gracias a los abastecimientos que algunos comerciantes de Jamaica enviaban a la ciudad, amparados bajo la protección de la bandera británica y a pesar de las continuas protestas de los sitiadores. Era evidente que la rebelión de Carmona había perdido apoyo en la población de la Costa y que era cuestión de tiempo y resistencia su culminación.

Consciente de sus limitaciones, Carmona trató de negociar lo mejor que pudo su capitulación ante las fuerzas del gobierno central dirigidas personalmente por el nuevo presidente, el general Pedro Alcántara Herrán.

En las negociaciones intervino decididamente el representante del gobierno británico en la Nueva Granada, Robert Stewart, luego de que barcos de la Royal Navy derrotaran a los barcos sitiadores. A comienzos de 1842, Carmona, reducido con sus tropas más leales a unos cuantos pueblos en las inmediaciones de Ciénaga, firmó el armisticio final. El 19 de febrero expidió una proclama en la que aún se manifestaba altivo, diciendo que, a pesar de contar con fuerzas suficientes para vender cara su derrota, había decidido ceder ante las circunstancias sólo para asegurar la vida, la honra, los bienes y la libertad de los habitantes de la provincia de Santa Marta. En la misma proclama, Carmona reconoció el gobierno constitucional y exhortó a los samarios para que “alejéis el pensamiento de la guerra [...] cumpláis las esperanzas de la patria, y conservéis inalterables el orden y la paz”⁴⁵.

Carmona y sus más cercanos colaboradores fueron expulsados del país. Durante un tiempo se radicó en Jamaica, luego en Curazao y más tarde en Venezuela. Como había dejado familia y algunas propiedades en Ciénaga, pidió años más tarde permiso para poder retornar a la Nueva Granada. El 24 de febrero de 1852 Carmona fue linchado en pleno carnaval por una turba enfurecida porque había osado ponerse como disfraz sus charreteras y arreos marciales⁴⁶.■

NOTAS

¹ Véanse al respecto, por ejemplo: IN-GEUISSON *et al.* *Problemas de la formación del Estado y de la nación en Hispanoamérica*. Colonia-Viena, 1984; JOHN LYNCH. *Hispanoamérica 1750-1850. Ensayos sobre la sociedad y el Estado*. Bogotá, 1987; y RO-

BERT GILMORE. *Caudillism and Militarism in Venezuela, 1810-1910*, Ohio, 1964.

² En 1827, de un total de 125 oficiales, entre coroneles y generales, que componían los altos mandos del ejército, 74 eran venezolanos, frente a 29 granadinos. En, DAVID BUSHNELL. *El régimen de Santander en la Gran Colombia*. Bogotá, 1985, 3ª ed., p. 298.

³ Montilla fue ascendido a general de brigada unas semanas antes de la toma de Cartagena en octubre de 1821; en 1824 se le confirió el grado de general de división. En 1828 recibió el nombramiento de jefe superior de los departamentos del Istmo, Magdalena y Zulia. Véase una breve biografía de Montilla en *Diccionario de historia de Venezuela*. Caracas, 1992, vol. II, pp. 1002-1003.

⁴ “Francisco Carmona al general Caycedo, Ciénaga, 21 de mayo de 1831”, *Archivo epistolar Caycedo*, II, p. 264.

⁵ “José María Esteves, obispo de Santa Marta, al vicepresidente Caycedo, Santa Marta, 18 de mayo de 1831”, *Archivo epistolar Caycedo*, II, p. 253.

⁶ “Francisco Martínez Troncoso a Domingo Caycedo, Mompós, 13 de mayo de 1831”, *Archivo epistolar Caycedo*, II, p. 243.

⁷ JOSÉ MARIA RESTREPO, *Historia de la Revolución en la República de Colombia*. Bogotá, 1950, vol. VIII, p. 303.

⁸ *Diccionario de historia de Venezuela, op. cit.*, II, pp. 769-770.

⁹ “José Manuel Montoya a Domingo Caycedo, Cartagena, 9 de septiembre de 1831”, *Archivo epistolar Caycedo*, III, pp. 170-171.

¹⁰ “José Ignacio Díaz Granados a Domingo Caycedo, Santa Marta, 1º de mayo de 1832”. *Archivo epistolar Caycedo*, II, pp. 194-195.

¹¹ “Santander a Vicente Azuero, Londres, 4 de junio de 1831”, en ÓSCAR DELGADO (ed.) *Antología política. Francisco de Paula Santander y Vicente Azuero*. Bogotá, 1981, p. 133.

¹² “Manuel Marcelino Núñez a Santander, Cartagena, 10 de enero de 1833”, en ROBERTO CORTÁZAR (ed.) *Correspondencia dirigida al General Francisco de Paula Santander*. Bogotá, 1965-1970, vol. IX, pp. 88-91.

¹³ “José Hilario López a Santander, Cartagena, 27 de febrero de 1834”, *Correspondencia dirigida*, VII, p. 62.

¹⁴ “López a Santander, Cartagena, 3 de abril de 1834”, *Correspondencia dirigida* VII, pp. 65-66.

¹⁵ “López a Santander, Cartagena, 22 de mayo de 1834”, *Correspondencia dirigida* VII, p. 77. López fue desarrollando, a pesar de todo, una cierta amistad con Luque, a quien aconsejaba incluso en su desordenada vida privada.

¹⁶ Para un breve recuento de estos hechos, véase: JOSÉ HILARIO LÓPEZ, *Memorias*. Medellín, 1975, pp. 364-366.

¹⁷ “López a Santander, Cartagena, 26 de septiembre de 1834”, *Correspondencia dirigida*, VII, p. 87.

¹⁸ “López a Santander, Cartagena, 13 de noviembre de 1834”, *Correspondencia dirigida*, VII, pp. 91-93.

¹⁹ Tres años más tarde, en 1837, el Senado de la República suspendió del ejercicio de sus funciones al juez Ripoll por encontrar su sentencia violatoria de la ley. Éste se defendió mediante un folleto titulado *Manifestación que el Dr. Ramón Ripoll hace a sus conciudadanos*; Cartagena, 1837 (Biblioteca Nacional de Colombia. Fondo Pineda. N° 246).

²⁰ CARACCILO PARRA PÉREZ. *Mariño y las guerras civiles*. Madrid. 1959, vol. II, p. 119.

²¹ MARCO TULIO VARGAS. *Anotaciones históricas del Magdalena*. Bogotá, 1949, pp. 191-198. Véase también, ISMAEL CORREA



DÍAZ-GRANADOS. *Anotaciones para una historia de Ciénaga*. Medellín, 1996, pp. 82-84; LEONIDAS SCARPETTA y SATURNINO VERGARA. *Diccionario biográfico de los campeones de la libertad de Nueva Granada, Venezuela, Ecuador y Perú*. Bogotá, 1879, pp. 89-91.

²² Véase la comunicación dirigida por Carmona al periódico *Liberal de Caracas*, Curazao, 22 de julio de 1842 (Biblioteca Nacional de Colombia, Fondo Pineda 852, #590). Al parecer, eran dos haciendas las que poseía o administraba Carmona, una llamada *Papare*, y la otra *Toribío*.

²³ VARGAS, *op. cit.*, pp. 191-198.

²⁴ *La Bandera Nacional*, julio 28 de 1838.

²⁵ Archivo Histórico Nacional de Colombia, *Secretaría de Guerra y Marina*, tomo 567, f. 00924.

²⁶ Véase la hoja titulada "Observaciones de pura justicia" (Biblioteca Nacional de Colombia, Fondo Pineda 852, #580).

²⁷ GUSTAVO ARBOLEDA. *Historia contemporánea de Colombia. Bogotá, 1918-1935*, vol. 1, p. 342.

²⁸ TOMÁS CIPRIANO de MOSQUERA, *Examen crítico del libelo publicado en la imprenta de El Comercio de Lima por el reo prófugo José María Obando*. Valparaíso, 1843, vol. I, p. 374.

²⁹ CARLOS CUERVO MÁRQUEZ. *Vida del doctor José Ignacio de Márquez*. Bogotá, 1917, vol. 2, p. 95.

³⁰ "Pedro Díaz Granados al secretario del Interior y Relaciones Exteriores, Santa Marta, 6 de noviembre de 1839", en, Archivo Histórico Nacional de Colombia, *Gobernaciones, Gobernación de Santa Marta*, vol. 16, N° 149.

³¹ "Díaz Granados a Antonio Rodríguez Torices, Cartagena, 3 de noviembre de 1839", en Archivo Histórico Nacional de Colombia, *Gobernaciones, Gobernación de Cartagena*, vol. 22, N° 224, ff. 851-856.

³² "P. Díaz Granados al secretario del interior, Santa Marta, 8 de enero de 1840", en: Archivo Histórico Nacional de Colombia, *Gobernaciones, Gobernación de Santa Marta*, tomo 16, f. 295.

³³ "L. Torres al secretario del Interior, Santa Marta, 10 de marzo de 1840", en: *ibid.*, f. 374.

³⁴ Para un completo análisis de Mariño y su participación en esta revolución, véase: PARRA PÉREZ, *op. cit.*, vol. 1, *La revolución de las reformas*.

³⁵ *Ibid.*, II, p. 38.

³⁶ *Ibid.*, p. 97.

³⁷ *Ibid.*, pp. 118-119.

³⁸ Véanse sus avisos en los periódicos *La Ronda*, N° 1, Cartagena, marzo 1° de 1840, p. 4, y *El Tiempo*, N° 11, Cartagena, marzo 15 de 1840, p. 4. Para una breve biografía de Level de Goda, véase *Diccionario de historia de Venezuela, op. cit.*, II, pp. 675-677.

³⁹ "Joaquín Ujueta al gobernador de Santa Marta, Riohacha, 29 de febrero de 1840", en: *Archivo Histórico del Magdalena Grande*, 1840, tomo V, legajo 6.

⁴⁰ "Pedro Carrasquilla al secretario del Interior, Mompós, 10 de marzo de 1840", en Archivo Histórico Nacional de Colombia, *Gobernaciones, Gobernación de Mompós*, ff. 530-531.

⁴¹ Véase PARRA PÉREZ, *op. cit.*, 1, p. 38.

⁴² Véase la proclama en *Documentos sobre la revolución de Carmona en Ciénaga, 1840-1842*. Ciénaga, s.f. Esta proclama también se publicó en el periódico *El Tiempo* N° 40, Cartagena, 18 de octubre de 1840.

⁴³ Véase esta proclama en *Archivo Histórico del Magdalena Grande*, 1840, caja #3, legajo 4, "Correspondencia de la Jefatura Militar".

⁴⁴ "Al público", en: *Archivo Restrepo*, vol. 48, *Revolución federalista, 1839-1842*, f. 118.

⁴⁵ Véase la hoja suelta "Restablecimiento del orden constitucional en la provincia de Santa Marta", en *Archivo Herrán*, vol. III, *Documentos*, f. 63.

⁴⁶ CORREA DÍAZ-GRANADOS, *op. cit.*, pp. 88-89.

Carnaval de Barranquilla: patrimonio de la humanidad

Jorge Mizuno Haydar*



En el año 2003, la Unesco otorgó al Carnaval de Barranquilla la distinción de “Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad”, distinción celebrada con mucho alborozo por los habitantes no sólo de Barranquilla, sino también de la región Caribe. A pesar de la alegría producida, la mayoría de los colombianos, incluyendo a los de la región Caribe, no entendían (y me atrevo a afirmar que aún no entienden) los alcances de tal distinción, ni tampoco cuáles fueron las razones por las cuales se le otorgó al Carnaval de Barranquilla. Considero que la fortaleza del Carnaval de Barranquilla radica en la riqueza de sus expresiones y el arraigo que éstas tienen en el entorno. Esto, probablemente, es tan evidente para los barranquilleros, que casi pasa desapercibido para ellos e intentan buscar otras explicaciones del porqué de la distinción. Intentaré aclarar lo que afirmo.

LA DIVERSIDAD EN EL CARNAVAL DE BARRANQUILLA

Algo que llama poderosamente la atención de la persona que asiste al carnaval como espectador es

* Magíster en educación. Profesor e investigador de la Universidad del Norte. jmizzuno@uninorte.edu.co

la cantidad y diversidad de grupos y expresiones carnestoléndicas (González, 2008). Los desfiles que caracterizan la fiesta barranquillera tienen el sello de la diversidad de ritmos, grupos, bailes y disfraces.

Encontramos, como expresiones danzarias, las danzas de congos (danzas guerreras provenientes básicamente de África), la danza del Garabato (originariamente una danza de congo que evolucionó a lo que es actualmente), las cumbiambas, las comparsas tanto de tradición como de fantasía, las danzas de relación (que añaden a la danza versos relacionados con la temática), danzas especiales (de raíz aborígen, básicamente), entre otras. Todas ellas caracterizadas por ritmos específicos para cada una: cumbia, porro, pajaritos, garabato, mapalé y otra infinidad de ritmos autóctonos, incluyendo los más actuales e internacionales: reggaeton, salsa, rock, música folklórica de otras latitudes. Toda esta diversidad tiene un hilo conductor que la hace exclusiva: es el toque caribe que le imponen los danzantes, sin importar el ritmo que estén interpretando.

Las danzas guerreras son, tradicionalmente, las más antiguas y se originan en los cabildos de Cartagena. Rememoran las guerras tribales en África y su disfraz, emblemático del carnaval, parece recordar las vestimentas de los soldados portugueses en sus colonias. Estas danzas se hacen acompañar de disfraces de animales que cumplen con su papel de comparsas. La fauna acompañante recuerda a los animales africanos: leones, tigres, cebras, jirafas, elefantes. Estas danzas se conocen como danzas de congos.

La danza del garabato, originalmente una danza de congo, fue evolucionando hasta convertirse en una danza agrícola (el garabato que portan los hombres es un instrumento utilizado para cortar la maleza), que con el transcurrir de los tiempos se ha convertido en una alegoría de la eterna lucha

entre la vida y la muerte (el garabato también tiene similitud con la guadaña de la muerte).

Otras danzas como el paloteo, los coyongos, las farotas, los diablos, hacen parte de las danzas de tradición. La música con la que se acompañan es básicamente la producida por instrumentos de percusión (tambores de diversa clase) y de viento (acordeón, trompetas, gaitas, flautas).

Otra modalidad de grupos danzarios son las comparsas que se pueden inspirar en bailes tradicionales o en bailes modernos. Allí encontramos expresiones que nos recuerdan a nuestra tierra o que nos remontan a lugares lejanos como Hawái. La música interpretada por estos grupos es muy variada: porros, merengues, salsa, música folclórica de otros países (Hawái, México, Brasil, Argentina).

También encontramos los grupos de cumbias que interpretan majestuosamente el ritmo colombiano por excelencia y los grupos denominados de negros, que bailan con soltura al ritmo frenético de instrumentos de percusión.

DIVERSIDAD DE DISFRACES

Por su parte, los disfraces expresan deseos recónditos de las personas que los portan, según estudios realizados por psicólogos, sociólogos y antropólogos. Pero, además llevan, en muchos de ellos, una crítica a los eventos sociales ya sean políticos, económicos o de cualquier otra índole, incluyendo lo religioso. En el Carnaval de Barranquilla, esta expresión carnavalesca no escapa a estas características y le impone un sello que produce admiración en los visitantes: el ingenio de los participantes en las festividades.

Aunque es posible encontrarse con disfraces de fantasía inspirados en mitos, leyendas y personajes de otras culturas (la diosa del fuego, el monstruo del espacio, el caballero dorado), lo que más caracteriza al carnaval barranquillero son esos disfraces realizados artesanalmente, sin muchas pretensiones de lujo, pero con mucho ingenio y humor (Fuenmayor, 2008). Es así como, durante los días de las carnestolendas, se pueden observar disfraces de locos y locas, de marimondas, de capuchón, de político corrupto, de curas y monjas, de guerrilleros, de paramilitares, de presidentes, de actrices, cantantes y de todo lo que se pueda imaginar y que ha sido tema de actualidad en algún momento.

Algunos de estos disfraces, que salieron alguna vez como crítica de ese tiempo, o como



estrategia para ocultar la identidad, tuvieron tanto éxito que se fueron consolidando como disfraces tradicionales. Este es el caso de dos de los disfraces más representativos de las fiestas: el de marimonda y el capuchón.

El disfraz de marimonda, según el folclorólogo José Rafael Hernández (2009, comunicación personal), era una sátira de los sirios, libaneses y palestinos (todos ellos denominados “turcos” en la región Caribe colombiana). Se representaban los ojos, orejas y nariz grandes de las personas de esas nacionalidades. Las orejas se hacían de cartón y en ellas se escribían mensajes alusivos a lo que estaba sucediendo en ese momento a nivel local o nacional. El disfraz consistía en una máscara elaborada de tela burda con unos apliques abultados alrededor de los ojos y de la boca. Un cilindro de tela, relleno, hacía de nariz. Las orejas pegadas a los lados de la cabeza. El atuendo se completaba con una chaqueta y pantalón puestos al revés con los bolsillos hacia fuera, que indicaban la situación económica del personaje. Además llevaba un maletín, en el que también se escribían mensajes humorísticos. El personaje disfrazado no hablaba, solamente emitía ruidos con un pito elaborado con caucho y que recibe el nombre de “pea-pea”, y hacía cabriolas, de donde probablemente toma su nombre el disfraz, que hace alusión a un simio común en esta región, la marimonda. Con el transcurrir del tiempo, el disfraz se fue olvidando y casi se extingue, lo que no sucede pues un personaje del Carnaval de Barranquilla lo revive, dándole estatus de comparsa y modifica el disfraz, haciéndolo más vistosos. En la actualidad es uno de los disfraces representativos de la fiesta barranquillera.

El disfraz de capuchón, que consiste en una bata con mangas largas, de colores vistosos, que cubre desde el cuello hasta los pies, que

se complementa con una capucha que cubre completamente la cabeza y una gorguera alrededor del cuello con múltiples cascabeles. El rostro se cubre con un antifaz que lo oculta totalmente. Es un disfraz que no permite identificar a la persona que lo lleva y tampoco si es hombre o mujer. Las manos se cubren con guantes y, a falta de éstos, con medias de hombre. Los zapatos que se usaban eran deportivos. La persona así disfrazada impostaba la voz, y de esta manera hacía más difícil su identificación. Normalmente era un disfraz colectivo y “mamador de gallo”; pero también servía, a hombres y mujeres por igual, para ir a parrandear de incógnito, en sitios públicos. Este disfraz ha sobrevivido al tiempo, casi sin modificaciones.

ARRAIGO ECOLÓGICO

Otra de las características de las expresiones carnestoléndicas de las festividades barranquilleras es la íntima relación que mantienen con la naturaleza. Esto ha sido propiciado por el río Magdalena, que ha servido como ruta natural para el movimiento de tales expresiones, de un pueblo a otro, hasta llegar a Barranquilla.

Recordemos que Barranquilla, desde sus inicios, fue lugar de asiento de inmigrantes, quienes llegaron hasta el lugar en búsqueda de mejor fortuna, algunos con la intención de volver a sus tierras de origen y otros con la intención de radicarse en la que sería su nueva patria. La mayoría optó por esto último, pues encontró un lugar abierto a todas las personas e ideas, que acogía con liberalidad a hombres y mujeres de todas las razas, credos y políticas, junto con su carga cultural, que fue haciendo parte de la cultura de la ciudad naciente.

Así llegaron los carnavales, de corte popular, a diferencia de los carnavales de ciudades con blasones como Cartagena y Santa Marta (Cepeda Samudio, 2008), que pretendían ser fiestas réplicas de las de las cortes europeas. Los Carnavales de Barranquilla, desde sus inicios, acogieron las expresiones populares de los habitantes del río que llegaron hasta la ciudad en busca de nuevos horizontes. De esta forma, a las fiestas llegaron la danza del caimán, la danza de las farotas, la danza de los coyongos, el hombre caimán, y muchas otras danzas que recreaban (y aún recrean) costumbres, mitos y leyendas de los pueblos del río, que normalmente están asociadas íntimamente con la ecología.



Estas danzas, casi siempre, hacen alusión a la fauna del río y de las ciénagas: peces, pájaros, zorros, simios, caimanes. Otras danzas, con fuertes raíces africanas, tampoco se desprenden de la naturaleza como principal fuente de inspiración. Su inspiración viene de la fauna del continente madre de los esclavos: tigres, leones, elefantes, cebras, jirafas, sin que hagan falta los animales domésticos: caballo, burro, toro.

Esta unión del carnaval con la ecología parece ser un homenaje que el participante de las fiestas rinde a la naturaleza, pródiga con los seres de esta región. Se tributa a la Naturaleza sin distinciones. Así tenemos la danza del gallinazo, en honor de esas aves repudiadas por todos por alimentarse de carroña. O la danza del caimán en honor del animal que se “comió a Tomasita”.

Aunque también se reflejan las leyendas producidas por el ingenio de los habitantes de las orillas del río Magdalena. Un ejemplo de esto es la danza del hombre caimán que nos narra la historia del hombre (voyerista) que con una pócima mágica se convirtió en caimán para poder observar a las bañistas del río. Cuando quiso volver a su condición humana, el frasco que contenía la pócima, se parte y solamente alcanza a bañarle una parte del cuerpo, con lo cual queda mitad hombre mitad caimán, y da origen a la famosa leyenda, con canción incluida: “se va el caimán, se va para Barranquilla”.

Esperamos que esta pequeña recapitulación de las expresiones características del carnaval de Barranquilla haya servido de ilustración acerca de las posibles razones por las cuales nuestras fiestas fueron honradas, por la Unesco, con la distinción de “Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad”.#

REFERENCIAS

- Cepeda Samudio, A. (2008). “Barranquilla y su historia”. *Huellas. Revista de la Universidad del Norte*, (71-75), 11
- Fuenmayor, J. F. (2008). “El carnaval de Barranquilla”. *Huellas. Revista de la Universidad del Norte*, (71-75), 19-23
- González Henríquez, A. (2008). “Viñetas sobre el Carnaval de Barranquilla”. *Huellas. Revista de la Universidad del Norte*, (71-75), 67-72
- Hernández, J. R. (2009). Comunicación personal.

Lecciones en vísperas de carnaval

Stella Hastie*

Las brisas de febrero habían amanecido aullando como lobos y embistiendo contra la pared del lado del callejón del cuarto de Oma, mi abuela. El día anterior, yo me había portado mal con Matilde, una de mis compañeras de clase del año pasado. Mi Mamá la había invitado a pasarse el día conmigo en *Villa Omalia*, pero como peleamos yo le dije que ella y sus papás eran unos corronchos. Todavía me ardían las piernas de los correazos que mi Papá me había dado con Mateo Moreno, la correa gruesa que guardaba siempre en su escaparate. Mi Mamá trató de quitarle la correa, pero él se puso más bravo y gritó que él no iba a permitir que una mocosa de siete años como yo le dañara una amistad tan importante como era la de un coronel, el papá de Matilde. En estos tiempos no se sabía cuándo íbamos a necesitar su ayuda en caso de algún revuelo. Ahora Oma quería que antes de que el bus de mi colegio me recogiera, yo rezara con ella a la Virgen del altar de su cuarto.

Como ya era de día, la Virgen no me asustaba aunque las velas seguían ardiendo sobre la mesa del altar, debajo de su estatua. El sol acababa de asomarse por entre las rejas de hierro de la ventana, suavizando sombras que las llamas agudas y chisporroteantes de las velas hacían crecer como fantasmas. El cuarto, con su tocador y su escaparate sobrios de caoba, la cama enorme con columnas que se retorcían hacia arriba hasta casi perforar el cielo raso, estaba todo envuelto en una

luz humosa, de color zapote. Mientras Oma prendía otra vela, respiré hondo el olor a María Farina, el agua de su colonia preferida que nos acababa de echar a borbotones a las dos en la nuca y los brazos. “Huele a rico, ¿verdad? Verás que te va a mantener fresca toda la mañana”.

Oma agachó su cabeza y me miró a los ojos. Hizo que le prometiera a su Virgen de la Inmaculada que yo me portaría bien y que prestaría atención a las lecciones de las hermanas.

Cuando terminé de rezar, Oma colocó su bastón contra la mesa del altar, se volvió hacia mí y extendió sus manos pequeñas y flacas.

Su cara parecía haberse alargado y la piel de su cara estaba más blanca que sus sábanas de lino irlandés. “No hemos terminado, Ceci. Muéstrame tus muñecas.”

Oma me tomó las manos y las volteó hacia arriba. “¿Ves esas venas?”, dijo señalando las líneas azulozas que se abultaban sobre mi piel. “Tú, mi nieta Cecilia Margarita del Tono, debes saber de una vez por todas que tu sangre no es ordinaria. Esa que ves corriendo por tus venas es sangre de próceres, de libertadores que lucharon junto a Bolívar por la independencia de este país. Es la mismita sangre que surcaba las venas de tu abuelo David, uno de los más distinguidos patricios de Barranquilla”.

“Oma, ¿mi sangre es la misma de Abuelo David? Porque la mamá de Clara le dijo que yo soy morena como su aya”.

“Mira, mijita, de España, de pura cepa, es de donde tú vienes. Mira a casi todos mis nietos: monos, ojos verdes o azules. Ninguno tiene sangre negra o india. Eso sí, tu primo Edgardo y tú son color canela”. Diciéndome esto me abrazó y dijo riéndose: “¡Mis únicos nietos moritos!” Enseguida se enderezó. “Así que no le pongas atención a esa niña malcriada. Es de una familia de nuevos ricos



* Stella Gutiérrez de Piñeres de Hastie nació en Barranquilla y reside en los Estados Unidos, donde obtuvo el B.A. en Literatura (Cum Laude) en The University of North Carolina at Charlotte (1991), y el M.A. en Literatura inglesa (1995). Este cuento es una adaptación, especial para *Huellas*, de un capítulo de una novela inédita suya, que le valió una beca de North Carolina Arts Council (agencia estatal), la Blumenthal Endowment, y los Arts Councils de los condados de Cabarrus, Cleveland, Gaston, Mecklenburg, Rowan, Rutherford, y York (SC).

que llegaron a Barranquilla vendiendo trastos rotos. Son unos envidiosos y resentidos. Así que, ten presente, ¡siempre!, que tú no eres una cualquiera. Tú eres una del Tono y debes comportarte como tal, no insultando a ninguna compañera de clase, aunque no sea gente bien. Al contrario, tú le enseñas a esa clase de gente mediocre lo que significa nobleza. Así, que déjame oír una vez más tu promesa a la Virgen que te vas a comportar como una del Tono de verdad, aún con niñas del montón, como Matilde”.

No quería repetir esta última promesa, pero la voz dura de Oma me estrujó los oídos. “¿Ceci? La Virgen está esperándote. Mírala”.

Vestida con una túnica azul y blanca y sosteniendo una corona de estrellas en la cabeza, la Virgen parecía una reina dominando el cuarto desde su pedestal de la pared. Mientras cargaba al niño Dios con un brazo, sus pies rosados y descalzos aplastaban la cabeza de la serpiente que se enroscaba alrededor de la bolita del mundo. Una ráfaga fría me golpeó algún órgano dentro de mis costillas. Mi promesa salió a trompicones entre mis dientes de manera que la Virgen no la oyera, pero Oma me sacudió el hombro. “Con esa voz anémica no te oye. Más alto”.

Me sentía atada a esa promesa, por eso me alegré cuando llegué a mi clase de tercero elemental y encontré que la Hermana había puesto nombres a los asientos. El de Matilde estaba debajo de la ventana que daba al patio y la pared de la clausura, y el mío estaba al otro lado, cerca de la puerta que daba al corredor de baldosas negras y blancas que las novicias mantenían brillantes y limpias a punta de escoba y traperos. Después de sentarme, me ocupé viendo alrededor mío todos los cambios de este año. Había apenas dos compañeras de clase nuevas, la mayoría eran las mismas del año pasado. Casi todas estaban estrenando uniforme como el mío: falda azul oscuro, blusa blanca con corbata y cuello de marinero. Era divertido ver a las niñas del año pasado cambiadas. Mariana había llegado con las piernas más largas y flacas, Evelyn con la nariz más ancha, Clara con más pecas en su cara aplanada de cometa, Matilde con más piojos en su pelo enredado, y Rosalba estaba desmellada, sin un diente, ni arriba ni abajo.

La única persona que no había cambiado y estaba igual de vieja y regañona era la Hermana

Romualda. Se paseaba por toda la clase, agitando su bastón largo y puntiagudo, y repartiendo el olor a sudor viejo de su hábito negro. Después de tomar la asistencia, nos dijo que esperaba que durante las vacaciones no hubiéramos perdido nuestro apetito por las palabras del Señor. Que solamente hoy, porque era el primer día del año escolar, nos reuníamos en la clase antes de ir a la capilla. Comenzó a sonreír, pero en mitad de la sonrisa, sus labios quedaron tiesos y duros como una acera de cemento rota. Durante un rato, se quedó parada, quieta, en frente del tablero, mirándonos a toda la clase de 20 niñas. De repente, la hermana me miró y me asustó al decir con una voz de trueno de octubre: “¡Inquietud! ¡Todo lo que veo es inquietud!”

Dejé de columpiar mis piernas y miré por encima de su toca, al tablero negro, donde estaba escrito en tiza blanca con letra Palmer, “Febrero 10, 1948”.

Después de un momento siguió con su lección. “Estas vacaciones han sido muy largas. Pero ya mañana comenzaremos el trabajo interior, que para eso deben tener en sus maletas, ya forrado, el catecismo del Padre Astete. Así, que mientras tocan la campana para la santa misa, vamos a ver qué tanto se acuerdan de las enseñanzas del año pasado. Y no se olviden: el Cuarto del Juicio está listo para recibir a las que no se porten como se espera de una estudiante digna de La Enseñanza, un colegio para hijas de las familias más prestantes de la sociedad de la ciudad”.

A ese Cuarto del Juicio las estudiantes le decíamos el calabozo. Era un cuarto al final del corredor donde pinturas de diablos y ánimas quemándose en el infierno y en el purgatorio cubrían todas las paredes. Decían que, cuando a una niña la encerraban castigada en ese cuarto oscuro, los diablos salían de sus pinturas y la pu-yaban con sus trinchas.

Por eso brinqué en mi silla cuando la Hermana Romualda preguntó: “¡Atención! ¿Quién se beneficia en tiempos de ocio y pereza?”

Yo no quería ir a templar a ese calabozo. Levanté la mano bien alta y contesté rápido lo que la monja vieja quería oír: que era el Diablo.

La Hermana sacudió la cabeza, haciendo que su toca negra temblara como las alas medio extendidas de un gallinazo. “Bien. Estoy segura



que, todas ustedes, no solamente Ceci, saben de quién estoy hablando: de aquel que siempre está tratando de hacerlas caer: el Diablo. Espero que mis oraciones hayan sido escuchadas por la Divina Providencia y que esas almas inocentes de ustedes no hayan sido manchadas por el pecado. Ya que ahora, más que nunca, necesitamos la gracia del Señor porque se avecina una ocasión de pecado muy peligrosa para las almas puras”. La Hermana se detuvo y su voz se afiló hasta sonar tan chillona como la de un pájaro chichi-fría. “Ese peligro se llama Carnaval”.

Me toqué el pecho y esperé que mi alma no estuviera muy negra y oliendo a trapo podrido.

Sentí que sus ojos negros, ya desteñidos, me escudriñaban a través de los vidrios gruesos de sus lentes. La figura alta y flaca tenía la piel de las manos amarillenta y pecosa y la de la cara como un papel arrugado y vuelto a estirar. Casi no podía creer lo que mi Mamá me había contado de la hermana Romualda: que había sido una hija de familia de gente bien del interior. Que era muy linda con unos ojos rasgados y cejas arqueadas como las de María Félix, pero que se entró al convento después que su novio la dejó plantada en la iglesia, el mismo día del matrimonio. Más bien parecía verdad lo que decía la mamá de Evelyn: que cuando la hermana era una recién nacida, la dejaron en una canasta de mimbre en la puerta de un orfanato en Bogotá, donde vivió hasta cuando se volvió monja.

Bajé la mano, y me enderecé en la silla.

La Hermana comenzó a caminar otra vez, en frente del tablero. “Es urgente que aprendan, ahora mismo, a templar el alma para resistir las pruebas que se acercan. Más tarde el Padre Arocha las instruirá en las tentaciones y trampas que el Diablo trama durante los días del carnaval”.

La Hermana se subió a la plataforma donde estaba su pupitre y desde ahí miró a la clase de lado a lado, mientras las puntas de su toca almidonada acuchilleaban al aire ya picante de calor de la mañana.

“Primero, vamos a ver: ¿Para qué es el carnaval? Vamos a ver esas manos”.

“Para ponernos disfraces, Hermana”.

“¡Para ponerse disfraces! Eso es lo que Evelyn cree. ¿Eso es todo, Matilde?”

“Hermana, mi Papá dice que son días de mucho desorden”.

“Muy bien. Ya nos estamos acercando. Clara, ¿qué dices tú?”

“¿Qué?”

“¿Es así como se le contesta a un superior? ¿Qué? Se contesta: ‘Sí, Hermana’. ¿Es que no estabas poniendo atención?”

Clara estaba metida en un lío. Mi estómago cosquilleó de alegría: al fin, este año Clara iba a tener un castigo. De pronto la mandaban al calabozo. Era la pechichona de las hermanas porque sus papás daban plata para terminar los vitrales de la capilla.

La Hermana se bajó de la plataforma y caminó hasta el pupitre de Clara como si fuera un soldado y Clara un bandido. “Exactamente lo que temía: el ocio y la pereza ya han conquistado oídos en esta clase”.

Pero el regaño a Clara no duró mucho tiempo. El cosquilleo dentro de mi estómago se convirtió en comezón cuando la monja le quitó los ojos a Clara de encima y, en cambio, agitó su bastón en las caras de toda la clase. “¿Y qué pasa cuando las palabras del Señor caen en oídos sordos? ¡Atención! El alma se convierte en presa del espíritu disoluto del carnaval. Así que quiero que todos los oídos se abran tan amplios como las puertas de una catedral. ¿Qué es el carnaval?”

Nadie contestó.

“El Carnaval es el tiempo que la Santa Iglesia le ofrece a sus feligreses para la expulsión de humores malignos. ¿Entendido?”

“Sí, Hermana,” la clase contestó en un murmullo.

La hermana desenredó el rosario de pepitas traídas del mismo Monte de los Olivos que colgaba de su cintura, y nos miró con ojos medio cerrados.

“El carnaval”, siguió diciendo mientras blandía su bastón en nuestras caras, “es la oportunidad brindada por la Santa Iglesia para expulsar los humores malignos en recreación saludable. Repito: ¡recreación saludable! Es también el tiempo de cuidarse del Diablo, ya que él estará rondando en busca de víctimas, aquellas almas desgraciadas que sucumben a los pecados de la carne. Así que, durante los cuatro días de carnaval, todo católico, apostólico y romano debe resistir las tentaciones para cometer excesos. Concupiscencia es un pecado mortal, y acaso, ¿alguna de ustedes ha olvidado a las almas condenadas ardiendo en





Edith Munárriz Steffens, reina del carnaval de Barranquilla, 1950, que tras su reinado se convertiría en monja.

las llamas eternas?”

“No, Hermana”.

“¿Y se acuerdan de nuestra última clase cuando les conté la historia de Santa Lucía?”

“Sí, Hermana”, contestó casi toda la clase.

“¿Y se acuerdan cómo murió —una mártir— defendiendo su virginidad?”

¿Cómo prefirió sacarse los ojos antes que perder su pureza? ¿Se acuerdan?”

Me daba lástima la pobre Santa Lucía, pero tuve que contestar: “Sí”, con el resto de la clase porque en ese momento la hermana me estaba mirando, y yo no quería ser castigada en el calabozo.

“¡Gracias al Señor!” Las palabras chillaron como las llantas de los camiones cuando frenaban sobre el asfalto de 20 de Julio, frente a *Villa Omalia*. “Que después del carnaval nos ha dado la Cuaresma para limpiar nuestras almas mediante la mortificación y la meditación sobre la pasión de Cristo”.

Mientras guardábamos las maletas dentro de los pupitres para ir a misa, Clara, Evelyn y yo hablamos de las palabras raras. Humores era fácil. Las tres estuvimos de acuerdo en que eso quería decir algo como sacar la lengua y hacer muecas a otras gentes. Virginidad también era fácil: tenía que ver con uniformes almidonados y con linos blancos y bien planchados. Concupiscencia era más difícil.

Clara pensaba que, nada más porque su casa iba a tener una piscina como la del Country Club, ella sabía más que nadie.

“Concupiscencia quiere decir no bañarse.”

Le tuve que recordar la lección. “Clara, tú no sabes. No bañarse es un pecado venial. La Hermana estaba hablando de pecados mortales. Acuérdate que ella hablaba de la candela del Infierno”.

Evelyn se sacó el lápiz que se había puesto entre los dientes. “Yo sé porque mi Papá me lo dijo:

Concupiscencia es una enfermedad que se coge por comer carne de gallo”.

Evelyn nos miró con sus ojos de chocolate como si ella fuera una profesora. Yo no dije nada y Clara tampoco. El papá de Evelyn era un doctor y tenía un esqueleto colgado en una vitrina de vidrio y un cerebro hundido en alcohol en una jarra.

Clara sonrió y habló despacito para que la hermana no la oyera. “Eso es lo que Matilde come de comida: carne de gallo cocinada en orín de murciélago”.

Que Matilde comiera esa comida tan horrible nos pareció tan cómico que todas nos reímos. Me acordé de mi promesa a la Virgen, pero solamente después de haber acabado de reírme. En ese momento la campana sonó y tuvimos que apurarnos para hacer la fila para ir a la capilla. Hasta ahora me había salvado del calabozo y de romper la promesa a la Virgen.

Antes de comenzar la misa, la Hermana Romualda caminó desde su puesto en la primera fila de la capilla para decirnos que teníamos que poner atención a cada una de las palabras del Padre Arocha. “Nada de columpiar piernas”, dijo apuntándonos a Clara y a mí con el dedo. “Silencio y nada de bostezos”.

Yo no iba a bostezar cuando hablara el Padre Arocha. Era mi padre favorito.

El Padre Arocha había vivido en Roma, donde le había sucedido un milagro. Un milagro de verdad. La Enseñanza entera sabía que cuando el Padre Arocha se arrodilló para besar el anillo sagrado del Papa, un rayo de oro tan fino se había disparado desde el diamante sagrado que los candelabros de la sala del vaticano se habían vuelto añicos. Después que el Padre se enderezó, su pelo negro y liso se había vuelto mono y rizado como el de un querubín.

La única persona que no creía en ese milagro era mi Papá. El decía que el Padre Arocha fue su compañero de clase en el San José, pero que, después de lavar sotanas de cardenales durante un año en Roma, regresó hablando con la lengua trabada en un acento italiano falso y cantarín. Mi Papá decía que era un filipichín y un hazañoso.

No bostezar mientras hablaba el Padre Arocha era fácil. Era más difícil estarse quieta porque las monjas estaban sentadas al frente del altar, las estudiantes más grandes detrás de ellas, y las niñas de tercer curso, nos sentábamos solas en las bancas de atrás. Como la capilla era nueva y moderna, no tenía santos y estatuas que mirar. Solamente había una cruz grande de madera en

el fondo del altar y en las paredes unas placas de cemento con garabatos que las monjas decían eran las estaciones de la cruz. Ya estábamos comenzando a aburrirnos. Para remate, yo estaba sentada en la banca, apretada entre Clara y Evelyn, y ellas me estaban hablando en el oído.

“¿Ves esa niña nueva con ese un pelo cucú horrible?”, me preguntó Evelyn a través de la chalina que Oma me había traído de España el año pasado.

Le contesté que sí, que parecía alambre torcido.

En ese momento la Hermana Romualda se había parado en el pasillo y me estaba mirando. Le jalé la falda a Evelyn para avisarle porque si nos portábamos mal nos iban a castigar.

Evelyn suspiró y se quedó quieta. De pronto, sonó una campana que hizo temblar el piso brillante de granito blanco. El Padre Arocha, un poco encorvado por el peso y el brillo de su túnica dorada y blanca, estaba caminando hacia el centro del altar. Me alegró verlo y más todavía cuando vi a la Hermana Romualda caminar hacia su puesto en la punta de la primera banca al frente del altar. Ahora que iba a estar lejos de nosotras, no nos iría a molestar durante la misa.

Me equivoqué. Durante la primera parte de la misa, teníamos que pararnos, arrodillarnos, volver a sentarnos muchas veces, y la hermana podía asomarse al pasillo y voltear la cabeza con toda su toca. Para remate, me estaba aburriendo porque el Padre decía la misa en latín y no entendía nada. Me puse feliz, como si estuviera de vacaciones otra vez, cuando, al fin, el tiempo del sermón llegó. Ahora la Hermana se tenía que sentar por un rato bien largo al lado de las otras monjas, y no podría ni caminar por el pasillo ni mirar para atrás. Era el momento de pasar sabroso.

Todo el colegio reunido en las cuatro alas de la capilla se había quedado mudo viendo al Padre Arocha parado en el centro del altar. Las motas doradas y verdosas que flotaban desde el vitral del techo caían sobre su pelo mono y rizado, haciéndolo ver como la estatua viva de un querubín. Primero, el Padre miró a todo el colegio desde el púlpito con sus manos juntas y con la cabeza inclinada. Entonces, abrió sus brazos, y su voz cantarina y un poquito enredada por el Italiano repicó en la capilla como las lágrimas de cristal de las arañas de la sala de *Villa Omalia* cuando las brisas de diciembre las sacudían.

“Mis queridas niñas, este primer día de colegio, después de unas buenas vacaciones, las encuentro

descansadas, ansiosas de recibir las enseñanzas del año nuevo, el 1948 que está apenas comenzando. En verdad, muy pronto, el carnaval nos ofrecerá nuestra primera lección. Sonríen, ¿no? Sí, mis niñas, el carnaval nos dará nuestra primera lección sagrada. Ya veo en esos ojos la ansiedad para lucir los cuerpos nuevos: hadas y reinas, tigres y burros, conejos y bailarinas, todos las criaturas maravillosas que Dios ha creado”.

Clara jaló la falda de mi uniforme. “Ceci, ¿ves el lazo de Matilde? Parece un nido de lombrices”.

La cabeza de Matilde me quedaba en frente. Cintas marrones se retorcían en una bola en la punta de ese pelo sucio y enredado.

“Sí,” le contesté en el oído a través del encaje de su chalina. “Lombrices mojadas”.

Era sabroso poder hablar mientras todo el colegio ponía atención al Padre Arocha.

Clara me jaló la falda otra vez, pero, en ese momento, sentí que los ojos del Padre me miraban desde el púlpito.

El decía alzando su brazo: “Recordemos que el Carnaval no ha sido creado para perder nuestras almas. ¡No! Este festival es la oportunidad que nos brinda la Santa Iglesia para vivir el Cuerpo de Cristo. Sí, el Cuerpo Divino de Cristo. Porque, ¿acaso no hemos todos visto ese Diablo bailando en las calles durante los carnavales?”

Clara me tocó el brazo. “Ceci, ¿no está Matilde más maluca y sucia este año?”

Yo le contesté: “Ajum”, con la garganta, porque yo también quería oír la respuesta del Padre Arocha.

“Sí, claro que lo hemos visto, ¿no? Ese Diablo burlón, vestido de rojo, persiguiéndonos con su trinche. ¿Y qué es lo que él quiere? Pues muy fácil: él quiere reírse. Sí, mis niñas, lo que el diablo quiere es reír porque está aburrido. Aburrido porque está atrancado dentro del mismo disfraz. Aburrido porque se ha olvidado que él fue una vez el ángel más bello y luminoso. ¿Y qué lo hace reír?”

Ahora Clara me agarró la mano y me puso adentro de la palma un pedazo de papel enrollado.

“Ceci,” me dijo al oído, “préndeselos a la falda de Matilde; son cadillos de la grama del Country”.

Cerré mi mano con el papel enrollado adentro. Las pullas finas de esos cadillos se prendían en las medias de golf de mi Papá y mi Mamá y luego Micaela, la lavadora, se sentaba en el pretil del traspatio y se pasaba horas sacándolos. Sería muy

cómico ver la cara de Matilde cuando se puyara. ¿Acaso iba a saber que era yo?

“Ceci, pónselos ya, ahora que está sentada. ¡Apúrate!”

Saqué los cadillos con cuidado de no puyarme, pero aún así sentí la puntas afiladas como agujas rozarme las yemas de los dedos. En ese momento me acordé de mi promesa a la Virgen.

“Clara, no sé. ¿Qué pasa si le duele mucho?”

“No seas boba. Acuérdate que Matilde usa pantalones hechos con tela de bolsas de arroz. Son gruesas. No va sentir mucho, nada más un pellizco”.

Era difícil pensar porque ya estaba haciendo calor. El olor de velas de iglesia y ese olor a incienso y sudor viejo de chalitas guardadas, más el perfume de jabón fresco de las que todavía tenían el pelo mojado, se unían al de María Farina que se evaporaba y se me metía por la nariz hasta formar un nudo en la cabeza. También la voz del Padre repicaba por toda la capilla. “En verdad,” estaba diciendo, “les diré lo que hace reír al diablo: vernos a nosotros como a él: atrancados. Atrancados dentro los trajes que vestimos. Por eso es que nos tienta con trucos de oro, sedas, títulos, goces falsos, hasta nuestra misma carne, y entonces — ¡tras!— olvidamos quiénes somos y nos hundimos en angustia y dolor. ¿Pero quieren saber ustedes quién es el mago más grandioso de todos?”

Guardé los cadillos dentro del papel y esperé. Yo quería reírme al ver la cara de Matilde cuando le puyáramos la nalga. Pero también quería saber quién era el mago más grandioso. Me quedé quieta oyendo al Padre Arocha.

“Dios, mis niñas, Dios es el mago más grandioso”, dijo en su voz cantarina.

¿Cómo podría decir el Padre Arocha que Dios era un mago? Esa no era la lección que la Hermana Romualda nos había dado.

Pero el Padre estaba sonriendo. “Dios en su sabiduría inmensa nos ha jugado un truco. Porque Él ha permitido que su cuerpo se vista con las ropas del universo. En verdad, se viste en una multitud de cuerpos por tiempos cortos. ¿Y por qué Dios hace esto? Pues también es fácil: Dios quiere que conozcamos este mundo, este Valle sublime y sus maravillas. Más aún, Dios quiere sentir su creación, su propio Cuerpo Divino, a través de nuestros oídos, nuestros labios, dedos,



ojos. De esa manera, podemos saborearlo, vivirlo por medio de nuestros sentidos. En verdad, para que con todo nuestro cuerpo podamos cantar con Él y por Él.

“Ceci”, oí la voz de Clara como si viniera de lejos, desde la Patagonia. “Los cadillos, ¡ya!”

Para oír mejor al Padre, me doblé un poco hacia adelante, cerca del respaldar de la banca de Matilde. Una parte de su falda se asomaba por entre la abertura que corría a todo lo largo del respaldar de la banca. Mientras tanto, sacudí la mano para decirle a Clara que se esperara un poquito. Ella no debía saber que el Padre Arocha me había hecho sentir liviana como una libélula revoloteando en el aire de un jardín y que yo quería oírlo un ratico más.

“Entonces, como pueden ver, mis niñas”, seguía su sermón, mientras su cabeza se volvía mas dorada con los rayos más fuertes de la mañana filtrándose por los vitrales del techo. “Esta carne es un disfraz. ¿Y la vida? La vida es un carnaval”.

Esta lección de carnaval estaba rara, pero me estaba gustando mucho más que la de por la mañana. Me intrigaba saber si la Hermana Romualda iba a cambiar la suya.

“¿Y la muerte? ¿Qué es la muerte? Es el momento de regresar a la desnudez divina, a perdernos, otra vez, en el Cuerpo Divino. Entonces, ¿Qué quiere Dios que hagamos durante estos cuatro días de carnaval?”

Clara me pateó el zapato. “¡Apúrate!”

“Espérate”, le dije, queriendo saber qué es lo que Dios quería que hiciéramos en carnaval.

El Padre miró hacia el vitral a medio terminar del techo y lo señaló con su mano. “Dios quiere que recordemos que debajo de las diferencias de nuestros cuerpos, somos un solo Ser. Que el rico y el pobre, el enfermo y el sano, el humilde y el encumbrado, el viejo y el joven, el pecador y el santo, el judío y el gentil, el de color y el blanco, el cristiano y aquel de otras religiones —todos— formamos el Cuerpo Divino de Cristo. Y no nos olvidemos de nuestros animales, ni siquiera de los burros y tigres; acaso, ¿no nos enseñó San Francisco que hasta el lobo es nuestro hermano?”

Ahora me sentí tan liviana, tan liviana, que mi mano se aflojó y los cadillos rodaron por el suelo de granito.

“¡Eres una boba, Ceci! ¡Recógelos!”

Los cadillos habían rodado por el suelo hasta pararse debajo de la banca de Matilde.

“¡Espérate! Que se me cayeron”, le dije a Clara mientras me agachaba a recoger los cadillos con el papel. Creo que hablé demasiado alto porque en ese momento Matilde se volteó y puso los dedos sobre su boca. “Shhhhh,” susurró, arrugando su nariz chata y mirándome con ojos bravos.

Cuando la vi actuando como una creída y una pechichona, las marcas rojas de los correazos en las piernas me comenzaron a arder y se me olvidó la promesa a la Virgen. Me enderecé y esperé a que el padre terminara su sermón.

El Padre Arocha abrió sus brazos y sacudió la cabeza, haciendo que un bucle dorado cayera sobre su frente. “Mis queridas niñas, ahora ya saben que pueden saltar con colas o plumas, hacer trucos con trinchos o varitas mágicas, brillar en lentejuelas o esconderse detrás de máscaras, bailar en clubes o en las calles. Porque lo que quiere Dios que vivamos es el goce de su creación. Ese goce sublime que consiste en saber que detrás de los disfraces y formas, nosotros, todo el universo, somos lo mismo: una sola Carne Divina y Sagrada. Levantémonos ahora a rezar por la obtención de la gracia divina. *Credo in unum Deum...*”

Mientras terminaba de oír la última palabra, le prendí dos cadillos en la falda a Matilde.

De ahí en adelante no podía oír al Padre. Esperando el grito de Matilde, mis oídos zumbaban, mis manos temblaban y mi corazón tamboreaba como loco.

¡Y Matilde sí gritó! Un grito como el de un fantasma asustado. Un alarido altísimo y chillón. La Hermana Romualda corrió hasta su banca enseñada, agarró a Matilde por el codo y la jaló por en medio del pasillo hasta la puerta que daba al jardín. Matilde estaba llorando.

Mientras todo el colegio las miraba, Clara y yo nos miramos de reojo. Clara se sonrió.

Yo me sonreí un poquito nada más, porque adentro de mi estómago sentí que una ventana se había abierto, dejando entrar ráfagas de aire helado, como si soplaran desde el Polo Norte. Cuando nos tocó salir en fila, miré hacia la terraza donde había un espacio como un balcón embaldosado antes de bajar las escaleras. Había flores por todas partes: cayenas rojas y amarillas en poteras enormes, trinitarias cubiertas de florecitas anaranjadas que se enredaban en la baranda, y, abajo en el jardín, los corales rojos y las rosas blancas de

las monjas que encandilaban en el sol de media mañana. A mí me gustaba mirar las flores y las mariposas amarillas que revoloteaban por todo el jardín, pero hoy quería saber que le había pasado a Matilde.

Clara me tocó la corbata. “¡Mira!”

Parada en un rincón, al pie de la pared de la capilla, Matilde lloraba y se secaba las lágrimas con la manga de su uniforme mientras la Hermana Romualda le apuntaba a la cara con sus manos, como si estuviera regañándola.

Clara me dijo entre dientes: “Su papá es un soldado y le va pegar con ese palo que ellos siempre cargan y después la va a encerrar en un calabozo bien oscuro.”

Matilde no era nada mío, pero al verla llorar, regañada por algo que yo había hecho, me hizo sentir pesada como una potera de las grandes.

La Hermana miró hacia la fila, hasta encontrarnos a Clara y a mí. Se puso una mano en su cintura y la otra la levantó, doblando su dedo pulgar para decirnos que fuéramos donde ella. Ahora sentí que se me había cerrado la garganta. ¿Podría averiguar que era yo la culpable? Y la acuseta de Clara, ¿qué le iba a decir?

Empujé a Clara, pero ella me empujó a mí.

La Hermana siguió mirándonos de la misma manera que mi hermano Richi me miraba cuando jugábamos a que yo era un bandido y él Roy Rogers. “Ustedes dos, vengan acá”, dijo la monja con voz ronca.

Clara y yo caminamos hasta llegar al frente de ella. Los brazos y las piernas parecían haberseme fundido en el calor del aire. Sólo pude alzar los ojos para mirarla.

Las miles de arrugas chiquiticas de su cara temblaban. “Ceci, ¿tú puyaste a Matilde? ¡No quiero mentiras! ¿Fuiste tú?”

Las palabras se me enredaron entre la lengua y los dientes. “Yo... Hermana...”

“Vamos, no tengo tiempo que perder. ¿Fuiste tú, sí o no?”

Como las palabras no me salían de la boca, la Hermana miró a Clara.

“Clara, dime la verdad: ¿quién lo hizo?”

Este año las pecas de Clara se habían multiplicado hasta un millón. Ella no parecía asustada.

“Ustedes dos estaban sentadas detrás de Matilde. La culpable es una de las dos”.



“Yo no hice nada, Hermana”.

“¿Entonces quién fue?”

“Fue Ceci, Hermana”.

Otra vez, como el año pasado, la hazañosa y embustera de Clara estaba acusándome. Y como era la pechichona le creían a ella, no a mí. Esta vez mi castigo podría ser horrible: el calabozo.

“Hermana, Clara me obligó”.

La monja me agarró del brazo. “Nadie obliga a nadie. Esos diablos en el Cuarto del Juicio van a estar encantados de recibir su primer visitante del año”.

Oía mi propia voz, llorando, diciendo que no había sido mi culpa sola, que Clara también era culpable. De pronto, se oyó una vocecita, débil y baja como la del lobo después que se ha tomado la docena de claras de huevo:

“Hermana, no fue Ceci”.

¿Matilde estaba diciendo que no fue mi culpa? La miré a la cara todavía húmeda por las lágrimas y no había error. Matilde estaba diciendo que eran unos cadillos que se le habían prendido a su uniforme cuando, mientras esperaba al bus, fue a caminar por el patio alrededor de las barracas de su papá.

No sé a quién le creyó la Hermana. Nos dijo a Clara y a mí que regresáramos a la fila en silencio, pero también le dijo a Matilde que no tenía que haber hecho una escena. Que la capilla era un lugar sagrado y que nada le había pasado sino un rasguño.

Ya en la fila, Clara me jaló de la blusa y se rió en mi oído, pero le dije que me dejara quieta. Sentía una rasquiña horrible en mis muñecas, como si me hubieran picado hormigas rojas de esas chiquitas y bravas, pero me rascaba y rascaba y nada que se me quitaba. La picazón corría por dentro. ■

Regreso a Puerto Colombia

Stella Hastie

Dentro de la cabaña me llega el olor a mojarra frita, ráfagas de chicharrón y patacón, un tris de brillantina, y de vez en cuando me pega la hedentina de algún caneco revolcado por esos perros caminoteando hambres viejas, pacientes, en pelajes que nunca brillaron sino bajo aguaceros y relámpagos de octubre. A esta hora se han ido los bañistas en los Coopetranes como antes se lanzaban en los Nojodas y Nojoditas. Es la hora del mosquito, del jején. Quedan los que han perdido paso y brújula en el ron, también los novios que todavía, sin prisa, chancletean su amor de plaza. Y claro está que ya se han instalado en sus balcones o azoteas los que llegan a nutrirse de este sol que cayendo convierte a nubes en tizones mandarina y guayaba, sobre un azul pelotica que, al mermar la luz, se vuelve sobrio como las venas del jabón de bola, aquel instigador de tanto bolillo y canto. Ya poco se ven los artesanos

ofreciendo jardines de chuvas, habitados por garzas con piquitos de caracol y alitas de chipi-chipi. Eso sí, todavía quedan los de siempre, los pelaítos jugarreteando, los ambulantes camellando sus chazas de cocadas y pirulís, también el vendedor de cocos, quien me asegura que los de su /carreta son los mejores; junto con él, han sido retratados, filmados para la televisión con mujeres especiales —yo, la Seño, debo tomarme esa agua dulce— es sudor del sol. Al repicar los machetazos destajando el coco, allá, más adelante, contra el muelle oxidado como espinazo de hierro escupido del cielo, el mar espumea y retumba, chispeando como si hirviera estrellas, sin mostrar sus heridas porque son de mercurio, de plomo, de pebecés. Y, soplando entre la paja y los /trupillos, esa brisita fría, cargada de salitre, me asedia, como si mis poros fueran puertas, como si aquí adentro hubiera calma, como si, abordándome, este lleva y trae de siempre pudiera quedar lejos.

Nostalgias

Clarita Spitz*

DESDE EL MUELLE

El espectáculo era doble: la ilusión de un tren que entrara al mar, y la realidad en nuestra tierra... Alberto Abello Vives

Se queda mirando a lo lejos, en silencio. De pronto, una sonrisa se dibuja en sus labios. Como si se acordara de algo por primera vez, me cuenta que nunca aprendió a hablar bien el español, y la gente en la calle le preguntaba: “Doña, ¿usted es de por allá?”

En realidad la abuela es de por allá. De más allá del Gran Mar, que cruzó de jovencita, soltera aún, huyendo de la guerra. Ella está aquí con nosotros, pero su corazón se quedó por allá, en un miserable

pueblecito de Polonia. Por allá se quedó con su hermanita menor, una chiquilla apenas, de largas trenzas rubias, a la que los nazis sacaron de la casa y fusilaron. Así se lo contó un vecino de su pueblo muchos años más tarde, cuando ella viajó a buscar lo que había quedado de su familia. Sólo encontró las cenizas de un pasado no tan lejano. De por allá, donde su padre murió siendo ella una niña, dejando a su madre con nueve hijos y una tienda donde vendía arenques para mantener, apenas, a su numerosa familia.



Muelle de Puerto Colombia (viaducto) y vista de la población. Estructura de hierro con andén de madera, 1921. [Ilustraciones tomadas de *Memoria Fotográfica de Barranquilla, 1880-1945*, David Alarcón, Antonio Avila, Roberto Dangón y Hernando Viñas, Universidad Autónoma del Caribe, 1998. Cortesía ARS Antigua Galería].

* Magister en Educación con énfasis en Estrategias Educativas para la Biblioteca y el Salón de Clases, Vermont College - Norwich University, y diplomada en Promoción de Lectura. Docente, bibliotecaria, ha publicado artículos y entrevistas en revistas impresas y virtuales. Autora de literatura infantil, ganadora del XVI Concurso Nacional de Cuento Infantil de Comfamiliar del Atlántico (2008). Consultora, asesora y tallerista en temas educativos, y en promoción y animación de la lectura. Forma parte del equipo editorial de la revista virtual *letraurbana.com*. Está vinculada a la Universidad del Norte como locutora de Uninorte FM Estéreo, y tallerista de literatura creativa.



Muelle de Puerto Colombia, 1928.

La abuela es de por allá. Y cuando alguien le pregunta: “¿Cómo está?”, contesta siempre: “¡Cada día más vieja!” Y se acuerda más de los arenques que su mamá vendía que de lo que desayunó esta mañana, sentada a la mesa de la cocina.

Cuando la abuela llegó a nuestra ciudad aún no había pavimento. Las calles estaban llenas de arena, y las fuertes brisas hacían revolotear las faldas de las chicas. Sólo las chinas, en las granjas, usaban pantalones. “Los mismos pantalones sucios todos los días”, repite la abuela, cada vez que cuenta el cuento. “Y vendían los huevos *a calentaicinco*”.

La abuela llegó a Barranquilla junto a muchos otros inmigrantes. Entraban por Puerto Colombia. Desembarcaban ahí con los ojos llenos de ilusiones, sueños, y recuerdos de un ayer que habían dejado atrás para siempre. Apenas bajaban del barco, veían el ferrocarril. Parecía como si hubiera entrado al mar y les esperara al final del muelle. Este viejo muelle que algún día fuera el más largo del mundo.

Aquí encontró el amor de su vida, otro joven inmigrante de ojos claros, transparentes.

Siendo yo muy niña, mi abuela y yo salíamos a buscar conchitas a la orilla del mar. Corretábamos por la playa, sintiendo cómo la fina arena se pegaba a nuestros pies descalzos. A veces llegábamos hasta el Hotel Esperia, donde la abuela pasó su luna de miel. Todavía se ruboriza cuando se acuerda del abuelo, de sus noches de amor, en esta vieja casona dilapidada.

Yo no le creía cuando me mostraba las fotos y me señalaba a esa hermosa jovencita con su larga cabellera flotando al viento. Ella lloraba a veces cuando recordaba. Es difícil reconocerla en esta vieja amargada y arrugada que camina a mi lado. Ya no llora. Ahora, un rictus agrio adorna su cara.

Esta mañana salimos a caminar, la abuela y yo. Como todos los domingos, fuimos hasta Puerto Colombia. El muelle estaba ahí, como siempre, abandonado a su suerte... un dinosaurio arcaico y gris tumbado al sol.

Buscamos conchitas, como hace tiempo, pero ya no se encuentra ninguna por estos lados. La abuela no se resigna a dejar perder sus recuerdos una vez más. Está decidida a salvar estas playas de la desidia y el olvido en que se han sumido.



Muelle de Puerto Colombia. Extremo, 1922.

De pronto, mientras recogíamos trozos de botellas viejas, papeles y toda clase de basuras, sentimos un ruido aterrador. La brisa se desató con violencia. Las garzas levantaron el vuelo, espantadas. Las olas comenzaron a golpear la orilla con más fuerza que de costumbre. Cuando volteamos a mirar, el muelle había desaparecido. A lo lejos se veía la vieja garita, sola y abandonada en medio del oleaje, desconectada de la tierra, como una foca perezosa que asoma a contemplar el cielo.

El muelle se hundió en las aguas turbias del mar Caribe. Con él se hundieron los recuerdos de la abuela, las risas de mamá y sus hermanos, los

chinos con sus hortalizas y sus huevos “a calentacinco”, la desidia y el abandono de mi pueblo.

¡Sopla, brisa, sopla!

Y la brisa sigue soplando como en aquellos días aquí en la Arenosa.

Pero ya no levanta las faldas como en aquel entonces. Las niñas hoy en día usan pantalones, pantalones que, como los de aquellas chinas de sus memorias, aún tropiezan con la mirada de censura de la abuela.

Barranquilla, 28 marzo, 2009



LOTE BALDÍO

Eran enormes. Parecían gatos. Las veíamos desde la azotea de la casa, en el terreno de al lado. Ese terreno baldío que nadie se preocupaba en limpiar.

A la sirvienta le daba pereza esperar el camión de la basura. El ayudante, apenas un chiquillo, pasaba unos minutos antes y anunciaba la llegada tocando una campana. Entonces, ella recogía el tacho con las bolsas y salía de casa cantando: “A esconderse que ahí viene la basura”. Sin esperar, lanzaba las bolsas por encima del muro que separaba el patio del lote baldío. Ahí iban a parar los desperdicios, que se acumulaban lentamente.

Ella no entraba a la casa de inmediato.

Se quedaba conversando con las demás sirvientas. Se ponían al día con los chismes de sus pa-

tronas. Comentaban acerca del novio de turno, las canciones de moda, la telenovela del momento.

No entraba hasta que el camión arrancaba y se alejaba por la empinada cuesta.

Me las podía imaginar cuando hurgaban entre la basura, perforando las bolsas plásticas con sus afilados dientes. El ruidito que producían me provocaba un escalofrío que me recorría toda la espalda y me hacía rechinar los dientes. Era similar al que hacía la manicurista cuando le limaba las uñas a mamá todos los jueves por la mañana en la mesa de la cocina.

Por las noches, me parecía escucharlas royendo la basura. Si cerraba los ojos, podía verlas corriendo de un lado para otro. Imaginaba que escalaban el muro y entraban al patio de la casa.

Que se montaban en el carrito de las muñecas y arañaban sus lindos rostros de porcelana. Llegué a sentir, inclusive, cómo impregnaban el ambiente con su aroma nauseabundo.

No podía dormir.

Si me daba sed, ni siquiera me atrevía a bajarme de la cama a tomar un vaso de agua. Cuando necesitaba ir al baño, nada más cruzaba las piernas y me aguantaba las ganas de salir corriendo.

Me levantaba por la mañana bañada en sudor. Pálida. Con el cabello pegado a la frente. Los ojos enrojecidos. Hundidos. Ojerosa.

Mamá empezó a preocuparse. Pero yo no podía contarle nada por miedo a que la sirvienta se enojara. Nos tenía amenazados. Decía que el carro de la basura se llevaba a los niños chismosos. Me aterrizzaba la idea de que me jalara el cabello a la hora de hacerme la cola de caballo.

Mis hermanos y yo decidimos acabar con ellas.

Desde lo alto de la azotea, amarramos una bolsa de papel de estraza, de esas que usan en la panadería, y pusimos dentro un trozo de pan. La

hicimos bajar lentamente hasta tocar el piso del lote. No tuvimos que esperar mucho.

La primera víctima se acercó. Era gris, tenía una larga cola rosada, y bigotes temblorosos. Olisqueó la bolsa, y entró. La subimos de un tirón, y la suspendimos en el aire —pudimos ver la cabeza asomarse moviendo los bigotes... y la soltamos repentinamente. La bolsa cayó con fuerza, estrellándose contra el suelo. Se escuchó un chillido aterrador —¡la rata salió corriendo con el pedazo de pan entre los dientes!

Gritamos del susto.

Hicimos tal alboroto que mi mamá subió corriendo hasta la azotea. Estaba pálida. Creímos que le iba a dar un soponcio.

Hasta ahí llegó nuestra aventura. Al día siguiente, hicieron limpieza en el lote. Arrancaron los matorrales a machetazos. Removieron las basuras. Por último, vinieron a fumigar el terreno.

La sirvienta se fue de casa sin despedirse siquiera. La vimos alejarse por la empinada cuesta.

Barranquilla, 28 oct., 2008



Soy el verbo de las cosas que hacen falta

Magaly Durán Linero*

PENSANDO

Pensando
en la vida
pensando
en el amor,
la pasión
se hunde.
Nuestro
amor
se confundió
en un
valle
de lágrimas.
La vida
todo
lo negó.
Con el
verso
se alimentó.
Y con la
caricia
al viento
nuestro
amor
renació.

ESTOY SOLA

Estoy sola,
y mi ajena
soledad
está sola.
Los recuerdos
de un amor
vienen ahora.
La pasión
se enloquece
en el mar
y en las
tempranas olas.
Quizás
mañana
estaré
con el
sol que
se asoma.
Porque
mi verdad
es una sola.

SENTIR

Siento
gritos
en la
noche.
Siento
gritos
en el
mar.
Serán las olas,
el tiempo.
Y lo que
me cansé
de soñar.
Con la aurora
y el recuerdo.
Habrá
un nuevo
despertar,
con la vida
y miles
de sueños
no me cansaré
de navegar.

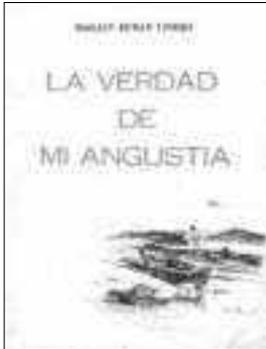
MI TRISTEZA

Aunque la
tristeza
me agobie.
Aunque la
verdad
me mate,
y con la
vergüenza
me embriague,
vagaré
como
alma en pena,
porque tú
fuiste mi
guía
mi sombra,
mi luz
y mi esperanza.

* Nació en Santa Marta. Ha publicado varias colecciones de poesía y recibido numerosas distinciones.

QUE ME QUERÍAS

Cuando la tarde
moría,
la aurora se detenía.
En lo oscuro había
una voz que temblaba
de alegría.
Y nuestro amor
apenas se asomaba,
cuando yo te tenía.
Y en el cielo
alumbraba
una estrella
que decía: que me querías.



LOS DÍAS

Los días
que el
amor
vivía.
Los días
que el
amor
moría
eran
pasión.
Y olvido
cuando
la lluvia
caía.

LO QUE ME HACE FALTA

¡Qué
tristeza
en el
alma!
Ya no
hay
esperanza.
Soy cautiva,
soy el verbo
de las
cosas
que hacen
falta.



M.D.L.

HABLEMOS

Hablemos,
mil idiomas,
qué sé yo.
Hablemos,
que quiero
oír tu
mensaje
de amor.
Un vocablo,
una canción,
hablemos
que quiero
oír tu voz.

LA NOCHE

La noche
está
temblando.
Se queja
con la
luna
y conversa
con el mar.
Llora con
la vida
con los años
que vienen
y con los
años
que se van.

NO ES NECESARIO

No es necesario
saber
que te
he querido.
No es necesario
saber
que aún
no has
partido.
No es necesario
saber
que te
he sentido.
No es necesario
saber
que no
has mentido.

rock

salsa

jazz

clásica

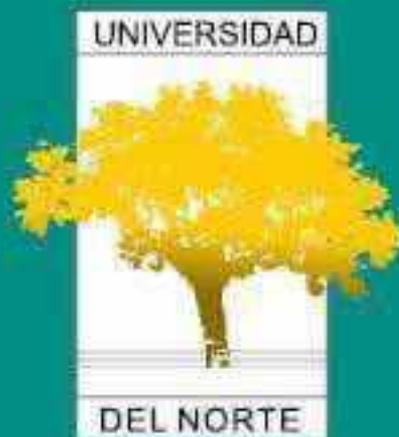
uninorte.edu.co/emisora/index.asp



uninorte

f.m. estéreo

103.1 MHz



<http://www.uninorte.edu.co/publicaciones/huellas/index.asp>